TIERRA YERMA

PAULO GARCÍA CONDE



Tierra yerma

Paulo García Conde



Primera edición: enero 2023

ISBN: 978-84-1159-492-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Sabremos cada vez menos qué es un ser humano.

José Saramago

Día 1

Al principio solo se oyó un murmullo constante. El agua de un río corría a unos cientos de metros de aquel terreno yermo, enfermo por la inactividad y la ausencia de manos y pies que se aprovechasen de él. Pero no, el río que atravesaba la pequeña aldea carecía de la fuerza necesaria para hacerse notar desde allí. El borboteo fue en aumento, y el canto sosegado se transformó en un runrún inquieto. Quienes habían permanecido en silencio quisieron percibir el estruendo de sus propias voces al aire libre, como hacía tiempo que no ocurría. Los que se habían atrevido a hablar en susurros perdieron el miedo a la novedad, a la incertidumbre. Por un momento, parecieron olvidar qué suponía en realidad poder alzar la vista al cielo, sentir las tímidas corrientes de aire acariciar sus mejillas, revolver sin violencia sus cabellos descuidados.

Luego se escuchó la sirena. Se impuso a todo lo demás: las voces se acallaron como si una hoz invisible las hubiese segado con un golpe seco. De manera inconsciente, los sesenta y cinco cuerpos se aproximaron entre sí, igual que una hueste poco disciplinada que buscase replegarse. Las puertas de acero, pesadas, volvieron a abrirse con la misma lentitud con que lo habían hecho minutos antes para dejar paso a los dos autobuses que los habían trasladado hasta allí. Varios furgones oscuros, con las luces blanquiazules en rotación pero apenas perceptibles bajo la fuerza del sol, accedieron al recinto flanqueados por caballos que avanzaban a un trote bien marcado.

La sirena se acalló, aunque su eco flotó en el aire durante varios segundos en los que nadie se atrevió a prender de nuevo la mecha del murmullo. Solo el relincho de un caballo, aquietado por el policía que lo montaba, hendió el silencio. De todos los furgones descendieron con organización y presura distintos cuerpos uniformados, distintos rostros dispuestos a no fijar su mirada en nada que no fuese el horizonte. De uno de los vehículos, tras el círculo formado con rapidez por los trajes reglamentarios, se apearon dos figuras que se movían a un ritmo distinto. El director sostenía en su mano una carpeta, mientras sus ojos sí se atrevían a repasar sin mucha atención a todas las personas que se concentraban frente a ellos, más allá de los agentes. La ministra, con un semblante neutro, avanzaba un paso por detrás del director, solo porque no podía prever con total acierto sus movimientos. No le

habría importado tener al director a sus espaldas, ser ella quien tomase la iniciativa. Pero no dijo nada.

—Buenas tardes a todos. —El director se detuvo a varios metros de la masa expectante, que permanecía rodeada por el cuerpo policial desplegado, y en torno a la cual los caballos se desplazaban con serenidad.

—Aquí atrás no se escucha —rugió una voz casi gutural.

—No voy a extenderme —continuó el director, haciendo caso omiso de la protesta.

Sin embargo, su diálogo se vio de nuevo interrumpido por el ruido de las puertas al iniciar el proceso de cierre. Tanto él como la ministra se giraron para ver qué ocurría. Desde la torre de vigilancia, que se alzaba a unos treinta metros de distancia de la entrada, alguien hizo señas hacia la parte exterior de los muros que conectaba con la abertura. Allí, una multitud equipada con micrófonos, cámaras y otros artilugios se removía ante un par de agentes que parecían tener problemas para contenerla.

La ministra recobró la compostura. El director meneó la cabeza. Luego abrió la carpeta y extrajo unos papeles que procedió a leer, sin perder un segundo más. En cuanto las puertas se hubieron cerrado por completo, alzó la voz.

—Todos, sin excepción, habéis sido informados en repetidas ocasiones de las pautas a seguir durante este proceso. Desde el momento en que firmasteis de manera voluntaria el formulario para acceder al traslado se os ha provisto de copias donde, de forma detallada, se enumeraban las obligaciones y condiciones a las que estaréis sujetos durante los próximos noventa días.

—Noventa días… Yo prefiero decir tres meses —musitó uno de los miembros de la masa a otro, que giró la cabeza lo justo para dedicarle una mirada silenciosa—. ¿Tú de qué hotel vienes?

El ademán tan sigiloso como expresivo que uno de los cuerpos uniformados hizo con el fusil que sostenía acalló la voz del curioso. Su silencioso acompañante, sin embargo, retó con la mirada a quien empuñaba el arma.

—Debe quedar claro lo siguiente —prosiguió el director—. En primer lugar…

—¡Vete a la mierda, psicópata!

El director continuó leyendo la hoja, a pesar de que a ese primer bramido se unieron varios más. Los caballos trazaron círculos más veloces alrededor de la masa, que parecía haber cobrado vida. Los cuerpos uniformados se tensaron, algunas manos agarraron con más vehemencia los fusiles y porras que los acompañaban. La ministra echó un vistazo a su compañero, cuya voz parecía diluirse por momentos en medio de un vocerío creciente.

—¡Sois unos putos enfermos! ¡Habría que meteros a vosotros aquí!

—¡Nos estáis condenando a muerte!

Voces agudas, histéricas, roncas. De pronto, todas querían participar, romper la capa de silencio que en un primer momento las había aturdido, aplacándolas. Por esas gargantas trepaba rápido el odio, la disconformidad, la amenaza. También el miedo, la incertidumbre, la ignorancia. En algunas de las voces que quedaban sepultadas por las de mayor proyección podía descubrirse un matiz de súplica.

El director trató de continuar hasta el final, pero su discurso se hizo inaudible. Cerró los ojos, en un acto involuntario, cuando la primera porra golpeó la carne desnuda de un brazo que se agitaba en el aire. Odiaba tener que ser quien se quedase observando, sin participar. Echaba de menos los años en que le correspondía tomar la iniciativa, hacer frente. Educar en la importancia de la subordinación.

Prestó atención a lo que la ministra le decía. Su tono sosegado contrastaba con el acento de preocupación mal camuflado en su rostro.

—Creo que sería un momento apropiado para irnos.

—Se supone que debemos supervisar el correcto asentamiento de todos.

—Tendríamos que hacerlo si pusiesen de su parte —señaló ella—. La prensa ya tiene lo que quiere: hemos hecho las declaraciones pertinentes y han podido grabar la entrada de los autobuses en la aldea.

El director miró a los ojos de la mujer que luchaba por mantener la compostura. Quedaba claro que no le gustaban aquel tipo de confrontaciones. Era una persona firme, de presencia destacada, pero bregada en otro tipo de terrenos. El suyo no era un papel que representar ante una marabunta tan voluble. Se debía a los micrófonos, a las preguntas retorcidas, sabía salir indemne de cualquier emboscada con apariencia de rueda de prensa. Pero un corro de periodistas adictos al mejor titular nada tenía que ver con decenas de presos empujados a protagonizar una prueba sin precedentes.

El director iba a proponerle que regresase al furgón policial; después de todo, la responsabilidad de garantizar el establecimiento de la masa no era de ella, sino suya. Entonces la primera piedra impactó contra la luna de uno de los vehículos. El vidrio se agrietó, sin fragmentarse. Otros dos pedruscos siguieron al primero. El ruido de esos impactos se entremezcló con el de las porras que empezaron a buscar con avidez carne.

Al distinguir varias manos más tanteando el terreno polvoriento, en busca de nuevo material que convertir en munición, el director dirigió un rápido vistazo a uno de los policías más cercanos. Solo necesitó

asentir para que el dispositivo se pusiese en marcha. Dos agentes flanquearon a la ministra.

—Será mejor que yo me encargue de esto —sugirió el director—. Quizás no sería mala idea que concediese un par de preguntas más a los buitres de ahí afuera. Eso los mantendrá distraídos mientras el río vuelve a su cauce.

En menos de dos minutos, el vehículo se retiraba a través de la abertura estrecha que dejaron las puertas de acero. En el exterior quedaban todavía algunos reporteros que no dudaron en acercarse al furgón al ver que las puertas se volvían a cerrar, negándoles el acceso a una estampa que sin duda les habría hecho reactivar su instrumental.

La ministra accedió a bajar para atender algunas demandas lanzadas sin mucha concreción. Los profesionales de la información habían dado ya por finalizada su tarea, tan solo permanecían en la zona con la esperanza de olfatear un rastro de sangre. No esperaban que el pedazo de carne les fuese ofrecido de manera voluntaria. Pero, por encima del colosal muro de piedra que rodeaba la pequeña aldea, por encima de las gruesas puertas que marcaban la única vía de entrada o de salida, un murmullo creciente parecía querer trepar hasta alcanzar el exterior.

La ministra se empleó a fondo para retener la atención de los periodistas. Conocía a la perfección cuáles eran las palabras clave, las expresiones adecuadas para remarcar un titular o encabezar un montaje. Pero ni siquiera su destreza fue suficiente para camuflar el grito que llegó hasta sus oídos. Ella, al igual que los periodistas, giró la cabeza hacia las hojas de acero que se erguían como guardianes impasibles. A pesar de su eco amortiguado, la frase se alzó de nuevo en el aire. «¡Nos vais a matar a todos!».

Devolviendo la atención adonde correspondía, rezó por que los micrófonos de los periodistas no hubiesen recogido aquel aullido apagado. Rezó también por que aquella frase no se convirtiese en una premonición.

Día 2

La primera luz del día se coló en el dormitorio a una hora temprana. Era difícil precisarlo sin un reloj a mano, pero el silencio que se extendía fuera señalaba que los nuevos habitantes debían de estar envueltos todavía en algún sueño profundo. Muchos de ellos se habían acostado tarde. Desde la ventana de ese segundo piso había podido oír el vocerío hasta bien entrada la noche. Se habían formado distintos grupos, no muy numerosos, en torno a la plaza empedrada que coronaba la imagen de un cristo esculpido en piedra. La cruz se elevaba solitaria como único faro de la aldea. Como único elemento capaz de señalar aquella tierra olvidada.

No había conseguido dormir. Apenas un par de horas en una duermevela inquieta, más de lo habitual. Se había acostado sobre la cama de muelles chirriantes y había permanecido inmóvil, en la misma postura, buena parte de la noche. Con la ventana entreabierta, para no perder la pista a las voces que llegaban desde la plaza, en mitad de la oscuridad. Su oído izquierdo, pendiente de aquello que provenía de fuera; el derecho, atento a cualquier ruido surgido en el interior de la casa.

Se había acostumbrado en las últimas semanas a dormir en compañía de otro cuerpo desconocido, a compartir un útero asfixiante con alguien que no era su gemelo. No había sido fácil. Pero durante las largas horas de esa primera noche había echado de menos la desnudez de la celda. No escuchar la respiración profunda de su compañero le inquietaba. Sabía que había otra presencia en la habitación al fondo del pasillo, en la misma planta de esa casa que le había traído recuerdos de los veranos en el hogar de sus abuelos. Pero no podía escuchar su respiración. La confirmación de que dormía. Eso le inquietaba.

Pensó, con esa primera luz del día, en lo que les esperaba. Volvió a repasar cada detalle desde que, de manera organizada, subieron a los dos autobuses. Sesenta y cinco reclusos trasladados desde distintas penitenciarías del país a la capital, donde habían iniciado un trayecto de casi dos horas hasta la aldea que, de alguna manera todavía inimaginable, debía pertenecerles durante los próximos tres meses. O a la que debían pertenecer, más bien. Se había acostumbrado a poseer todo aquello que pudiese, aun de manera figurada. Era uno de los

hábitos que se adquiría con más naturalidad en la cárcel. La escasez de posesiones obligaba a aferrarse a todo aquello a lo que uno pudiera referirse como «mío».

Regresó, en el sopor del desvelo, al momento en que tuvieron conocimiento del proyecto. El juez de vigilancia penitenciaria lo había llamado así en un principio, para luego hablar de estudio, de prueba, hasta que el director de la penitenciaría había tomado la palabra para dar con el término que mejor se ajustaba a los intereses de unos y otros: oportunidad. Con esta palabra, había logrado captar la atención de quienes se mostraban indiferentes y acallar a aquellos que desde el primer segundo habían respondido con agresividad a la propuesta.

Les habían proporcionado la información de manera dosificada. Por momentos parecían estar ante la oportunidad de disfrutar de una estancia en un resort paradisíaco, lo que en muchos despertaba recelo y discordia. Acostumbrados a quejarse por el trato cotidiano que recibían, aquella noticia insólita les provocaba tanto temor como atracción. Sus gestos, sus reacciones, recordaban a los propios de un perro que se muere por tocar a un ser vivo más pequeño sin llegar a dar más que brincos nerviosos y ladridos exasperados a su alrededor.

Él se había mostrado más reservado. Quizás por ser todavía uno de los nuevos, por no haberse integrado por completo en aquella atmósfera, había acogido la información sin saber muy bien qué hacer con ella. No le parecía que fuese con él. Un anuncio así debía ir dirigido, en todo caso, a aquellos que pertenecían a un estrato superior. Él no era más que un inquilino de alquiler, recién llegado, en una comunidad de vecinos donde todos eran propietarios.

Sintió el crujido de la madera en el pasillo y todos sus músculos se tensaron. La cama emitió un pequeño chirrido con su reacción. Pasos. Contuvo el aliento, mientras los latidos le batían sin piedad en la sien. Más pasos. Se vació de aire al comprender que el otro ocupante bajaba las desvencijadas escaleras que conducían al piso inferior. Permaneció tieso todavía un rato, en posición de alerta. Así había pasado sus primeras noches en la celda, hasta que, poco a poco, los músculos hicieron caso omiso de las señales de pánico que el cerebro enviaba. El cuerpo necesita gozar de cierta autonomía para evitar un colapso.

Se irguió con cautela, la cama hacía demasiado ruido. Se asomó a la ventana: desde aquel ángulo podía ver parte de la plaza, a lo lejos, y varias casas a su alrededor de aspecto casi idéntico a la que habitaba. Construcciones humildes, revestidas de piedra, con los tejados de pizarra que empezaban a resplandecer según la luz del sol asomaba con mayor determinación. Habían hecho con ellas un trabajo de reforma sencillo pero eficiente. Podía imaginar el estado en que se hallaban aquellas viviendas abandonadas antes de que alguien las hubiese sugerido como emplazamiento ideal para demostrar a la

sociedad que un amplio grupo de presidiarios era apto para la reinserción social. O merecedor de castigos mayores a los que había sido sentenciado.

Tardó un rato en decidir qué hacer. De la planta baja le llegaban algunos ruidos aislados. Tenues, intermitentes. El otro parecía recorrer la casa, averiguar qué había y qué no en sus entrañas, cosa que ninguno de los dos había resuelto hacer el día anterior. Tras el traslado, muchos de los presos habían amagado con impedir el asentamiento en la aldea. La trifulca había durado unos minutos, los justos para entender que el peso de las porras caería sobre todo ellos hasta aplacar su ánimo de revuelta. Como consecuencia, el proceso de acomodación había sido un tanto atropellado. Los miembros de la comitiva de vigilancia, junto con el cuerpo policial, los habían asignado a las viviendas con prisa y sin ofrecerles apenas referencias sobre lo que debían hacer una vez en ellas. Aunque, en realidad, ya lo sabían. Les habían entregado a cada uno un bocadillo y una pieza de fruta. La mañana siguiente entrarían en vigor todas las normas.

Repasó la bolsa de tela con las escasas pertenencias que había podido reunir. La habitación contaba con un armario que le parecía absurdo, casi un gesto de burla. A la mesa de noche, sin embargo, sí podría darle algún uso. Dejó sobre ella el libro que había solicitado llevarse a la aldea. Pensó en sacar también las fotografías, pero decidió dejarlas en el fondo de la talega.

Abandonó la estancia con paso cauteloso. El suelo crepitaba incluso con las corrientes de aire, era una de las partes originales de la vivienda que no habían acondicionado. Descendió las escaleras con sigilo, concentrado en ubicar lo antes posible al otro. La planta baja se dividía en dos estancias principales, amplias: la cocina y una sala de estar donde apenas llegaba la luz exterior. En un apartado, casi inapreciable, había un aseo, mucho más pequeño que el cuarto de baño de la planta superior que separaba los dos dormitorios.

Escuchó un ruido a su izquierda y apretó los puños. No vio a nadie hasta que se adentró en la cocina. Parte del mobiliario era también el original de la casa: alacenas de cristal rayado y madera gastada, armarios bajos con alguna de sus piezas desencajadas. El otro se estiraba en ese momento para alcanzar a ver el contenido de una balda superior. No pareció reparar en su presencia, o concederle importancia, hasta comprobar que sobre la balda no había más que una gruesa capa de polvo arenoso.

—Nos vamos a tener que apañar con poca cosa —gruñó, mientras se acercaba a una hornacina en la que se distinguían varios botes de plástico. Destapó uno de ellos para olerlo—. Lo básico: aceite, vinagre y nada más.

Examinó en silencio a aquel hombre de ceño fruncido. Su voz

sonaba áspera pero no agresiva. Eso era un alivio. Había aprendido a reconocer algunos de los tonos que se empleaban en la cárcel; más que los tonos, su significado. Por lo pronto, ese hombre que aparentaba tener unos cuarenta años y mostraba una gran preocupación por el poco material que tenían a disposición no parecía encajar en el perfil de los «peligrosos». Su cuerpo escuálido suponía también una buena noticia. No contaría con ventaja en un hipotético duelo cuerpo a cuerpo.

—Se supone que esta mañana nos entregarán más cosas.

El hombre lo observó por primera vez. Tenía una mirada desconfiada, aunque tranquila. Una fina mata de pelo plateado, algo grasiento, le lamía el cuello. El mono naranja parecía quedarle algo grande, en algunos de sus movimientos más resueltos podía escucharse la fricción de la tela contra su carne.

—Lo que nos van a entregar es una lista de obligaciones que pondrá de muy mal humor a algunos. Así que estaría bien encontrar en esta maldita casa algo más que un par de botecitos de aceite y vinagre.

El hombre trasladó la búsqueda a la sala de estar. Descorrió la cortina que ocultaba la única ventana que tenía la estancia, aunque la habitación apenas ganó iluminación. Allí no había más que una mesa de centro con un par de sillas, una lámpara de aceite, una butaca impoluta que desencajaba en aquel marco y una discreta estantería repleta de libros. El hombre se acercó a esta última. Cogió algo que analizó con meticulosidad. Volvió a mirarlo, una sonrisa asomaba a su rostro.

—Esto podría ser útil. Podría ser útil —remarcó, hojeando la revista de crucigramas ya sin mucho cuidado, tras asegurarse de que estaba sin estrenar—. Estupendo. Tendrá su valor para trueque.

Enrolló la revista y la embutió en el bolsillo de su uniforme.

—¿De qué me sirves tú?

La pregunta lo cogió desprevenido. El hombre volvía a dedicarle su atención, con una curiosidad que no había manifestado hasta entonces. Apretó los puños instintivamente, una vez más. No había razón por la que inquietarse. Aunque eso, en realidad, nunca podía saberse con seguridad.

—¿A cuántos conoces? —volvió a preguntar, haciendo un gesto hacia la ventana.

—¿Eh?

—De nuestra comunidad de vecinos. ¿Con cuántos compartías *maco*?

Antes de responder, trató de valorar qué podía ganar o perder al revelar esa información. Creía intuir por dónde quería moverse el hombre, pero era vital no dar un paso en falso.

—A dos o tres —mintió, poco contundente—. No sé muy bien dónde los han ubicado.

—Venga, pórtate, que somos compis de piso. Dos o tres es poco preciso. ¿De dónde venís?

—De una de las más grandes —respondió, decidido a jugar con precaución sus cartas.

El hombre soltó una carcajada nasal. Meneó la cabeza, el cabello apenas se despegó de su cuello. Se desplazó de nuevo hasta la cocina y miró por la ventana, aquel ángulo ofrecía unas vistas más completas del exterior. Desde allí se podía contemplar el camino empedrado que conectaba unas casas con otras. También la fachada de aquellas más próximas, y la cruz de la plaza a lo lejos.

—Me llamo Darío —dijo, al ver que el hombre parecía haber agotado el diálogo.

—Cristóbal. ¿Cuánto tiempo acumulado?

Se había equivocado. El hombre no había saciado su curiosidad.

—Ingresé hace dos meses.

Cristóbal volvió la mirada. El brillo en sus ojos le hizo apretar los dientes. Había escogido una mala estrategia: decir la verdad. Se daba cuenta, tarde, de que tendría que haber mentido.

—Dos mesecillos, y no habrás ni cumplido los treinta… Jesús, carne de cañón.

—¿Y tú? —se apresuró a preguntar.

—¿Alguna alianza con los de tu hotel? —inquirió Cristóbal, ignorando su pregunta. Se aproximó un par de pasos—. ¿Hay algún *kie*?

Tragó saliva. Fue incapaz de ocultar su gesto de incomprensión, algo que pareció avivar el ánimo de Cristóbal. Se acercó varios pasos más, hasta casi pegar el rostro al suyo. Sabía que no debía bajar la mirada, por nada del mundo debía romper el contacto visual, pero lo único que deseaba hacer en aquel momento era abandonar la casa. Salir corriendo, alejarse. La sangre le bombeaba con violencia, un calor incómodo y pegajoso le resbalaba por la nuca.

—Dime, ¿por qué metieron a un muchachito como tú en la trena?

—Homicidio.

Vio cómo las pupilas de Cristóbal se dilataban. Su gesto ladino pareció congelarse en un rictus. Podía sentir el aire caliente salir por las fosas nasales del hombre hasta acariciarle la piel de la cara. Era desagradable, pero no se movió un centímetro. Esperó a que la reacción llegase desde la otra parte.

Cristóbal se apartó un par de metros, desvió la mirada hacia un punto impreciso de la pared recién pintada de blanco, lo que apenas lograba disimular las grietas del tabique.

—Entonces, ¿hay algún *kie* entre los tuyos? —insistió, aunque el

tono resultó menos soberbio. Al ver que no obtenía respuesta, añadió —: Me refiero a si alguno es capo, líder. Alguien que lleve la batuta.

—No, creo que no.

Asintió en silencio. Luego se acercó, una vez más, a los botes de plástico.

—Me condenaron por estafa. Veintitrés meses de carrera, y otros tantos que me quedan. O me quedaban —se corrigió, y volvió a dedicarle una sonrisa—. Ahora se supone que solo faltan ochenta y nueve días.

—¿Te anularán toda la condena?

—Dejemos esa parte a jueces y abogados, no sería justo robarles la diversión. Escucha: la revista y los botes los he encontrado yo. Son míos. Pero si tú encuentras algo de valor en esta choza, no tendré problema con que te lo quedes.

Sin darle oportunidad de réplica, Cristóbal cruzó la cocina y desapareció. Lo oyó subir las escaleras. Se quedó allí abajo, solo, un largo rato. Se acercó a la ventana, la luz empezaba a bañar la aldea entera. Afuera se podían escuchar los primeros ruidos. Retiró el pasador y dejó que el aire entrase. Con él se coló también el canto ligero de algunos pájaros. Corría una suave brisa que se apagaría en un par de horas. La primavera en aquel lugar parecía ser una estación soportable, de clima cálido. La melodía de las aves que no alcanzaba a ver sobre su cabeza le resultaba extraña. En la cárcel podían salir al patio, no estaban privados por completo del exterior. Pero allí no se oían pájaros. No se oía nada que no fuese sus propias voces, sus propios ruidos, y el zumbido ocasional de algún avión a lo lejos.

La sirena sonó una hora más tarde. Se sobresaltó, la alarma se propagaba con una potencia a la que tendría que acostumbrarse. Era un sonido grotesco en mitad de la paz que, hasta ese momento, parecía respirarse en toda la aldea.

Esperó hasta ver los primeros cuerpos de uniforme naranja descender por el camino empedrado. La mayoría desfilaban en soledad, silenciosos. Solo en un par de ocasiones vio a algunos presos dirigirse a la entrada del lugar hablando entre ellos. Cristóbal bajó con estrépito las escaleras de madera, que aullaron como si sufriesen un dolor insoportable. Al alcanzar la puerta, le dirigió la mirada y le hizo un gesto con la cabeza, invitándolo a salir, aunque no esperó por él.

Recorrió el camino solo. Veía avanzar a algunas personas delante de él, podía sentir a otras siguiendo sus pasos. El cielo estaba despejado. Contemplarlo, tan vasto, inconmensurable, lo ayudó a relajarse. El canto de los pájaros se había diluido, acallado quizás por la presencia de esos nuevos vecinos. Quedaba, una vez más, el ruido que producía el ser humano sobre todo lo demás.

Un grupo de vigilantes desfilaba por el portón, a través del espacio

justo para que pudiesen acceder de a uno los distintos miembros de seguridad. En cuanto estuvieron dentro todos, desplegados frente a los presos que empezaban a apelotonarse sin método, las hojas de acero se abrieron más.

Entraron dos camionetas con remolque que se detuvieron a corta distancia del personal de vigilancia. De ellas bajaron varias personas para desdoblar unas mesas de plástico que quedaron alineadas en perfecta simetría. Momentos después, la superficie de las mesas quedó sepultada bajo distintas cajas de cartón cuyo contenido no quedaba por completo al descubierto.

Algunos presos comenzaron a acercarse, movidos por la curiosidad o por el ansia, a las mesas desplegadas, pero los agentes de seguridad dieron un paso al frente para frenar la iniciativa.

En cuestión de pocos minutos, la operación quedó resuelta. Ante el runrún que crecía entre los reclusos, los altavoces de la torre de vigilancia exterior emitieron un débil chasquido.

—Buenos días, les habla el juez de vigilancia penitenciaria —pregonó una voz seca—. Les anuncio, para quienes no lo sepan, que son las diez de la mañana. Esta es la hora establecida para que cada lunes, al igual que hoy, se haga efectivo el reparto semanal de bienes. Repetiré la información que ya han recibido: todos —remarco, todos— recibirán la misma cantidad de productos alimentarios y de primera necesidad. No quiero una sola queja al respecto, por la simple razón de que no será atendida.

Algunas voces se alzaron en señal de protesta, abucheos estériles que podían o no llegar hasta la torre. Desde donde estaban los presos se distinguía la figura del juez, de pie y con el micro en mano, junto a la de otras tres o cuatro personas sentadas. No se discernía la cara de ninguno de ellos a través del cristal.

—Por si alguno se ha levantado desorientado, les recuerdo que no son libres. Nada ha cambiado. Son ustedes criminales. Tal como los juzga la ley, tal como los juzga la sociedad.

—¡Ahí te equivocas! —bramó uno de los presos, sin ni siquiera mirar hacia la torre—. ¡Tenemos a la gente de nuestra parte!

—Tendrán que racionar todo aquello que les ofrecemos —continuó el juez—. Y podría soltar un largo discurso acerca de lo conveniente que resultaría evitar disputas por lo que es de unos y de otros, pero creo que ya lo saben bien a estas alturas. Depende de ustedes, solo de ustedes, salir beneficiados.

—¡Beneficiado quedarás tú cuando te rompa el culo!

Algunos presos intercambiaron impresiones con otros. Miró a su alrededor: le costaba acostumbrarse a ver tantos monos de ese color naranja tan estridente, de la misma manera en que le costaba encajar que estuviesen al aire libre, sin esposas, pisando un suelo arcilloso.

Había sido una noche larga, y sin embargo tenía la sensación de que los autobuses acababan de dejarlos en la aldea. De que acababan de llegar a la que sería su prisión, su hogar, su territorio exclusivo durante los próximos tres meses.

Uno de los vigilantes hizo sonar un silbato. Con una economía admirable de gestos, les indicó que formasen una fila para empezar con el reparto. Algunos reclusos se apresuraron con la intención de ser los primeros. Vio cómo esos mismos se hacían a un lado cuando dos hombres rapados, de aspecto simiesco, se acercaron a ellos. Un paso por detrás de ellos se movió con total indiferencia la figura de un hombre más bajo, menos robusto que sus dos secuaces. No pudo ver bien su cara desde el lugar que trataba de ocupar en la fila. Recibió un par de codazos y optó por dejar que la gente se colocase delante. Se les asignaría a todos la misma cantidad, no tenía sentido pelearse por conseguir sitio. Le hizo un gesto inocente a cuatro personas que quedaban tras él, invitándolos a unirse a la hilera.

—No es necesario, muchas gracias —dijo el mayor de ellos—. Nosotros somos los lastimeros de las alergias e intolerancias.

Le llamó la atención la calma con la que hablaba aquel hombre. También su edad. Debía de rondar los ochenta años. Su rostro surcado de arrugas resultaba amable, pacífico, al igual que el flujo de sus palabras. En torno a él, dos hombres y una mujer parecían esperar con menos ánimo.

La fila avanzó con diligencia, pronto llegó su turno. Lo primero que le entregaron fue una bolsa de tela como las que les habían proporcionado para acarrear sus pertenencias. En ella metió cada producto que le adjudicaban según se desplazaba de mesa: un envase de harina, otro de arroz, un bote de garbanzos, varias latas de conservas, pan de molde… Llegó a la última de las mesas, donde recibió un par de piezas de fruta, con la bolsa casi a rebosar. Se la echó a la espalda, consciente de que, a pesar de su peso, era una cantidad exigua para alimentarse durante una semana entera.

—Disponen de comida suficiente para que el rugido de sus tripas no se convierta en compañero inseparable. —La voz del juez reapareció con fuerza—. En cualquier caso, los de apetito más exigente saben qué pueden hacer para calmarlo. Tienen ubicado en el muro, junto al portón, un cartel con las indicaciones pertinentes y su lista de quehaceres mensual, dividida por semanas. Lo bueno de que esto sea un discurso y no un diálogo es que no tendré que soportar sus preguntas redundantes y sus protestas quejumbrosas. —Se escucharon varias risas apagadas, de fondo, durante los escasos segundos en que la voz del juez se evaporó—. Repito, está todo señalado en el cartel. Esas serán las normas a seguir durante el primer mes. Si es que desean salir de aquí en algún momento. Vivos, me refiero.

Vio cómo el guardia superior, que se interponía entre los presos y los compañeros que recogían las mesas para devolverlas a los remolques, alzaba la vista hacia la torre de vigilancia. Su gesto contenido parecía camuflar un reproche. Pero no tuvo tiempo de confirmarlo.

Un empujón lo puso en alerta. Estuvo a punto de perder la bolsa, pero se tranquilizó al comprobar que solo se trataba de algunos presidiarios que se aproximaban al trote hasta el cartel fijado en el muro de piedra cobriza.

—Las actividades que dependen estrictamente de ustedes —prosiguió el juez— se respetarán según los horarios y fechas ahí reflejados. Más les vale tenerlo en cuenta. Y no se olviden de la más importante.

Reparó en algunos de los guardias, que ya habían terminado de recogerlo todo y aguardaban en bloque el momento de salir y dejarlos de nuevo solos. Una de las agentes uniformadas bajó la vista. Otro de sus compañeros, inquieto, miraba de un lado a otro, expectante ante las palabras que resonaban sobre sus cabezas.

—El recuento se efectuará cada mañana a las diez. Sin excepción.

El rumor que recorría la entrada de la aldea pareció debilitarse durante unos segundos. Un escalofrío le bajó por la espalda, la bolsa de tela se estremeció con él.

—Puede haber un hurto, aunque no lo recomiendo. Puede haber una trifulca, aunque no lo recomiendo. Puede haber huesos rotos, aunque tampoco lo recomiendo. Pero si de verdad le tienen aprecio a sus vidas, por insignificantes que estas sean, más les vale a todos que no se produzca una sola muerte. Es sencillo, ya lo saben: tres meses sin muertes equivalen a una reducción de condenas para todos. Una sola muerte, una sola, y les faltará tiempo para arrepentirse.

Hubo un cruce de miradas general. Ojos encontrándose con ojos, conscientes de que cualquier desconocido podría cobrar un protagonismo que lo cambiase todo. El más corpulento, el más enclenque, el más astuto, el más temeroso… Cualquiera podría acabar con la oportunidad que les había sido concedida. Cualquiera podría convertirse en una bomba de relojería y hacer estallar aquella aldea, con todos dentro.

—Por cierto, aunque algunos ya lo sabrán, mi nombre es Julián Villanueva. Para que sepan al menos en los muertos de quién cagarse durante este tiempo.

Esta vez el sonoro clic de desconexión privó a todo el mundo de escuchar las risas ahogadas que sin duda se habrían vuelto a reproducir de fondo. Los murmullos recobraron su protagonismo, la agitación se posó de nuevo sobre el terreno de arcilla. Las puertas de acero se abrieron mientras las camionetas se ponían en marcha. Un

minuto más tarde, se cerraron tras ellas.

—Más te vale tener un poco de cuidado.

Se giró para encontrarse con la mujer que había permanecido a la espera junto al autodenominado grupo de los «alérgicos». Debía de tener cuatro o cinco años más que él, o eso parecía indicar su cara suspicaz. La tez morena se unía al acento cadencioso como prueba irrefutable de su exotismo. La mujer miraba entre sus piernas, y al seguir la dirección descubrió el surtido de embutidos que se le había caído de la bolsa. Se apresuró a recogerlo y devolverlo a su lugar.

—Gracias. No me había dado cuenta.

—Y no te habrías dado cuenta si yo no te hubiese dicho nada, por lo que esa comida sería para mí. Es justo que nos la repartamos.

Permaneció en silencio. Le mantuvo la mirada. No eran más que unas rodajas de salchichón y unas lonchas de jamón, pero no podía ceder nada más haber recibido su parte. Podía haber otros presos atentos alrededor, interesados en comprobar si era una presa fácil, alguien de quien obtener cualquier cosa con poco esfuerzo.

—Es broma. —La mujer sonrió, se puso en marcha—. Me llamo Camila.

Decidió alcanzarla, dejando una distancia prudente entre ambos.

—Soy Darío. Y gracias de nuevo. Quizás pueda invitarte un día a un arroz a la cubana, aunque sería el primero que preparo.

—No tienes mucha idea de acentos, ¿verdad? —respondió, y soltó una carcajada. Era una risa fuerte, aunque tenía encanto—. Venezolana, no cubana. Pero buen intento.

Sonrió para señalar que aceptaba la derrota. Dejaron atrás la entrada arenosa, las piedras del camino principal aparecieron bajo sus pies. Vio cómo un preso, con un par de bolsas de tela en la mano, se acercaba a un pequeño grupo que iba por delante de ellos para decirles algo que no alcanzó a oír. Uno de los componentes del grupo hizo un aspaviento que detuvo en cuanto la mano del otro le sujetó con firmeza el brazo. Tras mirarse entre sí, empezaron a rebuscar en sus bolsas.

—Ocurre algo.

Lo dijo en señal de advertencia, a pesar de que Camila permanecía igual de atenta a la escena. Pero la mujer ni redujo el paso ni pareció concederle mayor importancia. Se debatió entre seguirla o detenerse. La idea de quedarse solo no le convenció.

El hombre dejó proseguir al grupo y ralentizó el paso lo suficiente como para que ambos le diesen alcance. No se detuvo, solo aminoró la marcha y se situó a su altura.

—Vais a tener que darme algo de cada una de vuestras bolsas.

Sintió la necesidad de protestar. Al contrario que la de Camila, esa demanda iba en serio.

—Si no te importa, será una manzana. Soy intolerante al gluten, necesito los productos envasados que me han dado —argumentó Camila.

El otro se encogió de hombros. Su mirada zafia se clavó en él. No pudo con la amenaza que veía reflejada en ella.

—Tú, ¿qué? No tengo todo el día.

Respiró con calma, rebuscó en la bolsa y no perdió más tiempo. Le extendió el surtido de embutidos, que el otro le arrebató sin mediar palabra. Camila le dio su manzana, y un segundo después el hombre retomaba su camino, dejándolos atrás, para acercarse a los siguientes que avanzaban tras ellos.

—Nos está robando a todos —observó, molesto—. Va a tener demasiados enemigos a los que hacer frente.

—No nos está robando, nos está exigiendo —replicó Camila—. Y no son para él. Seguramente le dejen una o dos cosas, las más insípidas. Me arrepiento de no haberme quedado con tus embutidos, viendo lo que te han durado.

—Ahora sé que no renunciaste a ellos por bondad, sino por intolerancia.

Camila sonrió.

—Pero me habrían venido de perlas para no perder una manzana. ¿Cuánto tiempo hace que te ingresaron?

—Parece ser una pregunta muy importante por aquí —dijo, mientras valoraba la conveniencia o no de ser sincero con ella—. Dos meses.

—Eso no es posible. No tienes por qué contármelo si no quieres.

—Dos meses, es la verdad.

Camila acentuó su rictus de suspicacia. No lo miró directamente, se limitó a dejar atrás el primer grupo de casas al que el camino empedrado conducía desde la entrada de la aldea.

—Si vas a mentir, algo a lo que no me opongo, procura que no te pillen nunca.

Iba a replicar, pero ella apretó el paso.

—La mía es una de las viviendas que queda al otro lado de la plaza —añadió—. Encantada de conocerte, vecino.

Cenaba en la sala de estar, casi a oscuras, cuando sonaron los dos golpes en la puerta. Antes se había acercado a la cocina, pero Cristóbal estaba sentado ya a la estrecha mesa de madera que había allí, concentrado en dar cuenta de unos espárragos y un revuelto de champiñones. Lo había oído revolver y utilizar alguna sartén, que ocupaba junto con otros utensilios el fregadero. Le preguntó si no le importaba que se sentase con él a la mesa, pero solo obtuvo silencio como respuesta. Se fue a la sala, molesto consigo mismo por haber

cedido a la indiferencia de su compañero. Aquella casa era de ambos, no tenía ni por qué haber preguntado. Solo trataba de ser amable. Y eso le había costado una derrota silenciosa que podía marcar un precedente.

Paró de masticar nada más producirse el primero de los golpes. Tras el segundo, dejó sobre el plato de porcelana el sándwich que se había preparado. Fuera había anochecido, y podría decirse que dentro de la casa también. Las viviendas no disponían de electricidad, aunque se pudiesen encontrar varias tomas de corriente repartidas por distintos rincones. El Gobierno lo había decidido así, quizás para ahorrar costes, quizás para complicarles más la convivencia. La llama trémula de un quinqué apoyado sobre la mesilla creaba un juego de sombras en el espacio desnudo, y de la cocina no llegaba más que el resplandor de varias velas cuya luz bailaba al son de una melodía muda.

Los dos golpes se repitieron, con mayor intensidad. Con mayor urgencia. Se levantó de la butaca sin hacer ruido justo en el momento en que Cristóbal aparecía y se dirigía hacia la puerta. Cruzaron una mirada. Estaba tenso, aunque su paso parecía decidido.

—¿Quién es?

—El Anticristo —rugió una voz al otro lado, y una risa de niño pequeño la secundó—. En cinco minutos en la plaza.

Cristóbal pareció dudar unos segundos. Agarró el tirador de la puerta y abrió. Dos figuras se alejaban hacia el porche de la casa de enfrente. Reconoció a una de ellas, el hombre que esa misma mañana le había obligado a entregar parte de su comida. Su acompañante se volvió y con un gesto seco de cabeza les indicó el camino a la plaza. De allí provenía un fulgor extraño, atrayente y al mismo tiempo inquietante.

—Supongo que no nos queda más remedio —musitó Cristóbal, y salió al exterior.

Otra gente abandonaba las casas en mitad de la oscuridad. Se dirigían en silencio hacia la plaza. Se escuchaba el ruido de sus pasos; en aquellos puntos donde las viviendas estaban más próximas se reproducía un eco acentuado de las pisadas sobre la piedra, que repiqueteaba contra las fachadas revestidas de granito y madera.

Nada más entrar en la plaza vio la hoguera que crepitaba en el centro. En torno a ella se concentraban los nuevos habitantes, de manera irregular: unos solos, otros en pareja, algunos en pequeños grupos. Buscó a Cristóbal a su alrededor pero no lo encontró. Divisó a Camila al otro lado del fuego, acompañada de varias personas, entre ellas el anciano. Centró su mirada en la hipnótica cadencia de las llamas. No sabía de dónde habían sacado aquella cantidad de leña, ni quiénes lo habían hecho. Estaba rodeado por rumores, cuchicheos. A

esas horas corría una suave brisa, suficiente para erizar la carne de los brazos que el mono apenas lograba abrigar. Se acercó un poco más a la hoguera.

Los dos hombres que habían golpeado las puertas de las viviendas aparecieron de la nada, se situaron ante las llamas que devoraban con paciencia la pila de troncos. A ellos se unieron dos hombres más en los que no había reparado hasta el momento.

—Buenas noches, querida comunidad.

La voz del hombre sonó con más fuerza que en las veces anteriores. Su cabeza afeitada brillaba a la luz que titilaba a sus espaldas. Parte de su rostro quedaba oculto por las sombras, pero el ojo visible recorría con avidez a todos los congregados. Los otros tres que lo acompañaban lo imitaban. Uno de ellos sonreía divertido.

—Parece que vamos a pasar un tiempo juntos, y nos conviene dejar las cosas claras desde el principio.

De varios de los pequeños grupos formados procedía un continuo bisbiseo. Uno de los acompañantes del hombre que hablaba se acercó a uno de ellos. El rumor se fue acallando alrededor de toda la hoguera.

—La clave de una buena convivencia es que todos nos llevemos bien y sepamos respetarnos —continuó el otro, una vez propagado el silencio—. Por eso os agradecemos vuestro tributo.

—Tributo, dice —pronunció una voz con sorna—. ¿A quién coño le hemos dado nuestra comida?

Un par de voces jalearon la pregunta. El hombre que había tomado la palabra no se inmutó. Su vista seguía recorriendo de un lado a otro a quienes tenía enfrente, como si quisiese grabar en su memoria todas las caras.

—Tebras agradece vuestro gesto. Necesario, por otra parte, para que todos podamos salir de aquí contentos.

—¿Quién mierda es Tebras? —bramó otra voz.

El runrún volvió a cobrar vida, de manera acelerada. Varios focos de discusión se encendieron en cuestión de segundos. La información que recibían no agradaba a la mayoría de los presentes. Miró a su alrededor, expectante, sin saber qué opinar. Aquello parecía ir en serio. Desconocía qué se proponían los hombres plantados ante la hoguera, pero no le gustaba nada que hubiesen decidido reunir a todos los presos como si ellos estuviesen al mando de algo.

—Por favor —pidió la voz, aunque en su tono no había ruego.

—Aquí no hay juegos de clanes ni de liderazgos —advirtió un hombre, que dio un paso al frente—. No vamos a comprometer nuestra libertad. Así que dejaos de gilipolleces que pongan en riesgo los intereses de todos.

Otro de los hombres de la hoguera se acercó al que acababa de

hablar. Ninguno de los dos dio un paso atrás cuando sus caras estuvieron a punto de tocarse.

—No va a haber intimidaciones —continuó el hombre que había decidido rebelarse, envalentonado. El otro no se separó un solo centímetro—. Tenemos que estar juntos en esto. O remamos todos a una o nos vamos a pique.

Algunos vítores se mezclaron con otros abucheos. Pudo percibir varias carcajadas en mitad del alboroto general que había crecido hasta expandirse por toda la plaza. Se fijó en el hombre rapado, que había detenido al fin su barrido visual y se concentraba en quien parecía haberle arrebatado la palabra. Su compañero lo miró. No detectó ninguna señal, el más mínimo gesto de comunicación entre ambos. Cuando el compañero se volvió hacia el sublevado, le clavó la rodilla en el estómago. Fue un movimiento ágil, difícil de anticipar. Un grito ahogado se sobrepuso al vocerío. El hombre cayó de rodillas, se agitó un par de veces. Le faltaba el aire, aunque eso no pareció importarle a su agresor. Este lo agarró por el pelo y lo arrastró tras de sí. El hombre trató de recomponerse a trompicones para evitar desollarse las rodillas. Al intentar zafarse, un nuevo golpe lo dejó aturdido.

Lo soltaron, encogido y tambaleante, ante el hombre rapado, que no le dedicó una sola mirada. Volvió a desplazar la vista entre los reunidos, esta vez con menos urgencia. Buscando hacer contacto visual con quienes tenía enfrente.

—Creo que todos tenemos clara una cosa. Como ha dicho nuestro buen amigo, no podemos comprometer nuestra libertad. Y existe una regla sagrada. Si alguien muere, podemos darnos todos por jodidos. Sin excepciones.

Bajó la mirada hasta posarla en el hombre insubordinado, que recobraba el aliento mientras se frotaba la sien golpeada. Se acercó a él. Este trató de poner distancia entre ambos, pero estuvo lento. El rapado lo cogió por el brazo y se lo retorció de tal manera que un segundo más tarde lo tenía postrado de rodillas ante sí, con la cara vuelta hacia los demás presos y los dientes apretados por el dolor. Agarró la mano del brazo que sujetaba en una posición peligrosa, mostrándola a todos. Como una ofrenda. Luego deslizó la suya hasta el dedo meñique.

El crac se confundió con el crepitar de la leña que ardía en la hoguera. El grito desgarró la noche. Todo fue silencio, todo salvo los lamentos desesperados del hombre que se había atrevido a alzar la voz. Se arrastró por el suelo, alejándose del fuego y de quien acababa de partirle el dedo. Nadie se acercó a ayudarle. Nadie se movió de su sitio.

—No se puede matar —bramó el rapado—. Pero sí se puede romper

un hueso, y luego otro, y otro más. Y lo peor de todo es que no habrá nadie a quien recurrir para calmar ese dolor.

Observó con prudencia a quienes tenía alrededor, con miedo a que apartar la vista del hombre rapado pudiese suponer un acto merecedor de castigo. Algunos clavaban sus ojos en las llamas que se agitaban, hipnóticas, en el centro de la plaza. Otros sostenían la mirada a quien les hablaba, sin dejar al trasluz las emociones que los recorrían por dentro. Se volvió con disimulo cuando percibió por el rabillo del ojo un movimiento. La figura de un hombre se desvanecía en la oscuridad, alejándose de la plaza. Solo alcanzó a ver el uniforme de color chillón, y una melena oscura que caía sobre los hombros de la silueta cada vez más difusa. Sus pasos resonaron sobre el suelo empedrado, lo que llamó la atención de otras personas, que también se giraron con torpeza. La figura pronto fue engullida por las sombras, pero nadie hizo nada al respecto. El hombre rapado advirtió lo que había ocurrido, pero no hizo nada al respecto.

—Y ahora todo dios a dormir, que son horas.

Cerró así su discurso. Algunas voces volvieron a alzarse con timidez al principio, subiendo de volumen a medida que se alejaban de la hoguera y de los hombres que la habían encendido. Otros se acercaron a estos últimos con tiento, pero no se quedó a ver qué ocurría entre ellos.

—¿Estás pensando en buscar inmunidad?

La voz de Camila apareció por sorpresa a su lado.

—¿Eh? No, es solo… No entiendo muy bien a qué ha venido esto. De quién ha sido idea, ¿lo sabes tú?

—Escucha, cachorrillo, tenemos tres meses largos por delante. Habrá tiempo para conocernos entre todos, lamentablemente.

—Sí, pero creo que me interesaría saber cuanto antes quién tiene a varios matones bajo sus órdenes.

—Lo que te conviene, hijo, es que ellos no te conozcan a ti.

Hizo un esfuerzo para distinguir el contorno del anciano en medio de la oscuridad por la que avanzaban. El brillo de la luna apenas les servía de guía para no tropezarse unos con otros.

—¿Por qué lo dice?

—No me trates de usted, anda. Ni a mí ni a nadie, salvo que te lo pidan —indicó el anciano—. Y eso me hace volver a lo que acabo de decirte. Cuanto menos te conozcan, más posibilidades tendrás de salir de aquí indemne.

—Lo que quiere decir es que no llames la atención —sentenció Camila.

—Sé un fantasma. Que nadie repare en tu presencia, que a nadie le suene ni tu nombre —añadió el anciano—. Eso serían buenas noticias para ti, muchacho. Me llamo Tomás, por cierto. —Apenas alcanzó a

distinguir la mano temblorosa que el viejo le tendía, y que estrechó con torpeza.

—Yo soy Darío.

—Mal empiezas, hijo.

Pudo distinguir la sonrisa pícara de Camila en la noche. Unos metros más adelante sus caminos se bifurcaron y la despedida fue silenciosa. Entró en la casa sin saber si Cristóbal estaría ya de vuelta. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en la madera. Fuera se percibían todavía algunas voces ininteligibles, cada vez más lejanas. Cada cual volvía a su casa. A la celda asignada. Se acercó a la mesa de la sala de estar y apagó la lamparilla. Se dirigió a la cocina para hacer lo mismo con las velas antes de subir a su dormitorio.

Cristóbal estaba allí. De pie, miraba por la ventana, aunque a través de ella no se podía contemplar nada más que la negrura.

—Deja, ya las apago yo —pronunció, sin despegarse del cristal.

Quiso desearle las buenas noches antes de retirarse y dejarlo solo, pero el peso del silencio pudo más. Dio media vuelta para encarar las escaleras.

—Esto no va a ser nada fácil —murmuró Cristóbal a sus espaldas.

Subió los peldaños que restallaban, deseoso de no oír nada más.

Día 7

Lo despertaron unas risas que pasaron cerca de la casa. Se revolvió un par de veces entre las sábanas antes de levantarse. La noche anterior se había dormido tarde, un grupo de presos había armado jaleo en la plaza hasta bien entrada la madrugada. Era sábado, motivo suficiente para dedicar las horas de oscuridad a organizar timbas, rasgar las gargantas al son de viejos himnos y pelearse por cualquier nimiedad que condujese al desacuerdo. Las hojas mal selladas de la ventana no lograron acallar los ruidos.

Abandonó la cama y abrió la ventana. Una suave brisa se coló en el dormitorio, acariciándole la cara. El cielo estaba despejado, el sol se alzaba en un ángulo desde el que no podía observarlo. Se vistió el uniforme solo hasta la cintura y ató las mangas para que no se le cayese. Le habían dado dos monos a cada uno, al margen de la ropa interior, pero se sentía incómodo al andar con él por la casa.

Cogió un par de rebanadas de pan, las últimas que le quedaban, y puso una sartén al fuego con unas gotas de aceite. Había tomado prestado ese recurso de Cristóbal, que había cubierto con ingenio la ausencia de una tostadora al uso. Retiró las tostadas antes de que se chamuscasen y las untó con mermelada de fresa.

Un rato más tarde, después de una ducha rápida para terminar de desperezarse y tras haber oído la sirena, se dirigió al recuento diario. Se había convertido en un proceso menos lento pero más caótico. Los presos sabían lo que tenían que hacer, pero aunque los primeros días se habían mantenido, la mayoría de ellos, en silencio y con los cuerpos tensos por la desconfianza, poco a poco relajaron su actitud. No faltaban los empujones, los berridos, las burlas entre ellos e incluso algunas dirigidas a los vigilantes que entraban a comprobar que todos estaban vivos y enteros para, diez minutos después, dejarlos de nuevo a su merced.

Tras el recuento caminó hasta la huerta, como había hecho las mañanas anteriores. En el cartel que pendía del muro se podían leer las cuadrillas propuestas para llevar a cabo las actividades que, *a priori*, podrían proporcionarles algunos beneficios. El primero de ellos, disponer de una cantidad mayor de alimentos. Durante las dos primeras semanas le tocaba encargarse del cuidado y recolección de zanahorias, lechugas, judías, habas y guisantes junto con otras tres

cuadrillas. Les habían dejado preparada una plantación extensa. El terreno era fértil en esa zona, al parecer. De un color negruzco, más oscuro que el de la tierra arenosa y polvorienta que se encontraba a la entrada de la aldea. Quizás se debiera a que el río pasaba más cerca.

Se turnaban para ir a llenar las regaderas de plástico a la orilla, limpiar la tierra, recoger las hortalizas. Seis grupos de cuatro personas debían encargarse de la huerta durante las dos primeras semanas. Otros eran responsables del mantenimiento del gallinero, que contaba con sesenta gallinas ponedoras y cinco gallos divididos en parcelas que facilitaban la convivencia entre los animales. Próximo a la huerta y al gallinero había un pequeño granero donde se almacenaban las herramientas para trabajar la tierra y los alimentos con que cuidar a las aves.

A los grupos restantes se les habían asignado tareas de limpieza. Debían ocuparse del cuidado de la plaza y también del de la deteriorada iglesia que quedaba en la otra punta de la aldea. En cierto sentido, lo que se les pedía era que volviesen a dar a aquel lugar abandonado un pulso de vida, una apariencia que no hiciese pensar en la más absoluta decadencia, en el más profundo olvido. De paso, podrían distraer la mente de la tentación de aprovecharse del prójimo.

—¿Te encargas tú hoy de las zanahorias?

Susana regaba ya la franja que correspondía a las lechugas. En su cuadrilla estaban Cristóbal, Samir y ella. Los dos últimos compartían la casa enfrentada a la suya, aunque hasta el primer día de trabajo en la huerta no había reparado en ninguno de ellos. Susana rondaba los cincuenta, lucía una melena castaña larga, muy cuidada. No se explicaba cómo podía mantener un cabello tan brillante en aquellas condiciones. En los primeros contactos se había mostrado reservada, parca en palabras. Y aunque la duración de sus intervenciones no se había prolongado, su tono sí se había ablandado. Era una mujer serena, concentrada en hacer lo que se suponía que debía hacer. En eso se parecía a Samir, que cumplía con sus obligaciones sin considerar la posibilidad de rechistar. Pero él no hablaba, salvo que fuese imprescindible. Las preguntas solía despacharlas con un gesto de cabeza, para mostrar conformidad o una leve discrepancia. Su tez morena brillaba bajo la luz del sol mientras se agachaba para retirar las distintas hortalizas, un cuerpo escaso de carne, enjuto y sin embargo atlético. Pocos pondrían en duda que Samir pudiese ganarles una carrera si su vida dependiera de ello.

—Si vas a ir al granero —dijo Cristóbal, acercándose a la huerta—, aprovecha y tráeme una regadera.

Fue en busca de las herramientas. La convivencia con Cristóbal no resultaba muy complicada. Coincidían en algo: ninguno de los dos quería problemas. A su compañero le gustaba dejar claro qué le

pertenecía y qué no, para evitar posibles confusiones que pudiesen desencadenar cualquier conflicto. No destacaba por su solidaridad, tampoco por su malicia. Apenas cruzaban un par de frases cuando estaban en casa. De hecho, Cristóbal hablaba con mayor libertad durante las tareas de la huerta, en presencia de otros vecinos. Entonces sí podía percibir un ligero cambio en su manera de comunicarse, de dirigirse a los demás.

Dos hombres salían del granero con sendos sacos de grano. Iban a la par, sus monos de color naranja manchados de arenilla y polvo. Charlaban con desenfado, no repararon en él cuando se cruzaron. Dentro, el almacén estaba medio en penumbras. La única luz entraba por el portón de acceso, por lo que el fondo de la nave quedaba sepultado por las sombras.

Se dirigió primero a la fila de regaderas que pendían del lateral de la nave, descolgó una. Luego se acercó al armario desportillado donde se acumulaban, ya sin orden, el apero y las distintas herramientas de trabajo. Le había causado impresión descubrir el material que había almacenado allí, a su disposición. Azadas, palas, horcas, tijeras de podar, rastrillos… Eran personas adultas, y sin embargo su primer pensamiento tuvo que ver con los distintos usos que se les podía dar a aquellos instrumentos. Cogió un cesto de mimbre mientras trataba de convencerse de que las herramientas que faltaban serían devueltas una vez terminados todos los turnos de trabajo.

Oyó un ruido a sus espaldas cuando se dirigía hacia la salida del almacén. Se detuvo, más extrañado que temeroso. Allí no había nadie. Quizás alguno de los sacos de grano se había resbalado, quizás se trataba de alguna herramienta mal colocada. Escuchó con atención durante unos instantes en los que no percibió nada más. Luego vino el gemido.

Fue un lamento interrumpido, como si al gato que empieza a maullar le estrujan repentinamente la garganta, cortándole la respiración. Se volvió por completo y clavó la mirada en la zona de sombras. Oyó algunos ruidos más, menos nítidos. Pies deslizándose sobre el suelo con tiento. Dudó si preguntar quién estaba allí, pero calló. Nadie escondido en la oscuridad tendría intención de responder a esa pregunta.

Abandonó el granero a paso rápido. La luz del sol lo recibió con entusiasmo, sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse de nuevo a la claridad. Llegó a la huerta y le entregó la regadera a Cristóbal, que se lo agradeció con un gesto de cabeza.

—Mañana deberíamos cambiar turno con alguno de los del gallinero —comentó Cristóbal—, a ellos les pega menos el sol. No aguanto otra semana así.

—Estaría bien no incitar al caos —discrepó Susana.

—¿Caos? Algunos ya lo han hecho —replicó Cristóbal, mientras se alejaba hacia el río con la regadera balanceándose en su mano.

Trabajaron un rato largo en silencio. De vez en cuando, miembros de otros grupos alternaban algunos diálogos que morían con rapidez. A pesar de los intentos por asentar una especie de camaradería entre todos, la realidad se imponía todavía sobre cualquier otra cosa. Una semana antes todos eran extraños, desconocidos, y en cierto modo lo seguían siendo. Compartir tareas y hogares los había ayudado a identificarse, pero no a conocerse. El comportamiento más extendido era aquel basado en la prudencia: cuanto mayor fuese el grado de reserva, menor lo sería el de riesgo.

—Tienes el mono hecho un desastre, Samir —observó Susana, durante un pequeño receso en el que aprovechó para secarse la frente.

Samir detuvo un momento su actividad para hacer repaso de su uniforme. Manchas de tierra y de grasa salpicaban con desorden la tela anaranjada. Dio un par de manotazos torpes al mono que no solucionaron nada.

—Esta tarde iré a lavar el mío, por si alguno quiere darme el suyo —propuso Susana.

Samir frunció los labios a modo de respuesta, volvió a contemplar vacilante su ropa embarrada para luego menear con prisa la cabeza y centrarse de nuevo en el trabajo. Susana miró a su joven compañero durante unos segundos sin decir nada, luego reparó en él.

—Te lo agradezco mucho —se apresuró a decir—, pero no me parece justo que laves la ropa de los demás.

La respuesta pareció dejarla un tanto descolocada. Ella se encogió de hombros, simulando indiferencia, y se concentró en la parcela en la que trabajaba.

—Si me avisas cuando bajes a lavarlo, te acompaño y aprovecho para llevar el mío —añadió.

Susana le devolvió una sonrisa de conformidad. Continuaron trabajando un rato más. Lo hacían, sobre todo, por mantenerse ocupados. El tiempo en la aldea parecía fluir a un ritmo distinto que en los lugares de los que provenían. Los primeros dos o tres días apenas habían hecho nada de provecho, más allá de componer las cuadrillas y rondar sin entusiasmo los lugares de los que se suponía que estaban a cargo. Pero quienes se habían negado en un primer momento a cumplir con las actividades parecían haber reculado, al menos en su mayoría. El terreno circundado por el muro de piedra no facilitaba grandes rutas de exploración. La aldea podía recorrerse de cabo a rabo en apenas media hora.

Dos días antes, después de comer y mientras Cristóbal dormía la siesta en su dormitorio, aprovechó que unas nubes inmaculadas y voluminosas habían silenciado al sol para dar un pequeño paseo. No

se escuchaban apenas ruidos fuera, solo el trino aislado de algún pájaro y sonidos amortiguados provenientes del interior de algunas casas. Que no contasen con luz eléctrica las hacía parecer vacías, tal como estaban antes del traslado. Las sencillas reformas llevadas a cabo en buena parte de las viviendas no cambiaban su alma. Eran hogares abandonados, ocupados momentáneamente por espíritus extraviados de carne y hueso.

Sus pasos rechinaban en aquellas zonas donde la piedra daba paso a la gravilla o a la tierra. Algunos árboles mediaban entre unas casas y otras, dando la única nota de vitalidad a un paisaje por lo demás lánguido. Habían sabido mantener sus troncos erguidos, a pesar del abandono al que se había visto sometida su tierra. Quizás la ausencia de humanos les hubiese sentado bien, quizás las plantas no necesitasen de nadie para ser lo que eran.

La aldea tenía encanto, a su manera. Las casas se levantaban a suficiente distancia unas de otras como para salvar cierta intimidad, pero la comunicación era fluida entre ellas. La familiaridad entre vecinos resultaba casi obligatoria. Algunas contaban con pequeños pero acogedores pórticos, en los que imaginaba que, tiempo atrás, se habían apostado distintas familias para charlar e intercambiar opiniones a resguardo del sol más intenso. Otras contaban también con alguna parcela de césped en su entrada o a los laterales, aunque la mayoría habían sido invadidas por las malas hierbas.

La plaza era el corazón de la aldea. Los distintos caminos de piedra y de tierra convergían en ella. Un espacio diáfano, desprovisto de protección, pero desde el que se podía admirar la serenidad de todo el lugar. La cruz desde la que Cristo observaba o era observado se constituía en la arteria principal de la explanada. Se preguntó, mientras la atravesaba, si habrían pasado muchos años desde la última vez en que sobre aquel pavimento se habían perseguido niños gritando entusiasmados, botando una pelota o pisando una rayuela en compañía de sus aliados más revoltosos.

Desde la plaza había llegado a la iglesia en apenas dos minutos. Quedaba medio disimulada, sin embargo, tras la fachada de algunas viviendas que la igualaban en tamaño y la superaban en esplendor. Había sido la única propiedad que, por lo que parecía, habían dejado tal cual el tiempo había jugado con ella. Levantada en piedra gris, la fachada aparecía cubierta de musgo, mientras que la superficie de las paredes laterales lucía distintas tonalidades debido a las capas de suciedad y mugre solidificadas en ella.

No se había atrevido a entrar, a pesar de que la puerta de madera estaba entornada. Se asomó lo suficiente para vislumbrar lo que había en el interior. Varias filas de bancos, una alfombra raída que conducía hasta el púlpito… y poco más. No había imágenes, ni adornos de

ningún tipo. Las vidrieras policromadas estaban rotas, agujereadas. El silencio condensado en aquel lugar era sobrecogedor.

Había regresado con rapidez a la casa tras oír algunas voces en una de las viviendas próximas a la iglesia. Prefería que nadie lo viese por allí, merodeando solo. No sabía con quién podía encontrarse, y aquel lugar quedaba un poco apartado. Demasiado recogido para pedir ayuda y que esta llegase a tiempo. En caso de llegar.

Cuando algunas personas abandonaron la huerta, Cristóbal fue el primero de su cuadrilla en dar por concluida la jornada de trabajo. Se ofreció a llevar el cesto medio lleno al granero. Almacenarían todo lo recolectado esa mañana junto con lo del día anterior, y la mañana siguiente lo repartirían de manera equitativa por todas las casas.

Susana y Samir se despidieron, ella le dijo que a última hora de la tarde, con los últimos rayos de sol, pasaría a buscarlo para llevar la ropa al río.

Observó la huerta y pensó en que no se estaba mal allí. Cada uno enfrascado en una tarea que le permitía manejarse en silencio si así lo prefería, que no requería de supervisión ni de control exhaustivo. Empezaba a acostumbrarse a no sentir distintos pares de ojos clavados en cada movimiento que hacía. Al menos no aquellos ojos que rastreaban en busca de una acción incorrecta o sospechosa. En la aldea había varias cámaras de seguridad repartidas por la explanada de acceso y otros puntos adyacentes, pero la ausencia de personas de carne y hueso, equipadas con instrumentos destinados a cargar contra ellos, convertía esa vigilancia en algo distinto.

Sí podía sentir, por el contrario, las miradas de otros reclusos fijándose de vez en cuando en lo que hacía. Era normal, también él desviaba en ocasiones la atención hacia ellos. La mayor parte de las veces se trataba de un gesto natural, mera curiosidad por lo que tenía a su alrededor. Había logrado relajarse un poco, rebajar la tensión que lo recorría cada vez que alguien hacía o decía algo que no había podido prever.

Se acercó hasta la orilla del río para sacudirse el polvo del uniforme y lavarse las manos. El agua corría fresca, se humedeció la cara y el cuello. Ahuecó las manos y dio unos sorbos. Una sensación de bienestar lo acompañó durante unos instantes. Al otro lado de la suave corriente había varios manzanos, encinas, algún olivo y otros tipos de árboles. Tras ellos se alzaba el muro. Una construcción casi tan reciente como su llegada a la aldea. Se preguntaba cuánto tiempo habrían tardado en levantarlo, cuántas manos habían sido necesarias para rodear aquel pequeño pueblo fantasma. ¿Les habría informado alguien del propósito de aquella obra? ¿Serían los peones conscientes de lo que suponía cada piedra colocada? Quizás se hubiesen enterado más tarde, por las noticias. En un periódico cualquiera, cuando la

información más detallada había comenzado a circular. Quizás muchos de los rostros sudorosos que habían construido el muro habían votado a favor de la propuesta. Era más que probable, si se atendía a las estadísticas.

Después de remojarse un par de veces más la cara emprendió el camino de regreso. En la huerta quedaban un par de grupos que parecían dar las últimas puntadas a su trabajo. Hacía demasiado calor a esas horas como para seguir mucho rato bajo el sol. Un hombre de figura gruesa lo saludó con la mano, gesto que acertó a corresponder con torpeza. Junto a él, una chica más joven que ambos terminaba de rastrillar la tierra. En ese momento advirtió que un grupo de tres hombres se acercaba a ellos. No los reconocía de las labores de la huerta, debían de tener otra actividad asignada. La cara de uno de ellos le sonaba, era el que había hablado la noche de la hoguera. Expresión confiada, ufana, las venas marcadas en su cuello trepaban hasta el occipucio desnudo. Uno de sus compañeros parecía una copia casi idéntica. El tercero, sin embargo, medía un par de cabezas menos. Al contrario que con sus acompañantes, era difícil detectar alguna emoción en su rostro.

Aunque aminoró la marcha no detuvo el paso. Algo que no lograba identificar lo había hecho ponerse alerta; un picor pasajero le recorrió los antebrazos. Aguzó el oído para escuchar el diálogo que se establecía a unos metros de él. No pudo entender qué decían, aunque el hombre más bajo había tomado la palabra. Con prudencia, volvió la vista para comprobar que se dirigía a la chica y al hombre que acababa de saludarlo. Los recién llegados habían formado una media luna en torno a los otros dos.

Las piernas le pedían con urgencia que acrecentase el ritmo, que se alejase cuanto antes de allí, pero la cabeza podía más. Y esta le ordenaba detenerse, averiguar qué ocurría. Se volvió una vez más, a tiempo de ver a la chica agitar la cabeza sin despegar la mirada del suelo. Uno de los acompañantes del hombre bajo reparó en él, le hizo un gesto de amenaza con la cabeza. Allí no había nada que ver.

La advertencia fue suficiente para reanudar el paso. Sentía el deseo de no haber presenciado nada, se arrepentía de haberse relajado junto al río. Si se hubiese ahorrado esa pausa no habría visto llegar a los tres hombres a la huerta. Había otro grupo más, pero sus miembros, con disimulo, se habían alejado hacia el granero. Tampoco ellos querían tener nada que ver con lo que pudiera pasar.

Oyó la voz de la chica a sus espaldas. No escuchó lo que decía, solo llegó hasta sus oídos el tono de súplica. Se repitió una vez, otra más. En la siguiente ocasión, el «no» fue perfectamente audible. Se giró para presenciar cómo uno de los acompañantes del hombre bajo la agarraba por el brazo. Ella hizo un ademán de rechazo, pero incluso

desde donde él estaba podía percibir la fuerza con la que los dedos apretaban el mono naranja. El hombre obeso pareció decir algo, con gestos serenos. El más bajo le dedicó una rápida mirada, de soslayo, sin decir nada. La chica se vio arrastrada por el hombre.

—¡Por favor, no!

No pudo ignorar ese último grito. Antes de ser consciente, sus pasos se dirigían hacia la huerta. Los alcanzó sin saber qué quería decir, qué quería hacer. Sentía la respiración entrecortada, las entrañas calentándolo por dentro, un calor que empezaba a extenderse hacia fuera.

—Esto no está bien.

Tuvo la sensación de que nadie había entendido sus palabras. La lengua se le había trabado. Todos lo miraban, incluso la chica, que seguía sujeta por el hombre.

—Por favor… —añadió, aparentando una mayor serenidad—. Creo que a nadie le conviene que…

—¿Quién eres tú?

La réplica del hombre que agarraba a la chica lo miraba con desprecio. La pregunta había salido de su boca como un escupitajo. No sabía si debía responder o dejar que aquel hombre se vaciase por completo del veneno que parecía mascar.

—Soy… Me llamo Darío.

Las palabras del anciano regresaron a su memoria. Se las sacudió de la cabeza y se centró en la escena que tenía ante sí. La réplica hizo ademán de acercarse, los puños apretados, pero el hombre bajo lo detuvo con la mano. Fue él quien se aproximó.

—Darío…, ¿son tus compañeros de cuadrilla?

Su voz sonaba igual que una lija restregada sobre una superficie metálica. Tuvo la impresión de que aquel sonido lo producía la contención de un carraspeo, una voz no podía sonar así de manera natural. Los ojos que lo escrutaban sin pestañear, de pupilas diminutas, aguardaban una respuesta. Meneó la cabeza.

—No son tus compañeros —pronunció el hombre, a modo de constatación. Echó un vistazo al terreno—. Mejor, parecen un poco holgazanes, ¿verdad?

Al igual que había hecho la chica, se vio obligado a escurrir la mirada tras intentar enfrentar aquel rostro yermo.

—Pasa lo de siempre. En este país a nadie le gusta sembrar, todos prefieren la recolecta. Oye, ¿vas a hablar conmigo o con la tierra?

Alzó la vista para encontrarse de nuevo con aquellos ojos que lo apremiaban a huir muy lejos de allí, a cualquier otro lugar, pero lejos. No era capaz de leer nada evidente en ellos. El hombre bajo no lo miraba con odio o menosprecio, ni con curiosidad o cautela. Lo miraba, nada más. Y no sabía cómo responder a ese gesto. Mirar, en

esos momentos, le parecía una reacción torpe y vacua de la que el ser humano no había conseguido desprenderse a lo largo de su historia.

—Así mejor. Quiero disfrutar de esos ojos tan bonitos.

Creyó detectar un ligero acento en las últimas palabras, una nota discordante en la articulación aséptica. Debía suponer que aquello era un comentario sarcástico, pero no había nada más allá del contexto que ayudase a determinarlo. Una gota de sudor se deslizó por su frente, el frescor del agua del río se había evaporado.

—¿Vas a contarnos qué te trae por aquí?

—Yo... solo quería asegurarme de que todos estamos bien.

La lengua se le movía como un trapo sucio. Tenía la boca seca, podía ver el río un poco más allá de las pupilas minúsculas que no dejaban de escrutarlo. Quería beber, hundir la cara en el agua y apaciguar la quemazón que sentía en el estómago, en el cuello, en el rostro.

—Es bueno saber que tenemos a un voluntario aspirante a *sheriff*. Entre los uniformes y esto, vamos a poder montar aquí algo digno de Hollywood.

Las dos réplicas acogieron con carcajadas el comentario. La chica se quejó débilmente cuando la mano que la apresaba se tensó de manera inconsciente con las sacudidas. Se fijó en ella; aparte del dolor soportable al que estaba sometida, leía miedo en su cara. No era miedo desatado, sino más bien aquel que procedía de la incertidumbre. El mismo miedo que seguramente reflejaba su propio rostro.

—Entonces, Darío, ¿cómo lo ves? ¿Estamos todos bien?

Los ojos lo perforaron de nuevo. El cuerpo del que salía aquella voz rasposa no parecía haber dedicado muchas horas a levantar pesas o a repetir flexiones. Le sacaba casi una cabeza, incluso tenía que inclinar de manera sutil la suya para corresponder a su mirada. No tenía nada que ver con la figura de los otros dos que lo acompañaban, y sin embargo causaba la impresión que las dos réplicas parecían perseguir por medio de una larga dedicación a su físico. Supremacía.

El físico no había sido un beneficio o un obstáculo a lo largo de su vida. No destacaba por su altura, tampoco por una musculatura que, si bien se había definido un poco con la práctica de algunos deportes en su época de estudiante, no había cuidado en exceso una vez terminada la carrera universitaria. Su apariencia tranquila le había granjeado pocos problemas, aunque cuando estos se habían presentado su gesto de alerta había sido suficiente para sortear problemas mayores. Su presencia, en definitiva, era la de cualquier chico sin hábitos nocivos ni ansias de enfrentamiento. El prototipo de pareja que ni espantaría a la suegra ni preocuparía al suegro.

Todo lo que tuviese que ver con su físico, en cualquier caso, dejaba

de importar frente a aquel hombre. Los centímetros que alzaban su cabeza sobre la de él no significaban nada.

—No sé cuál es el problema que hay con...

—¿Quién ha dicho que haya un problema?

—Tu amigo le está haciendo daño —se apresuró a decir.

El hombre bajo se movió lo justo para echar un vistazo a la chica. Luego volvió a la posición inicial.

—Hablas de un problema, dices que este tío es mi amigo y aseguras que alguien está sufriendo una agresión. —El hombre dio un paso al frente y redujo la separación entre ambos, sus pupilas seguían siendo dos bolitas insignificantes—. De esas tres afirmaciones, ¿cuántas podrías demostrar?

—Mira, yo solo quiero...

—Claro —le interrumpió—. Tú quieres. Eso sí es un problema.

Dio otro paso más. Podía observar con nitidez las dos manchas oscuras bajo sus ojos, los pelos que brotaban en su mentón, traspasando la carne y rompiendo el tejido, para dar forma a una barba poco densa, descuidada. Cuanto más cerca, más pequeño parecía. Más peligroso. Retrocedió un paso. Quería hablar, pero no sabía si las palabras lo ayudarían o lo enterrarían.

—El sol pega demasiado fuerte como para entretenernos aquí, ¿no crees? —Asintió, con el cuerpo tenso. No quería que esas palabras lo despistasen, el ataque podía llegar de un momento a otro—. Yo también lo creo. Es hora de ir a comer. Y de echarse una siesta después.

Volvió a asentir, esta vez con menos vehemencia. Todos sus sentidos se concentraban en neutralizar el primer golpe. Le ganaba en cuerpo, aunque eso no significase nada. Se preguntó si sería capaz de anularlo, si sus dos acompañantes saltarían sobre él para impedirlo, si el uniforme naranja de aquel pequeño hombre ocultaba alguna herramienta sustraída del granero.

—Si no he entendido mal, lo que quieres es que todos nos vayamos a casa en paz. Cada uno a la suya.

—Sí.

—Bien.

El hombre se dio la vuelta. No pudo ver mediante qué gestos se comunicaba con los otros dos, pero uno se encogió de hombros y esbozó una sonrisa, mientras el otro tiró de la chica atrayéndola hacia sí. Le lamió la mejilla para luego soltarla con brusquedad. La chica se separó cuanto pudo, acercándose al hombre obeso.

—Parece que todo está dentro del orden que demandas. ¿Necesitas algo más?

Negó con la cabeza, todavía tenso. Los ojos lo recorrieron de arriba abajo sin prisa, se detuvieron un momento en sus puños apretados.

Una media sonrisa asomó a la comisura izquierda de su boca. El hombre prosiguió con su escaneo, hasta devolverle la mirada una última vez.

—Si todo está bien, Darío, nosotros nos vamos. Ha sido un placer.

No esperó una respuesta. Echó a andar hacia las casas, junto a sus dos acompañantes. Los vio alejarse sin moverse de su sitio, sentía los pies enterrados en el suelo y tenía la firme convicción de que sus piernas no responderían a ningún estímulo. Los tres uniformes naranjas se convirtieron en manchas, desaparecieron tras las primeras fachadas.

—Gracias.

La voz de la chica logró hacerlo reaccionar. Se sacudió de manera disimulada el cuerpo, desentumeciéndolo, mientras se secaba con el mono el sudor de la frente.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió ella, frotándose instintivamente el brazo —. Siento haberte metido en esto.

—No es para tanto. Supongo que hay gente que será mejor evitar mientras estemos aquí.

—La cuestión es tener opción de evitarlos.

El hombre de grandes proporciones los miró a ambos. Su uniforme recordaba a una sábana inflada por el viento. Su figura resultaba imponente pero no amenazadora, gracias a la expresión calmada de su cara lampiña. Parecía el tipo de persona ignorante del daño que podría llegar a hacer si se lo propusiese.

—Preferiría no tener nada que ver con vosotros —comentó, casi con tristeza.

La chica sacudió la cabeza, dejando ver que estaba de acuerdo con lo que le decía. Su compañero se agachó a recoger el rastrillo de mano que ella había utilizado y le indicó que ya se encargaba él de devolver las herramientas al granero. Frunció los labios para despedirse de ambos. Se alejó con paso lento, bamboleante.

—Soy Cayetana —dijo la chica, sin extender la mano—. Y, de verdad, siento mucho lo que ha ocurrido.

—No creo que tú debas disculparte por nada. ¿Tenías problemas con ellos? —preguntó, señalando con la mirada el camino por el que habían desaparecido los tres hombres.

—No. Simplemente, se acercaron a mí y…

Pareció buscar las palabras adecuadas, como si aquellas que le habían dirigido no lo fuesen. Terminó hundiendo la mirada en la misma tierra que solo unos minutos antes trabajaba con tranquilidad. Quiso mostrarle algún tipo de apoyo, restarle importancia al hecho de que una panda de cretinos se creyese en posición de decidir qué hacer con los demás. Pero no sabía si hacerlo era lo más conveniente. No

sabía apenas nada.

—Probablemente haya que plantarles cara.

Cayetana alzó la vista, lo miró con suspicacia.

—El hombre más bajo de los tres... —comenzó a decir, tanteándolo—. Con el que has hablado...

—Tiene pinta de peligroso, me ha quedado claro.

—Es Tebras.

Había vuelto a oír un par de veces aquel nombre desde la noche de la hoguera. Comentarios dispersos de otros reclusos, a los que no había dedicado mucha atención. Parecía haber alguien entre ellos con afán de protagonismo, pero más allá de haber tenido que entregarle parte de su comida y de haber acordado tácitamente que ejercía algún tipo de mando en una jerarquía no definida, no se había llegado a manifestar como un verdadero problema. Al menos en lo que a él respectaba.

—¿Lo conoces?

—Yo... supuse que era él, al verlo aparecer en compañía de sus mastines —respondió Cayetana—. Ya no me quedan dudas.

Pareció sentirse repentinamente incómoda con el tema. Dio un par de manotazos a su mono para quitarse de encima restos de polvo.

—Lo siento mucho, ojalá no te hubieses visto involucrado —añadió.

Se quedaron unos momentos en silencio. Del granero salían algunas personas que charlaban entre sí, rumbo a las casas. A lo lejos, junto a la entrada de la aldea, un par de uniformes naranjas paseaban pegados al muro.

—Es hora de comer, ¿vas para tu...?

—Sí —afirmó ella.

Echaron a andar, al principio con calma, pero pronto el paso de uno y de otra se aceleró de manera inconsciente. Los dos tenían prisa por sentirse en casa.

—¿Llevas mucho tiempo? —preguntó ella.

—Supongo que no el suficiente como para saber cómo funcionan las cosas —contestó—. Dos meses.

—¿Dos? —repitió, extrañada—. Pero ¿cuándo te seleccio
naron?

—Presenté la solicitud a las dos semanas de ingresar. Ni siquiera conocía muy bien los detalles, pero la sola idea de poder salir cuanto antes hizo que me apuntase.

Cayetana siguió con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—¿Y tú?

—Haré un año en un par de semanas. El sitio de donde vengo es un palacio en comparación con esto.

—La aldea tiene cierto encanto, hay...

—Me refiero a convivir con hombres —aclaró ella—. No lo tomes a

mal.

—No, no creo que te falte razón. Imagino que las cárceles de mujeres son muy distintas.

—Hay hijas de puta, como en todos lados. Y alianzas, bandos, reyertas... Pero es diferente. Aunque las probabilidades de morir apuñalada sean parecidas, el ambiente es diferente. Las miradas... No sé. No me gusta cómo me miran aquí. —Volvió a clavar la mirada en el suelo, como parecía hacer cada vez que se sentía forzada a decidir entre hablar o callar—. Me arrepiento de haber pensado que esto podría salir bien.

—Tiene que salir bien —dijo, más por animarla que por confiar ciegamente en esa posibilidad—. Nos conviene a todos.

Cayetana lo miró a los ojos.

—Supongo que a todos los que estamos aquí también nos convenía no hacer cosas que nos llevasen a la cárcel.

Llegaron al camino de piedra y ascendieron la ligera cuesta que separaba unas viviendas de otras. Sentía el uniforme pegado a su espalda debido al sudor. Se detuvo ante su casa, deseoso de darse una ducha. Se despidió de Cayetana, que antes de continuar su camino volvió a pedirle disculpas por lo que había ocurrido.

Tras la ducha, y después de comer una ensalada a la que le faltaba sal, subió a su dormitorio. Se echó sobre la cama, desnudo. Por suerte, la estancia no estaba demasiado caldeada. Aun así, al rato sintió de nuevo pequeñas gotas de sudor perlándole la frente, el cuello humedecido. Se había equivocado, la primavera en aquel lugar quizás no fuese una estación tan clemente.

Pensó en el enfrentamiento de la huerta, si es que había sido tal. Tebras había querido remarcar su superioridad, pero al fin y al cabo había dejado en paz a Cayetana y no le había hecho pagar a él por ello. Quizás buscaba que se propagase algún rumor sobre su carácter indulgente. Eso casaba bien con la figura de un megalómano. Recordar sus ojos, aquellas pupilas diminutas, le hizo sentir un escalofrío. Dio varias vueltas sobre el fino edredón, trató de pensar en otras cosas.

Se despertó con unos golpes que provenían del piso de abajo. La luz declinaba, por la ventana asomaba un cielo anaranjado, de una tonalidad más suave que la de los uniformes que vestían. Otro par de golpes lo hizo reclinarse sobre la cama, aturdido. Había caído en una especie de duermevela, pero a juzgar por la escasez de claridad había estado sumido en ella más tiempo del que creía.

Se vistió el mono hasta la cintura, bajó las escaleras preguntándose si Cristóbal estaría en su habitación o si habría salido. Los golpes provenían de la puerta principal. ¿Se habría olvidado su compañero la llave? La imagen de Tebras en la huerta lo asaltó con violencia.

Se quedó paralizado, a un metro escaso de la puerta de madera. No sabía quién estaba al otro lado. Creía haber salido airoso al mediodía, pero había sido demasiado crédulo al pensar que las cosas se podían solucionar así. Sin crueldad ni castigos. Venían a por él. Debían darle un escarmiento. Tendría que entregarles su comida, aunque quizás no bastase con eso. Trató de pensar rápidamente en lo que debía hacer.

Dos nuevos golpes, algo más intensos que los anteriores, lo hicieron estremecerse.

—¿Darío?

La voz de Susana se alzó al otro lado de la puerta. Cerró los ojos y oyó su propia respiración agitada. El alivio lo recorrió entero, expandiéndose como un bálsamo. Introdujo la llave en la cerradura y dejó que la escasa luz de fuera bañase parcialmente la penumbra de la estancia baja.

—Parece que alguien tiene un sueño profundo —saludó Susana.

—Perdona... —se disculpó, todavía turbado—. Me quedé dormido con el calor y me ha costado espabilarme.

—Es una buena estrategia para hacer que pase el tiempo. Por desgracia, a mí me cuesta demasiado pegar ojo.

Iba a apuntar que a él le ocurría lo mismo, pero le pareció intrascendente. Y poco creíble, dadas las circunstancias. Así que hizo pasar a Susana a la sala de estar mientras se apresuraba a cambiarse el mono y coger la ropa que llevaría a lavar.

—Una casa acogedora —señaló ella nada más salir y emprender juntos el camino al río.

—Perdona que no te haya enseñado la planta superior, creo que Cristóbal estaba descansando en su cuarto.

—No te preocupes. La nuestra es parecida, un poco más amplia, quizás. Lo único malo que le veo a la vuestra es la falta de iluminación en la salita.

—Sí, aunque tampoco es que hagamos mucho uso de ella.

—Yo necesito luz. Si me hubiese tocado una habitación mal iluminada... no sé qué haría. Preferiría dormir a la intemperie. La oscuridad total en espacios cerrados me asfixia.

Avanzaron por la llanura. Se cruzaron con varias personas; algunas saludaban, otras ignoraban su presencia. El sol comenzaba a esconderse en el horizonte y el clima era mucho más agradable. Un paseo así, en esas condiciones, resultaba incluso placentero. No había un silencio absoluto, aunque reinaba un ambiente de calma.

Llegaron al lavadero, una pequeña construcción de piedra y argamasa que se conservaba con la perfección de una obra reciente. Algunos brotes de musgo en sus esquinas parecían ser la única pista que pudiese confirmar que llevaba allí mucho tiempo. Cuatro columnas redondeadas sostenían un tejado que cubría varios pilones

enfrentados.

Esperó a que Susana tomase la iniciativa, sintiéndose patético al no saber muy bien cómo llevar a cabo el lavado de la ropa. Recordaba haber visto alguno de aquellos lavaderos públicos en un documental sobre pueblos perdidos de la península, años atrás. Eran puntos de encuentro, donde la higiene era tan importante como el acto de reunión con los vecinos. O con las vecinas, más bien; no recordaba haber visto en aquellas imágenes que alternaban color con blanco y negro a hombres reunidos en torno a las pilas, charlando y frotando con insistencia.

—He olvidado el jabón —dijo, al ver que Susana sacaba su pastilla de color crema.

—No te preocupes, te presto el mío. —Alzó la vista y lo observó allí plantado, incómodo por no saber cómo desenvolverse. Sonrió y meneó la cabeza—. ¿Qué te parece si miras cómo lo hago y me cuentas algo sobre tu vida? No tiene mucha ciencia esto.

Se acercó al pilón, donde ella remojó su uniforme y otras prendas interiores en las que no quiso fijarse demasiado. Cuando empezó a restregar la ropa contra la piedra, levantó una ceja en señal de demanda.

—¿Qué?

—Amenízame un poco la tarde, ¿no? ¿Qué tal tu primera semana en el resort? ¿Cumple tus expectativas?

—Supongo. Echo en falta a mis compañeros de piso de la universidad, tenían más conversación. Pero tampoco me voy a quejar muy alto.

—Ya —correspondió ella, con una sonrisa—. Cristóbal no parece una compañía muy animada. ¿Te da problemas?

—No, en absoluto. Creo que todo irá bien mientras no ponga en duda que él es más avispado que yo. ¿Qué tal la convivencia con Samir?

—Te la podrás imaginar... A ver, bien, no ha habido el más mínimo conflicto. Por haber, no ha habido nada. He intentado varias veces sostener una conversación con él, pero es imposible. Algún día he cocinado para ambos, con la esperanza de que eso ayudase, pero no he logrado arrancarle nada más allá de un gesto de agradecimiento.

Asintió ante lo que escuchaba. No perdía detalle del proceso de enjabonado que Susana llevaba a cabo con habilidad. No parecía tan complicado, a fin de cuentas. Frotar y aclarar. Cada uno con la maña con que pudiera desempeñarse.

—¿Tienes algún amigo aquí dentro?

—¿A qué te refieres?

—Alguien que hayan traído de la misma cárcel. Con quien tuvieses amistad, o que pueda protegerte.

—Hay otro hombre… No recuerdo su nombre. No lo conozco muy bien. Solo sé que la mañana en que nos trasladaron nos recogieron a los dos. Solo lo había visto un par de veces antes.

—Eso significa que es un tío discreto. Lo cual puede ser tanto bueno como malo.

—¿De tu cárcel hay más internas?

—He contado a unas doce o trece mujeres entre las sesenta y cinco personas que han confinado aquí, así que las probabilidades eran escasas… No, estoy sola. Todavía no he decidido si alegrarme o compadecerme por ello.

No se atrevió a preguntar por el significado de esas palabras. Creía entender que tener a conocidos en la aldea podría ser útil, sin saber muy bien para qué. Seguramente se tratase de formar alianzas, en caso de haber problemas. Pero a ninguno de los reclusos les beneficiarían los problemas. Aunque había podido comprobar cómo se las gastaban Tebras y sus adeptos, no podían permitirse ir mucho más allá. Cruzar la línea significaría firmar una sentencia. Para todos.

—¿Qué criterios crees que han seguido para elegirnos?

La pregunta lo sacó de su ensimismamiento. Volvió a centrar la atención en las manos de Susana, que subían y bajaban al compás del cepillado al que sometía a las prendas.

—En el informe hablaban de análisis de conducta grupal, respuesta a nuevos estímulos y capacidad de adaptación, comportamiento…

—Déjate de informes —suspiró ella—. ¿Te leíste todas aquellas páginas?

—No está de más saber a qué se va a exponer uno de manera voluntaria.

—Si me confiesas que también te leías los términos y condiciones de cada aplicación que te descargabas en el móvil dejaré de hablarte. En serio.

Los dos sonrieron. Susana sacudió el uniforme un par de veces, luego lo dejó tendido sobre la superficie de cemento que rodeaba el lavadero. Regresó a por el resto de piezas.

—Si les interesase que esto saliese bien, habrían metido a sesenta y cinco mujeres, ¿no crees? —quiso saber ella.

—No lo había pensado. Seguramente habría menos alboroto, es cierto. Y los domingos serían día de celebración en el lavadero.

—Ese comentario te ha quedado un poco machista —le advirtió, meneando la cabeza con fingida decepción—. Bueno, has tomado nota de cómo se hace, ¿machito de corral?

Se acercó al pilón y remojó su mono en el agua. A pesar de no estar demasiado sucio, la diferencia entre vestir durante todo el día un mono limpio y otro sudado sería notable. Cogió la pastilla de jabón, llena de espuma, y comenzó a frotar con ahínco.

—¿Puedo preguntarte por qué… estás aquí? —formuló, sin levantar la vista de la tela que restregaba.

—Estoy aquí porque firmé unos papeles para poder estar aquí. Si lo que quieres es saber por qué me encarcelaron, puedes preguntarlo sin pudor.

—Date por preguntada, entonces.

Susana guardó silencio unos instantes, concentrada en el sube y baja de las manos restregando el tejido. El sol se había recogido, las últimas pinceladas de su luz se difuminaban en el cielo.

—Maté a mi padre —pronunció, tras el silencio.

Sus manos se detuvieron sobre el uniforme lleno de espuma al oír aquello. Recobró el control de las mismas y siguió frotando. Susana lo miraba, esperaba una réplica.

—Eso es lo que consideró el juez —añadió, al ver que no iba a recibir una pregunta al respecto—. El juez y todo el mundo. La realidad, al menos la mía, es que le ayudé a morir. Él me lo pidió.

Le devolvió la mirada ante la nueva información. Los ojos de Susana parecían navegar perdidos por una marea de recuerdos que le trazaba un gesto de dolor en el rostro. Era fácil intuir que rememoraba los hechos. No los juicios ni las sentencias. El momento en que había llevado a cabo aquello por lo que había sido condenada.

—¿Una enfermedad? —se atrevió a preguntar. Quería ayudarla a salir de la imagen en la que había encallado.

—Esclerosis lateral amiotrófica —contestó, y se le acercó—. Cuando lo hice, ya no era mi padre.

Se apartó un poco al ver que se arrimaba a él. Ella le quitó sin rudeza la pastilla de jabón y lo relevó frente al pilón. Comenzó a frotar el uniforme, con más desenvoltura.

—La primera vez que me lo pidió estábamos con él mi hermana y yo. Sabíamos a esas alturas que solo iba a ir a peor. La casa ya no era un hogar, se había convertido en una morada de fantasmas. A veces tenía la sensación de que su alma se había apagado menos que las de los que le rodeábamos.

La fricción era cada vez mayor. Hacía una capa de espuma mucho más grande; por momentos, el color naranja desaparecía bajo el manto blanquecino.

—Mi hermana se enfadó con él. Yo también me sentí molesta, al principio. Prometimos no decírselo a nadie, ni siquiera a nuestra madre. Pero él sabía que yo no había dejado de pensar en ello. Y volvió a pedírmelo de nuevo, a solas. Una noche en que los espasmos le hacían trabarse constantemente.

Quiso reconfortarla de alguna manera, pero no supo cómo. Se mantuvo a su lado, acompañándola en el silencio del momento, solo interrumpido por el monótono soniquete de la friega.

—Nadie debería tener que tomar esa decisión.

—Que tu padre te pida que le ayudes a morir no es lo peor que te puede pasar —dijo ella, y detuvo por un momento lo que hacía—. Es asimilar que la peor hija sería aquella que se negase a hacerlo.

Dio la vuelta al uniforme, una masa engruñada, y siguió con su faena.

—¿Lo hiciste tú sola?

—Sí. Nadie en la familia estaba de acuerdo. De hecho, fueron mi madre y mi hermana quienes me denunciaron.

Aquella revelación le retorció algo en el pecho. No conocía de nada a Susana, podía estar mintiendo. Podía estar inventándose la historia por completo, en un intento por tomarle el pelo o por matar simplemente el tiempo. Pero creía en lo que le contaba, y saber que su propia familia la había condenado fue como si de alguna manera él también hubiese recibido el golpe.

—Lo siento.

—Pasé mucho tiempo creyendo merecer cualquier castigo que me impusiesen. No me dolía que todo el mundo me señalase como una criminal: me dolía creer que lo era. Me abrasaba por dentro, era insoportable. —Detuvo la actividad casi febril de sus manos, hundió la prenda en el agua para aclararla—. Con el tiempo entendí que mi familia no solo me culpaba por haber hecho lo que ellos no se atrevieron a hacer. Les convenía también tener una asesina. Una asesina obligada a indemnizarlos.

Volvió a poner el mono sobre el pilón y lo estrujó con fuerza. El agua corrió, de un color levemente turbio. Repitió el gesto varias veces, luego sacudió la arrugada tela.

—¿Ves? Hay que frotar con fuerza, para sacar toda la mugre.

Susana cogió uno de los calzoncillos que había dejado sobre la superficie de piedra y comenzó a pasar el jabón por encima. No se atrevió a pedirle que no lo hiciese, que le dejase a él lavar su propia ropa interior.

—¿Qué delito sospechabas que había cometido? —La voz de Susana recuperó parte de su afabilidad natural.

—No había pensado en ninguno en concreto, creo. Había descartado terrorismo, si eso te dice algo.

—Bueno, podríamos hablar de terrorismo familiar. Dios, suena aún más horrible.

Rieron juntos, mientras ella aclaraba su calzoncillo y con un gesto de cabeza indicaba que le pasase otro.

—¿Quieres hablar del tuyo?

—Preferiría dejarlo para la próxima sesión —reconoció—. Si agotamos nuestros grandes temas viviremos condenados a no superar jamás esta tarde.

Susana frunció los labios en señal de acuerdo. Le dejó hacerse cargo del resto de su ropa interior y de sus sábanas, mientras ella se ocupaba de las suyas en el pilón contiguo. Terminaron cuando apenas había luz que iluminase el lavadero. En el último rato habían aparecido dos mujeres con sendos cestos llenos de ropa, más de la que les correspondía tener a cada una de ellas. Su gesto circunspecto dejaba entrever que no lo hacían por voluntad propia. Intercambiaron saludos y las dejaron allí, medio sumidas en la oscuridad de la incipiente noche.

—¿Tienes dónde tender la ropa? En nuestro porche hay espacio —le ofreció Susana.

—No te preocupes, me las apañaré. Te agradezco las lecciones de frote y enjuague.

—Aprendes rápido, seguramente termines siendo más respetado en el lavadero del pueblo que en la lavandería de la cárcel.

—No sería tan meritorio, teniendo en cuenta que pasaré más tiempo aquí del que cumplí allí. Si todo sale bien.

Susana lo miró con extrañeza. Se adentraron entre las primeras casas, en algunas de ellas destacaban las ventanas iluminadas por resplandores vacilantes que les alumbraban el camino. Alguna sombra cruzaba ante el cristal y desaparecía al otro lado de las viviendas.

—¿Novatillo?

—Dos meses. Y no hace falta que pongas cara de sorpresa, ya lo han hecho otros por ti antes.

Susana detuvo el paso. Se quedó mirándolo, sin entender.

—¿Dos meses?

—Sí. ¿Por qué a todos os resulta tan chocante?

—Porque el listado de presos se cerró hace seis.

—Bueno… Habría alguna baja de última hora. Un ahorcamiento o apuñalamiento no previsto en el calendario —añadió, para restarle importancia.

—Sí, tal vez —contestó Susana de manera maquinal, embebida en otros pensamientos.

Se despidieron en la verja que conducía al porche de la casa en la que Samir estaría haciendo alguna cosa sumido en el más profundo silencio. Se dirigió a la suya, hizo un par de malabarismos con la ropa húmeda para rebuscar en el bolsillo holgado del mono hasta dar con la llave. Debería llevar un cesto de mimbre para la colada la próxima vez, recordaba haber visto uno guardado en la cocina.

Las luces estaban apagadas en ambas plantas. Solo la llama en una vela de la sala de estar temblaba sin apenas fuerza, dibujando unas sombras imprecisas sobre la mesa de madera y parte de la pared. Esperaba encontrarse a Cristóbal en la cocina, pero no había nadie allí. Cerró la puerta con el talón, dispuesto a subir las escaleras para

tender la ropa en el pasamanos. Aquello no tenía por qué suponer una molestia para su compañero.

Percibió primero el movimiento por el rabillo del ojo. Sutil, apenas perceptible, seguido del suspiro que emitió la butaca cuando la figura sentada sobre la misma se desplazó unos centímetros. La escasez de luz le hizo achicar los ojos, que se ensancharon al instante de manera instintiva. Nada más reconocer a quien se levantaba del mullido asiento y lo observaba con una sonrisa exagerada, ladeando la cabeza.

—¡Cristóbal! —fue lo primero que acertó a gritar, con la esperanza de que su compañero saliese de su cuarto para ver qué ocurría.

—Cristóbal, dice —masculló una de las réplicas, mientras deslizaba su mirada hacia una zona menos iluminada de la estancia.

Dirigió la vista hacia el mismo punto. La colada se le resbaló de las manos, hizo un ruido sordo al golpear la envejecida madera del suelo.

—No trates así la ropa —lamentó Tebras, y chasqueó la lengua—. Con lo que te habrá costado lavarla.

Dio un paso adelante para dejar que la vela lo alumbrase al menos parcialmente. A diferencia de su esbirro, no sonreía. Tenía el mismo gesto que recordaba del mediodía. Lo invadió la sensación de que habían pasado más horas desde ese encuentro.

—¡Cristóbal! —volvió a gritar.

—Cristóbal no está —dijo Tebras—. Con que nos abriese amablemente las puertas de su casa era suficiente. Ha salido a dar un paseo. Esta es la mejor hora.

Retrocedió un par de pasos hacia la puerta, pero se detuvo al comprobar que la otra réplica se apostaba en ella, bloqueando la salida. No lo había visto aparecer.

—No sé qué quieres —dijo. La voz le tembló más de lo que hubiese deseado.

—No importa. Estaremos encantados de explicártelo.

—Si te ha parecido mal algo de lo que…

Tebras se movió hacia la mesa, haciendo caso omiso de lo que le decía. Se inclinó, de un solo soplo apagó la llama de la vela. La estancia quedó a oscuras, la luna no parecía brillar con especial intensidad esa noche.

Tres figuras se deslizaron fuera de la casa una hora más tarde, sus siluetas apenas visibles en la tiniebla. Nadie se acercó a la casa una vez desaparecieron, de la misma manera en que nadie lo había hecho a pesar de que los gritos desgarradores habían traspasado las paredes de piedra.

Día 12

Pese a que la luz bañaba ya por completo la estancia, no salió de la cama. Dio un par de vueltas sobre ella, sin hacer apenas esfuerzos, para buscar una posición en la que la claridad no lo molestase demasiado. No tenía sueño, pero tampoco fuerzas para hacer otra cosa que no fuese seguir escondido entre las sábanas que empezaban a pegarse a su piel. Afuera se oyeron algunos ruidos aislados. Voces que pasaban cerca de la casa y la dejaban atrás, el canturreo de algunos pájaros que volaban de un lado a otro haciendo gala de su libertad.

Escuchó también algunos ruidos abajo, probablemente en la cocina. Cerró los ojos, deseoso de volver a quedarse dormido. De hundirse de lleno en la oscuridad que al menos lo conducía a la desconexión. No fue capaz, dio una nueva vuelta y apartó el fino edredón con los pies. La temperatura había subido en los últimos días. No se trataba todavía de un calor insoportable, aunque en las horas del mediodía apretaba con fuerza.

Los peldaños de la escalera crujieron sin mucho ahínco, reflejando la indolencia de quien ponía los pies en cada uno de ellos. Los ruidos se detuvieron durante un instante. El silencio fue absoluto en el interior de la casa. Luego, los pasos parecieron tomar una dirección y fueron cada vez más audibles.

Sonaron dos golpes en su puerta. Se revolvió en la cama, abrió los ojos y los clavó en el techo. Divisó una pequeña tela de araña en una esquina. Volvieron a sonar otros dos golpes, con la misma intensidad. Ni violentos ni sutiles. No dijo nada.

—Es hora del recuento. Creo que ya te la jugaste demasiado estos últimos días.

Suspiró sin que lo escuchasen al otro lado de la puerta. Sin prisa, se incorporó y apartó del todo las sábanas. A pesar de que esos movimientos apenas le dolían ya, sentía que las fuerzas habían abandonado su cuerpo. A esa misma desbandada se habían unido los ánimos. Cogió del suelo el uniforme que había dejado caer unas cuantas horas antes. Se puso los mismos calcetines del día anterior. Servirían para salir al recuento y regresar apenas un cuarto de hora después.

—Oye, aunque no te apetezca salir nos comeremos todos el marrón si no...

Abrió la puerta y dejó con la palabra en la boca a Cristóbal. Este retrocedió un par de pasos, creando el espacio suficiente para que pudiese pasar de largo y encarar las escaleras. Cristóbal lo siguió, pero se detuvo en cuanto él descendió los escalones.

—Te he pedido disculpas, amigo —anunció, desde el piso de arriba —. Aun cuando no tendría por qué haberlo hecho. No es más que supervivencia. Tú habrías hecho lo mismo.

Le devolvió la mirada desde abajo, sin decir nada. Cristóbal meneó la cabeza, incómodo. Se retiró a su habitación, a pesar de que faltaban escasos minutos para que se iniciase el recuento. No esperó por él.

Una brisa cálida lo recibió al salir al exterior. De nuevo el sol se alzaba imponente en el horizonte, coloreando toda la aldea. Los últimos rezagados avanzaban a distintos ritmos hacia la entrada del pueblo. Se mantuvo a distancia de todos ellos, correspondió con un gesto de cabeza a un hombre que le dio los buenos días. La fila estaba medio formada cuando llegó ante el portón de acero cerrado. Los supervisores habían tomado posiciones para iniciar el recuento. Salvo los lunes, día en que se entregaban la comida y útiles de aseo, mostraban una gran inquietud por hacer su trabajo y abandonar cuanto antes el lugar. No les gustaba estar a ese lado del muro. Si algún recluso se ponía fastidioso o aparecía con ganas de incordiar, sacaban la porra sin que mediase palabra. Parecía que, en realidad, fuesen ellos los castigados: obligados a adentrarse en un terreno infecto, lleno de bacterias de uniforme naranja.

Al incorporarse al final de la fila, cuyo recuento acababa de iniciarse, reparó en un cuerpo que le hacía señas. Unos metros por delante de él, Camila lo saludaba con gestos animados. Frunció los labios y sacudió una sola vez la cabeza para responder a su saludo. Unos puestos más adelante, divisó a Cayetana junto a otro chico.

Cristóbal llegó momentos después. Tanteó a quienes tenía por delante y, al comprobar que ninguno de ellos podría ponerle en un compromiso, pidió disculpas para situarse a su lado en la fila.

—Tenía que asegurarme de que no pegabas media vuelta. Pero no creas que voy a estar haciendo de niñera continuamente —musitó, en tono conciliador.

Ni siquiera lo miró, dejó que la hilera de cuerpos avanzase mientras los supervisores tomaban nota de sus datos y los señalaban en las hojas que sostenían con impaciencia. Un cuarto de hora más tarde, la fila se descomponía en numerosos grupos minúsculos y los guardias se preparaban para la retirada.

—¿Hoy tampoco vas a pisar la huerta? —preguntó Cristóbal.

Echó a andar por el camino que conducía hacia las viviendas.

—Entiendo que hayas necesitado descansar —continuó, siguiéndolo un par de pasos por detrás—, pero tampoco es cuestión de echarle

tanta cara. Estamos cargando otros con tu trabajo.

Se detuvo en seco. Se volvió para enfrentarlo, a su alrededor otros presos se dispersaban para dirigirse cada uno a su zona de actividad. Un par de personas se fijaron en ellos, con curiosidad. Al ver que no iba a producirse ningún enfrentamiento, continuaron su camino.

—¿Qué vas a hacer si no voy?

—Mira, solo tienes que...

—No, dime. Qué vas a hacer.

Cristóbal no respondió. Miró a su alrededor con disimulo, para cerciorarse de que nadie registraba aquella escena en la que lo ponían en entredicho. Así actuaba siempre, pendiente de lo que los demás hacían o decidían respecto a él. Sus actos tenían valor según lo que otros extrajesen de ellos. Terminó por rendirse y alzó las manos en señal de derrota; no le convenía discutir en público, menos aún si había posibilidades de perder la disputa. Se alejó mascullando algunas palabras que no se molestó en escuchar.

Entró en la casa y cerró por dentro con llave. No había desayunado, pero tampoco tenía apetito, por más que sus tripas se empeñasen en manifestar lo contrario. En lugar de dirigirse hacia la cocina, se acercó a la butaca de la sala de estar y se dejó caer sobre ella. Le agradó la sensación al hundirse en el asiento, acarició la piel aterciopelada hasta caer rendido en una especie de duermevela. Estuvo un largo rato así, sin mover un solo músculo, ni siquiera para cambiar de posición.

Se levantó para beber un poco de agua. Miró a través de la ventana de la cocina. En la plaza, a lo lejos, algunos presos paseaban de un lado a otro con calderos de agua, cepillos de barrendero y trapos. Unos ponían cierto empeño en restregar, otros se sentaban a los pies de la cruz, o en el mismo suelo, y dejaban que el sol les calentase la cara y el cuerpo. Uno de ellos se había desprendido del uniforme y yacía tumbado sobre la piedra en calzoncillos. Aunque algunos compañeros parecieron pedirle que se moviese para poder limpiar esa zona, el hombre no se inmutó.

Se sirvió un poco de lechuga para apaciguar el clamor de las tripas. La aderezó con algo de aceite y sal, zanahoria y maíz. Masticó sin ganas, tuvo que ayudarse de un vaso de agua para hacer bajar la comida. Limpió la vajilla que había utilizado y la dejó secar cerca de la ventana.

Oyó voces próximas en el exterior. Algunas cuadrillas regresaban a sus casas. Por lo general, no dedicaban demasiado tiempo a las labores que les habían asignado; todo dependía del ánimo y de lo mucho o poco que les apeteciese hablar entre ellos. Recolectar, regar o fregar eran tareas secundarias. Escuchó la llave introduciéndose en la ranura y se dirigió hacia las escaleras. No le apetecía volver a encararse con Cristóbal.

—Hey, hola.

Se sorprendió al reconocer la voz pausada y melodiosa de Susana. Asomaba por detrás de Cristóbal, que lo miraba ceñudo en un intento de confirmar si debía dejarla pasar o cerrarle la puerta en la cara. La alegría de percibir una voz en la casa que no fuese la de su compañero se diluyó en un segundo. Le apetecía estar solo, lejos de cualquier otra persona. Por buenas que fuesen las intenciones de Susana, no sentía fuerzas para establecer un diálogo con ella. Ni siquiera para escucharla hablar, tal y como intuía que había ido a hacer acercándose a su casa.

—¿Puedo entrar?

La pregunta iba dirigida a Cristóbal, que seguía atravesado en la entrada, bloqueando el acceso. Sin embargo, los ojos de Susana lo miraban a él. Asintió, y abandonó la idea de subir a su cuarto. Cristóbal se hizo a un lado y desapareció en la cocina.

—Te ofrecería asiento en la sala, pero no te gusta demasiado la falta de luz...

—No pasa nada. Puedes aprovechar para enseñarme tu habitación —replicó Susana, sonriente.

—Está demasiado desordenada.

—No importa. Fui una «kelly» durante varios años, estoy curada de espanto.

No le apetecía discutir, así que resignó a subir las escaleras con Susana siguiéndole los pasos. Abrió la puerta del dormitorio, una densa vaharada le hizo avergonzarse. Antes de poder hacer nada, Susana asomó y escrutó la estancia con gesto curioso.

—No está mal, es más espaciosa que la mía —afirmó, mientras se dirigía hacia la ventana y la dejaba entreabierta, para que corriese algo de aire.

Se movió por el espacio como una niña que visita por primera vez un museo. Todo parecía provocarle curiosidad. Y todo era una cama, un armario, una mesita de noche y pocos detalles más. Pasó una mano por la madera de la mesa, para comprobar la suavidad de la superficie. Con un gesto de falso reproche le mostró la palma de la mano, cubierta por una fina capa de pelusa.

—Te tenía por un chico más pulcro.

Sintió el impulso de pedirle a Susana que parase, que dejase de tocar sus cosas y que saliese de su cuarto. Quería encerrarse en él a solas. Se acercó a la ventana, una brisa apenas perceptible se colaba por la abertura. Fuera no se veía a nadie. Hora de comer, hora de la siesta también.

—¿Qué tal te encuentras?

Respondió sacudiendo los hombros. Susana abrió el armario, lo recorrió de un vistazo y extrajo un juego de sábanas limpias que

todavía no había estrenado. Sin mediar palabra, se acercó a la cama y comenzó a quitar las que estaban puestas. Le devolvió la mirada, pero en lugar de responder al reproche silencioso que le lanzaba, ella se cruzó de brazos.

—¿Ni siquiera vas a responder a una pregunta tan sencilla como «qué tal te encuentras»?

—Me encuentro bien. Oye, no es necesario que...

—Al menos ten la decencia de no mentirme a la cara —lo interrumpió ella sin mirarlo, arrojando al suelo las piezas de tela usadas y colocando con destreza las limpias.

—Susana, puedo hacerme la cama yo mismo.

—Claro que puedes. También puedes tener la habitación más presentable. Sin embargo, no la tienes. —Iba a protestar pero ella no le dio tiempo—. Me llevo tus sábanas, yo también tenía pensado lavar esta tarde las mías. Me da igual que sea más práctico mudar la ropa cada dos semanas, es una guarrada. Más con el calor que empieza a hacer.

—No tienes por qué llevarte mi ropa, no quiero que lo hagas —le advirtió. Susana terminó de colocar la sábana bajera y levantó la vista —. Puedo yo solo. No estoy impedido.

Un silencio largo se instaló entre ellos. La postura de Susana pareció modular, sus hombros descendieron y su actitud decidida dio paso a otra más expectante. Dejó la sábana que quedaba por colocar encima de la cama, con cuidado, y se acercó hasta el rincón donde él estaba.

—¿Qué te hicieron?

El silencio le picó en la garganta. Se esforzó por no desviar la mirada, por mantenerla fija y serena en la cara de Susana.

—Podemos dar aviso, Darío. No tenemos por qué tolerar estas cosas.

—Estoy bien.

Los ojos de Susana brillaban. En ellos vio reflejados los distintos estados que él había transitado hasta llegar al hastío: rabia, impotencia, temor... Dar aviso había sido el primer pensamiento que había cruzado su mente tan pronto como Tebras y sus dos acompañantes abandonaron la casa. Fue también el pensamiento que se diluyó con mayor rapidez.

—De verdad, estoy bien.

La sorteó para acercarse a la cama, cogió la sábana y la desdobló con un par de movimientos. Comenzó a colocarla por el lado izquierdo. Susana se inclinó para ocuparse del derecho. Al acabar, acomodaron el edredón sin decir nada.

—Gracias por preocuparte —dijo, tras vacilar—. Pero no quiero que nadie se responsabilice de mí.

—Somos seres humanos, por Dios. —Susana aprovechó que el diálogo se había reanudado para acercarse de nuevo—. Si dejamos que nos traten como basura, será en lo que nos acabemos convirtiendo.

—Ya somos basura. Por eso estamos aquí.

Susana meneó la cabeza, no añadió nada. Se limitó a contemplarlo con una mezcla de pena y frustración, ante la que prefirió desviar la mirada. Oyeron pasos en la escalera, que luego se dirigieron hacia el otro dormitorio de la planta alta. Le preguntó a Susana si le apetecía comer o beber algo para romper el silencio que de nuevo se había apoderado de la estancia.

Bajaron a la cocina, le sirvió un zumo de naranja. Él prefirió no tomar nada. Apostados sobre la antigua encimera, hablaron del trabajo en la huerta, de algunos de los presos que habían conocido hasta el momento, de la adaptación a la vida en la aldea. Dejó que ella llevase la voz cantante, aunque poco a poco apartó la aspereza que se había convertido en su sombra durante los últimos días y terminó por compartir algunas de sus impresiones, de sus experiencias. Sin duda, Susana parecía tener un don de gentes mucho más desarrollado; mencionaba a personas en las que él ni siquiera había reparado, conocía datos de algunos reclusos que solo podían ser fruto de largas y frecuentes conversaciones. No le pasó inadvertida su intención de ponerlo al corriente de aquellos de quienes era mejor guardarse. Tebras había decidido tallar un bastón de mando y agitarlo antes que nadie, pero eso no impedía que otras voces u otros puños se alzasen con la intención de imponerse sobre terceros. A pesar de ello, fue cautelosa y no entró en detalles que lo hiciesen caer en los recuerdos de lo ocurrido en aquella misma casa.

Se fue cuando la luz empezaba a declinar. Insistió en llevarse sus sábanas consigo, a lo que cedió para no prolongar una discusión que carecía de sentido. No se libró tampoco de una nueva sugerencia sobre lo bien que estaría que retomase las tareas de la huerta. Tan pronto como se fue, Cristóbal asomó desde su habitación.

—No está prohibido reunirse con otra gente en casa —informó desde la planta superior—. Pero intentemos no convertirlo en costumbre, ¿de acuerdo?

Sintió ganas de subir las escaleras a saltos para plantarse ante él y decirle que no soportaba escuchar cada palabra que se escurría por su boca. Optó por sentarse un rato en la butaca de la sala de estar. Antes, se acercó a la estantería y recorrió los lomos que se apiñaban en los distintos anaqueles. Había todo tipo de libros, desde novelas hasta recetarios de cocina. Algunos títulos le sonaban. Terminó por coger uno que le llamó lo suficiente la atención. Encendió la vela de la mesa y la lamparilla, se acomodó en la butaca.

Pasó un largo rato abstraído en la lectura, hasta que Cristóbal bajó

a la cocina para prepararse la cena. Una de las pocas cosas que agradecía de su compañero de casa era el escaso ruido que generaba. Sus movimientos eran cuidados, tranquilos. No se escuchaba estruendo de cubiertos y vajilla cada vez que entraba en la cocina, tampoco su desplazamiento por la casa ocasionaba molestias, más allá de los ruidos inevitables que los peldaños de la escalera o el entarimado producían cuando cualquiera de los dos se movía sobre ellos.

—Algunas personas han hablado de tu ausencia en la huerta.

Apareció en el marco de la entrada de la cocina, observándolo sin ninguna expresión concreta. Siguió leyendo la página en la que estaba, a pesar de que su concentración se había diluido.

—Muchos saben de qué va la cosa —insistió Cristóbal—, pero aun así no sienta un buen precedente que alguien se pase por el forro las normas.

—Hay otros que también lo hacen. No estoy obligado a ir.

—No, pero si no vas no tendrás derecho a nada de lo que recolectemos. Y preferiría no tener que recordarte que, en ese caso, no tendrás tributo que entregar a... ya sabes quién.

Cerró el libro, lo dejó sobre su regazo. Contempló la llama de la vela, su danza sinuosa. Se levantó para dejar el ejemplar en el hueco del que lo había sacado, pero se lo pensó dos veces y se lo llevó consigo a la habitación.

Un par de horas más tarde, recostado sobre la cama, apagó el quinqué de su cuarto. Era noche cerrada, el brillo de las estrellas y de la luna imprimía una débil capa de claridad a la estancia. No tenía sueño, se sentía agitado. Se aproximó a la ventana para observar las casas más próximas. Había luz en varias de ellas, otras se mantenían ocultas en la oscuridad. Escuchó el canto de los grillos junto a otros murmullos que no podía identificar. La quietud del exterior lo ayudó a relajarse un poco, pero sentía la necesidad de salir de la habitación. Quería regresar a ella solo cuando estuviese exhausto, rendido al sueño.

Se calzó las zapatillas deportivas y bajó con cuidado las escaleras, tratando de evitar los crujidos delatores. Se acercó a la puerta y se detuvo unos instantes ante ella. La abrió y salió afuera, cerrando con cuidado a sus espaldas.

Recorrió el camino que llevaba hacia una de las zonas más apartadas de la aldea, aquella a la que pertenecían el granero, la huerta o el lavadero. Quería evitar ser visto, también ver a otros. Lo que buscaba era soledad. Calma. Caminó con tiento para no torcerse un pie en alguno de los desniveles del terreno. El paseo le trajo nuevos recuerdos de los años en que pasaba el verano entero en casa de sus abuelos. Vivían en una aldea parecida a aquella, partiendo de que

todas las aldeas se parecen entre sí para quien las visita con frecuencia. Pueden reconocerse en ellas elementos comunes del paisaje, sonidos compartidos, costumbres casi idénticas. Le gustaban mucho, de pequeño, los paseos en compañía de sus padres y de sus abuelos cuando caía la noche y regresaban de casa de algún vecino. Todas las puertas estaban abiertas al resto de paisanos, salvo en épocas de rencillas personales que, se extendiesen más o menos en el tiempo, siempre se dejaban atrás. Recordaba el olor de las sardinas asadas al aire libre, el batiburrillo de voces que se alzaban sin temor a importunar al resto del vecindario, el ritmo apacible y despojado de todo estrés con que las cosas se hacían...

Por encima de todo eso, lo que podía evocar con mayor intensidad era el silencio. La ausencia de sonidos que se acumulasen sin cesar, peleando por imponerse unos a otros. En la aldea seguían un proceso más natural. Más que de una ausencia, podía hablarse de un criterio. Los ruidos tenían un significado y una razón de ser.

Mientras se acercaba al río, guiado apenas por el reflejo de las estrellas sobre el agua, pensó en la relación del silencio con aquella época que había quedado tan atrás. La despreocupación de los días en familia. Todo había cambiado muy rápido, la niñez se había desvanecido sin tener opción siquiera de despedirse, eclipsada por la ostentosa irrupción de la adolescencia. El ímpetu que caracterizaba a esta se entremezclaba con los primeros pasos de la madurez. Y, para cuando se deseaba echar la vista atrás, a los buenos momentos, todo quedaba carcomido por la nostalgia. Nada podía contemplarse con la cara vuelta al pasado sin el filtro de la nostalgia.

Se sentó en la orilla, con cuidado de mantener las zapatillas fuera del alcance del agua. Se dejó arrullar por el rumor pacífico de la corriente hasta terminar tendido sobre la tierra. El cielo era un enorme cuadro negro, salpicado por gotas de color blanco. Quedarse dormido allí resultaba tentador, salvo por que el frío terminaría despertándolo pocas horas más tarde.

—Estamos fuera de horario.

Se incorporó de un salto, un pinchazo doloroso le atravesó el pecho a causa del susto. La voz había hablado muy cerca de su oreja izquierda, y podía distinguir a un par de pasos un uniforme naranja erguido, estático frente a él.

—La libre contemplación del universo queda prohibida más allá de las diez de la noche —añadió la voz—. Suena guay, ¿no? Libre contemplación del universo.

Escudriñó en busca de un rostro que poder definir. Distinguía un cuerpo en apariencia delgado y de mediana estatura. Sobre él, una cabeza en la que brillaban con intensidad un par de ojos.

—Buenos reflejos, por cierto. Si en algún momento montamos una

liguilla deportiva, te vienes a mi equipo.

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú, imagino.

Sentía todos los músculos en tensión, a pesar de que el tono de la voz que escuchaba pretendía sonar despreocupado y amistoso. Quizás era eso lo que le hacía mantenerse más alerta.

—Solo quería tomar el aire un rato. No molesto a nadie.

—Oh, mientras no berrees canciones de taberna ni te pongas a gimotear porque echas de menos a tu novia, a mí no me molestas. Queda claro entonces que queremos lo mismo: pasar un rato tranquilos. —El cuerpo avanzó un par de pasos con desenvoltura. Hizo amago de retroceder, pero distinguió tendida a pocos centímetros una mano—. Me llamo Quique.

Apretó la mano y la soltó con rapidez, como si quemase. Se dio cuenta de lo sudorosas que estaban las palmas de las suyas.

—Yo soy...

—Darío —dijo el chico, sin dejarle terminar—. Y como te suden las manos así siempre, dejarás de ser Darío para convertirte en el Sudores, o algo por el estilo. No esperes demasiado de la creatividad de esta gente.

Se quedó en silencio. Podía ver un poco mejor a la persona que tenía enfrente. Debía de ser dos o tres años mayor que él, no más. Un rostro lampiño de facciones suaves, que lo miraba sin ocultar cierta diversión.

—Puedo irme a otra parte si lo que quieres es estar aquí solo.

—Si quisiese estar solo no me habría acercado a ti —replicó el otro, arqueando una ceja—. Puedes bajar la guardia, colega, vengo en son de paz.

Mientras pronunciaba las últimas palabras se sentó con agilidad en el suelo. Con un gesto de mano, lo invitó a hacer lo mismo.

—Quizás eres tú el que quiere estar completamente solo —añadió.

Se decantó por imitarlo y se sentó de nuevo en la orilla. Tras la irrupción, volvió a ser consciente del susurro relajante del río. Miró a su alrededor, en busca de alguna otra figura que merodease por las proximidades, y trató de sosegarse sin quitar ojo al chico que se sentaba a su lado, removiendo con las manos la tierra que quedaba entre sus piernas.

—Por cierto, saber que me llamo Quique dejará de ser útil en poco tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Ha trascendido ya el apodo que tenía en la trena. Puedes ir familiarizándote con el nombre de Caco.

—De Quique a Caco. Parece que en tu cárcel tampoco abundaba la creatividad.

Adivinó la sonrisa de la figura en mitad de la negrura. Estuvieron unos instantes sin decir nada, mientras oía los dedos de Caco escarbar sin mucho ahínco en la tierra.

—¿Cumple tus expectativas el experimento al que nos hemos sometido por voluntad propia? —preguntó el recién aparecido.

Tardó en dar una respuesta. A pesar de la inocencia con que había planteado la pregunta, no le apetecía responder con sinceridad. Responder era lo último que deseaba hacer, en realidad.

—No he notado mucho cambio —contestó, comedido.

—Dice mientras se deja embelesar por el arrullo del agua y la brisa le acaricia la cara...

—Alguna diferencia puede que haya —replicó, dejándose vencer con una sonrisa—. ¿Cuál es tu veredicto?

—Es pronto para afirmar nada. Nos queda tanto por delante... Hasta el momento, diría que están siendo unas vacaciones en el paraíso en compañía de un grupo de tarados.

—¿Y tienen más peso los tarados o el paraíso?

—Dímelo tú.

Esquivó la mirada en la que acababa de detectar un atisbo de compasión. Caco debía de estar al tanto de lo ocurrido. Todo parecía indicar que funcionaba como un eficiente sistema receptor de rumores e información, y quizás se valiese de estrategias como la de acercarse a alguien de improviso y en mitad de la noche para alimentar su curiosidad. Faltaba saber si su principal motivación era el simple chismorreo o si la información podía transformarse en un arma a su favor.

—Entiendo que sea un tema sensible —afirmó Caco, tanteando su inquietud—. Te diría que lo siento mucho, pero no sería de gran ayuda. Lo que sí puedo aconsejarte es que no vuelvas a contradecir a Tebras. Agacha la cabeza, siempre.

—Parece un consejo muy útil —comentó, sin poder contenerse.

—Hablo en serio. Sé que te trincaron hace poco. Por desgracia, la experiencia es algo esencial para sobrevivir en un entorno así sin acabar convertido en un saco de boxeo.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas, te dejo que especifiques.

—Lo de que llevo poco tiempo… encarcelado.

—De no haberlo sabido, el hecho de que te cueste asimilarlo habría sido una pista de lujo. —Caco sonrió, buscaba rebajar la tensión que se había ido tejiendo con sus intervenciones—. Llevo algo más de dos años en chirona. Lo cual, desde el punto de vista de alguien como Tebras, es poco, y desde el punto de vista de alguien como tú, es mucho. ¿Me equivoco?

—Dos años tampoco me parece...

—Llevas apenas dos meses y no sabes cómo vas a aguantar esto. —Caco no le dejó continuar—. Dos años bastan para entender cómo funciona todo. Y por todo me refiero a la cabeza de las personas con las que te toca vivir en un lugar como la cárcel.

—¿Por eso necesitas saberlo todo?

—El conocimiento es poder, dijo alguien hace mucho tiempo; ese día no presté demasiada atención en clase. Pero me gustaría rebatir esa afirmación. El conocimiento es poder, hasta que te sueltan en una jaula donde el poder es el abuso. Entonces el conocimiento no es más que una herramienta peligrosa que puede sacarte de un apuro o enterrarte en una fosa.

—Quizás ganases más manteniéndote al margen, en ese caso.

—Me puede el espíritu aventurero. —Caco se encogió de hombros—. Qué le voy a hacer, en la biblioteca de mi madre estaban las colecciones enteras de Julio Verne y Enid Blyton.

Lo vio coger con dos dedos lo que parecía ser un terrón y lanzarlo al agua. Un chapoteo apenas audible señaló su hundimiento. Con la mano volvió a remover la tierra que quedaba entre sus piernas.

—No quiero que te tomes lo que te voy a decir como un compromiso. No me gusta presionar a nadie. Pero esto no va a ser fácil, las cosas no aguantarán así mucho tiempo.

—No me importaría que mi situación cambiase, la verdad.

—Sabes que no eres el único al que Tebras ha... cogido por el pellejo, ¿verdad? —Por primera vez, Caco dio muestras de titubeo en sus palabras. La cautela le hizo parecer más humano—. Esto va más allá. Seguro que has tomado nota de lo que hay a tu alrededor. Le tienes miedo a Tebras por lo que te hizo, en eso consiste la experiencia. Pero aquí hay muchos más como él. Muchos cartuchos de dinamita deseando que alguien prenda su mecha.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—La experiencia.

Una sonrisa triste traspasó la oscuridad. Un par de chasquidos cercanos llamó la atención de ambos, aunque la reacción de Caco fue mucho más relajada. Algún pequeño animal nocturno debía de rondar la huerta o sus alrededores. Un nuevo terrón fue a parar a la corriente del río, luego Caco se irguió y sacudió su uniforme.

—Odio el color naranja —musitó.

Ambos permanecieron en silencio un breve instante. Prestaron atención a lo que parecía ser el rumor de unas voces entremezclándose a lo lejos, más allá de las casas. No debían de ser los únicos con ganas de estar al aire libre, de aprovechar aquella sensación de libertad que suponía ver el cielo estrellado. La oportunidad de perderse en mitad de la noche, de dejarse acariciar por la brisa, era motivo suficiente para abandonar la relativa seguridad de las casas.

—¿Qué es lo que no quieres que me tome como un compromiso?

Caco no respondió al momento. Se dio la vuelta, mirando hacia el corazón de la aldea, donde el resplandor de algunas luces apenas recortaba la silueta de unas pocas viviendas. El pueblo no estaba dormido, pero sí parecía entrar en la fase preliminar del sueño.

—Llegado el momento, se formarán bandos. Es lo más probable.

Aquella suposición no resultaba alentadora. En los dos meses que había pasado encerrado había tenido tiempo de descubrir que los bandos eran una realidad bien asentada dentro de las cárceles, pero tampoco le había supuesto ningún problema. Ni había querido pertenecer a alguno, ni nadie lo había obligado a hacerlo. Funcionaban como tribus, como grupos sociales. Una imitación distorsionada por las circunstancias de lo que sería quedar con algunos conocidos para sentarse en una terraza o echar una partida al póker. Pero las palabras de Caco sugerían otra cosa distinta.

—Solo quiero que sepas que me gustaría tenerte cerca. —Caco se dio la vuelta, y buscó su rostro en la negrura—. Calo rápido a la gente, y tú no eres mala persona. Si puedo elegir, prefiero que la gente buena que hay aquí no salga mal parada.

—Todos estamos aquí por algo que hemos hecho mal.

—Haber hecho algo mal no nos convierte necesariamente en malas personas.

—¿Me estás pidiendo que me una a la hipotética banda que formes?

—Te estoy pidiendo que me perdones si decides no entrar en el juego. Las piezas que sobran son las primeras en caer eliminadas. Pero me alegraría saber que podré tenerte al lado y no en medio.

—¿Y la opción de tenerme enfrente?

—No eres una mala persona, insisto.

—¿Tú tampoco?

Caco ladeó la cabeza en un gesto que no supo descifrar. El silencio les permitió percibir el sonido agudo y monótono de los grillos.

—Te dejo disfrutar de la soledad, que es lo que viniste a buscar —se despidió—. No te quedes mucho rato: algunos han cogido la costumbre de venir durante la madrugada a hacer cosas en el río que preferirías no presenciar.

Los pasos de Caco se perdieron en la noche tan pronto se hubo alejado un par de metros. Desapareció casi con el mismo sigilo con que había irrumpido a su lado.

Poco después, caminaba hacia la casa con una cautela parecida a la de su nuevo conocido. No resultaba tan sencillo, apenas podía advertir si ponía el pie sobre unas piedras que rechinarían o en un pequeño desnivel que lo haría arrastrar la suela sobre la superficie arcillosa. Se esforzó en cuidar sus movimientos. Le interesaba adquirir la habilidad

de pasar desapercibido.

La concentración lo mantuvo entretenido en ese camino de vuelta, hasta alcanzar el suelo pavimentado de piedra. Durante ese tramo, tuvo que cambiar el peso que ponía en cada paso, adaptándose a un terreno que reproducía con facilidad el eco de cualquier pisada. Entonces se detuvo en seco.

Unos ruidos lo hicieron erguir la cabeza y dirigir la mirada a su izquierda. En el espacio abierto entre dos viviendas situadas algo más abajo de la suya creyó distinguir dos siluetas. La escasez de luz le privaba de poder entender qué ocurría, pero de manera instintiva sus piernas retrocedieron algunos metros. Un grito ahogado le hizo dar un respingo, su pulso alcanzó una velocidad endemoniada. Varios golpes secos, de carne contra carne, se elevaron en el aire y desaparecieron, sin eco que los acompañase. La piel de los brazos se le erizó al oír otro grito, interrumpido por un nuevo impacto que se fundió con el sonido de algo que se quebraba. Podía haber sido una nariz, un diente, ambos. Quería largarse de allí y alcanzar la casa, pero sus pies estaban anclados al empedrado. Alguien necesitaba ayuda. Aunque, si intervenía, probablemente pasaría a necesitarla él también. Sabía que lo más prudente era marcharse, desaparecer antes de que nadie lo encontrase allí.

El peso de un cuerpo al caer contra el suelo lo hizo estremecerse. Un escalofrío le recorrió la espalda como un pedazo de hielo. Sentía una fuerte presión en el pecho, los latidos se sucedían como latigazos en sus oídos. Se acercó hacia la zona oscura, un paso tras otro, lento, como ensayaba momentos antes.

Varios gruñidos que sonaron a estertores le hicieron desear dar la vuelta. La oscuridad no le permitía todavía vislumbrar nada más que una figura alargada, en pie, que contemplaba estática un bulto que parecía tratar de arrastrarse por el suelo.

—Esta vez serás tú el mensaje. Por el bien de todos, espero que no haya una próxima.

La voz traspasó las sombras con una entonación tan seca como los golpes que acababa de escuchar. Medio oculto tras el muro de piedra que rodeaba el jardín de una de las casas, se esforzó por distinguir mejor lo que tenía a tan solo unos metros. El bulto trató de incorporarse, pero solo consiguió sentarse sobre el empedrado con dificultad. Su jadeo se entremezclaba con otros sonidos más delicados de la noche. Una de las ventanas de la casa que había enfrente se iluminó, un tímido haz de luz proporcionado por alguna lamparilla, o por un par de velas. La intriga del vecino alertado por los golpes le permitió reconocer el perfil del hombre que yacía en el suelo concentrado en recuperar el aliento. La sangre que le bañaba el rostro descendía profusa desde una brecha oscura en la frente. Era uno de los

acompañantes de Tebras.

La réplica dirigió una mirada a la figura que se alzaba ante él como una estatua. Escupió algo mucho más espeso que la saliva y abrió la boca para dirigirse a quien lo había dejado postrado en mitad de la noche. No tuvo tiempo de articular ningún sonido. La pierna del hombre erguido cruzó el aire y golpeó su cuerpo con dureza. Se replegó tras el muro al oír el impacto de la cabeza afeitada contra el suelo.

En la ventana que se había iluminado vio asomar un par de figuras, que contemplaban en silencio lo que ocurría fuera. Refugiado detrás de la tapia, sintió los pasos del hombre alejarse de su víctima, que ya no emitía un solo ruido. Se dio cuenta, tarde, de que se aproximaban al camino principal.

Se hizo un ovillo y clavó la mirada en la oscuridad que tenía enfrente. Rezó en silencio por que el hombre pasase de largo, por que no reparase en la figura que se agitaba de pánico acurrucada contra la piedra. Los pasos se detuvieron a un metro de él. Pudo sentir su presencia, su cercanía. Pudo sentir que lo estaba observando.

Alzó la vista con la certeza de que sería la última decisión que tomaría antes de convertirse en otro cuerpo inerte abandonado en la negrura. Se encontró con una cara desprovista de expresión. Dos ojos lo escrutaban sin ninguna pretensión. No había en ellos ira, ni sorpresa, ni tan siquiera curiosidad. Habrían podido fundirse con la oscuridad que los envolvía. Un cabello oscuro que resplandecía con la luz caía hasta sus hombros, asentándose sobre el uniforme de color naranja.

Se observaron en silencio. Podía escuchar su propia respiración, acelerada, pero no la de aquella cara a la que habían extirpado cualquier emoción. No consiguió evitar que su vista se deslizase hasta aquellos nudillos manchados de sangre ajena. Divisó sobre la tela del uniforme distintas salpicaduras y algo le trepó por la garganta. El miedo o la cena querían escapar de su cuerpo.

El hombre se alejó por el camino que conducía al centro de la aldea. Sus pasos resonaron rápidos pero no apresurados. Quería marcharse de allí; no por temor, sino por hastío.

Entró en la casa unos minutos después. Todas las luces estaban apagadas, lo cual le generó cierta inquietud. Durante unos momentos se quedó inmóvil en el vestíbulo, con la vista fija en la oscuridad que cubría la sala de estar. Aguzó el oído, esperando percibir la respiración de algún hombre sentado en la butaca, pero allí no había nadie. Cristóbal dormía ya, eso era todo. La puerta cerrada de su habitación lo confirmaba.

Se refugió entre las sábanas ásperas nada más deshacerse del uniforme, a pesar de que no tenía frío. La posición de la luna teñía de

un negro casi total la estancia. Desde la ventana apenas se adivinaba nada que estuviese más allá de diez metros. Tampoco se percibían ruidos. Todo parecía haberse detenido, un acuerdo tácito de reposo absoluto.

En mitad de esa quietud se concentró en acompasar su respiración al ritmo habitual. Trató de no pensar en lo que acababa de presenciar, necesitaba dormir. Volvió sin poder evitarlo a la imagen del cuerpo tendido. Se había acercado a él con el temor de descubrir que ya no tenía vida, pero el ruido de una puerta cercana al abrirse lo hizo correr en dirección contraria. Mientras se alejaba pudo confirmar que algunos curiosos habían salido al exterior para hacerse cargo del bulto inerte.

Sin embargo, no era la posibilidad de que estuviese vivo o muerto lo que le impedía quedarse dormido. Era la incertidumbre. No saber si prefería lo uno o lo otro.

Día 17

Se enjugó la frente con el dorso de la mano. Había creído que las condiciones en la huerta eran las peores de cualquier actividad, pero en su tercer día de limpieza en la plaza ya no le quedaban dudas de que frotar la piedra conllevaba un esfuerzo mayor al de arar el terreno o recoger hortalizas. Cristóbal le había advertido desde el primer día, casi con fastidio, de que no había ninguna razón por la que emplearse a fondo con el trabajo. Cumplidas las dos primeras semanas, un pequeño equipo de inspección se había adentrado en la aldea mientras todos los reclusos formaban fila en la entrada y aguardaban bajo la vigilancia del personal que a diario hacía el recuento.

Habían revisado las casas, una por una, y comprobado el estado de las parcelas donde desempeñaban las distintas labores. No habían regresado con las manos vacías. Llevaban consigo varios cubiertos que en su origen habían sido cucharones o espumaderas, a los que la intervención de alguna mano humana había terminado por convertir en rústicas flechas gigantescas y otro tipo de objetos punzantes. En algunas de las viviendas habían encontrado también material que pertenecía al granero, desde algunos rastrillos de mano hasta una azada.

El equipo de inspección había tomado nota de las casas que escondían aquellos objetos, sin mencionar una sola palabra sobre lo que ocurriría con sus respectivos huéspedes. Algunos de los involucrados habían protestado e incluso jurado y perjurado que no sabían nada de aquello. Pero la respuesta fue igualmente el silencio.

Esa misma tarde, el juez de vigilancia había hecho sonar la alarma hasta atraer la atención de casi todos los habitantes. Por el altavoz, había ofrecido palabras de felicitación desprovistas de un tono sincero. Con ellas había señalado que, a pesar de algunos pequeños incidentes que la dirección estudiaría, se mostraban satisfechos con la conducta manifestada durante esos primeros catorce días. No había entrado en detalles respecto a quién exactamente se sentía satisfecho ni por qué motivos. Esa opacidad en el discurso no llegó a cobrar importancia entre los reclusos esparcidos ante el muro. En cuanto fue anunciado que, dos días más tarde, se les haría entrega de correspondencia los vítores llegaron a eclipsar la voz del juez Villanueva, que pareció perder el poco interés que le quedaba en

mantener el amplificador encendido.

Dos días después, cumplían con su palabra. A la hora del recuento, muchos de los reclusos recibieron sobres e incluso algunos pequeños paquetes. La escena le recordó a una mañana de Navidad deformada, donde un rebaño de adultos había decidido comportarse como críos bulliciosos sin la supervisión de nadie que pudiese aguar su momento de éxtasis.

Al llegar su turno, nadie le hizo entrega de nada. Aceptó en silencio lo que ya había anticipado. A su alrededor, algunas personas se dejaron caer en el suelo para rasgar los sobres y leer con emoción, casi con ansia, las letras que sus seres queridos les habían escrito. Otros despedazaron los sencillos embalajes, dentro de los cuales aguardaban objetos capaces de ofrecer mucha compañía y causar poco daño. Se alegró al reconocer en algunos rostros emociones de las que llevaba tiempo sin ser testigo. Una plaga de polillas de la envidia le devoraba el pecho por dentro mientras presenciaba la escena, pero fue una sensación a la que prefirió no hacer caso.

—Te vas a dejar los nudillos como sigas frotando con ese ansia. No estoy segura de que esto sea lo que nuestro Señor entendía por devoción.

Aprovechó el comentario de Susana para tomarse un respiro. Dejó el estropajo a los pies del crucifijo y se sentó sobre la base de piedra esculpida. Se desprendió de la parte superior del mono, como hacía en casa. Al principio le había dado pudor, pero era un gesto que se repetía con frecuencia entre los demás presos. El calor de mediodía dejaba pocas alternativas.

—Ten, quédatelo.

Susana le tendió un trozo de tela. Los bordes descosidos indicaban que había pertenecido a un bordado mayor, pero aun así presentaba buen aspecto. Agradeció la ofrenda mientras se retiraba con ella el sudor de su frente y de su cuello.

—Había varios manteles en nuestra casa. Valió la pena reconvertir algunos en pañuelos.

—A mí ni se me habría ocurrido.

—Para eso estoy yo —apostilló Susana, satisfecha.

Una pequeña ola espumosa pasó a sus pies cuando Samir vació un nuevo capacho sobre la superficie de la plaza. Las burbujas de distinto tamaño borbotearon hasta morir silenciosamente y desaparecer sobre la pátina de agua que se extendía ávida por el empedrado.

—Mulato, hostia, es la segunda vez que me salpicas. Apunta hacia donde no haya nadie —se quejó uno de los hombres de otra cuadrilla.

Samir no reaccionó ante la protesta, solo se encogió con timidez. Con el capacho en la mano se dirigió a paso lento hacia la fuente que quedaba en una esquina de la explanada. Se había adjudicado él

mismo la tarea de rellenar y vaciar el cesto, consciente de que a nadie más le apetecía encargarse de esa actividad. Verlo regresar con el agua amenazando con desbordarse ofrecía la posibilidad de contemplar con otros ojos aquel cuerpo enjuto de movimientos cautelosos. La fuerza con que vaciaba los litros de agua era una demostración involuntaria, una advertencia natural. Aquella anatomía contenía una violencia potencial que podía pasar desapercibida bajo su actitud huidiza.

Se ocupó de llevar el material de limpieza al granero junto con Samir y otros reclusos un rato más tarde. En la huerta ya no quedaba nadie, solo algunas personas pululaban por los alrededores o se refrescaban en la margen del río.

—Darío.

La voz de Cayetana se izó a sus espaldas como una bandera distendida. La vacilación en el rostro de ella hizo que se detuviese mientras los demás accedían a la nave.

—Es mejor... dentro.

La observó con curiosidad, pero no pidió explicaciones. Se limitó a asentir y ambos se dirigieron al interior del almacén cuando los otros compañeros salían enredados en la charla que habían iniciado al abandonar la plaza. Samir seguía al grupo guardando la distancia. Les dirigió a ambos una mirada que se apresuró a desviar hacia cualquier otro lugar donde nadie pudiese devolvérsela.

—Perdona que no haya hablado contigo antes.

La disculpa lo cogió por sorpresa mientras colocaba los cubos y productos de limpieza en su correspondiente lugar. Desconocía la motivación de aquellas palabras, fueron los gestos nerviosos de Cayetana lo que llamó su atención. Su mirada no dejaba de escurrirse una y otra vez hacia la entrada del granero, hacia el portón de madera entreabierto por el que se colaba la claridad del día.

—¿Ocurre algo?

—No. No, nada —respondió ella, tratando de convencerse a sí misma de que lo que decía era cierto—. Siento mucho lo que ocurrió con Tebras y su gente. Ojalá no te hubieses visto envuelto en...

—Tú no tienes que disculparte por eso —la interrumpió, incómodo—. No has hecho nada para tener que pedir perdón.

—Te... —Cayetana parecía buscar con prisa las palabras adecuadas—. Por mi culpa, estás en una situación... No tendrías que soportar esto si no me hubieses ayudado.

El labio inferior le temblaba con irregularidad, una agitación que parecía contagiar a sus palabras. Sus manos se retorcían, nerviosas. Entendía que la posición en que ella misma se situaba le resultase desagradable, pero no terminaba de explicar el porqué de tanta intranquilidad.

—Me vigilan —soltó ella, antes de que pudiese replicar nada.

—¿Quién?

Su mirada le dio la respuesta. Esta vez fueron sus ojos los que se deslizaron hacia la entrada del almacén. Temía que ese silencio lleno de significado pudiese invocar a seres indeseados.

—Me dijeron que no hablase contigo —explicó—. Que había quedado claro que nuestra amistad no le reportaría nada bueno a nadie.

—¿Te han hecho daño?

Cayetana evitó responder la pregunta.

—Trataré de convencerlos para que te dejen en paz, de verdad. No quería que pensases que soy una desagradecida, o que no me preocupaba por lo que te habían hecho. Pero es peligroso exponerse. No vale la pena llevarles la contraria.

—Entonces será mejor que salgas del granero.

Cayetana asintió con culpabilidad. Un nuevo gesto pareció querer completar las disculpas que ya había pronunciado en voz alta. Se dirigió hacia la entrada con paso apresurado.

—Gracias por preocuparte por mí —le dijo, antes de verla desaparecer—. No vuelvas a ponerte en riesgo.

Se entretuvo algunos minutos dentro del granero. La incertidumbre de no saber si alguien lo esperaba fuera hizo que no sintiese prisa. Allí hacía calor, pero encontró una parte en la que el sol no incidía de manera directa y la sensación era menos asfixiante. Se sentó contra la pared desnuda. Reparó en un par de trozos de lo que parecía ser plástico tirados en el suelo. Transparentes y arrugados, como un ovillo diminuto y malformado. Los tanteó con el pie, como quien explora a un insecto que de un momento a otro puede volver a la vida y salir disparado hacia cualquier parte. No sabía de dónde podían haber salido aquellos restos o quién podía haberlos tirado allí; quizás fuesen los residuos de algún envoltorio. Alguien podía haber cogido la costumbre de llevarse comida al granero, aunque le costaba imaginar como una situación ventajosa la posibilidad de pasar un rato largo confinado en un ambiente tan seco y opresivo.

Dejó los restos donde los había encontrado y salió al exterior. Junto al río quedaban todavía algunas personas. Distinguió un cuerpo blancuzco, completamente desnudo, chapoteando en el agua. Un par de acompañantes reían ante los aspavientos y salpicaduras de aquel torso enjuto, en el que podía diferenciar cada una de las costillas aún desde la distancia que lo separaba de la errática danza acuática. Los gestos desacompasados transmitían gozo, la sencillez primitiva de un animal que por primera vez ha abandonado la jaula. Las voces de la orilla se elevaban hacia el cielo y se perdían allá arriba mientras nuevas carcajadas y exclamaciones recorrían la estela de estas.

Durmió una siesta breve después de la comida. El esfuerzo de la

mañana en la plaza lo hizo dar vueltas sobre el colchón, sin llegar a sumirse en un sueño profundo. Se sacudió de encima algunos mosquitos que revoloteaban insistentes alrededor de su piel pegajosa, y pensó en lo conveniente que sería solicitar repelente de mosquitos para todos los internos. Luego decidió darse una ducha de agua fría. La única disponible.

Bajó al piso inferior y escogió un libro de la estantería sin dar demasiadas vueltas. Otra novela. Susana había insistido en que utilizase su porche siempre que le apeteciese. A pesar de su agradecimiento, no se le habían ocurrido muchas maneras de sacar partido a un ofrecimiento así, pero le apetecía estar fuera, no encerrado en su habitación o en la penumbra de la sala de estar. Y la oportunidad de hacerlo a resguardo del sol era irresistible.

Se sentó en el último peldaño de madera, sin hacer ruido. En el interior de la casa tampoco se oía sonido alguno. Estuvo un rato absorto en el comienzo trepidante de la historia, una novela negra donde los crímenes se sucedían sin pausa. Se preguntó si alguien se habría tomado la molestia de supervisar o seleccionar los libros que habían dejado a disposición en las casas de la aldea.

Interrumpió la lectura cuando tres hombres cruzaron el camino en dirección a la plaza. Dos de ellos llevaban el mono empapado, el tercero tan solo mostraba su mata de pelo canoso húmeda. Algunas gotas se descolgaban de sus filamentos y resbalaban por su cuello hasta salpicar el del uniforme.

—¿Qué haces tú ahí?

La pregunta la lanzó uno de los hombres con la ropa chorreante sin detener el paso, como si en lugar de una pregunta se tratase de un viejo saludo entre conocidos. Entonces reparó en el libro que descansaba sobre sus rodillas y se detuvo.

—¿De dónde has sacado ese libro?

El cambio de timbre en la voz del hombre lo hizo enderezarse. Sus ojos seguían clavados en el libro, como si hubiese descubierto una raza animal que creía extinguida.

—Deja al chaval, hombre. Lo habrán echado de casa.

Los otros dos hombres rieron e hicieron amago de continuar su camino, pero decidieron frenar el paso al ver que su compañero no se movía. Sintió la fuerza de sus ojos escrutándolo, ávidos de una respuesta.

—Estaba en la casa —respondió, al final—. Pensé que en todas habría algunos ejemplares.

—¿No te lo han enviado?

No supo qué responder al no entender a qué se refería. Entonces recordó los sobres y paquetes que muchos habían recibido de parte de sus allegados.

—No, no —aseguró—. Este estaba en la casa.

—¿Seguro?

Asintió con torpeza. No sabía qué más podía hacer para convencerlo. Su cabeza rumiaba la posibilidad de conducirlo hasta la sala de estar para mostrarle la estantería, para señalarle incluso el hueco que aquel libro había dejado.

—A ver, levántalo, que yo lo vea. Enséñame bien la portada.

—Eso no es la portada —intervino con tono jocoso uno de los otros—, es la cubierta. La gente lo confunde siempre.

—Se llama como pollas digo yo que se llame —sentenció el interesado, que escrutaba la ilustración estampada en la tapa—. Ese título no me suena una mierda. Bah, no vale un duro. ¿Estás leyendo por aburrimiento, capullo?

La atención del hombre se desinfló y tras palmear el aire en un gesto de indiferencia reanudó el paso. Los otros dos lo siguieron y desaparecieron como si nada hubiese interrumpido su paseo.

Se quedó un rato con la vista fija en el camino. Nadie más pasó en los siguientes minutos. Luego retomó la lectura, ya tranquilo, aunque a las pocas páginas se sintió envuelto por una sensación de modorra que lo cogió por sorpresa. El libro se empezó a escurrir poco a poco entre sus manos. Apoyó la cabeza contra la viga del porche más cercana y entrecerró los ojos.

Un zarandeo suave pero firme lo arrebató del sueño. Se encontró con el rostro de Samir a un palmo del suyo.

—Perdona.

Samir puso distancia entre ambos con un salto grácil. Parecía haberse expuesto a la proximidad de otra persona durante demasiados segundos. Era la primera palabra de más de una sílaba que le oía pronunciar, y el efecto era raro. Quizás su estado de embotamiento contribuía a ello.

—Llevo yo mi juego de llaves... Anda.

Susana apareció en la puerta. No había tenido ni tiempo de reparar en que estaba abierta. Se incorporó y trató de desentumecer los músculos, mientras ella lo observaba con una sonrisa mitad sorprendida, mitad complacida.

—Así que el uso que has decidido darle a nuestro porche es el de hamaca de la siesta. ¿Qué te parece, Samir?

Samir no respondió, se limitó a mirarlo a él con estupor. Después de luchar consigo mismo por permanecer callado o intervenir, su voz volvió a sonar con inseguridad.

—Pensé que te había pasado algo.

Era una voz lírica que se tambaleaba. Un soprano que dudaba de su valía al atacar las notas más bellas de la composición que interpretaba. Las mejillas bronceadas de Samir se llenaron de más

color. El hecho de no haber sido capaz de mantener su habitual mutismo parecía suponerle un agravio, una decepción que aceptar sumido de nuevo en el silencio.

—Quería leer un poco al aire libre, pero debí de quedarme dormido un buen rato.

Esa era la impresión que tenía, porque el sol parecía haber empezado su retirada. La luz era anaranjada, de un tono semejante al de sus uniformes, aunque más dulce. Susana giró la llave dos veces y cerró la casa. Luego le ofreció su brazo. Se agarró a ella de ganchete.

—Dudaba si avisarte, porque no sabía si te apetecería el plan. Pero te vendrá bien para animarte.

—¿Adónde vais?

—Adónde vamos —corrigió ella, sin darle importancia. Empezó a andar y no tuvo más remedio que acompañar sus pasos. Samir los siguió—. Llevamos un par de tardes reuniéndonos con algunos compañeros en el lavadero. Para pasar el rato, conocernos un poco y esas cosas. Por aquí no hay mucho más que hacer.

Susana se rio de su propio comentario. Dejó que ella llevase la batuta de la conversación, mientras Samir cerraba la marcha. Daba la impresión de que un celador diligente los acompañaba de regreso a sus celdas, o escoltaba el paseo que les había sido concedido.

Al llegar al lavadero reconoció al instante a algunos de los que se movían por allí con la serenidad de quien transita un terreno que le pertenece. Caco descansaba recostado sobre el cemento que rodeaba el espacio de lavado, la cara y el pecho descubierto orientados hacia el sol. Cayetana se distraía al estudiar algunos guijarros que salpicaban la tierra, alargando la mano cada vez que veía uno que llamaba su atención. Sentado y con un gesto apacible dibujado en su rostro surcado de arrugas, Tomás contemplaba el horizonte junto a la compañía relajada de Camila. Hacía solo unos días que se había enterado de que ella y el anciano compartían casa.

—Vaya, un fichaje de última hora —anunció Caco sin moverse y guiñando un ojo para escrutarlos a través del resplandor que bañaba su cara.

Saludó a los allí congregados sin saber muy bien qué hacer. Se dejó guiar por los movimientos de Susana y Samir, que se resguardaron bajo la cubierta del lavadero y tomaron asiento.

—A este ritmo —comentó Tomás—, disolverán estas quedadas por temor a un motín.

Todos desviaron la mirada hacia la torre de vigilancia que se alzaba a lo lejos, al otro lado del muro. La construcción hería el paisaje, una nota discordante que molestaba en la vista. Una bacteria al acecho que el muro, que de una manera extraña sí parecía haberse mimetizado con el entorno, lograba mantener fuera del organismo.

—Me gustaría saber cuántas *lecheras* tienen preparadas ahí afuera por si a alguno se nos ocurre salir de paseo —intervino Caco.

—Confío en que no lo descubramos nunca —aseguró Camila, con la vista clavada en Caco—. Prefiero que el harakiri se lo hagan los *kies*.

—¿Quiénes son los *kies*? —se aventuró a preguntarle a Susana en voz baja. Sin embargo, la pregunta no pasó desapercibida para quienes tenía más cerca. Tomás y Camila lo observaron con un interés que le hizo sentir incómodo.

—Curioso que tú lo preguntes, hijo —observó Tomás—. No has tardado en llamar su atención.

—Son los que manejan el cotarro, digamos —le explicó Susana—. Es decir, Tebras y los cuatro psicópatas de turno que hay aquí.

Se le erizó la carne de los brazos al escuchar la respuesta. Rezó para que los cuatro psicópatas a los que aludía Susana fuesen sus secuaces y no otros reclusos con ganas de someter a quienes se cruzasen en su camino.

—¿Te han vuelto a molestar? —preguntó Tomás, renunciando al paisaje que se extendía ante él y dedicándole su entera atención.

—No... —contestó, incómodo por haber pasado a ser el centro de interés. Cayetana se acercó al lavadero, sin poder disimular un rictus de expectación, mientras Caco la seguía con la mirada—. Tengo que entregarles parte de mi comida, estoy obligado —añadió para completar su escueta respuesta, sin completar la verdad.

—Tú y todos los demás —declaró Camila.

—Darío te llamabas, ¿cierto? —Tomás volvió a tomar la palabra—. Deberías centrarte en una sola cosa. Tienes que evitarlos. Las actividades de la huerta, las de limpieza y todos los pasatiempos que se te ocurran están muy bien. Pero lo único de lo que debes preocuparte mientras estés aquí es de pasar desapercibido ante quienes no dudarán en convertirte en su muñeca de trapo.

—Deberíamos poder denunciar las agresiones —intervino Cayetana.

—Y podemos —apuntó Caco, que decidió que su sesión de bronceado había sido suficiente y se acercó a los demás—. Pero sería una pena servir de abono a un terreno que quedará abandonado de nuevo en un par de meses.

—Me refiero a que no debería haber represalias por informar de un abuso —replicó ella—. Una cosa es que tengamos que demostrar que somos seres civilizados y otra muy distinta es que algunos no sepan hacerlo y el resto paguemos las consecuencias.

—No representamos nada más que lo que ocurre en el exterior —valoró Tomás.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Camila, que se había acercado al pilón para remojar las manos y refrescar la nuca.

—No le concedas demasiada importancia a las palabras de un viejo

que lleva encerrado tantos años. —Tomás hizo una pausa, aunque el silencio que la secundó no dejó duda de que esperaban que continuase —. A mi modo de ver, somos lo mismo que hay ahí afuera, solo que en un grupo más pequeño. Una muestra microscópica.

—No representamos nada más que lo que ocurre en el exterior — repitió Caco. No quería que las palabras de Tomás se desdibujasen en el aire—. Me gusta el tufillo conspiranoico que tiene. Dale, Tomás, no nos prives de tu conocimiento.

—Esa frase es ya una explicación —correspondió el anciano—. Siempre podemos escoger la opción de creer que nos han traído hasta aquí para demostrar que merecemos una segunda oportunidad.

—Para eso se supone que estamos aquí —interrumpió Susana.

—Cada uno decide —continuó Tomás, encogiéndose de hombros—. También podemos asumir que esto es un laboratorio muy atractivo y moderno, donde en lugar de probetas y batas blancas hay hortalizas y azadas, y a las ratas y cobayas asustadizas las sustituyen personas no menos temerosas.

—No sabría decir quién sale ganando en esa comparación —apuntó Caco.

—En ambos casos, el corazón de los seres sometidos a estudio bombea con la misma agitación. Fruto del temor, del desconocimiento.

—No les metas el miedo en el cuerpo —le riñó con dulzura Susana, ladeando la cabeza—. La próxima vez te encontrarás aquí solo.

—Oh, yo vengo por las vistas —dijo Caco, mientras se acercaba al pilón y con un movimiento rápido de los dedos salpicaba con gotas minúsculas a Cayetana.

—No entiendo muy bien qué quieres decir con eso del laboratorio —se atrevió a reconocer en voz alta. Todos le dirigieron la mirada. Le molestó sentir que su participación era recibida con la misma curiosidad con que él había acogido las primeras palabras de Samir.

—Mira, hijo, existen unas leyes tan sobadas, manipuladas y antiguas que nadie sabría decir a ciencia cierta de qué mentes salieron ni a quiénes representan hoy en día. Pero esas leyes tan sobadas, manipuladas y antiguas son casi indestructibles. Para deshacerse de ellas habría que responder a demasiadas preguntas, y las preguntas corren el riesgo de provocar respuestas nefastas.

—¿Eso lo dices por el referéndum? —preguntó Cayetana—. No entiendo.

Tomás sonrió, su rostro lo ocupó la mueca triste de un abuelo que ha soportado muchos años sin recibir un abrazo de sus nietos.

—Podría ser —concedió—. También podría ser que, en este caso, la respuesta nefasta tuviese que ver con el momento en que la pregunta fue planteada.

—El Gobierno tenía una patata caliente entre las manos. Es la primera vez que un partido de esta ideología sube al poder, supongo que no será tan fácil tomar decisiones con tan poca experiencia —intervino Camila.

—O a lo mejor es que no importa la experiencia y sí lo consumidos que están por sus propios ideales —contravino Susana.

—Lo único que sabemos es que gobiernan porque en estos momentos son el partido más representativo —se defendió la venezolana.

—¿Y qué significa ser el más representativo, querida? —se interesó Tomás.

—Ojo con el abuelo —le advirtió Caco a Camila, con diversión creciente—, ya ha avisado de que ciertas preguntas desencadenan respuestas nefastas.

—Las elecciones así lo demostraron —respondió ella, haciendo caso omiso—. Y, por otro lado, la realidad era que los índices de violencia y criminalidad crecían a cada año.

—Crecen —corrigió Cayetana—. Por más que nosotros estemos encerrados.

—¿Y quién te ha facilitado esos datos? —volvió a preguntar Tomás.

—No me los ha jadeado al oído ninguna compañera de jaula —contestó Camila, sonriente. A pesar de que el tema había captado la atención de todos, el tono indulgente de Tomás convertía el diálogo en un acto amable, un ronroneo casi hipnótico—. Los he visto donde todos los demás los han visto también. Espero que ninguno se haya pasado la vida en aislamiento, privado de televisión, radio y periódicos.

—¿Sabes qué tienen en común esos medios que acabas de nombrar?

—Me encantan las preguntas del abuelo.

—No seas insolente —reprendió Susana a Caco, aunque el suyo fue un reproche efímero, tras el que devolvió su atención al hombre que deseaban seguir escuchando hablar.

—En todos ellos está presente la tradición de conjugar la realidad con la ficción —completó Tomás.

—¿Estás diciendo que lo que hemos visto no es cierto? —El tono de Camila sonó incrédulo, como quien cae en la cuenta por primera vez de que la voz que escucha puede pertenecer a una persona senil.

—Lo que digo o quiero decir, más bien, es que en lo que nosotros recibimos no están contenidas ni toda la realidad ni toda la ficción. Los medios de comunicación obedecen a unos intereses. Creo que es algo en lo que podemos estar de acuerdo todos.

—Pero eso no tiene nada que ver con lo que nosotros hemos visto en las noticias —declaró Susana, a pesar de que su tono no sonó muy

convencido—. O con lo que nos han dejado ver, al menos.

—¿Qué diferencia hay entre interpretar lo que ves en una película como mentira y lo que ves en un telediario como verdad?

—Los códigos, ¿no? —se aventuró Cayetana—. Es fácil reconocer si lo que estás viendo es una película o una conexión en directo, por ejemplo.

—Habría que preguntar al respecto a todos los oyentes que en 1938 escucharon a Orson Welles representar, sin saberlo, su particular adaptación de *La guerra de los mundos*.

—Va a ser un proceso de búsqueda bastante tedioso —apuntó Caco —, no creo que queden muchos supervivientes.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia? —se apresuró a preguntar Susana, para no perder el hilo.

—La diferencia es que nos han enseñado que las películas no debemos creérnoslas y los informativos sí.

De nuevo, todas las cabezas se giraron hacia él. En las intervenciones de los demás no se comportaban de esa manera, y empezaba a sentirse molesto. Le inquietaba pensar que se hubiesen formado una imagen de él que ya no pudiese romper por completo. Tomás, sin embargo, sonrió y lo señaló con el dedo.

—Todo está basado en nuestras creencias. Creemos que las cosas deben ser de una manera concreta porque quienes nos educaron creían que las cosas debían ser de una manera concreta. De ahí los líos recurrentes con las noticias falsas...

—*Fake news*, hablemos con propiedad —interrumpió Caco.

—... o los engaños que se terminan por descubrir en cualquier ámbito. Político, empresarial, sentimental. Da lo mismo.

—Una cosa: ¿esto qué tiene que ver con el referéndum, o con el hecho de que nosotros estemos aquí?

La duda de Cayetana parecía representar a la mayoría de los congregados. Tomás se irguió de su asiento y esbozó un gesto fugaz de dolor, al que restó importancia cuando Camila trató de ayudarle sin saber muy bien cómo proceder. Se masajeó un momento las piernas y volvió a sentarse, una vez las hubo desentumecido.

—Lo que sabemos del referéndum que aprobó este proyecto es que se llevó a cabo, como bien habéis apuntado, en un momento en el que los índices de criminalidad y violencia en este país eran los más preocupantes de las últimas décadas. Es decir, en un estado de crispación total de la sociedad, que como es comprensible mostró su descontento con tal situación.

—¿Dirías que esa no es la realidad, entonces?

—No, hija —respondió Tomás a Cayetana—. Yo nunca diría tanto. Creo en la crispación de los ciudadanos y no niego la violencia que se puede desatar en un ser humano.

—Ahora viene una pregunta —anticipó Caco.

—La cuestión es la siguiente: ¿por qué la posible solución a la situación de desencanto de un país entero, avergonzado e irritado a partes iguales, recae sobre lo que hagan sesenta y cinco presidiarios?

Unos gestos se cruzaron con otros en mitad del silencio, como alumnos que intercambian miradas de estupefacción al descubrir que la primera pregunta del examen no se corresponde con el temario que han preparado.

—¿Y cuál es la respuesta? —quiso saber Cayetana.

—Si de verdad fuese más listo que los demás, hija, no estaría aquí.

—Y hasta aquí la sesión de conspiranoia de hoy. —Caco aplaudió con teatralidad mientras, al contrario que los demás, buscaba de nuevo unos rayos de sol que ya no existían—. Me encantan estas tardes de charla, en lugar de empezar con diálogos bobos para calentar, nosotros arrancamos con el esprint. Aunque luego Tomás no sea capaz de resolver las dudas que él mismo genera.

—No ha dicho que no sepa responder a esa pregunta —discrepó, las caras de nuevo girándose hacia él en su intervención—. Solo ha afirmado que no es más listo que los demás. Puede que cada uno de nosotros tenga su propia respuesta.

—Me alegro de que hayáis incorporado a Darío a estos encuentros clandestinos —dijo Tomás, sonriendo a Susana y a Samir.

—De todas maneras, en la carta que recibí esta semana —comentó Cayetana—, mi hermano me contaba que las cosas siguen muy delicadas ahí afuera. Y que no le están dando mucho bombo a esto en los informativos, tan solo en algunos programas de la mañana.

—Somos pura carne mediática —afirmó Caco, sin concederle demasiada importancia—. Otro entretenimiento facilón para la masa.

—Al menos tenemos el dudoso privilegio de entretener a la gente sin la obligación de seguir todo lo que marca un guion —manifestó resignada Susana.

Se fijó en que Tomás meneaba de manera casi imperceptible la cabeza, un gesto de escepticismo encubierto por la posibilidad de ser confundido con un discreto intento de despejar la mente.

—¿Todos habéis recibido noticias del exterior? —se interesó Camila.

—A mí me escribió una buena amiga —informó Susana—. La única persona con la que mantengo correspondencia desde que me encerraron. No comentó demasiadas cosas sobre cómo tratan todo esto fuera. Tampoco me importa demasiado. Samir también recibió una carta, ¿verdad?

El aludido se encogió de hombros a modo de respuesta automática, luego asintió. No quiso comentar nada sobre el contenido de lo que había recibido, pero a nadie le extrañó. Camila y Cayetana explicaron

quiénes les habían escrito sin entrar en demasiados detalles, al igual que hizo Tomás, mientras Caco restaba importancia al hecho de haber recibido una visera con una escueta nota de su hermana mayor. Nadie quiso poner la atención en el hecho de que no llevase consigo la visera.

—Darío, ¿tú no has recibido nada?

Sabía que la pregunta también se la formularían a él, aunque había albergado la esperanza de que el interés por los mensajes recibidos declinase antes de que llegase su turno. Cayetana pareció arrepentirse de haber dirigido hacia él la atención.

—No. En la próxima entrega, tal vez.

Zanjó la pregunta sin ánimo de contestar a nada más, pero Caco no pareció demasiado satisfecho con la información que acababan de suministrarle.

—¿Nadie ahí fuera se preocupa de que estés aquí dentro?

—Han pasado un par de semanas —se defendió—. No es que haya mucho que contar.

—Le has tocado las pelotas a uno de los tiranos de la película y casi te cuelgan por ello, pero no es que haya mucho que contar. Joder, tu carrera suena prometedora.

—Aquí es fácil tocarle las pelotas a cualquiera —intervino Susana, restándole importancia al asunto—. Lo extraordinario es conseguir lo contrario. Ya visteis cómo dejaron a uno de los perritos falderos de Tebras. A este paso los idiotas terminarán matándose entre ellos.

—En circunstancias normales lo celebraría —opinó Cayetana—, pero si eso ocurre acabaremos pagándolo todos.

Susana le dirigió una mirada de solidaridad que él agradeció con una inclinación de cabeza. Los demás se agarraron a ese nuevo hilo que Susana había añadido a la madeja, y la conversación se convirtió en un debate sobre la identidad de aquellos que se habían revelado como más peligrosos. Pensó en la suerte que tenían quienes lo rodeaban en aquel momento por haber recibido una señal del exterior, una evidencia de que más allá del grueso muro alguien se preocupaba por ellos. Un familiar, dos, tres que se tomaban el tiempo necesario para dedicarles unas palabras de cariño, de aliento; para enviarles un recuerdo, un objeto que les ayudase a sobrellevar la estancia, que les fuese de utilidad mientras pagaban por haber cometido un error, dos, tres. Una pareja que les recordaba que alguien los esperaba lejos del uniforme gastado por el uso diario, lejos de las noches vacías o rajadas por un llanto incontrolado, lejos de la monotonía carente de sentido solo alterada por los gritos o los golpes inesperados.

—Se llama Germán.

La voz de Caco lo devolvió al presente, en el que unas intervenciones se superponían a otras con un énfasis que hasta ese

instante no se había impuesto en el lavadero. Tomás hizo un gesto con la mano para apaciguar el diálogo, acompañándolo de una mirada hacia la orilla cercana donde otros reclusos descansaban o paseaban para, al igual que ellos, pasar la tarde.

—Hasta donde yo sé, no se ha aliado con nadie —prosiguió Caco, moderando el tono pero no el ansia—. Va por libre. Lo que parece quedar claro es que no le gusta nada que le toquen los huevos.

—Mal terminará ese hombre —auguró Tomás—. He visto más de una garganta rajada por querer imponer la ley a quienes la dictan.

—A mí me parece digno de admiración —replicó Caco—, si es cierto que lo hizo en defensa propia.

—Lo que es digno de admiración fuera de la cárcel implica un alto riesgo dentro de ella —apreció el anciano, resignado.

—Pero no estamos en una cárcel, sino en una maravillosa aldea. ¿Nadie se ha dado cuenta?

Estuvo tentado de intervenir, de preguntarle a Caco qué más sabía sobre aquel hombre. No podía confirmarlo, pero todo parecía indicar que Germán era el nombre de quien varias noches atrás había dejado inconsciente a uno de los compañeros de Tebras. El mismo al que había visto golpear a otro hombre con una violencia y un odio que le habían hecho sentirse una cría recién nacida, expuesta a los peligros de un abandono precipitado. No pudo reprimir una punzada de angustia al recordar los ojos que había atisbado en mitad de la noche, en los que no había podido encontrar nada que los diferenciase de los de un animal libre de cualquier atadura.

—De todas maneras, todavía no ha habido represalias. —Caco seguía con su relato, no se molestaba en disfrazar el placer que le producía compartir la información que poseía con los demás—. Lo cual significa que o bien Tebras ha aceptado el mensaje, o bien en breve tendremos que ponernos a cavar la primera fosa.

Nadie se había atrevido a acusar de manera directa a aquel hombre de lo ocurrido durante esa noche, a pesar de que el enfrentamiento se había saldado con una nariz y varios dientes rotos para la parte que había salido peor parada. La mañana siguiente, el secuaz de Tebras había sido atendido por un par de especialistas sanitarios tras el recuento, después de negarse en un primer momento a recibir cualquier tipo de atención. Todo lo que sabían es que se había procedido a la apertura de un expediente a resultas del altercado, pero nadie podía explicar qué significaba exactamente aquello. Ningún miembro del personal de seguridad, nadie perteneciente a la dirección, se había molestado en recabar más datos por el momento.

Sopesó la posibilidad de revelar que él había estado presente, que había sido testigo de los golpes sordos, secos, brutales que habían desairado al silencio nocturno. No se atrevió a compartirlo, por

supuesto. Decidió que, en otro momento en que pudiese localizarlo a solas, tantearía a Caco para obtener más información. Pero esa decisión se perdió entre sus pensamientos cuando varios gritos se alzaron en mitad del crepúsculo.

El tumulto los cogió a todos desprevenidos. Buscaron con la mirada, inquietos, el lugar del que procedían las voces que al alzarse con rabia rompían la quietud de la tarde ya declinante. A lo lejos distinguieron un grupo de cuerpos, envueltos en una polvareda levantada por sus movimientos toscos y sucesivos.

En cuanto quiso darse cuenta ya había comenzado a andar hacia allí, detrás de los demás, por más que acercarse a la trifulca le pareciese una idea poco acertada. Tan pronto el ruido de los golpes fue más nítido, junto con el derrapar de las suelas sobre el terreno seco y los resoplidos motivados por el esfuerzo de resistirse o de soportar un envite, sintió la necesidad de alejarse. No quería ver lo que sucedía, y al mismo tiempo le resultaba imposible desviar la mirada.

Varios uniformes se entrelazaban en una danza frenética, llena de improvisación, donde manos ansiosas buscaban la carne de otros cuerpos. Unos caían al suelo, y al segundo siguiente se erguían para abalanzarse sobre el primer movimiento que detectasen. El polvo le escoció en los ojos, aprovechó para separarse unos metros del cerco que se había formado alrededor del cuadrilátero invisible. Se sintió fuera de plano, un espectador que a través de la pantalla presencia una escena pasmosa desde la comodidad del sofá de su salón. El círculo de figuras color naranja, oculto por momentos tras la nube de polvo, le pareció lo más siniestro de la escena. Un corrillo humano rendido a la avidez, a la oportunidad de presenciar el estallido irracional de sus semejantes.

Algunas voces trataron de elevarse en el perímetro para pedir que aquello se detuviese. El círculo se deshizo cuando dos cuerpos rodaron con fiereza y a punto estuvieron de llevarse por delante a algunos de los curiosos. Ese momento lo aprovecharon varios de los presentes para tratar de separar o retener a quienes no parecían poder calmar su sed de violencia. Vio a Tomás, junto con otros reclusos, agitar los brazos en dirección a la torre de vigilancia. Allá arriba eran testigos de lo que ocurría, no cabía duda. Pero tampoco cabía duda de que aquello formaba parte de lo pactado: nadie intervendría si no existía un riesgo real de muerte. Y ninguna extremidad había rodado ajena al cuerpo al que pertenecía.

El alboroto menguó por su propia naturaleza. El agotamiento físico era todavía un escollo que la rabia y la cólera no habían logrado vencer. Poco a poco, los cuerpos que se habían batido con dureza buscaron la distancia suficiente entre ellos como para aspirar

bocanadas de aire sin temor a recibir un golpe repentino. Algunos resollaban, doblados, mientras otros se pasaban la tela manchada de su ropa por la piel manchada de sus rostros.

El corro se deshizo con la misma naturalidad con que se había formado, distintos grupos de personas se dispersaron por la explanada. Hubo algún insulto, algún cruce de amenazas que sonaron a cierre de capítulo poco espontáneo. Y entonces una figura en la que no había reparado hasta el momento, pero que sin duda había formado parte de la trifulca, arremetió por la espalda contra uno de los que se retiraba y lo tumbó en el suelo. Plantó su pie en el cuello del cuerpo caído, y por los jadeos que este emitía no quedó ninguna duda del nivel de presión que le aplicaba.

Deseó reconocer a Tebras en aquella actitud intimidatoria, pero era otra persona la que sometía a tortura al recluso que empezaba a revolverse en el suelo, en busca de aire. Se hizo un silencio espeso alrededor de los dos hombres, hasta que el pie se levantó, en un gesto teatral de clemencia, y el verdugo alcanzó sin urgencia a otro grupo que parecía esperar por él. Se fijó en el tatuaje que cruzaba su cuello, una mamba negra definida y coloreada con detalle, y que parecía perderse bajo el mono naranja sin dejar adivinar hasta dónde se extendía.

Sintió una urgencia todavía mayor de alejarse. Las palmas de sus manos estaban húmedas, como si acabase de remojarlas en el río. Las secó en la tela del uniforme, aunque solo sirvió para deshacerse momentáneamente del sudor, no de la incomodidad. Apretó el paso, de vuelta a las viviendas. Hasta que percibió por el rabillo del ojo una sombra que trataba de dar alcance a la suya.

—No parece que te exciten mucho los gallitos de corral.

Camila lo observaba con una mueca divertida. Respondió con un gesto de cabeza a sus palabras sin aminorar el paso. La presencia de Camila no le molestaba, pero quería llegar a casa cuanto antes.

—¿Conocías ya a Crespo?

Con su gesto de extrañeza dio a entender que no sabía de qué le hablaba. Camila sacudió la cabeza, fingiendo decepción, y señaló a continuación al hombre del tatuaje que se perdía en la distancia acompañado por un pequeño grupo.

—Deberías hacerte una lista y estudiarla a fondo —le aconsejó Camila, sin desprenderse de un tono burlón—, en vista de lo mal que se te da lidiar con los malos del patio.

—Mi deseo es no tener que lidiar con nadie —respondió, sin ganas de profundizar en aquel tema.

—No te avergüences. Piensa que no tenemos nada mejor que hacer, cualquier cotilleo corre como la pólvora. Y cualquier excusa es válida para tomarla con alguien.

Buscó a su alrededor a Susana, a Tomás, a Cayetana. La gente se había dispersado, no lograba distinguir a ninguno de ellos. El lavadero estaba vacío, no habían regresado allí. La reunión vespertina había tocado a su fin.

—La información es siempre valiosa, no deberías olvidarlo. —Camila retomó la palabra, como si el diálogo se hubiese consolidado entre ambos.

—No lo olvido. Gracias.

—Entonces, quédate con lo siguiente. ¿Ves al de pelo rubio, desgreñado, que camina al ladito de Crespo?

Se forzó a mirar en la dirección que le señalaba, más por cortesía que por deseo de continuar con la conversación. Habían alcanzado el camino que se abría serpenteante entre los primeros bloques de casas, y el grupo al que debía dirigir la atención se alejaba hacia el granero. No le gustó comprobar que se adentraban en él, a una hora en la que no estaba justificado ningún uso de ese espacio.

—Si alguna vez, por la razón que sea, te ves en problemas con Crespo, ese es el chihuahua al que tienes que acudir. Es manso, no te preocupes —matizó Camila—. Mucho más agradable lidiar con él que con el amo.

No respondió, pero observó cómo el individuo de pelo alborotado y parduzco dejaba pasar a sus acompañantes para luego cerrar la puerta del granero a sus espaldas.

—Me debes una —le advirtió Camila, dejó caer la mano sobre su hombro—. No tengas prisa, pero más te vale devolverme material valioso. Y no dejes que mancillen ese cuerpo juvenil que todavía tienes.

Camila perdió todo interés en continuar la ruta que habían emprendido al divisar a otro preso. Le silbó y este se volvió. Era un tipo fornido, moreno, en su cuello se dibujaban la Osa Mayor y otra agrupación de estrellas que no logró identificar. Se alejaron de él entre diálogos cómplices.

La soledad le produjo un alivio instantáneo. El sol había dejado de resplandecer, una fina línea rojiza se comprimía en el horizonte. Las fachadas de las casas le parecieron hermosas bajo la luz mortecina.

Sin embargo, al llegar a la entrada de la suya, la sensación de armonía se enfrió con un soplido seco. Se congeló para estallar en mil esquirlas. Nada más ver el perfil de aquella cabeza afeitada, la pose indiferente recortada contra la fachada a un lado de la puerta, olvidó la belleza que podía encontrar a su alrededor.

—Acompáñame.

La réplica le habló sin mirarlo, concentrado en pasarse de una mano a otra un cuchillo idéntico al que había en su cocina. Fuera de su contexto habitual, el filo de la hoja le pareció conminatorio.

Manejarlo multitud de veces para trocear las hortalizas, untar el pan, pelar la fruta, no parecía haber creado un vínculo tan fuerte como para evitar contemplarlo con horror cuando otras manos eran las que lo manipulaban, lejos de una tabla de cortar o un fregadero.

Se había quedado inmóvil, a unos metros de la entrada. El cuerpo le pesaba como si hubiese sido uno de los protagonistas de la trifulca, como si acabase de dejar los instrumentos en el granero tras horas de intenso trabajo de limpieza.

No perdió de vista el cuchillo mientras se le acercaba. Se preparó para repeler cualquier intento de agresión, aunque se sabía en total desventaja. La réplica echó a andar, dejando la casa a sus espaldas. Fue una orden muda. Empezó a caminar tras él, una distancia prudente los separaba.

—Acércate.

No ralentizó el paso, por lo que tuvo que ser él quien lo avivase. Cruzaron la plaza, en la que charlaban algunas personas reunidas en pequeñas pandillas. Algunos se volvieron para contemplarlos a su paso, otros ni siquiera repararon en su presencia. Abandonó su propio cuerpo para contemplarse desde fuera. Se vio con la apariencia del ganado que conducen al matadero, y reparó en lo estúpido de su comportamiento al tener una certeza tan grande y no ser capaz de correr en dirección contraria. Quería gritar, dar la vuelta, aferrarse a cualquiera de las personas allí reunidas. ¿Si pedía auxilio nadie lo socorrería? ¿Serían capaces de volver todos la espalda a alguien aterrado, a alguien que no había causado ningún mal a nadie en aquella aldea?

Por azar, asumida ya la indiferencia de quienes quedaban paso a paso más lejos, distinguió al hombre de la melena. Estaba en una esquina de la plaza, sentado, solo. No podía estar seguro, pero lo miraba. Le devolvía la atención. A pesar del estupor que le causó descubrirlo allí, pronto se encendió una nueva luz. La de la esperanza. Si era un solo hombre el que lo conducía más allá de la plaza, era porque aquel que los observaba impasible había estado a punto de matar a golpes a la réplica que se ausentaba. Su odio, el que había podido percibir en los ruidos secos y violentos de la noche, junto a la imperturbabilidad que había leído en la mirada que habían cruzado, debía extenderse hasta Tebras. Tenía que ser así.

Pero no hizo nada. Se detuvo, durante unos segundos escasos, para mirarlo fijamente. Para hacerle saber que el terror que podía leer en sus ojos era un mensaje de socorro que le lanzaba de manera desesperada. No se movió de su sitio. Ni siquiera desvió la mirada. Era una estatua, inalterable. Si podía detectar los sentimientos o las emociones de los demás, estaba claro que no le importaban lo más mínimo. Quizás pudiera recibirlos, pero no tenía interés en

interpretarlos. Cualquier otro que hubiese percibido su pánico, su súplica, podría haber alejado su atención con un disimulo torpe. Pero él no apartó la vista. No lo hizo mientras no fue una figura borrosa, una mancha naranja engullida por la oscuridad creciente.

La plaza quedó atrás y avanzaron por el camino que ribeteaba hasta las últimas construcciones de la aldea. El cielo se mostraba ya de un azul desteñido, sin fuerza. Escuchaba el canto de algunos pájaros como silbidos débiles, casi inaudibles, mientras que el ruido de sus propios pasos parecía perderse en el silencio. Aunque no era la primera vez que hacía ese recorrido, la sorpresa lo asaltó al toparse con la fachada deslustrada de la iglesia. De pronto, no pudo avanzar un solo metro más. No supo. Los músculos se tensaron al unísono sin saber si aquello respondía a un complot anatómico o mental.

—Venga, adentro.

La voz sonó igual de rasposa que en ocasiones anteriores, igual de desagradable. Pero no surtió el mismo efecto. Su cuerpo seguía erguido como una estaca, incrustado en la tierra como un árbol milenario. Ni siquiera rehusó la mirada desafiante, el jugueteo inquieto del cuchillo al saltar de una mano a otra. No se movió tampoco cuando lo agarró por el brazo. Pudo sentir cada uno de los dedos en torno a su carne, dedos huesudos y nerviosos. Solo un tirón feroz logró arrancarle las raíces invisibles. Trastabilló mientras decidía si recuperar o no el control de su cuerpo. No le quedó más remedio.

Al adentrarse en la oscuridad del templo, en su olor a humedad y abandono, dejó de sentir la mano que le estrujaba el brazo. Recuperó, por un instante, la sensación de libertad que había perdido. La misma en la que uno solo podía reparar cuando le era arrebatada. Distinguió a Tebras en el púlpito, hasta donde fue conducido.

—¿Estás preparado?

Sintió un escalofrío al mirar directamente aquellos dos botones negros hundidos en un rostro sin alma. Un grito le trepó por la garganta, no llegó a materializarse. Quiso hablar, pero la voz no acudió a su ruego. Solo sus labios formaron con torpeza dos palabras de súplica. La puerta de la iglesia se cerró a sus espaldas.

—No llores. —La voz de Tebras rebotó con un efecto extraño en las paredes.

Los dos botones negros se alzaron más allá de su figura. Oyó los pasos, superponiéndose unos a otros, alimentando el eco ávido. Eran más de un par de pies los que se le acercaban por detrás. Reunió el valor suficiente para girarse y enfrentar la realidad que se abalanzaba sobre él. O simplemente se rindió al miedo. Antes de llegar a hacerlo, un par de brazos lo inmovilizaron. Un latigazo de dolor le recorrió el espinazo, dos segundos después se postraba de rodillas en el suelo.

—No llores —volvió a oír—. Todos tenemos que purgar nuestros



pecados.

Día 25

Se frotó la piel a través del uniforme con insistencia. Una minúscula capa de polvo se expandió por el aire con la fricción de la tela. No recordaba cuándo había sido la última vez que había llevado la ropa al lavadero. Tampoco le importaba demasiado. Había dejado de percibir el olor a sudor, a tierra seca, a suciedad. O lo percibía todo el tiempo, y por esa misma razón no era capaz ya de diferenciarlo. Todo olía a lo mismo.

Esperaba su turno de pie, a resguardo del sol, la espalda apoyada en el muro. Las partes afiladas de la piedra se le clavaban en el costado, pero era un dolor agradable, casi adictivo. Otros reclusos se guarecían también en la sombra que la rotunda pared ofrecía.

Le costaba mirar a la unidad móvil. Le estorbaba sentirla cerca. Causaba un efecto mucho peor que el de la torre de vigilancia, o el de sus monos de color chillón salpicando sin pudor aquel terreno casi sagrado. La sola presencia del vehículo alargado deshacía en pedazos cualquier respeto que pudiera merecer la aldea.

Lo habían instalado el lunes anterior, tras el recuento. Habían iniciado su cuarta semana de encierro, y por tanto era momento de mantener un encuentro con la psicóloga asignada al proyecto. En los papeles que todos habían firmado se remarcaba que durante la última semana de cada uno de los tres meses de internamiento, los reclusos deberían someterse obligatoriamente a una revisión psicológica. Así lo llamaban sobre el papel. En la realidad, en boca de algunos de los que ya habían pasado por la supuesta reunión, no se trataba más que de un paripé suficiente para justificar el sueldo de una funcionaria más.

No veía la necesidad de montar un dispositivo así en mitad de la explanada. Había una treintena de casas a su disposición, ¿no podían acaso atender a cada recluso en la vivienda que les habían asignado? Escoger una de ellas y convertirla en el punto de encuentro durante esos días era incluso mejor idea. Pensó en la posibilidad de que opciones como esas hubiesen quedado descartadas para impedir que la profesional tuviese que desarrollar su trabajo en lo que ya no era un pueblo abandonado. En una casa que les pertenecía a ellos. A cada una de las sesenta y cinco personas que se habían bajado de los autobuses y habían hecho suya en poco tiempo aquella tierra.

Al poco rato, la puerta de la unidad se abrió y un recluso de cara

demacrada descendió los escasos peldaños y se alejó sin mucha prisa. La mujer asomó y pronunció con voz clara y firme su nombre y apellidos. Abandonó el refugio de la sombra para adentrarse en la jaula de acero.

Le sorprendió el clima fresco que había en el interior. No tardó en localizar el sistema de ventilación, mientras tomaba asiento frente a una mesa funcional dispuesta en mitad de la unidad. Era un espacio amplio, libre de instrumental innecesario, como había llegado a aventurar mientras esperaba su turno. Una mampara ahumada separaba la parte en la que se podía intuir la figura de un vigilante. Esa era toda la intimidad a la que podían aspirar, dadas las circunstancias.

La mujer tomó asiento frente a él y removió con delicadeza algunas hojas que extrajo de una delgada carpeta. No debía de pasar los cuarenta, a pesar de esforzarse en mantener un gesto que la hiciese aparentar mayor experiencia. Comenzó a hablar de manera rutinaria, interesándose por algunos datos personales. Su voz sonaba relajada, nada incisiva, pero eso no logró hacerlo sentir más cómodo. Quería salir de allí cuanto antes, a pesar del calor que hacía fuera. Decidió que la dejaría llevar la dirección de la conversación y que contestaría a cualquier pregunta con la neutralidad de quien atraviesa un trámite sin grandes complicaciones.

La psicóloga le pidió que le describiese su experiencia durante esas primeras semanas en la aldea. Se centró en las actividades, en las personas con las que había trabado algún tipo de relación, pero solo en aquellas que no le habían hecho ningún daño. No directo, al menos. La mujer lo escuchaba con un interés real, o quizás bien fingido, y solo desviaba la mirada para tomar apuntes de manera ocasional. Garabateaba dos o tres palabras con discreción, sin interrumpir su relato.

Poco a poco, sin embargo, se dio cuenta de que su propia narración lo conducía hacia un terreno más escarpado. Ella continuó con sus preguntas, formuladas con la misma calma que parecía abandonarlo a él. Le costaba mantener el tono de monotonía e indiferencia con que había empezado a hablar. Algunas emociones, agazapadas hasta el momento, comenzaban a tirar de su máscara. Al ser preguntado por conflictos de los que hubiese podido ser testigo, o incluso partícipe, la voz se le endureció y en un par de ocasiones la psicóloga, que pidió que la llamase Yolanda, le ofreció un vaso de agua que rechazó.

—¿Consideras que has podido adaptarte bien a este entorno?

Esa fue la pregunta que le hizo al terminar de responder con cierta torpeza a la anterior. En la voz de la mujer, en esa ocasión, hubo un timbre distinto. Repasó con rapidez lo que le había contado hasta el momento, en busca de un punto flaco a través del que ella hubiese

podido atisbar algo.

—Creo que sí.

Yolanda esperaba que desarrollase esa respuesta, pero no supo qué añadir. Quería hablar, no quedarse callado. El silencio era un dedo alargado y acusador. Pero se sentía incapaz de ordenar los pensamientos, las frases, de discernir entre aquello que debía decir y aquello que debía callar.

—Darío, quiero remarcar que las normas no han cambiado —aseguró ella, en un tono conciliador—. Cualquier tipo de contratiempo personal, o de conflicto con terceros, debe ser notificado. Es importante que nos comuniquéis cualquier percance para que la convivencia se pueda desarrollar con garantías.

La declaración le pareció artificial, a pesar de que Yolanda mantenía la misma actitud relajada, sin que su tono sonase a reproche o demanda. Pero era un contenido preparado de antemano. Un mero recurso más, que volvería a utilizar del mismo modo en cuanto él saliese por la puerta y otra figura de mono naranja apareciese por ella. De nada serviría levantarse y despojarse ante ella del uniforme, dejando al descubierto un cuerpo lacerado. Si de verdad tuviesen interés en salvaguardar la integridad de todos los internos, habrían tomado otro tipo de medidas. No era así.

Negó con la cabeza, dando a entender que no tenía nada que añadir al respecto. La psicóloga permitió que ambos gozasen de un silencio, la primera pausa prolongada desde que habían tomado asiento. Luego pasó a hablar de algunas disputas que le habían mencionado otros presos. Le pareció una táctica arriesgada por el tipo de detalles que Yolanda no quiso ahorrarse. Podía comprometer la seguridad de algunos internos si otros los identificaban como soplones. Las quejas o delaciones no solían tener un desenlace agradable. Ese era uno de los motivos que lo hacía mantenerse en silencio.

—Lo que quiero decir, Darío, es que todos tenemos el mismo interés. Que estéis en las mejores condiciones. Si consideras que hay algo que deberíamos cambiar o tener en cuenta, me encantaría escucharlo.

Yolanda decidió no mover ficha hasta obtener una respuesta. Su gesto le transmitía paz, confianza. Dos o tres arrugas sutiles en el contorno de los ojos la hacían parecer cansada y risueña al mismo tiempo. Una persona con la que poder compartir inquietudes o disgustos, de la que esperar si no una solución, sí unas palabras de consuelo. Pero la unidad móvil le recordaba a cada segundo dónde estaba. En la media hora que dos partes debían despachar por obligación y no por gusto.

—Tengo una sugerencia.

Yolanda lo observó con la misma atención. Frunció los labios y

asintió levemente, como una profesora que indica a su alumno que su réplica va por buen camino.

—Es un poco incómodo llevar siempre la misma ropa. Es poco práctica para alguna de las tareas que debemos llevar a cabo. Y da bastante calor.

Aquella era una demanda que por consenso habían resuelto plantear a las autoridades. Intuían las bajas probabilidades de éxito que tenían; aquellos uniformes de tonalidad estridente cumplían una función específica. Desde la torre de vigilancia preferían no tener que redoblar esfuerzos en localizar a cualquier intento de prófugo. Sin embargo, el clima y las condiciones del día a día en la aldea no contribuían a que el mono se convirtiese en un aliado de la comodidad.

—Otros compañeros han compartido esa misma sugerencia. He tomado nota.

Yolanda apuntó algo en la hoja, de nuevo con un par de sencillos trazos. Le devolvió la mirada, sin añadir nada. El silencio volvió a asentarse entre ambos. Evitó aquella confrontación pacífica desviando la mirada hacia los papeles que descansaban junto a la carpeta. Parecían formar parte de un expediente. En ellos debían de estar reflejados, además de sus datos personales, otros aspectos que él desconocía. Un informe de evaluación psicológica, tal vez. ¿Qué podría decir de él? Seguramente contenía sentencias que no sospechaba sobre sí mismo. Quizás sufría algún tipo de trastorno, alguna patología difícil de detectar a ojos de un ciudadano de a pie, de lo más corriente para un profesional, sin embargo. Había cometido un crimen. Someterse a la supervisión de un psicólogo era una de las muchas rutinas que había que establecer. Solo una persona con una salud mental muy frágil podía provocar la muerte de otra. O no, si se tenían en cuenta las múltiples circunstancias que podían desencadenar un acto así. Seguía sin saber con certeza si el juez las había explorado todas.

—¿Qué tal ha sido la acogida de la correspondencia?

Regresó a la mesa funcional que mediaba entre él y Yolanda. Nada había cambiado en el rostro o en la entonación de la psicóloga. Formaba parte del interés rutinario propio de su trabajo. O eso podía hacerle creer. Ella podía estar al tanto de quiénes habían recibido algún mensaje del exterior y quiénes no. Sería una información útil, a fin de cuentas.

Se encogió de hombros. Lo hizo con cuidado, sin parecer brusco. Solo quería dar a entender que la acogida había sido la que cabría esperar.

—No he recibido ninguna carta, si esa es la pregunta.

—No lo sabía. ¿Esperabas algún tipo de mensaje?

—No.

Eran solo dos letras, una sola sílaba, y sin embargo su voz tuvo tiempo de quebrarse y convertir la vocal en un gemido patético. Se aclaró la garganta y trató de sostener la misma indiferencia, pero ya no era posible. Observó con recelo a la psicóloga, en busca de alguna señal que confirmase que aquel síntoma de flaqueza involuntario no le había pasado desapercibido.

—Me consta que no todos los contactos pudieron enviar sus cartas a tiempo. Si todo va bien, seguirá habiendo una remesa semanal, por lo que…

—No espero ningún mensaje. Ni hoy ni mañana.

Advirtió que la mano que sostenía el bolígrafo hizo un amago casi imperceptible y se quedó finalmente quieta. No hubo garabateo.

—¿No has recibido ninguna carta o visita desde tu ingreso?

Por primera vez, la pregunta dejó intuir un tono humano, de compasión. La mujer oculta tras la figura de la psicóloga quería asomarse, quizás tomar el control de la conversación para decirle que no pasaba nada, que todo estaba bien. Que seguro que alguien lo quería y esperaba fuera, aunque no fuese verdad. La posibilidad de escuchar unas palabras así, de merecer lástima por parte de una persona que no lo conocía, lo hizo sentir de nuevo incómodo. A pesar de la atmósfera fresca del espacio, volvió a notar el uniforme adhiriéndose a su piel, como una costra.

—En tres meses no me parece tan extraño no recibir correspondencia —se apresuró a decir, con la esperanza de zanjar el tema—. No soy una persona que necesite atención constante.

La cara de desconcierto lo desconcertó a él también. No sabía qué era, de lo que acababa de afirmar, lo que parecía hacer dudar a Yolanda.

—En tres meses —repitió ella.

—Sí. Los dos de la cárcel y el que casi llevamos aquí, quiero decir.

Yolanda asintió un par de veces, aunque la concentración de su mirada parecía haber mutado en algo diferente. Sus ojos lo observaron como si tratasen de descubrir una justificación a aquella respuesta. No le gustaba la actitud que había adoptado la psicóloga, la suavidad de su tono y de sus gestos seguía allí, pero podía sentir que algo la había turbado. Supuso que la parquedad de sus respuestas la había defraudado de algún modo. Desvió la atención hacia la mampara opaca que deformaba la presencia del vigilante. Valoró las posibilidades que existían de que tuviese que intervenir ante el comportamiento de alguno de los presos. Si sería lo suficientemente rápido para impedir un golpe certero en la garganta, en la nuca, el bolígrafo ensartado en la sien o en el ojo de la psicóloga.

—Entiendo que esto es todo lo que quieres decirme.

Yolanda miró de soslayo su reloj de pulsera. Era hora de pasar a otro recluso, a otro expediente. De formular las mismas preguntas desde el principio. Se incorporó de la silla para facilitarle el trabajo, le dio las gracias por la atención recibida. Antes de alcanzar la puerta de la unidad, ella se apresuró y le puso una mano en el hombro.

—Si en algún momento sientes que tu situación aquí se complica, puedes solicitar asistencia.

—¿Qué?

—Quedan dos meses por delante —prosiguió ella, sin retirar la mano. Su tono volvía a ser dulce, inofensivo—. Sé que esto puede resultar difícil. Pero no merece la pena renegar de algo tan valioso como la libertad, ¿no crees?

No entendió a qué se refería, pero se quedó con la mirada, casi de súplica, que le ofrecía. Algo fallaba en la comunicación con aquella mujer. No terminaba de entender qué quería, qué esperaba de él.

—Pase lo que pase, mi libertad no está en juego —explicó, contrariado—. Pueden rebajarme la condena a la mitad, pero seguirán siendo años de prisión los que me esperan. No creo que eso sea libertad.

Sintió la mano retirarse con un gesto seco, como si de pronto la tela del mono chillón se hubiese convertido en un producto tóxico. No hubo una palabra de réplica, ni siquiera un gesto. Yolanda abrió la puerta de la unidad móvil y le franqueó el paso. El calor lo recibió con una bofetada. Descendió los peldaños echando ya de menos el aire fresco del vehículo. A sus espaldas, la mujer pronunció con voz clara y firme el siguiente nombre.

Echó una siesta que no le sentó demasiado bien, como era habitual. Los días se hacían demasiado largos, sin embargo, y de alguna manera había que vencer al tiempo. Se dio la segunda ducha del día, tan fría como la primera. Cristóbal dejó la casa a media tarde, mientras él leía en la cocina, donde mejor iluminación había. Su compañero había tomado por costumbre pasar las tardes en una casa vecina, con otros reclusos que organizaban timbas en las que no podía adivinar qué era lo que se ponía en juego con cada apuesta. Con el paso de los días, Cristóbal había ablandado su carácter, solo lo justo para tratar de intercambiar dos o tres frases diarias con él. No había vuelto a tratar de decirle qué cosas tenía o no que hacer. Mientras su relación se mantuviese en ese plano, no tenía problema en replicar a cualquier comentario banal que le dirigiese.

Oyó, como de costumbre, los golpes de Susana en la puerta. Su voz llamándolo cuatro o cinco veces antes de darse por vencida y alejarse de la casa rumbo al lavadero, seguida seguramente por Samir. No había vuelto a unirse a las reuniones vespertinas, no había reunido el ánimo necesario para hacerlo. Prefería pasar el día en casa, con la

llave siempre echada, y dejar que la noche poco a poco cayese sobre la aldea.

Se había acostumbrado a los paseos nocturnos. Abandonaba la casa cuando Cristóbal estaba ya encerrado en su cuarto, probablemente dormido, y las luces de las viviendas eran apenas dos o tres faros dispersos en la noche. Le costaba conciliar el sueño, y la cama era el peor lugar para afrontar el insomnio. De madrugada eran muchos los sonidos que uno podía identificar si prestaba atención y aguzaba el oído. Lo que más le gustaba era que casi ninguno resultaba amenazador. Grillos, alguna ave nocturna, la brisa acariciando la hierba, las fachadas, las hojas de los árboles. Sus pasos en la tierra, el murmullo del río. Se acercaba a la orilla y se sentaba allí, en mitad del silencio, sin esperar nada. La sensación de estar solo lo aliviaba durante un largo rato.

Dos noches atrás, Caco había vuelto a sorprenderlo. Había estado a punto de quedarse dormido, embaucado por el rumor del agua. Aunque en un principio le molestó la interrupción y el susto que había supuesto, agradeció que Caco hubiese frustrado su sueño. Prefería no pensar en lo que podría haber pasado si hubiera sido otro quien lo encontrase allí, inerme y expuesto.

La compañía de Caco le había sentado bien en el momento, mal una vez de vuelta en la casa. Se había sentado a su lado, respetando sus pocas ganas de hablar. Escucharlo no le molestaba, y había logrado contagiarse de algún modo de la despreocupación que lo caracterizaba. En un momento dado, ambos tuvieron que esconderse en la margen del río, cuando varias voces pasaron cerca y se alejaron camino del granero. Tras el momento de tensión, Caco no había sido capaz de contener la risa.

Le había dado las gracias por su rato de compañía, y se había vuelto a quedar solo en medio de la oscuridad. Le relajaba la soledad que el pueblo ofrecía a aquellas horas, la sensación de paz de un lugar durmiente. Era casi capaz de olvidarse de cualquier cosa. Más bien, era casi capaz de restarle importancia a cualquier cosa. Olvidar no era lo que hacía mientras esperaba a que la noche terminase convertida en día.

Esa noche, al llegar a la orilla, se descalzó y metió los pies en el agua. El frío le erizó la carne y se dejó hundir hasta los tobillos. Un agradable espasmo le recorrió el cuerpo. Anduvo despacio, sintiendo los minúsculos guijarros contra la planta de los pies. Le agradaba el sonido que el agua hacía al desplazarse. Se inclinó y sumergió también las manos, aunque el efecto no tuvo el poder deseado.

Aguzó el oído cuando creyó percibir algunas voces, no muy lejos. Podía distinguir a duras penas la silueta de algunos árboles, en la otra margen del río. De esa zona parecían proceder los ruidos. Estuvo

tentado de salir del agua rápido, pero se contuvo. No dejó que el impulso de escapar se sobrepusiese a sus ganas de disfrutar aquel momento. Entonces los gemidos fueron más claros. Comenzaron como un par de aullidos débiles hasta convertirse en gemidos ásperos, ansiosos. Se repetían una y otra vez, resoplidos que se mezclaban entre sí hasta adquirir un matiz casi violento. Un par de palabras se colaron por el medio. Órdenes articuladas por el deseo o la pasión.

Dejó atrás el río y con él los ruidos de una intimidad que no le pertenecía. De regreso a la zona habitada se cruzó con otra sombra. La figura le devolvió el recelo con que la miraba. Tras quedarle a ambos claro que ninguno tenía ganas de perturbar la tranquilidad del otro, continuaron sus respectivos caminos. Fue incapaz de identificar a la persona, pero el resplandor lunar le dejó entrever una melena voluminosa y rizada de color pardo. La mujer se perdió más allá de la huerta. Otra alma más en busca de un remanso de paz.

Recorría ya el camino empedrado cuando oyó el primer alarido. Fue nítido, pero no se alzó con el estruendo que cabría esperar de un grito que augurase un gran sufrimiento. Aunque podía sentirlo. El segundo chillido le confirmó su temor: alguien sufría, y el dolor iba en aumento. Sus miembros se paralizaron mientras buscaba el mejor sitio para esconderse. La atención, sin embargo, estaba centrada en anticipar un tercer grito.

Se produjo pocos segundos después, pero fue un grito mucho más seco, seguido de varios más. El lamento había dejado de ser un canto arrastrado y poderoso para convertirse en una sucesión de pitidos estridentes, como los de un coche estacionado al que han golpeado con suficiente fuerza. Un «¡No!» sobrecogedor le hizo estremecerse. Sintió los pies helados, el frescor del agua del río pareció actuar con retardo.

Avanzó con urgencia en la oscuridad, mientras los aullidos se sucedían, uno tras otro, quebrando la calma existente hasta segundos antes. Algunas luces comenzaron a encenderse en las casas que cruzaba a su paso, pero nadie salía fuera. Vio un par de ventanas abrirse, cuerpos asomando por ellas para discernir de dónde procedían los gritos. Venían de la plaza.

Durante unos instantes dejó de oírse nada. Alcanzó la entrada de su casa y el alivio le recorrió el cuerpo. Pero la vuelta del silencio, inesperada, no lo dejó tranquilo. Se detuvo a varios pasos de la puerta, a la espera de percibir algo más. Algún detalle que le ayudase a entender qué ocurría. Y un nuevo grito sacudió la noche.

Miró a su alrededor. Ninguna puerta abierta. Ninguna persona en carrera para tratar de ayudar a quien estuviese en peligro. Recordó las palabras del juez de vigilancia, el sonido metálico de su voz ampliada por el megáfono. Una sola muerte los condenaría a todos. Y sin

embargo nadie hacía nada. Nadie se atrevía a enfrentar lo que pudiera estar pasando unos metros más allá de la protección de sus casas.

Cuando los gritos se convirtieron en atropelladas palabras de súplica, en sollozos amplificados por un sufrimiento inaguantable, se desvió de nuevo hacia el camino de piedra y avanzó con tiento hacia la plaza. Pegó el cuerpo a cada cerco o seto que se encontraba, alerta a cualquier movimiento que pudiese detectar. Su agitación crecía con la proximidad de los lamentos. Pero no dejó de avanzar.

Se refugió tras la esquina de una verja que separaba un descuidado jardín del camino principal. Desde allí resultaba imposible atisbar lo que ocurría en la plaza en medio de una negrura como la de aquellas horas, pero dos antorchas situadas a los pies de la cruz le revelaron el horroroso espectáculo.

Un cuerpo desnudo pendía de la imagen sagrada. Unas cuerdas gruesas sostenían amarrados a la piedra los brazos desplegados del hombre que no cesaba en sus gemidos, cada vez más estridentes. Sus pies colgaban en el aire, marcaban un baile frenético con cada movimiento en el que se retorcía de dolor.

No supo cómo reaccionar en un primer momento. Había sufrido algunas pesadillas las noches anteriores, pero estaba convencido de que en esta ocasión no se despertaría. Lo que tenía ante sus ojos ocurría de verdad. Distinguió varias figuras en el vano de algunas de las casas más próximas a la plaza. Ninguna decía nada, ninguna hacía nada. Eran maniquíes situados frente al horror, sin capacidad o deseo de reacción.

Barrió la plaza, en busca de los responsables de aquel acto macabro. Las súplicas del crucificado habían bajado de intensidad, convertidas en un rumor constante, el motor de un coche al ralentí. No vio a nadie, aunque cualquiera podía permanecer oculto en las tinieblas.

Alguien chistó a sus espaldas y dio un brinco, preparado para encarar cualquier amenaza. Reparó en un hombre que, desde una ventana cercana, le hacía gestos con las manos para captar su atención.

—Oye, tú, ayuda a ese cretino a bajar de ahí.

La voz sonó conminatoria pero no pudo ocultar su nerviosismo. Aunque no lograba distinguir bien sus rasgos, creyó identificarlo como uno de los compañeros con los que Cristóbal solía juntarse en los últimos días.

—Si la diña, nos jodemos todos —insistió.

—Pues baja tú a hacer algo —replicó casi en susurros, por temor a que más gente descubriese su presencia allí.

El hombre no llegó a descifrar sus palabras, o no mostró ningún interés por ellas. Volvió a agitar las manos para apremiarlo, mientras

señalaba al crucificado, cuyos lamentos se le clavaban en las entrañas. Repasó con atención toda la plaza, los puntos colindantes. Giró sobre sí mismo para asegurarse de que no había nadie más cerca.

Cruzó la plaza medio encogido, como si aquel gesto pudiese brindarle algún tipo de protección. Alcanzó la cruz y se detuvo ante el hombre, que por primera vez reparó en él.

—¡Por favor...! ¡Por favor...!

Su voz se alzó de nuevo y él temió haber tomado la decisión equivocada. Mediante susurros y gestos desesperados le pidió que guardase silencio, que aguantase el dolor para no atraer cualquier atención que los pusiese en mayor riesgo. El hombre se enquistó en su súplica, convirtiendo esas dos palabras en una letanía infinita.

Trató de discurrir cómo podía ayudarle a bajar. El miedo, la sensación constante de peligro no le dejaba pensar con claridad. Los pensamientos se le agolpaban en la sien, atravesada por un dolor agudo que crecía con cada segundo que pasaba sin poder encontrar una solución. Advirtió por primera vez, apenas iluminadas por las antorchas, las laceraciones en la piel desnuda del hombre. Múltiples llagas manchaban la piel blancuzca de un color escarlata brillante.

Se encaramó a la base de la cruz y trató de alcanzar los nudos que aprisionaban las muñecas del crucificado, pero estaban demasiado altos. Alargó el brazo todo lo que pudo, pero su pie resbaló en la piedra y estuvo a punto de perder el equilibrio. No podría lograrlo así. Entonces sintió unas manos fuertes agarrándolo por las piernas y aupándolo en el aire. Una sensación repentina de vértigo lo hizo aferrarse a la cruz. Gruñó al rozar las palmas de las manos contra la piedra.

—Céntrate —dijo una voz bajo él—. Desata los nudos.

Hizo un escorzo para descubrir quién lo sostenía en el aire y lo primero que visualizó fue la oscura melena que caía sobre el uniforme. Devolvió la mirada a la cruz, por temor a encontrarse de lleno con aquellos ojos que no había logrado olvidar. Sentía la fuerza con que lo sujetaba y el temblor de sus músculos, así que se concentró en alcanzar el nudo que atenazaba el brazo derecho y comenzó a deshacerlo. El grosor de la cuerda dificultaba la tarea, compleja de por sí. Apenas lograba ver bien, se agitaba de un lado a otro sin encontrar apoyo, y los gritos del crucificado se le incrustaban en el oído.

En cuanto consiguió aflojar el nudo le indicó al crucificado que se aferrase al travesaño de piedra. Los brazos dejaron de alzarlo e hizo pie de nuevo. Esta vez no pudo evitar cruzar la mirada con Germán. Fue solo un segundo, antes de que este lo urgiese a situarse en el extremo opuesto para repetir el proceso con el otro brazo. Los gritos de dolor de la víctima fueron estímulo suficiente para no relajarse. Dejó que lo alzase de nuevo y atacó el nudo que faltaba por deshacer.

Entre los dos ayudaron a bajar al pobre hombre, que había abandonado los aullidos para refugiarse en un sollozo entrecortado. Sus antebrazos estaban marcados por un color violáceo. Evitó dar vueltas a lo que habría pasado si hubiesen tardado mucho más en desatarlo.

Germán miraba con recelo al hombre desnudo, cuyo desvalimiento lo había hecho sentarse sobre el frío suelo y agarrarse las rodillas, como un niño indefenso. Algunas de las heridas sangraban todavía, e hilillos negros resbalaban por su cuerpo sin una dirección concreta. No tuvo tiempo de pensar qué hacer a continuación. Una voz a sus espaldas tomó la palabra.

—Impresionante.

El miedo le hizo cerrar los ojos. Sus piernas se aflojaron y se vio en el suelo, hecho un ovillo junto al hombre desnudo, antes de que llegase a suceder. Había tratado de no pensar en aquella voz áspera, desalmada, en los últimos días. Había abandonado la casa en mitad de la noche para limpiar sus recuerdos más recientes. Nada había servido.

Tebras se acercó hasta que la débil luz de las llamas dejó entrever su figura. A ambos lados, como perros custodios, diferenció a algunos de sus compañeros habituales.

—Reconozco que esta no la vi venir.

Deseó captar algún tipo de ironía, cualquier emoción por débil que fuese en aquel arrastrar de palabras, pero estas se expandieron con la frialdad que ya conocía. Paralizado, miró de reojo a Germán. Era imposible intuir qué le rondaba la mente.

—Jamás se me ocurrió pensar que los porculeros podían formar una alianza —prosiguió Tebras, mientras se acercaba hasta marcar una estrecha distancia con ellos. Sus acompañantes aguardaban solo un paso por detrás—. De verdad, os miro y no le encuentro sentido. No lo entiendo. ¿Cómo ha sido, Darío? Te ha amenazado, es eso. ¿O lo has hecho por gusto? ¿Por venganza?

—Solo oí los gritos... No sabía qué ocurría. Fueron los gritos.

Las palabras salieron en tropel. Fue consciente de su pronunciación trabada. De nuevo le costaba hablar, como si le hubiesen llenado la boca de paja. A su lado sonó un bufido. Volvió a mirar a Germán, su expresión no había cambiado.

—Escuchas unos gritos en mitad de la noche y tu primer impulso es convertirte en héroe —continuó Tebras.

El gimoteo del hombre desnudo, que se había ovillado todavía más y era apenas un bulto descolorido en el suelo, fue todo lo que se pudo advertir durante unos instantes en la plaza. Más allá, un par de luces seguían prendidas en alguna casa. Las demás habían regresado a su oscuridad.

—Quería ayudar —dijo, incapaz de soportar el peso del silencio—.

No pretendía molestar a nadie, ni demostrar nada.

—Dime, Darío, ¿crees que cuando alguien crucifica a una persona lo que busca es que otros acudan en su ayuda?

Tragó saliva. Su lengua era un trapo seco que no sabía utilizar. El mayor miedo, sin embargo, no era quedarse mudo, sino dar una respuesta equivocada. Se sentía acorralado por las palabras de Tebras. Tenía la certeza de que nada de lo que dijese podía cambiar a mejor lo que estuviese a punto de suceder.

—¿Crees eso? —insistió.

—No. —Tosió para aclararse la garganta. Decidió que seguiría hablando, aunque solo fuese para no oír los sollozos del bulto que se retorcía a sus pies—. No podía dejarlo ahí colgado. No me he metido con nadie, solo quería descansar. Con esos gritos resultaba imposible.

—Entiendo. Y decidiste entonces que lo mejor era avisar a tu socio para que te echase una mano.

Miró a Germán, una vez más. Esperaba que reaccionase, que la alusión de Tebras le hiciese tomar el control. Necesitaba pasar a un segundo plano, que los ojos y las preguntas dejasen de clavarse en él. No podría aguantar mucho más tiempo. Solo tenía clara una cosa: no permitiría que le volviesen a poner una mano encima. Atravesaría la aldea, golpearía la puerta del muro hasta dejarse los puños en carne viva, se desgarraría la garganta hasta que desde la torre de vigilancia no tuviesen más remedio que bajar y tomar medidas. Se abriría las venas con el cuchillo que todas las noches metía en el bolsillo del uniforme antes de abandonar la casa. Su única certeza era que no volverían a hacerle lo mismo. No se lo permitiría.

—No te apetece hablar demasiado. —Tebras lo recorrió con la mirada. Sintió la desconcertante necesidad de seguir escuchándolo. Sus silencios podían pesar más que sus palabras—. Lo entiendo, no son horas. Germán, doy por hecho que tú no vas a honrarme con un relato divertido.

La mirada de Tebras se deslizó hacia su derecha. Germán no se había movido un centímetro, las mandíbulas tensas destacaban en su gesto por lo demás imperturbable. Ambos cruzaron miradas, como si el diálogo hubiese pasado a otro código en el que pronunciar cualquier sonido estuviese de más.

No fue capaz de detectar cuál fue el ademán, la señal, pero era ya demasiado tarde cuando entendió que Tebras había dado una orden. Las sombras que lo escoltaban —resultaron ser cinco— se abalanzaron sobre ellos. Se revolvió todo lo que pudo. Un codo se clavó en su pómulo izquierdo y el dolor le cegó durante unos instantes, pero no dejó de forcejear. Se libró de una mano que trataba de aferrarlo por el hombro, de otra que lo agarró por el cuello y le desgarró la piel con las uñas. Echó a correr y creyó que lograría alcanzar el muro, aun sin

saber si esa decisión podría salvarlo. Un cuerpo trabó su pierna derecha, y al momento sintió un fuerte peso sobre su espalda. Cayó de bruces sobre el suelo, la violencia del golpe le cortó la respiración.

Advirtió unos resoplidos furiosos, de rabia contenida, a unos metros. La oscuridad y sus propios movimientos desaforados no le dejaban identificar a nadie. Trató de zafarse de los diferentes cuerpos que luchaban por reducirlo. Escupió un grito de impotencia, lanzó manotazos ciegos que acertaron en alguna diana. Se irguió y a punto estuvo de reemprender la carrera, pero alguien lo embistió con una fuerza animal. Aturdido, se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, boca arriba. Le costaba respirar. Un nuevo golpe en el estómago terminó por dejarlo sin aliento. Sentía que se asfixiaba. La desesperación lo hizo arrastrarse por el suelo, pero sus músculos apenas respondían. Sentía que la cabeza le estallaría de un momento a otro. Y entonces un nuevo golpe. Otro más.

Recobró la consciencia con la segunda bofetada. El calor de la mejilla se unió al de otros mil puntos más de su cuerpo, que ardían a una temperatura casi insoportable. Le costó entender dónde estaba. Lo habían sentado sobre una superficie lisa, dura. Alguien le dio otro manotazo, esta vez en la sien. El dolor se reavivó y pareció despertarlo. Notó el sabor metálico de la sangre al humedecerse los labios. Un dolor punzante palpitaba en su costado izquierdo. Se recorrió el cuerpo con la mirada, pero no descubrió ninguna gran mancha de color rojo preocupante. Los movimientos bruscos de cabeza le hacían sentir náuseas, así que se apoyó contra el respaldo frío y plano. Cayó en la cuenta entonces del lugar al que lo habían llevado.

Un brazo lo aferró antes de que pudiese escapar. Lo alzó en el aire y lo arrastró hasta los pies del púlpito. No tuvo fuerzas para tratar de desasirse. El brazo lo arrojó de rodillas al suelo. Al levantar la vista se encontró con Tebras, erguido en la tribuna. Pero su atención no se centraba en él.

Dos de sus socios empujaron con dificultad a Germán, hasta que este tampoco tuvo más remedio que postrarse de rodillas. Llevaba las manos atadas a la espalda, con el mismo tipo de cuerda con que habían fijado a la cruz al hombre desnudo. Echó un vistazo alrededor, pero no vio rastro de este último.

—¿Buscas al que te hizo sentir héroe?

Bajó la mirada al descubrir que Tebras le dirigía la pregunta. No quería recordar lo ocurrido la última vez que lo había mirado a los ojos en la iglesia. Alzado ante el púlpito de manera idéntica.

—Es curioso. Tú, Darío, deberías estar en la cama y él castigado en la plaza. Ahora, ese hombre estará descansando en su casa, y tú nos acompañas aquí.

Trató de no especular sobre lo que querían decir aquellas palabras. No era un buen momento para derrumbarse. Germán había dejado de resistirse, una mano tiraba con firmeza de su largo cabello para mantenerlo inmóvil. Con él sin embargo no se tomaban tantas molestias, no suponía una amenaza para ninguno de ellos. Era un corderito torpe que se había desviado del camino a seguir para llegar sano y salvo a casa. Se palpó con disimulo el bolsillo del uniforme. El cuchillo seguía allí.

—Por favor, dejadme ir. No he hecho nada. Por favor.

—No has hecho nada bien, quieres decir. —Tebras se desplazó lo suficiente como para que lo viese de cuerpo entero. Tenía que alzar la cara para poder mirarlo directamente—. ¿Qué crees que habría pasado si no te hubieses metido donde no te llamaban?

—Por favor.

—Te he hecho una pregunta.

—No lo sé. No podía dejarlo allí, se iba a morir y…

—Qué imbécil eres, niñato. —El tono de desprecio era un matiz nuevo. Parecía mostrar emociones, al fin, aunque solo fuese para dejar clara su repulsa—. ¿Piensas que íbamos a matarlo para que así nos sentencien a todos?

Tebras descendió el primer peldaño. Un escalofrío le hizo perder equilibrio, una mano lo agarró por detrás y lo enderezó bruscamente. Las rodillas empezaban a dolerle, un hormigueo incómodo le recorría las piernas.

—No termino de entender qué es lo que te hace pensar que somos gilipollas —masculló, mientras alcanzaba el suelo y se acercaba, dejando el púlpito atrás—. Primero te entrometes en mis conversaciones, luego en mi trabajo… Yo ya no sé qué más hacer para que comprendas cómo funcionan las cosas.

Chascó la lengua, un sonido desagradable que rebotó sutilmente en las paredes y se extinguió. Se acercó hasta situarse frente a él. No le dirigió la mirada, su cuello empezaba a resentirse y prefirió que no advirtiese su gesto aterrorizado tan de cerca. Una mano tiró de su pelo y lo obligó a mirar a Tebras.

—Tiemblas, ¿eh? Pero en el fondo debe de gustarte todo esto, no paras de buscarlo. ¿Qué os parece? ¿No creéis que le gusta lo que le dais y no sabe cómo pedirlo de otra manera?

—Le encanta —rugió una voz pastosa a sus espaldas, que se perdió en las risotadas reverberantes que la sucedieron.

—Por favor…, solo os pido que me dejéis marchar.

—Te voy a contar cuál era el plan terrible que has estropeado. Ese hombre que ni siquiera te dará las gracias por lo que has hecho pertenece al clan de Crespo.

Se produjo un sonido a su costado. Germán acababa de resoplar,

aunque parecía haber sido un gesto de burla ante lo que acababa de escuchar.

—Tu amigo tiene un sentido del humor extraño. —Dedicó una mirada tranquila a Germán, que no respondió a la provocación, y le devolvió la atención—. Como decía, Crespo creyó que sería buena idea tomarnos el pelo, y una de sus putillas levantó la mano para complacerlo. Darío, ¿tú no te habrías enfadado si te vendiesen un gramo al doble del precio al que lo están moviendo?

Tardó en procesar la información. No entendía por qué de pronto Tebras le hablaba de drogas y precios. Sospechó que se trataba de una artimaña, de una pregunta trampa para obligarlo a dar una mala respuesta que justificase todo lo que pudiera pasar a continuación. Negó con la cabeza, tímidamente, sin atreverse a indicar nada más.

—¿No te habrías enfadado? ¿No te habría hinchado las pelotas que otro clan tratase de quedar por encima de ti?

—No —se apresuró a decir—. No lo sé, no entiendo. Yo no he hecho nada malo.

—Eres un imbécil, gachó. Empieza a darme rabia lo imbécil que eres.

La mano izquierda de Tebras, que se balanceaba a la altura de su vista, se apretó en un puño. De manera instintiva trató de revolverse y librarse de quien lo sujetaba por detrás, obligándolo a permanecer de rodillas. No logró nada más que otro tirón salvaje, el cuero cabelludo le ardió con mayor intensidad.

—Te voy a ofrecer un par de alternativas, porque te juro que ahora mismo me sentaría a ver cómo te abren en canal y te arrancan las entrañas. —El puño se deshizo y se acercó a su cara. La aspereza de sus dedos lo hizo temblar, no pudo reprimir un débil lamento que interrumpió al sentir cómo los dedos estrujaban su mandíbula—. Mírame. Quiero que mañana le des un mensaje a Crespo. Un mensaje en forma de escupitajo. En la frente, bien cargado de saliva.

Comenzó a negar con la cabeza, mientras las primeras lágrimas le humedecían las mejillas. Sintió el leve escozor de alguna herida abierta en el pómulo.

—No te convence la idea. —Tebras volvió a chascar la lengua—. Una pena, habría estado bien. Última oportunidad, entonces: podrás largarte a dormir tranquilito a cambio de que me pidas, delante de todos, que el castigo que te has buscado tú se lo lleve tu colega.

Algunas carcajadas apagadas se reprodujeron a su alrededor. Sin moverse un centímetro, observó por el rabillo del ojo a Germán. Su vista estaba clavada en el púlpito. Los pensamientos que pudieran cruzar su mente no estaban al alcance de nadie. No hizo el mínimo intento de devolverle la mirada, de entablar contacto con él.

—Darío, no creas que tienes un plazo para meditarlo con calma.

Pídeme que a su castigo le sumemos el tuyo y podrás marcharte. O no lo hagas.

La cabeza le ardía tanto como las distintas contusiones repartidas por su cuerpo. Quería salir de allí, necesitaba hacerlo. Si no tomaba una decisión ya, moriría. No iba a consentir que se abalanzasen sobre él de nuevo, que lo hiciesen chillar de dolor mientras alternaban sus risas nasales y humillantes. No tenía fuerzas para aguantarlo otra vez. Sacaría el cuchillo del bolsillo como fuese y pondría fin a todo.

Tebras captó su atención con un carraspeo exagerado. Se acarició la barbilla, mientras los dos botones negros que tenía por ojos se fijaban en una de las vidrieras destrozadas de la iglesia. Las lágrimas le nublaban la visión, se enjugó como pudo los ojos con la manga del uniforme, aunque un fuerte manotazo le hizo volver a la posición anterior.

—El silencio es una elegante respuesta.

Los dos botones se clavaron en él. De nuevo ese vacío; el desprecio había desaparecido. Esta vez sí vio la señal. Los dedos índice y corazón de la mano derecha se contrajeron en un rápido espasmo. No sabía qué significaba exactamente aquel gesto, pero Tebras acababa de dar una orden. Se había tomado una decisión. Iba a pagar por ello.

Cerró los ojos al sentir dos cuerpos distintos aferrar con brutalidad sus brazos, pero los abrió cuando otro tipo de fuerza lo liberó de ellos. Los gritos lo hicieron reaccionar y logró ponerse en pie a pesar de los calambres en las piernas. Vio cómo uno de los acompañantes de Tebras rodaba por el suelo, mientras un bulto se descomprimía sobre él hasta adoptar la forma de Germán. Antes de que nadie pudiese hacer nada, la mano de este último se cerró sobre la nuca del otro. Lo levantó en el aire con la fuerza suficiente para proyectarlo contra uno de los bancos de madera. El sonido del impacto le recordó al de un pie pisando de lleno un charco de lodo. Algo viscoso y brutal que le puso la piel de gallina.

—¡Qué coño haces!

La voz de Tebras sonó furiosa. Había un rastro de asombro oculto tras su agitación. En cuanto la cabeza que Germán aprisionaba entre sus manos impactó de nuevo contra el banco, Tebras dio orden de que parasen aquello. Era la única oportunidad que tenía de huir, y sin embargo se quedó paralizado al ver la masa viscosa que empezaba a colgar de lo que hasta un instante atrás era la cara del acompañante de Tebras. A pesar de la oscuridad, lo que intuyó le hizo sentir todavía más miedo. Pero el miedo terminaría por sentenciarlo si no reaccionaba.

Echó a correr hacia la salida pero otro cuerpo lo interceptó. Forcejeó, soltó puñetazos y patadas, ambos cuerpos terminaron en el suelo. A duras penas, mientras libraba su propia batalla, logró ver que

los demás trataban de reducir a Germán. Se había convertido en una máquina fuera de control, un sistema cortocircuitado que se agitaba con la furia de un huracán.

Consiguió levantarse y zafarse de su oponente. Vio que se trataba de una de las réplicas, la que no había recibido la paliza de Germán. En su cara leyó algo que no acertó a distinguir entre rabia o impotencia. El hombre se interponía en su camino hacia el exterior, pendiente de sus movimientos.

—¿Vas a dejar a tu amiguito solo?

Giró la cabeza un segundo para ver cómo Germán estampaba a otro hombre contra uno de los peldaños, mientras los demás lo golpeaban sin cesar e intentaban reducirlo sin mucho éxito. Parecía un animal desbocado.

—Déjame salir —pidió.

Una sonrisa desfigurada fue la respuesta que obtuvo. Luego la réplica lo embistió y fue a dar contra el respaldo de un banco. El dolor lo atravesó entero. Se escurrió hasta el suelo, donde recibió una patada que lo tumbó boca arriba. La réplica le puso una rodilla en el pecho. Lo agarró por el cuello, empezó a notar cómo le faltaba el aire. Palmeó, golpeó casi sin fuerza la cara de su agresor. Un puñetazo lo dejó noqueado, inerte.

—Y ahora estate quietecito, o será peor.

Aspiró todo el aire que pudo cuando la presión sobre su pecho desapareció. La réplica acudió a la llamada de su grupo, que seguía con problemas para someter a Germán. Los gritos se sucedían unos metros más allá, mientras él se concentraba en recobrar el aliento.

Le costó demasiado reincorporarse. Se apoyó contra el banco. Sentía tanto dolor que no podía diferenciar las zonas de su cuerpo machacadas. Desde allí observó cómo otro hombre salía despedido, y un instante después Germán se lanzaba contra la réplica, que solo pudo ahogar un grito antes de topar con la pared. Germán lo golpeó una y otra vez, una y otra vez. Golpes rápidos, tremendos, apenas podía ver su brazo contraerse y estirarse para impactar contra el vientre de la réplica. Entonces reparó en Tebras.

Se mantenía al margen, cerca del púlpito. Observaba todo con atención, como un juez meticuloso. Su cuerpo estaba relajado, no en tensión como cabría esperar. Porque él, en realidad, no libraba ninguna batalla. Él solo daba órdenes. A pesar de que lo que veía no parecía gustarle demasiado.

Cuando advirtió que uno de los hombres le asestaba un bestial codazo en la nuca a Germán y este se desplomaba con dureza sobre el suelo, el corazón volvió a bombear frenético. Tenía que huir, pero no veía ninguna posibilidad de lograrlo. Apenas podía moverse. Ni siquiera sería capaz de reptar. Su cuerpo era un saco molido, un lagar

lleno de uva aplastada por pies gigantescos. Intentó realizar un par de movimientos, pero los latigazos le cortaron la respiración. Más allá, los dos únicos hombres que parecían haber quedado en pie se ensañaban con un Germán que se protegía ovillado en el suelo, rodando de un lado a otro para tratar de evitar algunos de los impactos. Aquello iba a terminar pronto. Y no quería presenciar ese final. No quería formar parte de él.

Reunió las fuerzas suficientes para impulsarse con la espalda y reincorporarse con el banco como punto de apoyo. Tuvo que reprimir los gritos que se le acumulaban en la garganta debido al dolor. Tebras advirtió sus movimientos y lo observó con curiosidad, aunque la decisión estaba tomada. No le daría tiempo a ordenar que sus esbirros se apoderasen de él.

Extrajo el cuchillo del bolsillo con torpeza, el mango bailó en su mano hasta que logró sujetarlo con pulso. Un corte rápido y profundo en el cuello sería decisivo, pero no se atrevería a hacerlo. Le costaba pensar en la imagen. Se arremangó el brazo izquierdo, la piel quedó al descubierto. En medio de la penumbra no fue capaz de distinguir sus propias venas, pero no era necesario.

—Darío, ¿qué haces?

La voz de Tebras logró sobresaltarlo. Se apresuró a apoyar el filo sobre su piel. Esperaba sentir su frío, pero la cuchilla estaba caliente. Un movimiento rápido y ya no tendrían nada que hacer. Nadie tendría nada que hacer.

—Suelta eso.

Tebras se acercaba. En su tono solo había advertencia, ni rastro de miedo o de preocupación. Había dado una orden y solo esperaba que la obedeciesen.

—No te acerques. —Su propia voz no sonó amenazante, solo cansada—. Lo siento. No por ti, ni por los tuyos.

—Suelta eso.

—Lo siento por toda la gente que va a pagar por esto sin tener culpa.

—No puedes ser tan imbécil. —Tebras se detuvo a un par de pasos. Sus ojos negros medían la situación que tenía enfrente—. Un solo rasguño y me encargaré de que lamentes haberlo hecho. Suelta el cuchillo.

—Ojalá todos sepan quién ha sido el responsable de esto…

—¡Suelta el puto cuchillo!

Un alarido desgarrador apresó la atención de los dos. Vieron a uno de los hombres agarrarse una mano que se mecía en el aire como un títere al que han segado los hilos. Los aullidos daban una idea del dolor con que se debía sentir tener una muñeca rota. Germán lo tumbó con un golpe en la sien, indiferente a la desesperación del

hombre. Había aprovechado el momento de distracción. Sus agresores no habían podido resistirse a ver cómo Tebras confrontaba una situación límite. Lo habían pagado caro.

Tebras dio media vuelta y encaró a Germán. Avanzó hacia él con paso tranquilo, mientras echaba un vistazo a su alrededor sin inquietarse.

—Reconozco que eres un jodido jabato.

Germán no respondió, su pecho se inflaba y desinflaba a un ritmo desproporcionado. Era imposible saber si se debía al esfuerzo, a la tensión o a la furia. O a una mezcla de las tres.

—¿Y ahora qué va a ser? Te has ganado la libertad, pero no sé si te atreverás a venir también a por el rey.

Los ojos de Germán estaban clavados en Tebras. Estaba rígido, una estatua. De su ceja emanaba con profusión la sangre que le embadurnaba media cara. Bajo el uniforme debía acumular heridas que nadie querría descubrir. Pero no se permitía un gesto de derrota, una señal que indicase que estaba a punto de desfallecer.

—Le di alternativas al gachó, pero no sabe escoger. Así que lo justo es que también te las ofrezca a ti. ¿Qué vas a preferir? ¿Largarte de una vez o retarme a mí?

Era una situación desigual. Tebras tenía menos cuerpo que Germán, y resultaba sencillo intuir que menos garra. Pero él no había hecho un solo esfuerzo, no había recibido un solo golpe. Germán, por más que se esforzase en mantenerse erguido, necesitaba atención de manera urgente. Al igual que él.

—Vámonos de aquí —susurró, dirigiéndose a Germán—. Por favor.

Germán le devolvió la mirada por primera vez, como si acabase de reparar en su presencia. En sus ojos, durante un segundo, vio el verdadero agotamiento que se afanaba en ocultar. No podría salir invicto de otro cuerpo a cuerpo.

Sin mediar palabra, Germán avanzó cojeando por el pasillo central. No le quitó ojo a Tebras, que pareció interpretar la decisión que había sido tomada y se apartó para no obstaculizar su paso. Su primer impulso fue ofrecerle el hombro a Germán para que se apoyase cuando lo alcanzó, le costaba caminar erguido. Pero este se apartó en un gesto de rechazo. Los dos avanzaron hacia la oscuridad de la noche.

—Descansad bien. —La voz de Tebras resonó a sus espaldas—. Necesitaréis estar frescos de ahora en adelante.

Todo sucedió muy rápido, a una velocidad que no le permitió reaccionar. Sintió la mano de Germán buscando la suya, y antes de entender el sentido de aquella acción el cuchillo había cambiado ya de dueño. El cansancio que Germán empezaba a acusar desapareció tan pronto como dio media vuelta y se precipitó hacia Tebras. Soltó un

grito de pánico, inútil, al ver cómo Germán embestía a su oponente en un movimiento salvaje. La mano que sostenía el cuchillo se hundió en un costado del mono naranja.

Un siseo ahogado se escapó de entre los labios de Tebras. Sus manos se retorcieron en torno a los hombros de Germán, que hundía todavía más el arma. Extrajo la hoja de un tirón, Tebras cayó de rodillas. Su expresión era la de alguien a quien han sorprendido con un extraño truco de magia. El brazo de Germán se volvió a tensar.

—¡¡No!! ¡¡Germán, no!!

Germán sostuvo el cuchillo en el aire. La mano le temblaba. Tebras había bajado la vista, concentrado en un punto del suelo, mientras su uniforme se teñía de oscuro. Germán no separaba la vista del hombre que había caído postrado ante él.

—¡No lo hagas! —suplicó de nuevo.

No podía verle el rostro, solo su cuerpo tenso, de espaldas. Con el cuchillo todavía en una posición que evidenciaba su indecisión. Hundirlo de nuevo en Tebras o apartarlo. La mano descendió lentamente, hasta colgar en su costado. El cuchillo cayó al suelo, lejos del alcance de cualquier otra persona.

Germán se dio la vuelta y reemprendió el camino hacia la noche. Apenas se podía intuir su expresión bajo la capa de sangre, reseca ya en algunas partes, que le cubría la cara. Tras él, el cuerpo de Tebras se desplomó. El sonido de un peso pesado sobre una lona de piedra.

Día 34

Al principio integró el ruido en el sueño agitado del que no conseguía despertarse por completo. Abrió los ojos y se sorprendió al percibir todavía el murmullo apagado, como si las conexiones cerebrales hubiesen fallado y las imágenes del sueño hubiesen terminado pero su sonido siguiese en reproducción. Sentía el cuerpo sudado, las sábanas eran un amasijo blanquecino a sus pies.

Le extrañó ver que la luz era débil fuera, todavía no había amanecido. Se quedó unos momentos tumbado sobre la cama, atento al zumbido irregular que seguía activo. Terminó por levantarse y abrir la ventana. El ruido creció, pero aun así no pudo identificarlo. La fuente del sonido no estaba demasiado cerca, y sin embargo parecía reconocer algo parecido a gritos dispares, que se alzaban sin orden unos sobre otros. Entonces se oyeron las primeras detonaciones.

Se unió al flujo de uniformes naranjas que recorrían con el mismo desconcierto el camino hacia la entrada de la aldea. Algunos blasfemaban, otros intercambiaban hipótesis. Al parecer, nadie sabía qué era lo que ocurría. Las detonaciones no habían sido demasiado fuertes, nada hacía presagiar una gran catástrofe. Pero no dejaban de ser explosiones, en la aldea. Que alguien tuviese material explosivo allí dentro podía desencadenar situaciones que prefería no anticipar.

El ruido cobró intensidad a medida que se acercaron al muro. Pudo distinguir las voces, las gargantas que se esforzaban por escupir su rabia y desacuerdo al otro lado de la piedra. Aminoró el paso, dejó que otros más curiosos y atrevidos se acercasen. Los gritos no auguraban nada bueno.

—Parece que alguien nos tiene ganas.

Cayetana apareció a su lado, la mirada clavada en el muro como si pudiese ver a través de él y el panorama no le interesase lo más mínimo. A su alrededor, otros reclusos llegaban y se acercaban a la gran pared. Algunos, curiosos; otros, airados.

—¿Qué ocurre?

—Te lo creas o no, mi mirada no puede atravesar la piedra. —Esbozó una sonrisa, y el gesto le pareció discordante en aquella situación—. Me la juego a que es una concentración de gente rabiosa que está hasta las narices de nosotros.

—¿A cuento de qué?

—Sigues sin recibir correo, ¿verdad? —Cayetana pareció detectar algo en su rostro porque se apresuró a continuar—. Mi hermana me contó que los últimos acontecimientos de esta aldea se convirtieron en debate fundamental en las cadenas de televisión. Y, por extensión, en las pantallitas de cualquier aparato electrónico.

Se esforzó por distinguir qué gritaba el torbellino de voces que se concentraba al otro lado. No parecían seguir consignas claras, pero de vez en cuando creía reconocer alguna palabra suelta.

—Según me escribió, la gente —prosiguió, y entrecomilló con los dedos esa última expresión— quiere que suspendan esto y nos devuelvan ya a las cárceles. Con el castigo pertinente, por supuesto.

No pudo evitar que un sentimiento de culpabilidad lo recorriese al escuchar esas palabras. Los últimos acontecimientos a los que Cayetana hacía alusión no eran otros que los ocurridos en la iglesia. Había pasado media jornada en el puesto de emergencias habilitado junto a la torre de vigilancia, donde le habían dado varios puntos de sutura y cuidado las distintas magulladuras repartidas por su cuerpo. Le permitieron descansar en una camilla y, a pesar del dolor y de la agitación de la que no había podido sacudirse del todo, logró dormir varias horas del tirón. Un sueño profundo en el que tuvieron mucho que ver los sedantes que le facilitaron. Aunque él no había sido señalado como instigador de la pelea y lo consideraban tan solo un desafortunado peón que se había visto envuelto en ella, cargaba con una culpa invisible cada vez que un par de ojos se cruzaba en su camino. Todo había estado muy cerca de derrumbarse. Él había sido testigo.

Un grito de alerta lo devolvió al momento presente. Cayetana le apretó el brazo de manera instintiva y ambos retrocedieron con torpeza unos cuantos metros. La mecha del petardo se consumió con la misma rapidez con que había aparecido y la detonación les provocó un leve pitido en los oídos. Varios cohetes más aterrizaron sobre el terreno, los reclusos se dispersaron con las orejas tapadas, protegiéndose de los siguientes estallidos.

—Esto ya es de hijos de puta —murmuró Cayetana. Agitó el dedo en su oído para tratar de destaponarlo.

Un ruido metálico captó la atención de todos los congregados, y tras un débil chisporroteo el altavoz reprodujo la voz del juez de vigilancia Villanueva.

—Buenos días. —Su tono sonaba igual de desangelado que en las anteriores ocasiones, aunque podía percibirse en él una nota de impaciencia—. Vamos a hacer esto fácil. Que todo el mundo se aleje del muro, por favor.

Un par de petardos más se elevaron por encima de la pared y cayeron al otro lado. Uno de ellos reventó cerca de un par de presos,

que parecieron olvidar al instante las recomendaciones del juez y se aproximaron al muro a voz en grito.

—Por favor, que todo el mundo se aleje del muro. Es una instrucción fácil de seguir. Les aseguro que una intervención es lo último que necesitan.

La voz se mostró un poco más alterada, pero no pareció surtir ningún efecto particular en la gente a la que iba dirigida la advertencia. Desde el otro lado del muro empezó a elevarse una especie de cántico. Los reclusos parecieron detenerse para desentrañar el runrún que llegaba hasta sus oídos. *Al criminal, inyección letal*. Las voces parecieron ponerse de acuerdo por primera vez, dirigidas por una batuta que nadie podía ver, y el lema cobró fuerza y nitidez. Reparó en que debían de ser docenas de personas las que se congregaban al otro lado del muro. Las que habían llegado hasta allí para lanzarles petardos y dedicarles esas palabras. *Al criminal, inyección letal*.

—Chicos, alejaos de ahí, anda.

Susana apareció a sus espaldas y con un ademán les pidió que se acercasen a ella. Su cara de disgusto contrastaba con la de divertimento de Caco, al que todo aquello parecía entretenerlo más que causarle indignación. Estaban apiñados en un pequeño grupo donde Samir observaba inmutable la torre de vigilancia, como si en realidad los gritos proviniesen de allí. Tomás agitaba la cabeza con decepción.

—Solo espero que haya cámaras grabando esto ahí afuera —comentó Cayetana, irritada.

—¿En qué nos beneficiaría eso? —preguntó Tomás.

—Así el mundo podrá comprobar que los energúmenos son ellos.

—Esos energúmenos son parte de ese mundo al que te refieres, me temo —señaló el anciano—. Y quizás lo mejor para todos sería que desalojasen a esa gente y no alimentasen más el odio.

En la mirada de Tomás había tristeza, parecía absorber cada una de aquellas consignas como un reproche dirigido específicamente a él.

—Por supuesto que habrá cámaras ahí afuera —comentó Caco—, no me extrañaría que fuesen las cadenas de televisión las que estuviesen detrás de todo esto. Ellos se lo guisan, ellos se lo comen.

Los cánticos se alzaron con más energía, parecían haber encontrado el ritmo adecuado, unidas todas las voces en una sola. Hubo un ligero titubeo cuando algunas gargantas optaron por introducir una modificación, aunque pronto asentaron el nuevo mensaje. La marcada musicalidad, la despreocupación con que el lema resonaba una y otra vez en el aire, le erizó la piel en la nuca. *Al criminal, solución final*.

—¡Esos hijos de perra nos quieren muertos! —bramó un preso.

—¡Les van a dar bien por culo! —se unió otro.

En cuanto escuchó los vítores de aprobación supo lo que sucedería a continuación. No fue el único, la mano de Susana se posó con firmeza en su hombro y lo guio unos cuantos pasos hacia atrás, junto con el resto del pequeño grupo.

Varios hombres se agacharon con rapidez y tantearon el terreno. La voz del juez de vigilancia resonó demasiado tarde, las primeras piedras volaron por encima del muro como una granizada repentina que pronto adquirió mayor intensidad. Más y más reclusos se sumaron y, en cuestión de segundos, pedruscos de distintos tamaños cruzaban el cielo al mismo tiempo que se apagaban los cánticos. Gritos de asombro y de rechazo los sustituyeron.

—¡Detengan la actividad! —La voz de Villanueva se convirtió en un rugido—. ¡No lo repetiré otra vez: detengan la actividad!

A pesar de que el altavoz se superponía a cualquier otro sonido, la voz del juez sonó en un segundo plano, menos relevante que los gritos de júbilo y las carcajadas extasiadas de los presos. Según crecían las quejas de aquellas personas que no podían ver, los proyectiles ganaban en tamaño. Ya no valía con lanzar el primer terruño que la mano alcanzase. El objetivo fundamental era dar con aquellas piezas que pudieran arrancar gritos de dolor al otro lado del muro.

El portón se abrió pocos instantes después. La sirena inundó la aldea, un ruido casi tan molesto como el de los estallidos de los petardos. Una fila de agentes parapetados tras sus escudos transparentes asomó por la abertura. Alguna piedra impactó contra el policarbonato antes de que traspasasen la frontera.

—Si no cesan la actividad, se considerará una falta grave —amenazó Villanueva, a través de la megafonía—. Están a punto de cruzar una línea que no les conviene dejar atrás.

En cuanto la hilera de agentes avanzó hacia el interior, se fijó en aquello que pudo ver tras ellos, fuera del muro. Se sorprendió al comprobar que eran más de un centenar de personas las que se arremolinaban con gestos tensos. Algunos agitaban al aire pancartas cuyos mensajes no alcanzó a leer. Distintos guardias trataban de impedir que se acercasen todavía más al muro.

La imagen debió de impresionar también a muchos de los internos. El furor se apagó y fue sustituido por una corriente de estupefacción. En medio de ese estado de confusión, tres reclusos echaron a correr hacia la salida. Arrojaron varias piedras que los escudos repelieron sin dificultad. Varias porras cayeron sobre ellos, en cuestión de segundos desaparecieron engullidos por un corrillo de uniformes oscuros que los redujo a meros cuerpos ovillados sobre la tierra.

Por entre la maraña de gente que empezó a vitorear la actuación policial pudo ver algunas cámaras de televisión. Los operadores que las manejaban se movían como reptiles, de un lado a otro, de manera

casi errática. Buscaban el mejor ángulo, la mejor posición para encuadrar el subir y bajar de las porras. Junto a ellos, algunos reporteros gritaban con énfasis a los micrófonos que sostenían en la mano. Entonces la gran puerta de acero se cerró.

El juez de vigilancia amenazó con dar la orden de carga. Algunos presos protestaban al ver que los compañeros que se habían enfrentado al cuerpo de seguridad seguían todavía encogidos en el suelo, sin poder repeler todos los golpes que caían sobre ellos como granizo. Los dejaron libres cuando apenas se movían, y el ambiente pareció serenarse. Varios reclusos se acercaron y los ayudaron a reincorporarse. Ninguno parecía sufrir lesiones graves, por lo que se descartó el acceso de personal sanitario a la aldea.

Podían oírse todavía abucheos y gritos de desaprobación al otro lado. Por suerte, no hubo más petardos que provocasen una nueva reacción violenta de los internos. Para templar los ánimos, el juez recomendó que todo el mundo regresase a su casa hasta la hora del recuento, tras la que harían entrega de una remesa de correspondencia. Algunos se manifestaron satisfechos con la información, un hombre tuvo tiempo de coger unos pedruscos y arrojarlos contra los escudos policiales, más como una despedida que como una provocación.

—Hay que tener muy mala baba para venir hasta aquí solo para provocar que nos aporreen —lamentó Cayetana.

—Yo creo que ha quedado muy bonito —alegó Caco—, unos lanzan petardos y otros terminan apaleados. Me encantaría ver las decisiones del director en la sala de montaje. A los informativos les quedará una película preciosa.

—Eso es lo que más rabia me da —replicó ella—. Seremos nosotros los que quedemos de malos. Los violentos, los criminales.

La palabra le devolvió a la mente los cánticos que con tanto convencimiento les habían dedicado. En ningún momento había dudado de que la aldea suponía una oportunidad. La oportunidad de recobrar la libertad, al menos en parte. Lo que acababa de presenciar había hecho tambalearse esa certeza. La gente los esperaba ahí fuera, pero para recordarles que no tenían otro lugar al que acudir, que aquel al que habían pertenecido ya no era su territorio. Los habían desterrado. Si en algún momento había creído que la gente se pondría de su lado, que alzaría la voz ante la reforma que proponía el Gobierno, parecía haberse equivocado.

No quería sacar conclusiones precipitadas, un centenar de personas no representaba a un país. Pero no había imaginado tener que enfrentarse a una escena así. Gente que se había desplazado hasta allí, con pancartas y frases ensayadas solo para mostrarles su desprecio. Su odio. El deseo no de verlos simplemente castigados, sino muertos.

—No dejéis que esto os afecte —recomendó Tomás—. Siempre es lo mismo: somos idénticos, pero levantamos muros de por medio para creernos distintos.

En la casa se encontró a Cristóbal trasegando en la cocina. Acababa de levantarse y se interesó por lo que había pasado en la entrada de la aldea. En los últimos días regresaba de madrugada, cada vez se levantaba un poco más tarde. Los ojos inyectados en sangre eran un fiel indicador de la calidad de su descanso. Le resumió con pocas palabras lo ocurrido, y pasó de aguantar su opinión al respecto llevándose su desayuno a la sala de estar. Cristóbal continuó con su disertación desde la cocina, sin necesidad de comprobar si alguien lo escuchaba.

Salió al exterior tan pronto sonó la alarma. Haberse despertado tan temprano lo hacía sentir un poco abotargado y el aire que corría a esas horas le sentaba bien. Poco tardaría el sol en aplastar el día con su calor. Hizo el camino solo y fue uno de los primeros en llegar. Lo ocurrido apenas una hora antes parecía pertenecer a un pasado lejano, quizás irreal. Un mal sueño que uno ha recordado años después sin saber muy bien por qué.

Dio su nombre y se dispuso a abandonar la fila tan pronto como la supervisora hizo las anotaciones pertinentes en su ficha, pero esta lo frenó con un ademán.

—Un momento. Tiene correspondencia.

La supervisora le indicó su nombre a otro compañero, que rebuscó en una de las cajas que descansaban sobre la mesa plegable hasta dar con un sobre que le entregó. No supo qué hacer con aquello en las manos. Solo acertó a leer su nombre escrito en una letra que no reconoció. Un codazo en la espalda le hizo dejar paso a quienes venían por detrás.

El sobre no tenía remitente, lo que le hizo sospechar que no era el original en el que habían enviado el contenido. Si la recepción de correspondencia estaba sujeta a las mismas condiciones que en la cárcel, habría pasado un filtro. Aunque en los últimos días había descubierto que esos filtros podían no ser demasiado exhaustivos.

Sacó las tres hojas de papel y por un momento las letras que se agolpaban ante sus ojos lo desorientaron. No contaba con que nadie se interesase por él, no al menos con buena voluntad. Su familia… No, imposible. No se atreverían a escribirle una sola línea, ni siquiera para recordarle que merecía estar donde estaba. ¿Algún conocido del que se hubiese olvidado? Pensó en la gente con las pancartas, en los gritos. Quizás algún ciudadano había conseguido sus datos y le había dedicado tres folios llenos de rencor y rechazo.

Leer el encabezado le congeló la sangre. Las palabras *Querido hijo* lo sacudieron con violencia. Sintió el calor por primera vez en lo que iba

de día, la tela adherida a su piel como plástico derretido. No podía ser verdad. Leyó sin orden, con el pulso acelerado, devorando una línea tras otra sin apenas procesar la información que reflejaban. Nada de aquello era cierto.

Retiró la vista del papel y buscó a la supervisora. El recuento avanzaba y algunos de los reclusos aguardaban a que les entregasen sobres o pequeños paquetes. En ninguno leía un gesto de desconcierto, una señal en la que reconocer el mismo recelo que él sentía. Volvió a dirigir la atención a las hojas que colgaban entre sus dedos. Aquella no era la letra de su madre. No era su voz tan siquiera. Lo que las palabras describían no se correspondía con ninguna realidad que tuviese que ver con él. Alguien había intentado hacerse pasar por ella. No sabía quién, tampoco podía entender por qué.

Pensó en Tebras. Lo habían trasladado a un hospital, poco más se sabía aparte de que su vida no corría peligro. La puñalada no había afectado a ningún órgano vital. Pero no podía ser él. No veía un solo motivo por el que pudiera hacer algo así.

Leyó un poco más, la primera hoja entera, por ambas caras. Quienquiera que estuviese detrás de aquella carta tenía muy poca idea de su vida. Y menos aún de cómo era su madre. Hablaba de lo mucho que lo echaba de menos, de lo difícil que le había resultado armarse de valor y escribirle… Le hablaba de miembros de la familia que no existían. Buscó en la última de las hojas la firma. La persona responsable de aquello había escrito el nombre de su madre, pero la rúbrica no se parecía en lo más mínimo a la auténtica.

—¿Una novia que echa de menos un buen vis a vis?

Un hilo de voz apenas audible. No se había acostumbrado todavía a aquel siseo de serpiente. Despegó la mirada de la carta y alzó la vista para encontrarse con la mueca maliciosa que caracterizaba a Arteta. No era lo único inquietante en él; los tendones del cuello se le marcaban como flechas insertadas en lo enjuto de su carne.

—Una carta. Sin más.

—Me alegro de que se preocupen por ti —aseguró, sin mutar el gesto—. Pásate hoy a las doce por el granero. Tráenos todo lo que tengas.

Asintió con presteza, dispuesto a cerrar aquel diálogo y volver a la casa. Sin embargo, Arteta no había terminado. Su chistido sonó como una gota de agua al caer sobre un hornillo encendido.

—Una cosa, bonito. —Arteta aguardó hasta que volvió a dirigirle la mirada—. Está bien tener un compi leal que te eche una mano. El trabajo es siempre más llevadero en compañía, ¿verdad?

—No tenéis que preocuparos por nada —se apresuró a decir—, Caco solo me…

—Sí que tenemos que preocuparnos, chulo. Mira, si te pedimos a ti

que nos ayudases a mover el costo no fue por tu desparpajo. Eso lo tienes claro, digo yo.

No dijo nada, dejó que prosiguiese con el mensaje que quería transmitirle.

—La peña tiene que ver que estás con nosotros. De eso se trata: tú nos echas una manita y nosotros se la echamos a quien te toque las narices, pero al cuello. Es una relación de lo más sana. Y fácil de entender, ¿no es así?

Asintió. Tenía que hacer un esfuerzo para comprender todas las palabras que Arteta susurraba. Su voz era un silbido frágil.

—Por tanto, si tu colega hace todo el trabajo, la peña pensará que pasas de nosotros. Y ese, bonito mío, ese es justo el mensaje que no queremos dar.

Hizo una floritura con la mano y le acarició la barbilla. Cerró los ojos instintivamente ante el contacto, pero no se movió un centímetro. La risa nasal de Arteta desembocó en una carcajada ahogada.

—Trabajad en equipo. Y punto. A las doce en el granero.

El dedo índice le recorrió la mejilla en un trazo sinuoso. Su actitud no buscaba provocar miedo, solo infundir respeto. Arteta se conformaba con cumplir una cosa: los deseos de Crespo. Todo funcionaba bien mientras nadie defraudase o molestase a Crespo.

Se le había acercado por primera vez unos días después de lo ocurrido en la iglesia. Tras declarar ante un par de agentes en la unidad de enfermería y ser devuelto a la aldea, se había encontrado con actitudes hostiles por parte de personas con las que ni siquiera había cruzado una sola palabra. Entendía su motivación: habían estado a punto de condenarlos a todos. A pesar de que él no hubiese clavado el cuchillo en el costado de Tebras, de que no le hubiese roto un solo hueso a ninguno de sus acompañantes, había formado parte de aquello. Era culpable, de algún modo. Y no procuraba rechazar esa culpa, tan solo aceptarla.

Crespo había aparecido con un par de compañeros, entre los que estaba Arteta, un día en que él volvía con la ropa del lavadero. Una mujer, junto a otros dos hombres, lo había increpado al cruzarse en el camino. La mujer no se detuvo ahí: lo empujó varias veces, retadora, ante la mirada divertida de sus cómplices. La ropa recién lavada cayó al suelo, y trató de dominarse al verla manchada de tierra. Pero no había tenido tiempo de hacer nada más, otros habían reaccionado por él. Crespo apareció de la nada y su mano cruzó la cara de la mujer como un latigazo que restalló en el aire. La brutalidad cogió por sorpresa a todos, incluida la mujer, que esbozó un gesto de sorpresa que no llegó a completar porque un nuevo golpe, idéntico al anterior, volvió a girarle la cabeza en un escorzo desagradable.

Esa había sido la presentación de Crespo, su declaración de

intenciones. Con un gesto de camaradería se había retirado sin decir una sola palabra, mientras Arteta recogía la ropa sucia y lo acompañaba de vuelta al lavadero. Allí le había explicado lo mucho que significaba para ellos que alguien hubiese «jugado» con Tebras y los suyos. No tenía ni idea de lo que debía decir, ignoraba si Arteta esperaba en realidad algo por su parte. No hizo falta. Sin muchos preámbulos le ofreció la amistad de Crespo, que en una situación así significaba aceptar un trato: les ayudaría a vender la droga que poseían a cambio de protección contra aquellos que tuviesen la más mínima intención de molestarlo.

Se enteró de que en la aldea habían introducido droga en aquel mismo momento. No le pesó tanto la ignorancia como el sentimiento de saberse demasiado ingenuo. No había pasado tiempo suficiente en la cárcel para conocer cómo funcionaban exactamente las cosas. Había presenciado algunas de ellas, había oído sobre otras, pero no había dejado de ser un lechal, como le habían llamado con burla en sus primeros días, ignorante del engranaje que componía el mundo al que lo habían arrojado.

Fue Caco quien se prestó a resolver sus dudas y a ayudarlo a salir de la encrucijada en la que lo habían situado. Germán fue la primera persona a la que pensó acudir, intuía que a él también podrían haberle ofrecido lo mismo. Sin embargo, no lo había vuelto a ver por ningún lado. Suponía que se habría encerrado en su casa, quizás esa era la decisión más acertada. Si en condiciones normales su actitud era como pólvora que podía hacer estallar un pueblo entero, prefería no imaginar las posibles consecuencias de que alguien se atreviese a hacerle lo mismo que le habían hecho a él. Si una persona se le acercase para recriminarle algo, o para lanzarle con desprecio al suelo la ropa recién lavada, no le cabían dudas de que todo llegaría a su fin. A punto había estado de ser así.

Había decidido compartirlo solo con Caco por temor a involucrar a otras personas a las que saberlo pudiera pasarle factura. Quería mantener al margen a Susana y a Cayetana, y a pesar de que Tomás quizás podría serle de ayuda con su experiencia, no se había atrevido a comprometer al anciano. No había vuelto a acudir a los encuentros en el lavadero. Evitaba también las actividades asignadas, aunque nadie le había reprochado nada. Todos habían decidido entenderlo como un período de convalecencia por las lesiones que había sufrido. Una vez más, quedaba claro el papel que jugaba. Estaba destinado a ser víctima.

El propio Caco había propiciado la confidencia. No se le escapaba nada, algo de lo que dejaba a menudo constancia, y se había acercado a él en uno de sus encuentros fortuitos y a la vez habituales en la orilla del río, la madrugada siguiente al compromiso que había

adquirido con Crespo y los suyos. Una pregunta acerca de su reciente amistad con Arteta había bastado para comprender sus intenciones y constatar que estaba al tanto del asunto. Fue al darle los detalles cuando se derrumbó. Expresarlo en voz alta le hizo asimilar que volvía a estar entre la espada y la pared. Le habían echado encima la responsabilidad de hacer algo expresamente prohibido en el documento que habían firmado. No era más que una rata obligada a obedecer. A buscarse la vida para distribuir el costo sin que las cámaras de vigilancia captasen su actividad. Podían amenazarse entre ellos, pelear hasta la extenuación; el juez de vigilancia tenía orden de no intervenir. Pero si descubrían a alguien en plena distribución, manipulación o consumo de sustancias ilegales, la sanción afectaría a todos los internos. Y ese sería el verdadero castigo: haber perjudicado a los demás.

Caco no había dudado. Le había sugerido que lo dejase en sus manos. Más que sugerir, lo había establecido así. Se quedó sin réplica cuando este le explicó por qué había recibido una visera de parte de su hermana mayor. No era un recuerdo de su infancia o su adolescencia, tampoco una ayuda que pretendiese resguardarlo del sol que calentaba la aldea. En las costuras interiores de la pieza, bien ocultas, había un par de bolsitas. Cada una contenía varios gramos de cocaína. Le sorprendió todavía más saber que la droga no solo se compraba con aquello que tenían disponible en la aldea: comida, tratos de favor, trabajo. Circulaba también dinero.

—¿Cómo que para qué sirve aquí el dinero? —había replicado Caco con una carcajada tras su pregunta—. Para lo mismo que en la cárcel. Al funcionariado no vas a comprarlo con lechuga.

Coincidió en la cocina a la hora de comer con Cristóbal, que había recibido un paquete de un buen amigo suyo. No mencionó el contenido del mismo, y supo que se debía a su recelo; por nada del mundo despertaría la codicia de los demás, aunque le hubiesen enviado una simple cajetilla de tabaco.

—Se están portando bien —comentó, mientras atacaba los garbanzos que se había preparado—. Pensé que después de los incidentes nos joderían de lo lindo a todos con las dichosas restricciones.

Se mostraba de buen humor. Había encontrado un grupo al que pertenecer sin que eso conllevase algún tipo de atadura o compromiso peligroso. Eran un pequeño grupo de hombres que se reunía para organizar timbas y tratar cualquier nimiedad sin más pretensión que la de hacer que los días pasasen menos lento. Sin embargo, sus nuevas rutinas parecían pasarle factura a su aspecto, cada vez más descuidado.

—Es la primera vez que te envían algo —señaló, arqueando las

cejas hacia los folios que había dejado sobre la mesa—. Has tenido que alborotar el gallinero para que se preocupen por ti… ¿O son reproches de una madre decepcionada con su hijo?

El comentario lo puso alerta. Observó con detalle su gesto, en busca de alguna señal que delatase unas segundas intenciones.

—¿Qué sabes?

—¿Cómo? —Cristóbal dejó la cuchara a medio camino entre su boca y el plato, sorprendido por la aridez de la pregunta—. ¿Qué sé de qué?

—De lo que me han enviado —respondió, señaló la carta.

Cristóbal lo contempló dubitativo, hasta que pareció comprender. Esbozó una sonrisa y se llevó los garbanzos a la boca. Masticó sin dejar de observarlo, entretenido.

—He dado en el clavo, entonces… Es normal que te duela. Se desentienden de ti como de un apestado, pero tienen el valor suficiente para ponerse en contacto solo para recordarte la deshonra que eres para ellos.

—No —soltó, antes de que continuase con sus divagaciones—. Esto no lo ha escrito mi madre, ni nadie de mi familia. Alguien pretende engañarme o tomarme el pelo.

—¿Quién la firma?

—Mi madre —articuló, con un hilo de voz—. Pero no es ella. Lo que dice no tiene nada que ver con…

—Por Dios, chaval, deja de dejar constancia a todas horas de que eres un pipiolo. Vas a hacer que te maten como sigas actuando como el novatillo que eres. —Cristóbal agitó la cabeza con desagrado, tomó las últimas cucharadas del plato con gestos hoscos—. Te han cosido a golpes varias veces y todavía no has aprendido nada.

Sintió el impulso de saltar sobre la mesa y zarandearlo. De agarrar su rostro cetrino y estamparlo repetidamente contra la mesa. De meterle la cuchara garganta abajo. Fue solo un instante, tras el que nada sucedió. Cristóbal se levantó para dejar su plato en el fregadero. No se molestó en limpiarlo.

—No te voy a cobrar nada por la lección —aclaró Cristóbal—, pero porque me interesa que sigas con vida. Nadie se equivoca al enviar una carta a un presidiario.

—No he dicho que se hayan equivocado.

—Pues seguramente nadie te esté puteando —le replicó—. Aunque nos saquen en televisión y seamos famosos, nadie se va a tomar la molestia de escribirte. Así que lee entre líneas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que busques el sistema para dar con el verdadero mensaje. —Cristóbal resopló, como si un niño pequeño tratase de agotar su paciencia—. No lo voy a hacer yo por ti. Mayúsculas, la tercera

palabra de cada línea... Cuando alguien del exterior quiere hacer algún movimiento que quizás no pase la censura, usa un sistema.

Ambos se contemplaron en silencio. Cristóbal se acercó un par de pasos, lo justo para echar un vistazo sin entusiasmo a las hojas. Puso una mano sobre ellas, temeroso de que pudiera arrebatárselas.

—A juzgar por la parrafada, lo tienes fácil —comentó con indiferencia—. En la tercera o cuarta cara estará lo que te interesa. Los supervisores tienen mejores cosas que hacer que leerse tanta letra de mierda dirigida a gente de mierda.

Subió al dormitorio y cerró la puerta. Se recostó sobre la cama y leyó de nuevo las primeras líneas de aquella letra irreconocible. Prestó atención a cada frase, a pesar de que nada nuevo se le revelaba. Era información inútil, comentarios casi inconexos entre sí, que tanto podrían ir dirigidos a él como a cualquier otro interno. Hasta llegar a la tercera hoja.

Leyó varias veces aquellos dos párrafos escritos a mitad de página, encajados en el texto corrido que hasta ese punto nada le había aportado. Se levantó de la cama y se quedó de pie, sin saber qué hacer. Por un momento, sintió la necesidad de acudir a Cristóbal, de compartir aquello con él. Llevaba razón. Dejó que la inquietud se evaporase y volvió a las letras una vez más.

Darío, necesito que hagas algo, es muy importante. Tenemos que vernos lo antes posible. La única manera es que confíes en lo que te digo. Sé que no es fácil lo que voy a pedirte, pero lo harás bien. Hay mucho en juego pero, por favor, confía en mí. No compartas esto con nadie, no puede saberlo nadie más que tú por el momento.

Para que todo salga bien vas a tener que plantarte delante de una de las cámaras y amenazar con quitarte la vida. Hazlo sin otros internos delante para evitar represalias. Sé claro en los gestos para que lo identifiquen como una amenaza real de suicidio. Me llamarán a mí, de esa manera podremos vernos. Siento mucho que tenga que ser así, pero sé que puedes hacerlo, Darío. Lo antes posible, es vital. Yolanda.

Yolanda. La psicóloga del proyecto le había enviado la carta. Varias hojas que camuflaban un mensaje en realidad escueto. Necesitaba verlo, y para ello él debía amenazar con suicidarse. No entendía ni lo uno ni lo otro. Por más que releyese el texto.

Le dio vueltas a las palabras en busca de una clave que le permitiese entenderlo todo. Buscaba a tientas un interruptor que iluminase lo que no era capaz de ver. ¿Por qué *necesitaba* verlo Yolanda? ¿Por qué para ello debía amenazar con *suicidarse*? ¿Por qué era *vital*?

Yolanda le pedía que no lo compartiese con nadie. Si se trataba realmente de Yolanda. ¿Alguien jugaba con él? La imagen de Tebras lo

alumbró como un relámpago. Se estremeció y se sacudió esa visión. No se trataba de Tebras, debía descartarlo, no tenía sentido. Como tampoco parecía tenerlo que la psicóloga le enviase una carta tan extraña. Lo que más desasosiego le producía, no obstante, era la posibilidad de que fuera real. Si de verdad necesitaba reunirse con él y la única vía para hacerlo era la que le señalaba en el papel, ¿qué era lo que ocurría y por qué lo implicaba a él?

A duras penas contuvo sus ganas de abandonar la casa con la carta en la mano y acudir a Susana, a Tomás, a Cayetana. Quería que todos le ayudasen a entender qué significaba aquello. No le habría importado quedar como un estúpido, ver que los ojos de ellos reconocían lo que para él estaba vetado. Con tal de poder entenderlo, hasta agradecería las carcajadas que les provocase su ingenuidad, su ignorancia.

Minutos antes de la medianoche Caco pasó a buscarlo. No le entusiasmaba verlo tan involucrado en los asuntos con la banda de Crespo. Se sentía responsable de lo que pudiera pasar si algo se torcía, las palabras de Arteta habían sonado a advertencia. Y las advertencias eran señal suficiente de que todo podía complicarse cuando lo esperado era que nada lo hiciese. Por más que Caco se hubiese ofrecido a encargarse de vender la droga, no dejaba de repetirse que aquello lo había provocado él. Con su flaqueza. Si hubiera sido más firme, si hubiera cerrado los ojos y dejado que el filo del cuchillo le traspasase la carne, si hubiera puesto fin a todo... Pero no lo había hecho. No debía darle más vueltas: no lo había hecho. Por incapacidad o porque realmente no quería hacerlo. No lo había hecho.

Dio dos golpes en la puerta cerrada de la nave. Una voz ronca les indicó que podían pasar. No había mucho barullo, Crespo descansaba sobre un taburete mientras tallaba con una navaja un trozo de madera. En torno a él, de pie o acomodados en el suelo, cinco internos se entretenían en fumar y discutir sin grandes aspavientos.

Le entregaron a los compañeros de Crespo el dinero y los distintos bienes que habían recaudado. Había sido trabajo de Caco, en realidad, a quien solo había acompañado en un par de ocasiones para no dejar que cargase él con toda la responsabilidad. Los precios aproximados los había fijado Arteta, o quizás Crespo, pero había sido el primero quien les había dejado claro qué no debían aceptar.

—No habéis movido todo.

Fueron las palabras de Crespo, que dedicó una somera mirada a lo que habían llevado hasta allí, sin detener la danza de la navaja sobre la madera. Las virutas componían una pequeña falda a sus pies. Al contrario que Tebras, cuya mirada podía sacudirle el cuerpo tan solo en recuerdos, Crespo no miraba a los ojos. Ni siquiera a sus socios. Parecía tener la atención siempre puesta en algún detalle o

acontecimiento que para los demás pasaba desapercibido. Por supuesto, no era así.

—¿Cómo se porta la gente?

Cruzó una mirada con Caco para tratar de dilucidar si aquella pregunta debía responderla alguno de los dos en particular. Caco sacudió con disimulo la cabeza, indicándole que tomase la palabra.

—Bien, en general. No ha habido problemas.

—¿Se quejan de los precios?

—No ha habido muchas protestas.

—No tiene por qué haber ninguna —convino Crespo, y el filo de la navaja dibujó una onda en el aire tras deslizarse sobre la madera.

—Todo en orden, jefe —afirmó Caco.

—Aquí no hay ningún jefe.

Caco cerró los ojos, maldiciéndose por su intervención. Los acompañantes seguían la conversación sin mucho entusiasmo. Las volutas de humo ascendían hacia el techo del granero, uno de los hombres más apartados repiqueteaba con algo sobre el suelo. Arteta solo tenía ojos para Crespo.

—¿Cómo va el otro tema?

Supo que se dirigía a él. Caco también lo tuvo claro, le dedicó una mirada de extrañeza que prefirió evitar.

—No he podido hablar con ninguno de ellos todavía. Lo siento.

—Todavía.

La palabra sonó extranjera en boca de Crespo. Se removió en el taburete, en busca de una posición más cómoda, la mamba negra asomó hasta la clavícula. Su mirada se desligó de su propia manualidad y pareció desplazarse hasta el armario donde se guardaban las distintas herramientas. Su vista revoloteaba, no se detenía en un punto fijo demasiado tiempo.

—Hablar es algo muy sencillo —añadió—. Dime cuál es el problema.

—No hay ningún problema, no he coincidido con ellos —respondió sin confrontar la mirada curiosa de Caco—. Lo haré pronto.

—No tienes que coincidir con ellos. —La mirada regresó a la pieza a medio tallar que sostenía en las manos. Acercó la madera a la cara, evaluando el progreso de su obra—. Tienes que... Cómo se dice. Dar un mensaje. —Meneó la cabeza, un gesto de nerviosismo repentino—. Hay una manera de decir que les tienes que dar un mensaje...

—Transmitir —indicó Arteta.

—Transmitir. Tienes que transmitirles el mensaje, nada más que eso. Es nuestro trato.

Asintió con la cabeza, de manera que pudiese verlo. No quería prolongar la conversación, aquel era un tema que prefería mantener en secreto.

—Es fácil, o el uno o la otra —prosiguió—. Ya sabes que prefiero a la chica. Pero quería ponértelo fácil. Y no has hablado con ninguno de los dos. No has coincidido con ellos.

Estuvo a punto de pedirle que se callase, había entendido el mensaje. Lo que más le molestaba no era el reproche, sino la presencia de Caco. Este, sin embargo, se mantuvo en silencio y esperó que el diálogo siguiese su cauce natural.

—Lo siento, mañana lo solucionaré.

La navaja se incrustó en la madera con un ruido seco. El fragmento mostraba un color ambarino después de que la hoja hubiese limado su corteza. La mano dibujó un movimiento grácil y una parte del núcleo salió disparada hacia el suelo. Una muesca perfecta se podía ver en la mitad exacta de la madera.

—No me cae bien tu compañero.

Percibió el movimiento inquieto de Arteta antes que el de ningún otro. Comprobó que su mirada se deslizaba hacia Caco, que asumía la acusación indirecta sin mudar de gesto. Si sentía necesidad de hacer algún reproche, no dio muestras. Se mantuvo en silencio. No lo habían interpelado a él.

—Era un trato entre nosotros —continuó Crespo—. Algo positivo para todos. Nosotros te protegemos, tú nos echas una mano.

—Sí. Eso fue lo que dijiste —afirmó, sin referirse a la palabra «trato».

—Vamos a mantenerlo así. No me cae bien tu compañero.

—Seguro que lo han entendido —intervino Arteta, que se acercó a ambos con paso despreocupado. En su mirada podía leerse un estado de ánimo distinto—. Ya sabéis quién se encarga de esto a partir de ahora.

Agitó la cabeza al unísono con Caco. Todos aguardaron una nueva intervención de Crespo, pero durante unos instantes en el granero solo se escuchó el roce de la navaja. Se sobresaltó al escuchar otro ruido, más áspero. Uno de los socios acababa de aspirar con nervio lo que había sobre un trozo de papel que agarraba con dos dedos. A sus pies quedaban los restos casi imperceptibles de un plástico desflecado.

Con un gesto desganado, sin perder la concentración en la talla de madera, que comenzaba a revelar las formas de un cuerpo humano, Crespo indicó que podían retirarse. Se fijó en los trazos algo toscos, que parecían sugerir la posibilidad de una figura femenina. No era la obra de un artista profesional, pero sí la de un aficionado con experiencia. Se preguntó si habría adquirido aquella destreza durante su etapa en la cárcel.

Fue Arteta el único que los acompañó a la tranquilidad de la noche. Corría una suave brisa, el pueblo parecía descansar en paz. Sacó una cerilla y encendió un cigarrillo que hasta entonces no había visto

colgado en sus labios. La intensa luz del minúsculo punto le recordó a un eclipse solar.

—Sé que tú te desenvuelves de puta madre —dijo, tras dejar escapar el humo de la primera calada, mirando a Caco—. Pero la cosa no va de eso, tiene que hacerlo solo. ¿Estamos?

Hablaba como si él no estuviese delante, o como hablarían dos adultos en presencia de un niño que no es aún capaz de seguir el diálogo.

—Sinceramente, creo que ganamos todos si...

—Quien gana o quien pierde no lo decides tú, majo. —El tono de Arteta se endureció, aunque una larga calada pareció relajarlo—. Darío distribuye, tú te buscas otro entretenimiento. Da igual que se te dé de puta madre, da igual que hayas nacido para ser el mejor camello del planeta. Te han dicho que no. Quizás en otro momento.

La última frase fue pronunciada con la intención de convencer a Caco de que debía dar un paso al lado, aunque resultaba evidente que Crespo no iba a contar con él para nada. Había sido claro, Caco no le gustaba.

—No habrá problema —intervino, cansado de sentirse inútil en aquella escena.

Arteta le dirigió una mirada de complacencia, soltó una bocanada de humo y le apretó el hombro de manera amistosa. Con un gesto de mano se despidió y regresó al interior del granero.

—No te preocupes —aseguró Caco, mientras caminaban hacia las casas—. Iré contigo a los repartos, solo que llevarás tú la batuta. Si hay alguna complicación, me pongo al frente y solucionado. Sobre el papel, solo estaré ahí como refuerzo.

—Caco, si les interesase vender todo lo posible, me habrían apartado de un golpe y se habrían quedado contigo. No se trata de la droga. Se trata de que me vean trabajar para ellos.

—Pero no les molestará que tengas a alguien cerca en caso de necesitarlo.

—Son ellos quienes me ofrecen protección. Ese es el trato.

—Dejaremos que los primeros días te vean a ti solo. Te las apañarás, estate tranquilo. Luego volveremos a hacer las cosas como es debido.

El guiño que Caco le dedicó le hizo pensar que quizás era esa actitud despreocupada la que le funcionaba tan bien a su compañero. Esa habilidad para creer que no existía nada lo suficientemente complicado de lo que preocuparse allí dentro, encarcelado con personas que habían robado, abusado o matado. Él mismo era uno de esos últimos, y sin embargo no pasaba de ser un lacayo, un perro obediente y temeroso. Si él había sido capaz de arrebatarle la vida a una persona..., ¿de qué no sería capaz alguien como Crespo si le

llevaban la contraria?

—¿A qué se refería con lo de transmitirles un mensaje a la chica y a otro más? ¿De quiénes hablaba nuestro colega?

Sintió un sudor frío en la nuca. Trató de parecer relajado para no dar más pistas a Caco, pero resultaba complicado olvidar que aquello seguía pendiente. Tenía que hacer algo, quisiese o no. Crespo no lo iba a pasar por alto.

—Quiere tantear a más gente... Supongo que cuantos más internos estén de su parte, más a gusto se sentirá aquí metido.

—Me hace gracia que uses esa palabra. —Caco sonrió al ver su gesto de extrañeza—. Internos. En la cárcel podía tener sentido, pero mira. —Dibujó un arco con la mano que barrió el manto nocturno—. No estamos encerrados, no físicamente. Nunca hemos tenido más fácil escapar.

—Nadie ha intentado huir. Nadie ha olvidado el número de balazos que recibiría en caso de intentarlo.

—Lo dicen para asustar, para tenernos controlados. ¿Crees que en mitad de la noche no sería sencillo buscar un punto ciego, escalar y alejarse de aquí tan campante?

Le incomodó la ligereza con que Caco exponía una posibilidad engañosa. Les habían subrayado en distintas ocasiones, antes del traslado, las consecuencias de una tentativa de fuga. El equipo de vigilancia buscaría abatir al fugitivo. Era una advertencia, no una artimaña tosca para mantenerlos sosegados. No le parecía apropiado que compartiese esos argumentos con otros reclusos, podían dar alas a una idea que acabaría de una sola manera.

—Entonces, ¿qué es lo que necesita Crespo que transmitas? No me importa echarte un cable con eso.

—¿Cuál es la casa de Germán?

Sabía que debía desviar la atención de Caco. Estaba acostumbrado a enterarse de todo; conocía la forma en que respiraba cada persona, cómo sonaban sus pasos, cuáles eran sus intenciones. Necesitaba dejarlo al margen de eso, pero no resultaría tan simple. Debía darle algo a lo que aferrarse, una pista imprecisa, un rastro difuso.

—¿Quiere que le lleves al lobo solitario? —Caco no pudo reprimir una sonrisa.

Se limitó a menear la cabeza, dando a entender que no quería precisar más detalles. Caco interpretó el gesto como un acierto propio, se guardó la información con la intención de ponerla en contexto tan pronto tuviese la oportunidad. Le dio las indicaciones de la casa, una de las situadas en la parte oeste de la aldea. Había cinco o seis viviendas repartidas en aquella zona, por la que apenas había pasado un par de veces.

—Su compañero ha solicitado el traslado a otra casa —le informó

Caco—, pero no le han hecho caso. Imagino que debe de ser una experiencia entretenida convivir con él. Preparar la comida, descubrir que falta un cuchillo y un instante después encontrarlo enterrado entre tus costillas.

La mención del cuchillo trajo de vuelta a su cabeza varias imágenes. El momento en que decidió meterlo en el bolsillo de su uniforme, con un firme propósito. El terror de verse arrastrado hasta la iglesia. El segundo que lo cambió todo, aquel en el que se demostró a sí mismo que no estaba capacitado para llevar a cabo lo que creía desear hacer.

No dijo nada, dejó que Caco hablase para hacerle creer que ganaba terreno y que en algún momento compartiría con él lo que Crespo le había pedido que hiciese. Pero no lo haría, no involucraría a más gente. No los arrastraría consigo. Como había remarcado Arteta, esperaban de él que supiese hacer las cosas solo. Sabía que no lograría hacerlas con éxito, que no saldría indemne. Había dado bandazos creyendo poder evitar caminos equivocados. Pero todos conducían a la oscuridad. Allí no existía una alternativa. Lo único que podía hacer era adentrarse en cualquiera de esas sendas solo. Y afrontar lo que aguardase al final de ellas.

Día 41

Dejó la carta sobre la mesa con el mismo movimiento seco que los demás. Los golpes sonaron casi al unísono, manos martilleando la madera cuarteada y amarillenta en una sobremesa apacible de primavera.

—No vale tardar tanto, Caco, siempre haces lo mismo.

El reproche de Cayetana fue acogido con varios murmullos de aprobación, aunque el aludido se limitó a encoger los hombros con fingido desconocimiento y la partida transcurrió de igual manera. Tras varias rondas en las que uno de los golpes sobre la mesa llegaba un segundo más tarde que los del resto, Tomás cerró con una nueva victoria.

—Sabemos que se te da muy bien —le reprochó Susana al anciano —, pero empezará a ser aburrido si no gana nadie que no seas tú.

—Nada me haría más ilusión que verme superado —replicó él—, lo que tú me pides es algo muy distinto. Dejarse ganar es una derrota para todas las partes.

Varias voces desaprobaron su reticencia a bajar el listón, Tomás se limitó a menear la cabeza sin dejar de sonreír. Reunió todas las cartas y barajó con la destreza de un maestro mientras algunos aprovechaban para rellenar de agua sus vasos vacíos.

Sentía una modorra que acogía con cierto agrado. Notaba un leve dolor en los hombros, era la primera vez en mucho tiempo que se relajaba lo suficiente como para dejar que los músculos se destensasen un poco. En la casa de Susana y Samir corría una suave brisa que ayudaba a no tener prisa por abandonarla. A pesar de que en un primer momento había rechazado la invitación, se alegraba de haber cedido y de encontrarse rodeado de aquellos pocos a los que no temía o por los que no sentía ninguna clase de recelo dentro de la aldea.

—¿Cómo te encuentras?

Susana lo miraba como una madre que desea hacerse amiga de su hijo. Durante la comida ninguno de los presentes había actuado con demasiado tacto al dirigirse a él, y eso era precisamente lo que había resultado extraño. Todos querían brindarle una compañía natural, sincera, pero para ello debían verlo con una naturalidad y sinceridad que, sobre todo en algunos casos, no era sencillo alcanzar. No le molestaba percibirlo, los entendía. Y agradecía que, a pesar de la

dificultad, quisiesen ofrecerle cobijo.

Habían pasado varios días desde su tentativa de suicidio. Al menos, de eso se había tratado a ojos de cualquier otro interno. Unos ojos que no lo habían visto ejecutar su plan con una desenvoltura que a él mismo le había sorprendido. Había tenido tiempo suficiente de entender, sin embargo, que su improvisación ante la cámara de seguridad había estado conducida en todo momento por un deseo tan oscuro como auténtico. El mismo deseo que lo había recorrido durante unos instantes fugaces en la iglesia.

Lo había hecho a medianoche, en un momento en que la zona estaba tranquila y no parecía merodear nadie por los alrededores. Ni siquiera había preparado con antelación lo que haría o diría, y quizás ese había sido su mayor acierto. La rabia que brotó de sus entrañas lo dejó extenuado, rendido de rodillas ante la diminuta lente que no lo perdía de vista. Quizás esa misma sensación de derrota, ese gesto de vencimiento, había convencido al juez de vigilancia de lo que debía hacer.

Yolanda llegó un par de horas más tarde. Para entonces, la noticia había corrido como la pólvora y un grupo reducido de agentes lo había acompañado hasta una de las unidades móviles ubicadas al otro lado del muro. Un escalofrío lo recorrió al verse de nuevo allí. Los ojos de Tebras relampaguearon en la oscuridad, y la falsa ilusión de su presencia lo ayudó a mantenerse inquieto, errático.

La psicóloga tomó el control de la situación con un temple que a punto estuvo de descomponer su fachada de mártir descontrolado. Tras seguir el protocolo establecido, indicó que un poco de aire libre sería de ayuda y consiguió que los agentes los dejasen pasear a ambos con cierta intimidad. Después de todo, para eso la habían convocado. Había llegado el momento de atender a su paciente.

—Siento haberte forzado a hacer esto, lo siento mucho.

Las palabras de disculpa de la psicóloga le importaron poco. Haberle pedido aquello por carta no era lo grave. Fue su tono lo que volvió a hacerle sentir angustia, seguro de que algo malo sucedía, algo en lo que parecía estar implicado. Respondió con una mirada que exigía no demorar más una explicación a todo aquello. Yolanda, sin embargo, parecía hacer frente a sus propias inquietudes.

—¿Quién permitió que te presentases voluntario?

No entendió bien la pregunta, por lo que ella tuvo que reformularla. Quería saber quién le había entregado el informe del proyecto, quién le había facilitado el papeleo, quién había tramitado su gestión. Había sido un carcelero del que ni conocía el nombre, en la cárcel se referían a él por un apellido que no recordaba. La respuesta no pareció satisfacer a la psicóloga.

—¿Habló alguien contigo, en privado, sobre el internamiento en la

aldea?

Negó con la cabeza, pero corrigió el gesto.

—El director de la cárcel nos llamó a su despacho.

—¿A quiénes? —Yolanda mantenía un tono bajo, pero la pregunta reverberó en el aire con un molesto timbre agudo.

—A los dos internos que fuimos seleccionados allí.

Caminaban con paso lento, en círculos de distinta amplitud, sin alejarse demasiado de la torre de vigilancia ni de la unidad móvil. Al fondo, más allá de ambas, se distinguía a duras penas el cuartel donde descansaban los distintos agentes que hacían turnos para garantizar la seguridad de la aldea. No la de los aldeanos.

Se desprendió poco a poco de la inquietud simulada que todavía seguía adherida a su piel para reemplazarla por una auténtica. Empezaba a ponerle nervioso tener que contestar tantas preguntas sin poder formular alguna. Ella era la profesional, quien estaba al mando, pero lo había contactado de una manera que parecía evidenciar lo contrario. Su voz, en mitad de la noche, denotaba una preocupación mal controlada. La persona responsable de supervisar a un grupo de reclusos se mostraba incapaz de dominarse a sí misma, ¿qué podía significar algo así?

—El otro interno sí estaba en la lista, lo recuerdo. Cumplía los requisitos.

—¿Qué quiere decir eso?

Yolanda continuaba inmersa en un centrifugado de pensamientos. Apenas le dirigía la mirada, que dejaba vagar ante la negrura, como si en lo más hondo de la oscuridad fuese a encontrar alguna respuesta más convincente. Se frenó en seco, ella tardó varios pasos en darse cuenta de su gesto.

—Dime de una vez qué ocurre. Por favor.

Sintió una opresión en el pecho al recibir la pena que se desprendía de la mirada de la psicóloga. No era la primera vez que enfrentaba un gesto parecido, la compasión silenciosa hacia un condenado que no podrá soportar la sentencia.

—El informe que tengo de tu perfil, Darío, es falso.

—¿Cómo que es falso?

La voz de Yolanda tembló ligeramente, sonó como un susurro irregular que un viento suave habría podido arrastrar y envolver con extrema facilidad.

—La fecha de tu ingreso, tu sentencia, antecedentes, situación familiar... Todo. La valoración que yo hice, junto a mi compañero, se llevó a cabo sobre un perfil fraudulento.

Supo por su expresión que ella esperaba algún tipo de reacción concreta. Pero no llegaba a entender qué significaba toda esa información que acababa de recibir. No creía posible que algún

funcionario hubiese traspapelado perfiles o informes de internos para un proyecto tan importante, o que nadie en toda la cadena de trámites y gestiones no hubiese caído en la cuenta de que la información relativa a un recluso fuese errónea. Un instante antes el apremio había podido con él y le había exigido a la psicóloga una explicación a lo que ocurría. Nada de lo pronunciado le había aclarado las dudas, que crecían a cada segundo. Y, junto a ellas, la certeza de que aquello que no lograba desentrañar supondría un golpe brutal.

—Pero... —No sabía por dónde atacar lo que ni siquiera había procesado—. Si ha pasado eso..., supongo que ya no hay marcha atrás, ¿verdad? No pueden negarme la oportunidad ahora, ya formo parte de este proceso. Sería injusto haber pasado más de un mes aquí y no tener derecho a...

—No lo entiendes, Darío.

El tono compasivo se lo certificó. No, no entendía lo que ocurría. No entendía nada. Necesitaba que dejase de ser así.

—No deberías estar aquí —confirmó ella—. Pero no se trata de un error. Manipularon tu información. —Y antes de que pudiera replicar nada, añadió—: Te seleccionaron porque tu perfil era incompatible con la viabilidad del plan. Te eligieron para convertirte en víctima.

Ni siquiera la presencia de los dos agentes que se acercaron para corroborar que todo iba bien lo sacó de su ensimismamiento. Dejó que Yolanda se ocupase de ellos hasta que todo volvió a reducirse a los dos, en mitad de la noche muda. Tragó sin necesidad de ingerir ningún líquido la pastilla que ella le ofreció. No importaba la razón por la que la había sacado de su discreta cartera. La píldora le rascó sin dureza la garganta. Luego, Yolanda le pidió que tratase de enfocar toda su atención en lo que iba a contarle. Hubo varios intentos fallidos; por momentos tenía la impresión de haber olvidado cómo llenar de oxígeno los pulmones, también la vista parecía fundirse con la oscuridad de la noche de un modo absoluto. No sentía nada parecido al pánico, o a la inseguridad. Sentía algo parecido a un vacío inmenso. No sabía poner nombre a la emoción que lo dominaba en ese momento. Era un ignorante que acababa de descubrir una nueva condición en su naturaleza. Aun así, obedeció. Trató de poner toda su atención en lo que estaba a punto de escuchar.

Su cuerpo se sacudió al percibir la voz de Cayetana tan cerca. Esta dio un respingo y lo miró con cautela, temerosa de haber puesto en riesgo el equilibrio de un elemento frágil. Volvió de golpe a la casa de Susana y Samir, a la charla desenfadada que lo envolvía, a la baraja de naipes dispuesta en perfecto orden sobre la mesa.

—Te preguntaba si querías agua —se justificó Cayetana, en tono de disculpa—. Te has quedado traspuesto, ¿eh? Yo también me encuentro un poco pesada. Menuda comilona.

Se disculpó con torpeza y restó importancia al sobresalto que había sufrido. Se levantó él mismo a rellenar el vaso en el fregadero de la cocina y así desentumecerse un poco. La comida había sido copiosa, Susana había insistido en que no sobrase nada.

Bebió un trago largo. Por suerte, el agua salía fresca del grifo, igual que si la hubiese recogido del río. Se apoyó en la encimera mientras vaciaba el vaso. Tomás tamborileaba con placidez sobre la mesa; frente a él, Caco hacía reír con algún comentario inesperado a Cayetana, que jugaba a no prestar tanta atención como la que le requerían. Susana juntaba las frutas que cada uno había llevado en un bol de plástico amarillento, al tiempo que Samir observaba a todos con una relajación inquieta, como si a pesar de sentirse cómodo en aquel ambiente tuviese la certeza de que algo pudiera torcerse en un solo instante.

Se reunieron de nuevo en torno a la mesa cuando Susana posó el bol en ella y advirtió de que no quería que sobrase una sola fruta. Volvió a sentarse y dejó que los demás eligiesen las piezas que les pareciesen más apetitosas. Luego cogió una manzana, todavía algo verde. El primer mordisco le llenó la boca de jugo ácido. El segundo no lo pudo digerir. No tuvo tiempo.

Un golpe seco retumbó en toda la estancia. Algunos se sobresaltaron, aunque había sido un sonido tan familiar como el de una ventana al batir por obra del viento. Tuvo tiempo de fijarse en que Samir estaba ya de pie antes de que un segundo golpe, seguido de un tercero mucho más violento, amenazase con tirar la puerta de madera gastada abajo.

—¿Pero qué...?

Las palabras de Caco quedaron ahogadas por varios golpes más. La cadencia aumentó, también la intensidad. Todos miraron hacia la puerta, todos se pusieron en pie. Cruzaron miradas que nada podían ofrecerse entre sí, en cada una de ellas se leía la misma expresión de desconcierto. De nuevo, se fijó en Samir. No había advertido su movimiento, pero se había desplazado desde la mesa hasta la ventana lateral de la cocina, desde la que observaba el porche. Su gesto denotaba pánico.

Fue Susana quien se acercó a la puerta y lanzó un grito de queja a través de la madera. Los golpes cesaron, una voz ronca tomó el relevo.

—¡Abre la puerta! ¡Te reviento la cabeza como no la abras!

Tomás se acercó a Susana con intención de hablar, pero Caco lo frenó con la mano. Pidió silencio con un gesto y se acercó a la entrada. Toda la atención pasó a concentrarse en él.

—¿Qué pasa ahí fuera, Cervantes? Soy Caco.

—Ábreme la puerta, chico. No me calientes la paciencia.

—Estas no son maneras de presentarte en una casa, hombre —

replicó Caco, igual que habría regañado con dulzura a un niño de cinco años—. ¿Qué se te pierde por aquí?

—Sácanos al asesino.

Dentro de la casa, al igual que en el exterior, se hizo un momentáneo silencio. Siguió los cruces de miradas, las pupilas como un signo de interrogación. Aquella orden no parecía tener significado para ninguno de ellos. Un nuevo golpe, brusco, rompió la ilusión de quietud.

—Cervantes, estamos un grupito de amigos echando una partida a las cartas —explicó Caco, con vocalización lenta y clara—. No hay nada que te interese.

—Caco, me cago en tus muertos. ¡O nos sacáis al matayonquis o tiramos la puta puerta abajo!

Caco sacudió la cabeza. Respondía a las amenazas de aquella voz ronca como si se tratase de un juego cuyas reglas conocía de memoria. Les dedicó una mirada rápida a sus compañeros y con un gesto de mano pareció indicar que todo estaba bajo control. Agarró el pomo con la intención de abrir y resolver cara a cara aquella situación inverosímil.

—¡No!

Su voz interrumpió el gesto de Caco. La mano se quedó aferrada al tirador, pero no efectuó ningún movimiento. Todas las miradas se clavaron en él.

—¿Qué ocurre?

Susana se le acercó, pero no pudo reaccionar. Su cuerpo había dejado de responder a cualquier estímulo.

—Darío, ¿qué está pasando?

Veía a Susana borrosa, como si la distancia entre ambos fuese demasiado estrecha y no pudiese enfocarla con precisión. Había dejado de percibir con nitidez figuras y contornos desde el mismo momento en que había escuchado aquella palabra. Matayonquis. Se había quedado clavado al suelo, su cuerpo había dejado de pertenecerle para convertirse en una camisa de fuerza que anulaba cualquier movimiento posible.

Tomás se acercó y le agarró el brazo, con suavidad. Percibió el contacto como si llevase tres capas de ropa encima. Por detrás del anciano asomó Cayetana; su cara se contraía en un gesto preocupado, aunque no leía en ella nada que pudiese interpretar como una acusación.

—Escucha, amigo. —Caco se abrió hueco entre sus compañeros, ambos quedaron frente a frente—. Ha pasado algo con la gente de ahí afuera, ¿verdad?

Tres nuevos golpes retumbaron en la estancia, seguidos de varias voces que empezaron a maldecir de manera atropellada. Se oyeron

algunos pasos. La gente del exterior se movía.

—Sea lo que sea, lo solucionaremos —adelantó Caco—. Tengo trato con ellos. No hay de qué preocuparse, ¿vale?

Le dio un manotazo amistoso en el hombro y volvió sobre sus pasos.

—No abras.

La voz le salió entrecortada, un murmullo escupido con dificultad. Caco se giró, pero ante los nuevos golpes que hacían temblar la puerta tomó una decisión. Advirtió a quienes se hallaban al otro lado de que iba a abrir, con un tono que oscilaba entre la resignación y la camaradería, y giró el pomo.

Entraron dos hombres, seguidos de un tercero que parecía más agitado que los dos anteriores. Movía la cabeza de un lado a otro, escudriñando cada detalle, con gestos que recordaban a los de una paloma inquieta. La manga izquierda de su uniforme colgaba flácida a su costado. La mortaja de un miembro fantasma.

Caco se apresuró a tomar la iniciativa. Se acercó al hombre, captando su atención, y meneó la cabeza. Obtuvo por respuesta un gruñido.

—El matayonquis.

—Cervantes —Caco posó la mano en su hombro—, ¿crees que estas son maneras de irrumpir mientras cortamos la baraja?

—A mí no me hagas el lío —bufó el manco—. Quiero al puto asesino.

—Pero si estamos dándole duro al chinchón —explicó Caco—. No hay asesinos en ese juego.

La manga se agitó con levedad en el aire cuando el hombre pegó su nariz rugosa a la barbilla de Caco. Medía un palmo menos, y ese gesto podría haber desatado algunas risas en un escenario distinto. Allí solo se oyó el lamento ahogado de Cayetana.

—No te pases de listo conmigo —le advirtió el manco. Movió la cabeza en un gesto desmañado e indicó a sus dos acompañantes que se acercasen—. A ver si le explicáis a esta gente qué se siente al tener entre nosotros a una rata.

Los aludidos arrastraron los pies por la estancia. Uno de ellos, el más joven, tenía forma de espina. Las venas se le marcaban en el cuello como cuerdas tensas de un contrabajo. Sus ojos, de un color apagado, los subrayaban unas profundas ojeras. Un rasgo que compartía con el hombre que estaba a su lado, menos enjuto pero igual de apático.

—Decidles a estos cuánto tiempo lleváis metiéndoos —indicó el manco.

—Diecisiete años —respondió el más demacrado, solícito.

Su acompañante se limitó a escupir al suelo, la sustancia se

desparramó tras un ruido húmedo. La mirada del manco parecía enloquecida, saltaba de una persona a otra, volvía atrás, a un lado, con imprecisión.

—Coño, Cervantes, que parecemos novatos —replicó Caco, en un intento de rebajar la tensión—. La culpa nunca es del camello. No sé qué ha pasado, pero hablaremos con...

—¡Que no me hagas el lío, hostia! —El manco alzó su única mano y la sostuvo en el aire, amenazante—. Dime cuál de los dos es.

Caco trató de seguir la mirada errática, que había pasado a dar saltos nerviosos entre dos figuras. Samir meneaba con temor la cabeza cada vez que los ojos exaltados se posaban en él.

—¿Quién te manda?

La voz de Tomás pareció coger por sorpresa a todos los presentes. Su tono solemne, convencido, reverberó como una nota discordante. El manco se apartó de Caco y se plantó ante el anciano, aunque esta vez se ahorró el gesto desafiante.

—A ti qué te importa quién me mande, viejo.

—Lo importa todo. Irrumpís aquí a gritos y golpes. Nos pedís algo que no entendemos y que por tanto no os podemos dar. Si las cosas no salen bien, no habrá sido por nuestra culpa. Y eso le interesará saberlo a quien te haya mandado aquí.

El manco apretó los dientes, la cabeza volvió a vacilar sobre sus hombros, un tic aparatoso. Se dio la vuelta para mirar a sus dos acompañantes, que permanecieron inmutables.

—Joder, se supone que veníais para echarme una mano.

El hombre enjuto reprimió a duras penas una risa. Al ver que su compañero no se unía, bajó la mirada y trató de serenarse.

—Hijo de puta —se quejó el manco, y se dirigió al más serio—. Los yonquis sois vosotros. ¿Os da igual que un niñato vaya reventando a drogadictos como a gatos vagabundos?

—Seguimos sin entender de qué hablas —intervino de nuevo Tomás—. No vamos a solucionar ningún problema de esta manera.

—Oye, viejo de mierda, tengo que llevarme de aquí al que enchironaron por matar a golpes a un yonqui. Sé que es uno de esos dos. O me señaláis cuál, o agarramos a ambos por el pescuezo.

A pesar de que la petición del manco no presagiaba nada bueno, supo que tenía que actuar. Los había señalado a Samir y a él. Tenían datos suficientes para saber que uno de los dos era al que debían llevar a rastras ante quienquiera que fuese que hubiese dado la orden.

—Dime primero quién quiere verme.

—Ah, hijo de puta, así que eras tú.

El aliento denso le picó en la nariz cuando el manco se detuvo ante él. Podía escuchar su respiración, un jadeo apagado de ritmo acelerado. Una fina capa de sudor marcaba su labio superior, y un par

de gotas gruesas resbalaban desde su sien.

—Hay que ser muy mierda para matar a trompadas a un drogadicto. —El manco lo escrutó, de arriba abajo, y él no se movió—. Eres un puto niño rico, ¿verdad?

—¿Quién te ha contado eso?

—Calla. —Obedeció, al ver que los acompañantes del manco se acercaban—. No, si fueses un niñito de papá no te habrían enchironado. Así que eres un despojo como todos los demás. Venga, acompáñame.

—¿Adónde?

—A tu casa. Hacemos una paradita para coger el sobrecito que te enviaron y seguimos ruta. Vamos.

La mención al sobre lo cogió desprevenido.

—¿Qué sobre?

—Mira, no me calientes la puta cabeza porque...

—El chico no se va de aquí.

La voz de Tomás volvió a alzarse con la misma solemnidad. El manco soltó un bufido y ladeó la cabeza.

—Oye, abuelo, esto no va contigo. Me estás jodiendo.

—Si alguien necesita hablar con Darío, que venga aquí. Él no ha pedido reunirse con nadie, así que no va a moverse de su sitio. —El manco abrió la boca, pero Tomás no le dejó protestar—. Ya sabes dónde está, lo has comprobado.

—Me han pedido que me lo lleve conmigo —replicó, molesto. No estaba a gusto en la posición en que se encontraba.

—No hay problema, has cumplido con tu parte viniendo hasta aquí y localizando a Darío. Estamos ocupados y, hasta que no terminemos la partida, Darío no se mueve. Si alguien quiere verlo, estará aquí.

El manco soltó un resoplido. Aquella oposición dialéctica, pacífica, parecía intensificar su carácter nervioso. Prefería un enfrentamiento brusco, en el que no tener más remedio que recurrir a la fuerza bruta. Pero quien mostraba resistencia era un anciano de setenta y tantos años.

—El chico esconde algo. Te lo ha contado a ti, ¿eh, viejo?

Tomás no habló, se limitó a negar con la cabeza.

—Le enviaron un mensaje cifrado, y después armó el jaleo ese y lo sacaron fuera. Fue todo un numerito organizado. —El ánimo del manco se encendió a medida que hablaba—. Queremos la carta. La carta y explicaciones. ¿A qué coño estás jugando, chaval? Te vas a venir conmigo. Ya te digo yo que sí.

—Mira, tanto si es cierto como si...

El acento pausado de Tomás se quebró al mismo tiempo que su nariz. Un golpe inesperado, torpe, lleno de rabia. El puño del hombre que había escupido al suelo buscó la carne y dejó que sus nudillos se

hundiesen en ella. El cuerpo de Tomás trastabilló, se tambaleó. Ni Cayetana ni Caco, los primeros en reaccionar, llegaron a tiempo de evitar que el cuerpo del anciano se desplomase de espaldas sobre el azulejo trigueño. El golpe sordo se incrustó en su oído acompañado de un escalofrío.

—¡Darío!

Oyó la voz sin reconocerla, con la mirada clavada todavía en el cuerpo de Tomás, que no se movía. Cayetana, Caco y Susana se habían arremolinado en torno a él y no podía ver si estaba consciente, si sus ojos permanecían abiertos o cerrados, si la sangre salía a borbotones o el crujido había sido más brutal que el propio golpe.

—¡Darío, por aquí!

Tuvo que girarse para asociar ese grito de súplica y apremio con la persona que se encaramaba a la ventana de la cocina y abría los postigos de par en par. Samir había subido a la encimera y despejaba la que parecía ser la única vía para escapar del infierno en que se había convertido la sobremesa de naipes y charla.

Reaccionó cuando unos dedos gruesos le apretaron el brazo. Se encontró con la cara sudada del manco, que tiraba de él con rudeza. Trató de zafarse de su mano, pero el manco apretó los dientes y negó con la cabeza. Vio que sus acompañantes se acercaban por detrás.

Retrajo la cabeza y empujó con todas sus fuerzas. El impulso lo hizo perder el equilibrio y caer sobre el cuerpo del manco. El cabezazo lo había noqueado, a pesar de no haber acertado de lleno en su cara. Su frente se había hundido en el pómulo derecho del hombre. Había sentido el sudor pegarse a su piel, que había resbalado sobre la de su oponente con la potencia del golpe.

Se irguió al sentir que otras manos lo palpaban. Antes de que pudiesen hacer nada, empujó ambos cuerpos y se deshizo de ellos. Corrió en dirección a la encimera, Samir se hizo a un lado y lo ayudó a salir por la ventana. Agarró su mano para descolgarse y aterrizar sobre el jardín desarreglado sin hacerse daño. Vio su cara, en ella se reflejaba el pánico, el temor a que aquello acabase mal. Pero no temía por lo que ocurriese dentro de la casa, sino fuera. Los acompañantes del manco acababan de salir por la puerta a la carrera.

Echó a correr sin rumbo. Saltó la tapia que rodeaba parte del terreno de la casa y sus pies levantaron una fina polvareda sobre el camino principal. Ascendió y dejó varias viviendas atrás. Se topó con un par de uniformes naranjas a los que esquivó, sin tener tiempo de comprobar quiénes eran. Los gritos que se repetían como graznidos a su espalda eran suficiente señal para saberse perseguido.

Atajó por un sendero estrecho que se abría entre dos bloques de casas. La hierba crecía allí sin orden, el terreno era irregular. Pisó mal y un dolor sordo le trepó desde el tobillo hasta el gemelo, pero no

detuvo el paso. Cojeando durante un largo trecho llegó al final del camino y fue a dar a un claro. No había pasado por allí antes: una vasta explanada que separaba la parte trasera de algunas casas y el nacimiento del río. Algo desorientado, se detuvo a coger aire. No separaba la vista del sendero que acababa de recorrer. Por allí no apareció nadie. Los perseguidores se habrían rendido, al menos momentáneamente. Se trataba tan solo de una victoria temporal. Tenía que pensar en lo que debía hacer.

Sus pensamientos se concentraron en una sola pregunta: ¿quién les había dado aquella información? Una sospecha había empezado a abrirse paso en su mente desde el momento en que el manco lo había desnudado ante las pocas personas con quienes tenía confianza. Sabían lo que había hecho, la razón de que fuese uno más entre los reclusos. Había sentido un pinchazo en el pecho al no poder detener esas palabras, al no poder evitar que revelasen el estigma que llevaba tatuado bajo la piel, incrustado en la carne. ¿Alguno de ellos habría hecho caso de las palabras del manco? Matayonquis. Había tenido que escuchar muchas palabras, definiciones e insultos. Una nueva le había alcanzado la piel, un sarpullido más que añadir al muestrario. Sin embargo, no podía centrar toda su atención en eso.

Querían la carta. Alguien estaba al tanto, pero ¿de qué? Habían relacionado el mensaje con su breve salida al exterior, con su encuentro con Yolanda. La habían descubierto, quizás. Después de todo, de las precauciones que ella había asegurado haber tomado, su equipo no había hecho más que dejarla actuar para corroborar sus sospechas. Habrían tomado nota de sus movimientos, probablemente hubiesen ocultado un micrófono en su bolso, en su ropa. ¿Llevaba bolso esa noche la psicóloga? ¿Su maletín de trabajo, tal vez? No podía recordar, no podía ver con claridad. Apenas recordaba la ropa que vestía. ¿Y si en realidad todo había sido un montaje? ¿Y si la realidad era que ella lo había engañado, que todo había sido un truco para hacer creer a un tonto, a un novato, como ella había dicho, que lo habían incluido en la lista como chivo expiatorio para detonar una gran trifulca dentro de la aldea? Eso era lo que le había revelado, a fin de cuentas: el proyecto no trataba de demostrar que los reclusos merecían una segunda oportunidad, no perseguía enseñar al pueblo que los hijos corruptos podían regresar a su seno, restablecidos. Lo que querían era hacerlos saltar por los aires. Que se matasen entre sí para que a ojos de la ciudadanía, de aquellos para quienes alguna vez habían llegado a ser el familiar más divertido en las cenas de Navidad, el amigo confidente en la adolescencia, el de los mejores apuntes en la universidad, la pareja en la primera etapa de independencia, el vecino que siempre saludaba, el samaritano que había adoptado a un perro abandonado, solo pareciesen una cosa. Un tumor que extirpar cuanto

antes.

El ruido de unos pasos apresurados, al galope, lo puso en alerta. El sendero permanecía vacío, pero pronto descubrió que se acercaban a él por el costado de las casas. Habían bordeado el camino. Echó a correr de nuevo, sin mirar atrás. Entre varias encinas que crecían muy juntas distinguió dos monos naranjas que se entrelazaban en un juego extasiado que no se detuvo cuando pasó de largo. El pecho le empezaba a arder, cada jadeo era una brasa que extendía el calor insoportable por todo su cuerpo. Avanzó, a pesar de ello, sin que la cabeza tuviese apenas tiempo de decidir en qué esquina doblar, qué dirección seguir. Saltó otros muros, trotó sobre la maleza de distintos jardines. De la esquina de una casa grande, con una hermosa fachada de piedra, emergió una figura que trató de placarlo. Trastabilló pero consiguió mantenerse firme y siguió corriendo. Solo se giró una vez para comprobar que otro preso más se había unido a la persecución.

Corrió y corrió hasta que distinguió el contorno de la casa que Caco le había indicado la noche en que le había preguntado por ella. No dudó. Ascendió de un salto los escalones del porche y el impulso lo hizo embestir contra la puerta de entrada sin poder frenar a tiempo. La madera emitió un quejido fuerte, profundo. Luego golpeó varias veces con el puño en ella.

Se giró mientras del otro lado nadie parecía responder a sus golpes. Los perseguidores tardaron unos segundos en aparecer. El primero en hacerlo fue el que había agredido a Tomás. Respiraba con dificultad, su gesto se había llenado de crispación. Por detrás de él surgió la silueta alargada, casi cadavérica, de su acompañante, y también la del otro recluso que había tratado de interceptarlo. Unos momentos después, el manco se manifestó con un ojo medio cerrado. Resoplaba con dureza, y aunque al verlo soltó un bufido, dejó que fuesen los demás los que se acercasen a la casa.

Volvió a golpear con insistencia la puerta, sin darle la espalda a los hombres que encaraban la entrada de la vivienda. Valoró las opciones de huida que tenía. No sería sencillo: cada uno de ellos cubría una parte del camino, sortearlos a todos no resultaría fácil. Tendría que emplear la fuerza y esperar que no se le echasen encima al mismo tiempo. No podría con todos a la vez. A cada paso que daban, la certeza se hacía más grande.

Sintió sus uñas enterrarse en la palma de las manos, escarbar en la carne con el ansia devoradora de otras veces. Aquel gesto, o más bien la huella que dejaba, había sido utilizado como prueba en su contra ante el juez. Prueba de que la ira y no el miedo había sido su motivación. Así lo había presentado la acusación. Como si alguien externo a él, a su cuerpo, pudiese interpretar cuáles habían sido los sentimientos que habían cegado su cordura. Como si él mismo pudiese

saberlo con seguridad.

Tensó los músculos y se preparó para arremeter contra el primer cuerpo que se abalanzase sobre él. Pero eso no llegó a ocurrir. La puerta se abrió y el interior estuvo a punto de tragarlo. Se apartó a tiempo de ver cómo un cuerpo salía al porche y se plantaba ante los visitantes no deseados. El manco inició una diatriba que Germán cortó con un gesto seco de cabeza. Solo el hombre del escupitajo, del puñetazo a Tomás, siguió avanzando. La rabia parecía haber agarrado el timón de su juicio, dirigiéndolo hacia cualquier saco humano sobre el que poder descargar la furia acumulada. Germán esquivó el impacto y agarró por el cuello al hombre. Antes de que nadie pudiera especular con lo que ocurriría a continuación, la cabeza se estampó contra la viga del porche. Un estallido, luego el cuerpo se desplomó sobre las escaleras y dibujó un escorzo extraño. Tuvo que apartar la vista.

Sintió la mano de Germán aferrarlo del brazo con la misma fiereza, pero no tuvo tiempo de reaccionar en proporción al gesto. Se dejó arrastrar al interior de la casa, el suelo tembló al cerrarse la puerta.

Era una construcción de un solo piso, de espacios más amplios que la que habitaba. El propio salón ejercía de recibidor y conectaba a la derecha con una cocina que una puerta entornada apenas dejaba adivinar. El final de la estancia se prolongaba en un pasillo que parecía conducir a los dormitorios, pero no tuvo ocasión de fijarse en muchos más detalles. Los ojos de Germán lo escrutaban con una cólera que escocía.

—Me estaban persiguiendo...

—Nadie te ha preguntado.

Germán se había plantado frente a él, lo había dejado con la puerta a sus espaldas. Se sentía acorralado: una manada de hienas aguardaba afuera por si el león, por alguna extraña razón, decidía lanzarles una parte de la presa despiezada. Se oyeron ruidos en el porche durante el silencio prolongado que invadió el interior de la casa. Fue incapaz de sostenerle la mirada, y bajó la vista mientras escuchaba cómo afuera alzaban el cuerpo del hombre y se lo llevaban de allí entre resoplidos y tímidas quejas.

Fueron minutos, no supo si muchos o pocos. El cuerpo de Germán seguía tenso, en posición de ataque. No se atrevía a abrir la boca, a mover un músculo, por si aquello resultaba ser suficiente provocación. Se sentía vulnerable ante aquella figura que parecía retarlo. No sabía qué era lo que debía hacer, si debía hacer algo.

—Lo siento. —No hubo ninguna reacción—. Siento haber venido hasta aquí.

Era su mirada lo que más miedo le daba. La hostilidad acumulada que amenazaba con desbordar las cuencas, con reventar sus pupilas.

Lo había metido en la casa por instinto, pero no de protección. Se había atrevido a allanar su terreno y debía afrontar las consecuencias.

—Odio a la gente que atrae problemas.

La frase resbaló como un escupitajo por entre sus labios. Durante un momento pensó que se refería a los hombres que acababan de abandonar su porche, aquellos que de manera violenta habían irrumpido en casa de Susana y Samir para convertir en infierno una tarde apacible. Pero su mirada le daba la respuesta correcta. Se refería a él.

—Fueron ellos los que…

—Siempre estás escapando. —El tono era todavía implacable, dio un paso adelante que le hizo retroceder otro a él, hacia la puerta—. Siempre hay alguien persiguiéndote.

Tuvo la seguridad de que no debía replicar, por injustas que le pareciesen esas acusaciones. Injustas, pero quizás no desacertadas. Se preparó para esquivar un posible embiste, un golpe que lo reventase como al hombre del porche, una cuchillada como la que había atravesado la carne de Tebras. Estaba solo frente a Germán. Había corrido hasta su casa aferrándose a la posibilidad de encontrar en ella algún tipo de ayuda. Pero no lo había pensado bien. Se había metido en la boca del lobo, él solo. Atraía problemas. Siempre había alguien que lo perseguía. Era cierto.

—Te pido perdón.

—No vuelvas a acercarte a mí. —Dos pasos más, pudo ver las venas que se marcaban en sus brazos nervudos—. No te salvé a ti en la iglesia. Me salvé a mí.

—Ojalá no hubieses aparecido.

Germán fue más rápido. Los dedos se cerraron en torno a su cuello como pequeños tentáculos. Sintió la obstrucción al momento, y aunque trató de zafarse, no pudo. Una fuerza violenta, exagerada, lo empujó contra la puerta de entrada. Germán lo retuvo sin aflojar la presión. Podía ver sus ojos demasiado cerca, sentir su aliento. Tenía miedo, aunque al mismo tiempo en su piel empezaba a despertarse el picor de la rabia.

—Fui porque el desgraciado de la cruz no habría resistido. Y si uno muere, lo pagamos todos.

—A ti no te importa matar, ni que mueran —replicó, con la voz ahogada. Su mirada empezaba a volverse vidriosa, trataba de coger aire a bocanadas forzadas.

Los dedos se hundieron un poco más en su cuello, por su boca se deslizó un resuello agudo. Se movió a impulsos, pero el cuerpo de Germán lo obstruía. Tanteó con desesperación a sus espaldas, en busca de algo que sabía que no encontraría. No tenía nada a lo que aferrarse, nada que pudiera utilizar para evitar morir asfixiado.

—Le clavaste el cuchillo con la intención de matarlo… —insistió, algunas palabras apenas llegaron a escucharse. La garganta le escocía, empezaba a sentir los pulmones como una masa de aire abrasadora—. Tú también eres un asesino…

—¡Cierra la boca!

Germán lo estampó contra la madera. Un escalofrío de dolor le recorrió la espalda, pero pudo aprovechar para aspirar aire. Tosió y una serie de espasmos hizo que Germán aflojase un poco la presión. Sabía que tenía que callarse, permitir que la furia se apagase para que lo dejase ir. Pero ya no podía más. Era demasiada carga, no estaba capacitado para soportarlo todo solo.

En cuanto recobró la respiración, empezó a soltarlo todo. Le dio igual la amenaza de Germán, su amago de volver a someterlo hasta que el aire dejase de llegar a sus pulmones. No se detuvo. Se lo contó todo, de manera atropellada, como si estuviese vomitando. Mencionó la carta, el mensaje de Yolanda, la artimaña para poder reunirse con ella, lo que ella le había planteado. Recitó las sospechas de la psicóloga, las investigaciones que estaba llevando a cabo. Se guardó un único dato por temor a hacerlo saltar todo por los aires, por el puro convencimiento de que aquella información sería su sentencia de muerte; un exceso de honestidad que barrería lo que parecía haber conseguido: captar la atención de Germán. Había terminado por escuchar su relato, la mano todavía aferrada a su cuello, ya sin la fuerza incontenible dominándola.

—Parece una locura, pero no miento —se apresuró a decir, al terminar—. No me he inventado nada.

Germán apartó la mano, pero no le franqueó el paso. Seguía acorralado entre su cuerpo y la puerta, concentrado en volver a respirar con normalidad aunque sin perder de vista el más mínimo movimiento de quien tenía enfrente. Lo escrutaba de una manera hostil, lo que mantenía a raya la esperanza de haberlo convencido con sus palabras. No sabía todavía de qué manera podría ayudarle Germán en una situación así, pero sin duda sería preferible a tenerlo en contra.

—Vete.

—Prometo que todo es cierto. Cuando Yolanda venga a…

—Largo de aquí.

La voz volvió a encenderse en la segunda orden. No se lo pensó dos veces, se escurrió lo suficiente para poder abrir la puerta, que chirrió a modo de despedida. El aire caliente se coló en el interior de la estancia. Al pisar el porche lo primero que vio fueron restos de sangre esparcida sobre los listones avejentados, pinceladas oscuras de un lienzo por terminar. Se estremeció al recordar el ruido de la cabeza al impactar contra la viga, y descendió los peldaños sin mirar atrás. No le hizo falta para sentir su presencia tras él. Su figura vigilante,

esperando a verlo desaparecer de una vez por todas. Germán quería asegurarse de que se iría con los problemas que arrastraba a otra parte. Pero decidió volverse. Dedicarle una última mirada. Tan solo quería hacerle saber que era cierto. Que aquella aldea no era más que una trampa, un cepo gigantesco en el que como animalillos dóciles e ingenuos habían metido sus patas.

Sin embargo, esta vez no se topó con la frialdad y el rechazo en los ojos de Germán. Su vista iba más allá, lo pasaba de largo, como si su presencia perteneciese ya a un capítulo olvidado. Lo que le hizo estremecerse fue reparar en sus manos, convertidas en dos puños que tiritaban. Ese gesto que tanto odiaba advertir en sí mismo. El de la impotencia y la rabia conchabadas para dominar su mente y su cuerpo.

Se giró para seguir la ruta que marcaba la mirada de Germán. Quiso sentir la misma pulsión que lo recorría a él, inmóvil en su porche, pero ganó el pánico. Aquello nunca terminaría. Había entrado en un bucle del que no podría salir. Atraía problemas. O quizá, al fin, cumplía la condena que merecía. La cárcel solo había sido el preámbulo.

El cuerpo le tembló cuando cruzaron las miradas. No le tranquilizó su andar pausado, sus gestos comedidos, los factores que indicaban su estado de debilidad. Sus ojos negros lo absorbían todo, no dejaban espacio para nada más. Se palpó en un gesto inconsciente el bolsillo del uniforme, vacío. Luego el frío le atravesó el pecho como una flecha de hielo. Era la primera vez que veía sonreír a Tebras. Y a pesar de la distancia que los separaba, de su gesto demacrado, supo que lo que tratase de hacer Yolanda llegaría demasiado tarde.

Día 47

Se despertó con el delicado tintineo de los cubiertos en la cocina. A pesar de que la puerta que separaba la pequeña sala de estar de esa estancia estaba entornada, cada mañana podía oír a Tomás coger con delicadeza el plato, el tenedor y el cuchillo con que momentos después prepararía de manera meticulosa sus tostadas. Era la quinta noche que pasaba sobre aquel sofá de escay, ajado por los años, uno de los pocos muebles originales de aquella vivienda que habían sobrevivido a la rehabilitación. Le resultaba incómodo pasar tantas horas sobre él, tumbado en mitad de la oscuridad. Rechinaba con cualquier movimiento leve, y la posibilidad de despertar a Tomás o a Camila lo hacía contenerse en la misma posición hasta que los músculos se le agarrotaban.

Había insistido en que no era necesario, pero de poco había servido. Tras el enfrentamiento en casa de Susana y Samir, los compañeros presentes habían decidido por él que debía dormir en el hogar de alguno de ellos. Habían resuelto que la casa de Tomás era la ideal, y aquella elección no tenía otra base que la de que él no pudiera negarse. Por su culpa, aunque ninguno lo había señalado así, al anciano que había salido en su defensa había que hacerle las curas en el ojo hinchado y la nariz fracturada. Y quién mejor que él para ocuparse de ello. Había tenido suerte; de vez en cuando lo asaltaba todavía la imagen del hombre pálido golpeando con bestialidad la cara de Tomás, el cuerpo del cándido anciano desplomándose como un peso muerto. Tampoco había dejado de recrear el ruido que había llenado el aire cuando la cabeza de ese mismo agresor impactó en la viga del porche de Germán, poco después. Aunque ese era un recuerdo que no se afanaba en olvidar.

La irrupción violenta del manco y su séquito no había sido el verdadero detonante por el que sus compañeros insistieron en que abandonase su casa. Tras el encuentro con Germán, había regresado a ella para toparse con todo revuelto. Una inspección ansiosa y nada meticulosa había puesto patas arriba casi todas las estancias de la vivienda. El propio Cristóbal, responsable de hacer correr el rumor de que había recibido un mensaje cifrado, se había quejado por cómo lo habían dejado todo. Pero, en cierto modo, la fortuna le había sonreído.

No habían dado con el sobre, oculto entre las páginas de una de las novelas que había leído. A pesar de que habían echado las estanterías abajo, los registradores (no supo quiénes habían sido, ni cuántos) no tuvieron la paciencia necesaria para repasar uno por uno los libros desperdigados. Pronto su atención había cambiado de dirección. En su dormitorio habían encontrado algo, para ellos, más valioso.

Cuando descubrió que se habían llevado la droga que todavía le quedaba por repartir, no dudó en acudir a Arteta, que a su vez informó a Crespo. Aunque el primero no dudó en señalar lo poco provechoso que sería mantenerlo como camello, el segundo no pareció plantearse que pudiese tener la menor parte de culpa. Media hora más tarde sus hombres sabían quiénes habían perpetrado el violento registro y, por tanto, cogido la mercancía. Dos horas después, esta volvía a estar en manos de Crespo, mientras tres o cuatro reclusos eran atendidos en las inmediaciones de la aldea, dentro de la unidad móvil equipada para ello.

Crespo le pidió explicaciones, quiso saber por qué la habían tomado con él. Le detalló lo ocurrido durante la sobremesa de naipes, la irrupción inesperada del manco y los otros dos, pero mantuvo en todo momento una fachada de ignorancia. No había compartido la verdad con nadie más que con Germán. No sabía con quién podía hacerlo. Poner a alguien como Crespo al tanto le pareció una idea terrorífica, así que se aferró al mismo papel de ingenuo que había moldeado en los días anteriores. Había recibido una carta de su madre, pero su compañero de vivienda, Cristóbal, se había empeñado en hacer correr el rumor de que contenía un mensaje cifrado relacionado con su posterior tentativa de suicidio. Contar la historia de manera atropellada ayudaba a que nadie lo tomase muy en serio. Así pasó también con Crespo, quien dedujo que su compañero le tenía tirria y trataba de hacerle la vida imposible. Le aseguró que no volvería a causarle problemas, y aunque aquellas palabras sonaban peligrosas en boca de una mente tan inestable e imprevisible, no pudo reprimir un amago de satisfacción al saber que Cristóbal terminaría pagando por haberlo vendido.

Sin embargo, a pesar de que Arteta se mostró disconforme e incluso llegó a resultar demasiado insistente, Crespo le devolvió varios de los minúsculos sacos de plástico blanquecino y le hizo jurar que no tardaría más de veinticuatro horas en colocarlos todos. No habría sido capaz de lograrlo de no ser por Caco, que de nuevo había asumido el riesgo de echarle una mano. De esa manera, Crespo parecía haber dado por subsanado el problema. Le había demostrado que seguía siendo la persona adecuada para obedecer sus órdenes.

Se irguió del sofá y al instante sintió un calambre que le recorrió entero el brazo izquierdo, sobre el cual se había quedado dormido las

dos escasas horas que había podido pegar ojo. Trató de desperezarse mientras se acercaba a la cocina. La casa seguía bañada por una capa grisácea, Tomás tenía costumbre de levantarse a desayunar antes de que amaneciese. Los primeros días se había sentido como la vez en que había cogido un vuelo de madrugada para hacer un viaje familiar: sus padres y su hermana reflejaban la perfecta mezcla entre el nerviosismo de una aventura inminente y el aturdimiento propio de ponerse en marcha cuando todavía quedan horas para que asome el sol.

Con ese ataque de nostalgia neutralizado, se adentró en la cocina y dio los buenos días a Tomás con un murmullo. Camila solía levantarse más tarde, y aunque la respiración profunda que llegaba desde su dormitorio era un fiel indicador de su sueño intenso, no quería interrumpir el descanso de quien lo acogía sin objeciones.

—Estamos a punto de quedarnos sin café —observó Tomás, después de corresponder a su saludo—. Si sabes de alguien a quien le sobre, es hora de negociar.

El anciano le pasó un par de rebanadas de pan que había tostado para él junto con un tomate y un cuchillo. Cogió los cubiertos necesarios, se sirvió un vaso de agua y tomó asiento junto a su anfitrión.

—He pensado que podríamos trasladar el colchón de tu casa a esta —comentó—. Veo improbable que descanses a gusto en esa loncha pegajosa.

—Está bien así, es suficiente —mintió.

—Si vas a quedarte aquí, y todo parece indicar que sí, ¿por qué no hacerlo en las mejores condiciones?

Se encogió de hombros, dándole la razón. Tenía la llave de la casa, y había vuelto a ella en un par de ocasiones para coger su comida y las pocas pertenencias que acumulaba. Había dejado allí la carta, que permanecía oculta, obediente, entre las páginas que la resguardaban. Ninguna de las veces había tenido que hacer frente a Cristóbal, a pesar de que en una de ellas la puerta de su cuarto estaba cerrada, lo que indicaba que él estaba dentro.

—¿Cómo va ese ojo?

—Debes de estar haciendo un trabajo notable. Apenas me duele.

Sabía que el anciano mentía; la piel brillaba amoratada hasta amarillear en sus contornos. A pesar de que la hinchazón había desaparecido casi por completo, serían necesarios unos cuantos días más de crema y cuidados hasta que ojo y nariz recobrasen un aspecto saludable.

—¿Tienes todo en orden?

Miró a Tomás a los ojos para determinar a qué se refería. El anciano, sin embargo, seguía con la mirada concentrada en la tostada

que untaba con pulcritud, como el alumno poco diestro pero aplicado de un taller de manualidades. Las manos le temblaban ligeramente cuando no tenían un punto de apoyo.

—Sí.

—No pretendo juzgar lo que haces, no me malinterpretes. Me preocupan las consecuencias que eso te pueda traer, nada más.

—Esta tarde tengo que visitar a Crespo, me dará algo nuevo para repartir. —Le avergonzaba tener que admitir lo que hacía ante Tomás, pero no quería ocultarle más cosas—. Caco todavía insiste en ayudarme.

—Caco es la insistencia personificada, poco se puede hacer con él en ese aspecto. ¿Tienes miedo de que puedan delatarlo?

—Se lleva bien con todo el mundo, no da problemas a nadie.

—Parece que nuestro amigo tiene todo en orden, entonces. ¿Seguro que tú también? —insistió Tomás.

Esta vez sí le dedicó su mirada. Varias arrugas se ramificaban en torno a sus ojos cuando sonreía; le calmaba ver la expresión del anciano, a quien no parecía atribular nada.

—Nada que temer. No son tareas peligrosas. Quien compra sabe que detrás está Crespo, no les interesa demasiado complicarme el trabajo.

—¿Qué hay del otro?

El otro era Tebras. Tomás evitaba referirse a él por su apodo, como si no fuese digno de merecer uno. Su regreso había cogido por sorpresa a todos en la aldea; a fin de cuentas, nadie sabía muy bien cuál era el protocolo a seguir en aquellos casos. Algunos habían llegado a asegurar que si un interno resultaba herido de gravedad y debía ser atendido en un hospital, ya no tendría oportunidad de regresar a la aldea. Tebras había echado esa teoría por tierra.

Su reaparición había llegado acompañada de un aire de inquietud. Afloraban multitud de preguntas, la gente estaba ansiosa por saber si volvería a hacerse con el liderazgo, si habría represalias contra quien lo había apuñalado, o si crecería la tensión entre su bando y el de Crespo. Lo que ocurriese afectaría a todos, y a Tebras no le había sido necesario mucho tiempo para demostrar que no entendía de límites. Aun así, era él quien había terminado herido, postrado ante otros que parecían haber enviado un claro mensaje de desafío. Eran demasiadas las posibilidades que se abrían con él de nuevo en la aldea, y la desconfianza los había contagiado a todos. Sin embargo, no había ocurrido nada en esos primeros días.

Había tenido miedo de encontrarse con alguno de sus secuaces al regresar del granero, de la huerta, del río. Los dedos se le contraían en un puño en cada esquina que doblaba, a la espera de toparse con varios cuerpos cerrándole el paso. La piel se le erizaba en la nuca cada

vez que sentía pasos a su espalda, o ante cualquier mínimo ruido imprevisto. Pero, si Tebras consideraba que entre ellos quedaban cuentas que saldar, todavía no había llegado el momento de hacerlo.

—Parece haberse olvidado de mí —contestó, tratando de sonar despreocupado—. Ya no levanto tantas pasiones.

—No quiero que vivas con miedo, pero sí con cautela. Aunque tú no le hiciste nada, estabas presente cuando lo humillaron. Personas como él son enfermos obsesivos: megalómanos que han perdido pie, que creen que todo y todos les pertenecemos. Si algo se sale de sus previsiones o de sus demandas, entran en barrena. Me duele que gente así haya pasado la selección para esta convivencia.

Apuró la tostada para no tener que replicar. Al igual que Tebras, él no debería estar allí. Eso era algo que tenían en común, que lo unía a su verdugo. Yolanda le había revelado esa horrible realidad. Tosió al atragantarse con una miga que le raspó la garganta. Vació el vaso de agua para calmar el escozor.

—Quizás formaba parte de la prueba —se aventuró a decir. Quería ser sincero con Tomás, una de las pocas personas en quien realmente confiaba, pero podía más el miedo a comprometer su seguridad si lo hacía—. Estamos aquí para demostrar que nadie merece sufrir las condenas que proponen aprobar.

—¿Tú crees? Yo me inclino por pensar que estamos aquí por nuestros errores —contestó Tomás, y su sonrisa perdió parte de su brillo—. Es algo inherente a nuestra raza, después de todo. No somos capaces de no equivocarnos.

—También podemos estar aquí por los errores de otros.

Tomás lo miró en silencio, su sonrisa se recompuso.

—Eso parece dar alas a mi argumento. Me gustaría pensar que estamos aquí, más bien, para aprender. Así como todos podemos equivocarnos, todos podemos corregirnos. Con la diferencia de que corregirse es una elección, mientras que equivocarse no. Nadie dice: «Voy a hacer esto para equivocarme». Lo hace sin saber realmente que eso será un error.

—¿De verdad crees que aquí hay gente que no sabía lo que hacía? ¿Que no era consciente de cometer un robo, de pegar una paliza, de quitar una vida? Convivimos con personas que incluso estarían dispuestas a volver a hacerlo.

—¿Qué me dices de ti?

La pregunta le pareció un ataque directo. El tono y el semblante de Tomás no habían mudado de apariencia, lo que le hacía sentirse más inquieto por haber concebido sus palabras como una ofensa.

—No te lo tomes a mal, hijo —se adelantó el anciano—. ¿Sabes cuál es nuestro principal problema? Que somos seres extremadamente lógicos, y la realidad hace lo que quiere con nosotros. Todo lo que

escapa a nuestra lógica nos resulta inaccesible, y eso nos desquicia. Pero las cosas ocurren igual, las entendamos o no.

Tomás dejó los cubiertos sobre el plato, las manos sufrieron varias sacudidas hasta que encontraron soporte en la mesa. Bebió un trago del café que debía estar tibio a esas alturas. Esperó a que el viejo hombre retomase el diálogo.

—No podemos entender que un padre mate a sus niños, que una hija estafe a su propia madre, que un adolescente acose hasta la muerte a otro chico… Son cosas que ocurren a diario, a pesar de que nuestra lógica parezca resistirse a entenderlas o a aceptarlas. Ocurren en la realidad, mientras nuestra lógica parece quedarse fuera de ella en muchas ocasiones.

—¿Quieres decir… que deberíamos limitarnos a aceptar que somos así? ¿Que todo eso lo hacemos por naturaleza?

—Desde luego que lo hacemos por naturaleza, pero no creo que debamos aceptar nunca que somos así, sin más. Si lo hacemos, habremos fracasado de verdad. Vivir, querer vivir, consiste en tratar de conseguir que la próxima generación sea un poco mejor que la anterior.

—¿Y encerrar a un grupo de criminales en un pueblo abandonado para comprobar si se matan o no entre ellos es un buen indicador?

—¿Qué dirías tú? Eres parte participante.

—No he tenido otra opción.

—Claro que sí, la de no haberte presentado voluntario. Dime, ¿qué te llevó a firmar la solicitud?

—La oportunidad de salir de la cárcel cuanto antes, y la posibilidad de vivir al aire libre y no entre rejas. Sinceramente, no pensé en demostrar que el mundo es mejor o peor viniendo aquí. Sé que es egoísta.

—Pero no hablamos de egoísmos. Queríamos determinar si este proyecto, esta oportunidad como tú la has llamado, nos puede conducir hacia un futuro mejor.

—No.

Estuvo tentado de soltarlo, de reproducir una por una las palabras lacerantes de Yolanda. Aquello no era una oportunidad, ya no. Al menos para él. No estaba en juego ni su libertad, ni su dignidad, ni nada que pudiera hacerle imaginar un futuro que mejorase su presente. Pero no abrió la boca. No dejó que la rabia ensuciase aquella cocina que empezaban a bañar las primeras luces del amanecer. Tomás pareció leer algo en su rostro.

—Teniendo a Caco como amigo, sabrás qué actos me llevaron a la cárcel —alegó el anciano—. Pero de lo que no ha podido hablarte es de las implicaciones que tiene para mí llevar más de quince años preso.

Sabía que la detención de Tomás había tenido que ver con malversación de fondos y distintos tipos de fraude económico. En efecto, Caco había sido quien le había contado que Tomás presidía una empresa que durante años había operado de manera ilegal. No le había dado muchos más detalles, quizás porque no los tenía, quizás porque su compañero no había pretendido más que hacer una semblanza y pasar a enumerarle los cargos de otros reclusos de la aldea.

Por eso escuchó en silencio, sin moverse de la mesa, todo lo que el anciano quiso contarle. No se movió un centímetro por miedo a interrumpir su relato; ni siquiera se levantó para rellenar el vaso en el fregadero y refrescar la boca seca. Tomás explicó de un modo casi aséptico sus primeros pasos como empresario, el ascenso acelerado al asociarse con otros compañeros competentes y más duchos en el terreno, la tensión ante los primeros engaños, la adrenalina de salir indemne, la codicia de querer más, el furor de sentirse intocable. Su tono moduló cuando la confesión pasó de exponer las argucias llevadas a cabo a afrontar las consecuencias de las mismas.

Habló primero de su familia. De lo fácil que había resultado, al principio, mantenerlos al margen. Sus hijos eran ya mayores de edad cuando había decidido renunciar a la transparencia y a la legalidad, pero ninguno de ellos había intuido la verdad tras la evolución prodigiosa de los viajes familiares, los obsequios de papá o la mudanza a otra zona residencial. Su mujer sí había llegado a mostrarse recelosa ante lo que él calificó como un desliz. Unos documentos que había dejado a la vista y que evidenciaban la realidad de sus acciones. Como si aquel acto azaroso, el de su mujer llevándole al despacho esos papeles y fijándose en algunos datos que no cuadraban, hubiese descorchado la botella paciente e inclemente de la ruina.

Pero la voz de Tomás no se quebró por primera vez al referirse al apoyo incondicional que su mujer y sus hijos le habían mostrado desde que el castillo de naipes se deshizo en un soplo de aire. Su compostura no vaciló al referir la vergüenza que le supuso aceptar sus visitas en la cárcel, sus miradas de cariño y añoranza al otro lado de la mesa. Lo hizo al explicar por qué llevaba tantos años fuera de casa, lejos de su familia, aislado de todo lo que una vez había conocido o tenido. Su ascenso económico se había labrado a costa del descenso de otros. Para ganar más dinero, otros habían tenido que perderlo. Familias que se vieron endeudadas o arruinadas sin poder explicarse qué habían hecho mal. Y entre esas familias, entre sus miembros destrozados, había habido muertos. Padres que habían renunciado a la vida en la que no podían sostener a los suyos, darles un techo, protegerlos del frío, del hambre. No podía salir de la cárcel porque

debía pagar por esos errores. Enriquecerse de manera irregular era una marca que podía llevar consigo. Haber dejado niños huérfanos, familias rotas, era una carga que apenas le dejaba moverse del sitio.

No supo qué decir cuando Tomás bajó la mirada. Vio reflejadas en ese gesto la vergüenza y la culpa que lo habían apartado de lo que había sido su vida. Vergüenza y culpa lo habían convertido en un hombre sin futuro, sin más presente que el de cumplir penitencia. Un hombre sabio, educado, tranquilo era lo que veía. Ahora sabía que tras esa fachada se escondían cuerpos inertes, niños con un porvenir fracturado en cientos de pedazos, vidas que quizás nunca lograsen recomponerse. Un terremoto las había zarandeado con una violencia implacable, despojándolas de todo aquello que habían creado, por lo que se habían esforzado.

Se aclaró la garganta, sintió el aire rasparle el velo del paladar. Necesitaba un vaso de agua, pero también decir algo. Consolar de alguna manera a Tomás, por más que supiese que, desde que había ingresado en la cárcel, para Tomás no existían palabras de consuelo. Un ruido a sus espaldas le hizo girarse en la silla.

—Tenéis una manía muy fea de madrugar.

Camila les dedicó una sonrisa, la expresión todavía soñolienta. Avanzó por la cocina con pasos suaves y tranquilos que evidenciaban su lento despertar. El sueño le hinchaba los ojos, pero su rostro no perdía su belleza natural. Dio un sonoro bostezo mientras agitaba la cafetera.

—¿En serio? ¿Estamos sin café?

—Se lo comentaba a Darío —respondió Tomás. Su voz había recuperado su mesura habitual—. Nos va a tocar ponernos el traje de negociadores.

—Dejadlo en mis manos. —Camila hizo un gesto para restar importancia, se sirvió en un vaso el poco líquido que quedaba en el recipiente. Se acercó a la mesa y se dejó caer sobre una de las sillas libres—. ¿Qué tal ha dormido nuestro invitado favorito?

—Bien, gracias. Tomás ha pensado que quizás debería ir a por mi colchón. El sofá hace un poco de ruido y…

—Pues claro. El colchón es tuyo. Y aquella casa también, ojo. Pero deberías mudarte oficialmente aquí.

Agradeció el apoyo de Camila con un gesto de cabeza.

—Por cierto, ¿te importaría cubrirme esta mañana en el gallinero?

Era la segunda vez que Camila se lo pedía. Aunque no le entusiasmaban las labores, aceptaba con gusto; se sentía en deuda por su acogida y por el trato que le daban. No preguntaba por los motivos de su ausencia en las tareas, tampoco le preocupaban demasiado; Camila había demostrado ser una persona muy capaz de valerse por sí misma. En alguna ocasión la había descubierto en compañía de

reclusos que no tenían buena fama, pero nunca se había visto envuelta en ningún lío. Parecía contar con la protección de Vito, el preso moreno y robusto que solía hacerle compañía. Quizás entre ambos hubiese algo más que mera camaradería, aunque nadie sabía nada. Ni siquiera Caco.

Salieron los tres juntos de la casa y, como de costumbre, recogieron a Susana y a Samir de camino al recuento. En la entrada de la aldea se unieron a Caco y a Cayetana, que en los últimos días llegaban juntos a la convocatoria matinal. El desfile de uniformes transcurrió con la agilidad a la que ya se habían habituado pero, cuando los agentes se dirigían al portal, se armó un pequeño revuelo.

Algunos presos le habían hecho entrega a uno de los funcionarios de una lista de peticiones que debían trasladar al juez de vigilancia. Caco les había comentado algo al respecto un par de tardes antes, en el lavadero. Al parecer, un grupo bastante amplio había resuelto que el comportamiento general merecía algún tipo de recompensa. Llevaban recluidos la mitad del tiempo que se les había obligado a cumplir, y consideraban que la buena disposición mostrada por la mayoría debía ser premiada de alguna manera. Aunque en un primer momento se había valorado que todos los reclusos pudiesen firmar la petición y mostrar su acuerdo, para que la iniciativa cobrase más fuerza, se descartó cuando algunas voces que se habían sumado al grupo inicial pidieron incluir sus propias propuestas. Los egos habían estado a punto de echar por tierra la idea.

Varios agentes se encararon a cuatro o cinco reclusos que por medio de aspavientos y voces parecían reprocharles algo. Pronto se acercaron unos cuantos monos naranjas más, y la tensión se hizo evidente. Las porras se alzaron en el aire, una amenaza silenciosa que hizo retroceder solo a algunos de los presos. Un par de ellos continuaron increpando al cuerpo de seguridad, que retrasaba la decisión de cargar.

Los altavoces emitieron un leve y agudo zumbido, seguido de un chasquido seco. A continuación, por primera vez en varios días, se volvió a oír la voz del juez Villanueva.

—Quiero calma ahí abajo. —No parecía estar contento con lo que veía desde la torre de vigilancia, hasta el punto de ahorrarse el saludo cargado de sorna con que acostumbraba abrir sus intervenciones—. Se me escucha bien, ¿verdad? No veo necesidad de repetir que quiero calma ahí abajo. Ya.

Algunos reclusos trataron de apaciguar los ánimos de aquellos que todavía continuaban con reproches e insultos, amenazando con recortar el espacio que los separaba de una descarga de porrazos.

El funcionario que había recibido el listado agitó el papel en su mano hacia la torre. Hubo unos instantes de silencio, luego el juez

Villanueva retomó la palabra.

—Sabéis que existe un protocolo para hacer cualquier tipo de requerimiento. Sea lo que sea, lo valoraremos. Siempre y cuando dejéis de dar por culo ahora mismo. ¿Ha quedado claro?

Los presos parecieron darse por satisfechos con aquella promesa. Se oyeron algunos aplausos y vítores desperdigados por el terreno. Los agentes formaron y se dirigieron al portón, por el que desaparecieron instantes después.

—Bien, ahora que cada uno está en el lugar que le corresponde, dejadme deciros algo. Es la última vez que montáis un numerito, así, porque os sale de las pelotas. No estáis en posición de exigir nada. Es más, me van a traer ese papelito y contemplo varias opciones: liarme un cigarrillo con él, dárselo a mis hijos pequeños para que se rían un poco o metéroslo por el culo a alguno de vosotros. ¿Cuál os atrae más?

Los vítores dejaron paso a las protestas. Hubo murmullos de estupefacción, era la primera vez que el juez se dirigía a todos con esa soberbia.

—¿Qué mosca le ha picado a este capullo? —se quejó Cayetana.

—Llevaba conteniéndose demasiado tiempo —replicó Caco—. Ahora que ha demostrado ser un juez de vigilancia normal, me quedo más tranquilo.

Algunos presos registraron el terreno en busca de piedras que pudiesen arrojar contra la torre, pero a pesar de que muchas superaron la muralla, ninguna alcanzó su objetivo. Nadie tenía la fuerza suficiente para salvar una distancia que impedía contratiempos de ese tipo.

—Dejad de comportaros como críos —bramó la voz, y esta batió en los amplificadores—. Cualquiera que sea la estupidez que hayáis escrito en ese folio, se tomará en consideración. Para bien o para mal. Ahora, el trabajo os espera. Si es que queréis seguir comiendo. Buen día.

Pasó parte de la mañana en la iglesia, aunque se quedó en la cuadrilla que se ocupaba de las tareas exteriores. Cada vez que oía una voz o una carcajada filtrarse desde el interior a través de los vitrales rotos le recorría la espalda un escalofrío. Se concentraba en restregar con fuerza la piedra enmohecida, en arrancar el musgo que revestía la piel del templo.

Cayetana le hizo compañía. Últimamente hablaban menos, a pesar de que se veían con la misma frecuencia. Se había dado cuenta de que la interacción entre ambos no era la misma. Sus intervenciones coincidían menos durante las tardes en el lavadero, los intercambios eran cada vez menos frecuentes. No había sido consciente de ello, hasta que reparó en lo mucho que se esforzaba Caco por estar junto a ella. La relación entre sus dos compañeros se había estrechado,

aunque el *modus operandi* era el mismo. Caco se esforzaba en captar su atención, ella lo dejaba hacer. Se alegraba de verlos juntos, quería creer que su compañero le ofrecería una protección y una compañía que Cayetana quizás pudiese necesitar.

—¿Qué tal con Tomás y Camila?

—Son muy amables.

—No íbamos a dejarte en manos de cualquiera. —Cayetana sonrió, le devolvió el gesto—. Sigo pensando que deberíamos comunicar el cambio a la dirección. No tiene nada de malo que estén al corriente de lo que pasa aquí dentro. Por más que les encante desentenderse.

—Las cosas están tranquilas —objetó—. No hay necesidad de complicarse.

—Te han echado de la casa que te habían asignado. Y no me vengas con el cuento de que te has ido tú.

—Estoy más a gusto así.

Cayetana dejó escapar un suspiro, agitó los hombros en señal de rendición. Los cepillos de ambos hacían saltar rizos de musgo. Le gustaba ver cómo la piedra quedaba poco a poco al desnudo, como si llevase escondida del sol o la lluvia demasiado tiempo.

—¿Tú cómo estás?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—¿Eh? A nada en particular, supongo. Tú te has preocupado por mí.

—Pero yo me preocupo por ti de verdad, no por compromiso. —Cayetana le dirigió una mirada de reproche, y acto seguido se echó a reír—. Estoy de broma. Me ha gustado la cara que has puesto, no te lo niego.

Descansaron un rato los brazos. Cayetana respondió a su pregunta, asegurando que no tenía mucho de lo que quejarse. Se sentía un poco cansada en los últimos días, pero lo achacaba a que su cohabitante había cogido por costumbre celebrar timbas en casa varias noches por semana. Aquello no parecía molestarle en exceso, sin embargo; aseguraba que, siendo benevolente con él, no podría quejarse cuando ella decidiese abusar de la confianza y ejercer de reina de la casa. Le preguntó por Caco, pero a ella le pareció conveniente retomar la actividad en ese mismo instante. No insistió.

Abandonó las tareas de limpieza un rato antes que el resto del grupo para acercarse hasta el gallinero. A la cuadrilla en la que trabajaba Camila no le importaba demasiado quién aparecía o no para arrimar el hombro, siempre y cuando no faltasen hombros. Tuvo que soportar un par de reproches, pero se repitió el mismo patrón de la vez anterior en que la había cubierto. Le asignaron unas funciones que lo mantendrían ocupado aun cuando los demás hubiesen terminado con las suyas.

Agradecía ese rato de soledad, el cacareo ocasional de los animales a su alrededor. Cada vez tenía menos tiempo para sí mismo. No estaba seguro de necesitarlo hasta que llegaba la oportunidad de disfrutar de él. Se sentía arropado y agradecía el abrigo que le brindaban. Sin la compañía del grupo en el que se había integrado no se veía capaz de resistir. Todo lo demás a su alrededor era hostil. Sabía que incluso fuera de la aldea lo era, también. La sensación de tener a todo el mundo en su contra se había aplacado porque varias personas habían decidido agruparse en torno a él, y no podía estar más que agradecido. Pero necesitaba respirar sin que nadie más oyese sus exhalaciones.

Esparció el trigo y el maíz para que la comida no se concentrase en un solo punto y las gallinas pudiesen picotear sin tener que revolotear unas sobre otras. La vez anterior una de ellas le había picado en el dorso de la mano, de manera accidental, y se cuidaba de acercar demasiado cualquiera de sus extremidades al pico de una de ellas. Pero eran animales inofensivos, bastante tranquilos. Nunca hasta entonces había tenido ocasión de contemplarlas tan de cerca. Había visto a algunos presos patearlas, arrancarles plumas solo por contemplar la reacción de las aves. Sin mencionar el hecho de que habían desaparecido varias. No parecían guardar rencor, sin embargo, quizás no gozasen de una gran memoria. Tenían un temperamento bastante dócil, incluidos los gallos.

Escuchó unos pasos aproximarse al gallinero. Al darse la vuelta se encontró con Arteta, apostado en el marco de madera de la entrada. Sonreía, aunque pronto mudó su gesto en otro menos amable.

—Todos tus amigos tratando de protegerte, y tú te afanas en estar solo. ¿Sabes cuándo es más fácil dar caza a una presa?

Arteta no se movió de donde estaba. No le daba miedo, pero tenía claro que, con él, había que proceder con cuidado. La fortaleza que pudiera faltarle en el plano físico sabía suplirla con astucia. No le resultaba complicado camelarse a quien pudiese beneficiarlo. Había dado muestras de que no le caía bien. En su opinión, Crespo le daba demasiado protagonismo a alguien insignificante con tendencia a meterse en problemas. Aunque tal vez todo se redujese a que Crespo, su adorado Crespo, le diese protagonismo a alguien que no fuese él.

—Claro que todo depende del punto de vista —añadió—. También podrías ser tú el cazador. El zorro entre las gallinas.

Cerró el saco de pienso sin replicar nada y lo alzó del suelo. Aunque estaba mediado, todavía pesaba. Arteta le franqueó el paso hacia el granero, pero no desapareció. Caminó a su lado, con la vista fija en un grupo de presidiarios que, algo más lejos, se ejercitaba de manera sincronizada al aire libre, levantando pequeñas nubes de polvo.

—No hace falta que vengas al granero más tarde. Con que dejes ese

saco ahora allí, ya lo habrás visitado suficiente por hoy.

—Crespo me dijo…

—Sé lo que te dijo Crespo. Yo estaba allí. Yo decido con él.

Prefería no enfrentarse a Arteta. No quería renunciar a la tranquilidad que parecía haber encontrado, por más que se tratase de un espejismo. Tarde o temprano se quebraría, pero no había necesidad de adelantar ese momento.

—Ha habido cambio de planes. —Arteta abrió la puerta del cobertizo y se la sujetó para que pudiese entrar con el saco—. Tienes que hacer una entrega extra.

Dejó el saco en la esquina donde se acumulaban varios más y vio que Arteta le tendía una bolsita de plástico.

—Hazla estos días. Si es hoy, mejor que mañana. La cuestión es que no te duermas.

—¿Para quién es?

—Se la ofreces a Cervantes. —Arteta sonrió al ver la cara que se le dibujaba—. Es un gesto de paz. A ti te conviene más que a nadie, no quiero quejas.

—Pero…

—No quiero quejas. Se la ofreces. Si la aceptan, bien. Si no, tampoco hay problema, ¿vale? Pero hazlo cuanto antes.

No entendía aquella decisión. Que tuviera que confrontar a Cervantes después de lo que había ocurrido era una idea desafortunada, no le cabía duda de que aquel gesto solo podría interpretarse como una provocación, una afrenta. El propio Crespo se había encargado de mantener al manco y sus compinches a raya, ¿por qué lo obligaba a enfrentarse a ellos? Por más que se tratase de un acto pacífico, estaba convencido de que la otra parte no lo vería así.

Decidió no protestar y aceptó lo que Arteta le ofrecía. Haría esa entrega la tarde siguiente. Tenía otras pendientes todavía, y prefería retrasar el momento. Quizás hubiese margen para que Crespo rectificase. Se fue del granero sin esperar ninguna orden más, sintiendo la mirada de lobo que Arteta le dedicaba.

Salió de la casa después de la cena. Tomás tenía por costumbre cenar a una hora temprana, mientras que Camila rara vez aparecía por allí a esas horas. Por la tarde había rehusado acudir al encuentro en el lavadero; había aprovechado para despachar un par de encargos y echarse una larga siesta. El calor lo hacía amodorrarse, sobre todo después de las comidas. Había aprovechado, también, que Caco sí iría con el resto del grupo. Agradecía su ayuda, pero prefería no involucrarlo en exceso en las tareas que dictaba Crespo.

Por las noches, la temperatura descendía de manera notable. En las últimas escapadas nocturnas había constatado que otros presos habían aprendido también a disfrutar de un rato de calma junto al río. La

zona en que solía sentarse y contemplar el oscuro cielo estaba ocupada por un par de uniformes naranjas tendidos sobre el terreno, así que tuvo que seguir la corriente hasta un punto nuevo, donde no se veía a otros reclusos cerca. Acudía allí en busca de soledad.

Algunas voces quebraban de vez en cuando el silencio envolvente de la noche, aunque con el paso de los minutos consiguió integrarlas en el ambiente de una manera casi tan natural como el gorjeo de las aves nocturnas o el canto ininterrumpido de los grillos.

Caco apareció cuando llevaba allí al menos media hora. Se había tendido sobre una parcela de hierba seca, contemplaba los cientos de estrellas que salpicaban el telón negro. Aunque se deslizó con el mismo sigilo de siempre, no se asustó al descubrirlo a su lado. Se había acostumbrado a su compañía en esos momentos.

—Te hemos puesto falta en la reunión del lavadero. A la tercera, quedas expulsado de la aldea y forzado a vivir tu vida en plena libertad. Estás avisado.

—Estaba un poco cansado —respondió con una sonrisa—. ¿Alguna novedad interesante?

—¿Qué desea el señor de postre, chismorreos o teorías conspiranoicas?

Caco lo puso al tanto de algunos acontecimientos menores. Disputas entre reclusos, encuentros sexuales que tenían lugar en rincones apartados, celebraciones clandestinas que habían estado a punto de dar al traste con el proyecto… Caco lo narraba todo como si estuviese vendiendo una sucesión de relatos que él mismo había ideado. Le encantaba compartir información que otros desconocían, cogerlos a todos por sorpresa con sus exposiciones grandilocuentes.

Le habló de un rumor que había cogido fuerza. Algunas voces afirmaban que, si lograban evitar que hubiese muertes llegado el día noventa, el Gobierno intervendría. Llevaría a cabo alguna estrategia que mostrase a la sociedad que no lo habían conseguido. Unos se inclinaban por pensar que la noche anterior al cumplimiento de la condena meterían a algunos policías que se cargasen a algún desdichado de manera que pareciese obra de otros presos. Otros aseguraban que en las jornadas anteriores filtrarían armas en la aldea para que ni siquiera ellos tuviesen que mancharse las manos; si una pistola con el cargador lleno aparecía en la aldea, resultaría inevitable que la pólvora corriese.

Prestó más atención a la historia que le contó sobre Germán. Por lo que se sabía, llevaba días sin abandonar su vivienda salvo para hacer acto de presencia en el recuento matinal. No aparecía junto a su equipo de trabajo, su compañero de casa tampoco tenía mucho más que aportar, salvo que no había cruzado una sola palabra con él en días. Caco introdujo sus propias conclusiones en el relato, para él

aquella decisión se debía a que no quería armar más revuelo. Siendo como era una de las personas más conflictivas de la aldea, se había dejado conducir por el sentido común. Todos ganaban, él incluido, si se encerraba en casa y no mantenía contacto con cualquier persona a la que pudiese terminar por reventar a golpes.

—¿Tú qué opinas?

Se mantuvo en silencio. Estaba lejos de creer que alguien como Germán hubiese decidido sacrificar su ya limitada libertad por el bien común. Le encajaba mejor que esa reclusión se debiese a no tener que soportar a la gente que odiaba, a no ver las caras de quienes despertaban su instinto animal. Que, había quedado claro, podían ser todos.

—Oye, ¿piensas mucho en el futuro?

La pregunta de Caco le hizo abandonar los pensamientos sobre Germán, alejarse de las escenas que de manera inevitable había compartido con él. Observó su gesto curioso. Aquel interés se salía de la línea habitual de su compañero. Su tono de voz lo indicaba; había modulado hasta convertirse casi en un susurro, en busca de una mayor intimidad.

—No sé cuánto es mucho —contestó—. Hay días en que la cabeza se distrae más, pensando en cómo serán las cosas si todo sale bien. Qué vendrá después, a qué ritmo, si seré capaz de afrontarlo… —Se calló, pero Caco no intervino. Seguía con atención cada una de sus palabras—. Lo que más veces me pregunto es si algún día mi vida llegará a parecerse a la de antes. Me gustaría creer que sí, pero sé que es improbable. Eso me hace sentir que en realidad no pienso en el futuro, sino en algo…, no sé, incierto. Algo a lo que no sabría ponerle nombre.

—Creo que te entiendo. Has dicho que piensas en cómo será todo si sale bien. ¿Siempre te pones en la mejor de las situaciones?

En el tono de Caco pareció detectar el asomo de una súplica, pero no supo interpretar si su compañero necesitaba oír una respuesta afirmativa o negativa.

—No, siempre no. Pero intento frenar los pensamientos negativos. No darles margen para que se desarrollen.

—Si tengo que ser sincero, y ya sé que nadie me ha pedido sinceridad, reconozco que me sentía más tranquilo en la cárcel. Allí al menos sabíamos a qué atenernos. Aquí es imposible predecir qué pasará. Puedes creer que todo está funcionando perfectamente, y al minuto siguiente darte cuenta de que estás sentenciado.

—Ya estamos sentenciados. Lo estábamos antes de llegar aquí.

—Sí, tienes razón —concedió Caco. Durante unos instantes, los dos se quedaron callados, la mirada fija en el cielo—. Lo importante es pensar que tienes gente ahí fuera, esperándote. Dispuestos a hacer

todo lo posible por que recuperes tu vida. La de antes. La real.

Estuvo a punto de responder que a él no lo esperaba nadie fuera. Nadie con los brazos abiertos, al menos. Esa era una de las dudas que más lo inquietaba: ¿cómo lo recibiría su familia si quedaba en libertad? ¿Sus padres, su hermana, estarían dispuestos a perdonarlo? ¿A borrar la actitud que habían mostrado desde el momento en que lo encontraron esposado, manchado de sangre que no era suya, con los ojos desorbitados por la conmoción, los dedos agarrotados con las uñas enterradas en la carne de sus propias manos?

—A veces siento que, en realidad, no quiero saber cómo será el futuro. Quizás ni quiera que lo haya.

—¿No era que le ponías freno a los pensamientos negativos? Pues menos mal. —Caco se reincorporó sobre la hierba, a lo lejos se oyeron varias carcajadas fundiéndose entre sí—. Nadie sabe cómo será el futuro, camarada. Es inevitable pensar en él, y más en nuestra situación. Pero no tenemos la más mínima idea.

—La carta que recibí no era de mi madre, ¿sabes?

—¿No? ¿De quién, entonces?

—Eso no importa. Lo que quiero decir es que mi familia sigue sin comunicarse conmigo. Puede que sigan sin hacerlo incluso si algún día todo esto termina.

—Pues habría jurado que era la carta de alguien querido, importante para ti. Con todos los líos que te trajo, la has protegido a toda costa.

—¿Sabes que estuvieron a nada de dar con ella? —Quería despojarse de la capa de tristeza que había adquirido la conversación—. La guardé dentro de un libro, pero los muy cretinos simplemente se limitaron a tirarlos todos al suelo.

—No los veo capacitados para hacer mucho más —rio Caco—. Seguro que la escondiste en algún manual de autoayuda, ahí no iban a mirar.

—No estuve tan creativo —concedió, correspondiendo a las risas—. Lo metí en el último libro que leí, el que tenía más a mano. No te lo recomiendo, por cierto, he leído *thrillers* bastante mejores.

Caco se interesó por esa lectura y le pidió algunas recomendaciones. En su vivienda había también una pequeña biblioteca, pero no tenía por costumbre recurrir a un libro cuando no sabía qué hacer. Trató de seducirlo con algunas sugerencias variadas, aunque percibió que la atención de su compañero había menguado.

—Lo siento, colega, hablar de literatura me ha dado sueño —se disculpó con ironía, tras dejar escapar un bostezo—. Prometo que le daré una oportunidad al libro que tú quieras prestarme, que conste.

—Tal vez te interese alguno de temática amorosa.

—¿Eso ha sido un golpe bajo? Lo digo por saber si tengo que

retorcerme de dolor.

—No llevaba esa intención. Me alegra veros tan juntos a ti y a Cayetana. ¿Todo bien con ella?

A Caco se le escapó una media sonrisa, aunque su cuerpo se enderezó un poco. Se removió sobre la hierba, en busca de una posición más cómoda.

—Es raro. Raro de pelotas. Hacía mucho tiempo que no me sentía así de tonto. Digamos que los traseros y los rabos que uno puede ver en la cárcel nunca me han llamado la atención. —Rio, aunque la tirantez de su cuerpo indicaba que no estaba hablando de un tema baladí—. Me gusta, me gusta de verdad. Es una tía estupenda, ¿no te parece? Hay momentos en los que estoy a punto de taparme la boca para evitar decir algo que no esté a la altura.

—La habrías asustado hace ya tiempo si eso fuera así.

—Lo sé. Y sé que le gusto, se siente cómoda conmigo. O eso dice.

—Lo vemos los demás, puedes estar tranquilo.

Caco le devolvió una sonrisa de agradecimiento, asintió con la cabeza, aunque por dentro rumiaba algo. Esperó a que se decidiese a soltarlo.

—No he querido meterle prisa… No sé si me entiendes. —Las palabras le salieron a trompicones, como si hubiese perdido la chispa que lo caracterizaba—. Me siento torpe, un novatillo. Pero, no sé, cada vez que he creído que la cosa iba a terminar en eso…, ella me ha frenado. Llegué a pensar que igual solo le atraía como amigo, pero no tendría sentido que nos comamos los morros con tanto gusto. Así que no sé qué es lo que falla… ¿Tú cómo lo ves? Me vendría bien un poquito de claridad, colega.

—No es que estés hablando con un doctor en la materia —se disculpó. Aunque veía que Caco necesitaba escuchar de verdad unas palabras que le ayudasen a entender, no sentía que le correspondiese a él dar lecciones acerca de nada—. ¿No es suficiente que ella quiera pasar tiempo contigo? Entiendo que lo de que te haga sentir tan tonto es algo positivo.

—Lo es, lo es. No quería que esto sonase como un reproche. Es solo… No sé. Quizás son las circunstancias, o quizás hay algún trauma del pasado que impide que demos un paso más. No lo sé.

—Por una vez que no sepas, Caco, no se va a terminar el mundo. Si los dos estáis a gusto juntos, disfruta de ello.

La luna dejó entrever la sonrisa de aceptación en la cara de Caco. Luego su mente pareció desplazarse hacia otros derroteros. Estuvieron un rato en silencio. Por momentos, algunas voces se alzaban a su alrededor. Intercalaban su efímero protagonismo con algunos graznidos que se revestían de poder en la quietud del momento.

Poco después, Caco se incorporó. Se sacudió el uniforme y le dedicó

una última mirada. No hizo falta que le preguntase si se retiraba con él, sabía que le gustaba quedarse hasta más tarde, en soledad.

—No nos falles mañana en el lavadero —dijo, a modo de despedida—. Nos gusta tenerte cerca.

Correspondió con un gesto de cabeza que no supo si Caco llegó a distinguir. Se quedó solo, con el murmullo del agua como única compañía. La temperatura era por fin agradable, corría una brisa mansa que le acariciaba los tobillos y brazos al descubierto.

Cuando el sueño comenzó a dar señales de vida emprendió el camino de regreso. Sorteó a pequeños grupos de reclusos desperdigados por los márgenes del río. Vio un pequeño fuego arder cerca de los manzanos, algunas sombras danzando en torno a su luz. Las pocas señales de vida se atenuaron al alcanzar el camino de piedra. El silencio era casi total entre las casas. Podría haber atajado, pero quería comprobar si había luz o ruidos en su casa. En la que había sido su casa.

La fachada permanecía a oscuras, la luna no llegaba a bañarla. Ninguna señal que indicase que había alguien dentro. Se sintió tentado a entrar. Quería descansar sobre su colchón, despertarse en su dormitorio. Sentarse un rato en la butaca de la sala, con un libro cualquiera entre las manos.

—No está.

La voz a sus espaldas le hizo dar un salto. Sintió un pinchazo agudo en el pecho que desapareció con la misma rapidez con que había atacado. Giró sobre sí mismo para intuir la silueta de Samir entre las sombras del porche vecino.

—No te había visto.

Samir se desplazó hasta que el débil resplandor nocturno iluminó parte de su figura. Saludó con un gesto torpe de mano, casi como una disculpa.

—Quería pasarme por aquí, había pensado en coger algunas cosas. Aunque quizás no sean horas.

—Quieres tu colchón. —Tuvo que hacer un esfuerzo para entender lo que acababa de decir, su voz era apenas un murmullo arrastrado—. Tomás nos lo dijo.

Asintió. Se sintió culpable de no haber acudido al encuentro de la tarde, probablemente habrían preguntado por él y Tomás había tenido que contestar en su lugar. Las palabras de Caco al despedirse volvieron a su mente.

—Eso será mejor que lo deje para otro momento —señaló—. No son horas de ir arrastrando un colchón. Ya me he ganado el odio de suficiente gente.

—Te ayudo.

Samir descendió las escaleras del porche con cuidado de no hacer

ruido. A esas horas, Susana estaría tan dormida como el resto del vecindario. Se acercó a él y se detuvo a un par de metros. Lo observó sin decir nada, como esperando una señal por su parte. Parecía tan inseguro y desconfiado como de costumbre, pero había tomado la iniciativa de echarle una mano. Le sonrió y le dio las gracias.

Entraron con sigilo en la casa, a pesar de que no había nadie en ella. Llevaba la llave siempre consigo. Si las cosas se ponían feas, prefería huir y encerrarse en aquella casa antes que arrastrar el peligro consigo hasta Tomás y Camila. Todavía podía ver al anciano caer con violencia sobre el piso tras el impacto del puño.

No encendió ninguna luz por temor a llamar la atención. Se figuraba que Cristóbal habría acudido a su rutinaria timba nocturna, pero no sabía quién podía merodear por la zona a esas horas de la noche. Le indicó a Samir que subiese con cuidado los escalones para evitar un tropiezo. La madera crujió en un par de ocasiones, de manera similar al crepitar de la leña en una chimenea.

Se sintió extraño al entrar en el dormitorio. Solo habían pasado unos días desde que lo había abandonado, pero tenía la impresión de que el tiempo se había estirado. A pesar de haberse amoldado con relativa facilidad a la casa de Tomás y de Camila, estaban presentes incomodidades como la de dormir en el salón y no disponer de un espacio propio. Sin embargo, aquella estancia sí había llegado a convertirse en un recodo de intimidad, de descanso. Por su mente cruzó la idea de quedarse allí a pasar la noche.

—Cojo por este lado.

Samir se ubicó en el extremo izquierdo de la cama. Su predisposición reflejaba las pocas ganas que tenía de prolongar aquella situación. Bastante esfuerzo había hecho ya al ofrecerse a ayudarlo. Se situó en el otro extremo, retiró las sábanas y ambos alzaron el colchón. Pesaba un poco, pero no tuvieron demasiados problemas en trasladarlo hasta el pasillo. Para bajar por las escaleras, sin embargo, no les quedó otra opción que encender un quinqué.

—Gracias, de verdad —le dijo a Samir, una vez que alcanzaron la puerta de la casa.

Se acercó a la lámpara para apagarla y abandonar la casa, pero reparó en la estantería de la sala. No era el momento de llevarse ningún libro con él, aunque recordó que tendría que pasarse en algún momento para seleccionar una lectura que ofrecerle a Caco. Entonces vio el hueco.

Cruzó la sala casi al trote, a punto estuvo de tropezar con la butaca. Notó las manos sudorosas, las mismas que tantearon el espacio vacío y minúsculo que quedaba entre los dos libros que custodiaban el ejemplar donde había guardado la carta. Ya no estaba allí.

Samir hizo un ruido a su espalda. Parecía no entender su

distracción.

—Samir, ¿viste salir a Cristóbal en algún momento con un libro? Tapa… —De pronto los detalles le bailaban en la cabeza, un torbellino desmenuzaba cada imagen que trataba de recordar—. Tapa roja y blanca, algo grueso…

Samir negó con la cabeza. Seguía sin entender, aunque a su rostro había asomado la alarma. Trató de serenarse, para no inquietarlo, pero aquel hueco se imponía sobre todo lo demás. Alguien había cogido el libro. Él los había recolocado después de que hubiesen registrado la casa, había comprobado que el sobre seguía escondido entre sus páginas. Nadie lo había visto. Pero ya no estaba. El libro y la carta no estaban.

—¿Qué ocurre?

La voz de Samir sonó temblorosa. Tenía que tratar de centrarse, mantener la calma. Quienquiera que se la hubiese llevado, se encontraría con que Yolanda le había pedido que fingiese la tentativa de suicidio para poder reunirse con ella. Nada más. Sabrían que algo importante habría detrás, pero estaba en su mano callar. Mantenerse fuerte, costara lo que costase, hasta que volviese a verse con Yolanda en unos días durante su visita oficial.

—No pasa nada, perdona. —Intentó sonar tranquilo—. Un libro que me gustaba mucho, supongo que Cristóbal lo habrá cogido. También es su biblioteca.

Agarró el colchón, que habían apoyado contra la pared de la entrada, y Samir lo imitó. Regresaron a la oscuridad de la noche, portando la pieza con cuidado de no hacer demasiado ruido. Caminaron sin decir nada hasta la entrada de la vivienda de Tomás y Camila. Aunque no se trataba de un trecho largo, una fina capa de sudor recubría la frente de ambos cuando posaron el colchón ante la puerta.

—Te lo agradezco mucho, Samir.

Obtuvo como respuesta una inclinación de cabeza. Le propuso pasar adentro para tomar un vaso de agua y refrescarse, pero se negó. Quedaba claro que quería regresar a su porche, a su casa.

—Quizás Camila sabe —pronunció, cuando recorría ya el pequeño camino que separaba la entrada de la verja principal.

—¿Cómo?

—El libro —precisó Samir—. Ella salió de la casa con Cristóbal un rato antes de que tú llegases.

Alzó la mano a modo de despedida y antes de que pudiese replicar a sus palabras se perdió con rapidez en la oscuridad.

Posó el colchón sobre el suelo del salón, junto al sofá. Sintió la tentación de avanzar hacia la negrura que conducía hasta el dormitorio de Camila. Sabía que estaba vacío. Podría echar un vistazo

rápido, asegurarse de que aquello no era posible. De que ella no podía tener el libro.

Cogió la manta y se tumbó sobre el colchón. La carta ya no le pertenecía. Estaba en otras manos, desconocía cuáles. Lo que más le preocupaba era lo que pudieran hacer tras leerla. Toda interpretación estaría incompleta, pero sabrían a quién acudir para obtener la información que deseasen conocer. Volvía a ser el blanco. Esta vez, no sabía de quién.

Día 54

Le tocó en la primera tanda de las revisiones. No le extrañó, supuso que Yolanda habría decidido verlo cuanto antes. Deseaba encontrarse con ella para contarle todo lo que había ocurrido desde la última vez que se habían visto. Media hora le parecía tiempo insuficiente para ponerla al día. Fantaseaba con la posibilidad de que lo sacase de allí, de que hubiese reunido evidencias suficientes para demostrar que aquello debía parar, que no tendría que pasar en la aldea un solo día más.

La carta había desaparecido, pero nadie había ido en su busca para exigir explicaciones. Nadie lo había observado con suspicacia, ni había seguido sus pasos en los días posteriores a la desaparición. Había prestado especial atención al comportamiento de Camila, pero nada en ella parecía indicar que pudiese tener algo que ver. De hecho, su cercanía habitual había estado a punto de hacerle bajar la guardia hasta el punto de preguntarle, directamente, si ella sabía algo sobre el tema. El pudor, o la certeza de que aquello supondría sembrar una sospecha donde solo existía ignorancia, había podido más.

Que nadie lo hubiese acorralado o agredido para esclarecer el porqué de su extraña relación con la psicóloga no significaba que no hubiese tenido problemas en los últimos días. La desaparición del sobre había ocupado buena parte de su atención. Sus sospechas y recelos apenas dejaron margen para anticipar el golpe que le habían preparado. Llegó un par de días después de haber obedecido la orden de Arteta. Caco lo había acompañado para ejecutar ese acto simbólico de paz con Cervantes y compañía. Ninguno de los dos se fiaba de las posibles reacciones que detonaría el ofrecimiento. Sin embargo, el manco, a quien pudieron abordar a solas para evitar confrontaciones más arriesgadas, les arrebató el obsequio y desapareció de su vista. No hubo agradecimientos, tampoco represalias.

Estas llegaron la siguiente noche que tuvo que rendir cuentas ante Crespo. A oídos de este había llegado lo que él había hecho. Tardó demasiado tiempo en entender lo que ocurría. Las palabras de Crespo se debatían entre la decepción y el resentimiento, señal suficiente de que debía poner los cinco sentidos no en comprender en qué había fallado, sino en repeler las consecuencias.

Empezó por recriminarle su poca habilidad con las entregas. Señaló

que le había dado toda la libertad para hacerlo a su manera, y que no había sido suficiente para que él cumpliese con su parte del «trato». Su garganta se calentó al revelar que estaba al tanto de que Caco, a quien había prohibido expresamente participar en la actividad, seguía echándole una mano. Por primera vez tuvo miedo. Crespo se levantó de su asiento en el granero y comenzó a andar con nervio de un lado a otro. Descubrió que lo que más lo alteraba no era que le hubiese fallado, sino que Caco anduviese de por medio. Evitaba pronunciar su apodo, pero se dirigía a él con palabras que impregnaba de asco, la saliva se le acumulaba en los labios como si hubiese dado un mordisco a un fruto podrido. A un par de metros de distancia, en completo silencio y atento a cualquier movimiento, Arteta intercalaba miradas de preocupación por el nerviosismo creciente de su deidad imperfecta con otras frías, despojadas de humanidad, que le dedicaba a él de reojo.

Cuando llegó al asunto que había dinamitado su paciencia, los ojos de Crespo eran los de una alimaña extraviada. No miraba a nadie, su vista zozobraba de un lado a otro del granero, en busca de un anclaje que parecía no existir. La voz le trepaba por la garganta hasta terminar en agudos que reventaban en un silencio tirante. No se podía explicar, repetía una y otra vez, los motivos de un acto tan estúpido. Era incapaz de entender por qué se le había ocurrido la estúpida idea de llevarle parte de su droga a Cervantes como símbolo de cordialidad.

En ese instante, Arteta pareció cobrar vida. Se acercó a su figura adorada para tratar de calmarla. El brazo de Crespo apartó con brusquedad la mano que se había apoyado en su hombro de manera amistosa. Entonces Arteta regresó a su posición imparcial, mientras con tono seco les recordaba a todos los presentes que él ya había señalado lo desacertado de «darle estas responsabilidades al chico». Crespo clavó en él una mirada de odio, como si la posibilidad de tener que admitir un error le agujerease la piel.

En medio de aquel cruce de miradas encendidas, deseó volverse invisible. Salir del granero sin que nadie reparase en su presencia. Presagiaba que todo aquel cúmulo de tensión, frustración y rabia acabaría por hacer diana en él. Arteta se la había jugado. Lo odiaba, y lo había engañado para desatar la cólera de Crespo. Sin embargo, parecía que el propio Arteta también podía salir maltrecho de aquella situación. Al final, Crespo encontró la tranquilidad que se le había escurrido de entre las manos en una de las vigas superiores del granero. Su mirada se quedó colgada de ese punto, y con ella su mente. Nadie se atrevió a romper aquel silencio denso e inesperado durante unos instantes, hasta que la propia voz de Crespo, apenas un susurro audible, lo invitó a abandonar la nave. No quería volver a

verlo.

Pensó en lo mucho que había temido que aquello no hubiese terminado en ese punto, mientras de la unidad que habían vuelto a instalar en la entrada de la aldea salía un mono naranja y descendía por las cortas escaleras de metal. Por fortuna, Crespo no había vuelto a acercarse a él, ni ninguno de sus compañeros. Con Arteta había cruzado un par de miradas silenciosas en el gallinero.

Cuando oyó su nombre y sus apellidos pronunciados por una voz honda y masculina, se sintió desorientado. Luego recordó la figura uniformada y protegida con casco que aguardaba al otro lado de la mampara dentro de la unidad. Se acercó mientras otros reclusos gruñían a su paso por tener que esperar otra media hora a que fuese su nombre el que gritasen desde el interior.

—Cierra la puerta, Darío.

La misma voz, esta vez más pausada, dio la orden. Cerró la puerta mientras observaba al hombre que aguardaba sentado a la mesa. Miró la pantalla ahumada tras la que se intuía la figura del vigilante, luego regresó a la parte de la unidad donde una silla vacía lo esperaba. Yolanda no aparecía por ningún lado.

—Si buscas a mi compañera Yolanda, lamento decirte que debo sustituirla esta semana. Una gripe bastante fuerte la tiene postrada en cama. Mi nombre es Armando. Toma asiento, acomódate.

Las palabras se desprendían de la boca de aquel hombre sin prisa, como si saborease cada una de ellas. Su cabeza pelada resplandecía bajo la agresiva luz fluorescente del cubículo. Sus manos descansaban sobre la mesa de plástico, como quien espera sin mucha ansia que le traigan el plato que ha pedido en un restaurante.

Se sentó frente a él, en la incómoda silla de respaldo recto. Se le escapó un vistazo fugaz a su alrededor, un último acto reflejo ante la desesperación de no encontrar a Yolanda en aquel espacio cerrado.

—Cuéntame, cómo estás.

Respondió con un par de monosílabos, tratando de asimilar que el encuentro que tanto había esperado había dejado de ser una posibilidad real. Quizás fuera parte de la estrategia de la psicóloga, quizás lo había organizado de manera que pudiese sortear el protocolo establecido. Tal vez, en presencia de un vigilante, no podrían haber hablado con libertad. Tal vez aquel hombre que lo miraba con curiosidad le transmitiría algún tipo de mensaje, lo acompañaría a una zona donde Yolanda estaría esperando con la misma angustia que él por el reencuentro.

—¿Cómo han sido estas últimas semanas?

Se enfocó en la pregunta. No había planeado responder a ese tipo de cuestiones, por más que fuesen las esperadas en una reunión de esas características. El hombre que tenía enfrente mantenía su mirada

fija en él. Parecía no necesitar pestañear, o al menos fue incapaz de detectar un solo movimiento de sus párpados.

Contó por encima su experiencia hasta el momento. Omitió cualquier detalle que involucrase a Yolanda, a Crespo, a Germán, a Cervantes... Se limitó a describir el desarrollo de las tareas asignadas y los encuentros que mantenía con algunos reclusos cercanos en el lavadero. Percibió que una de las cejas de Armando, esa pincelada de vello negro en la cara lampiña, se arqueaba a mitad de su relato. Parecía no estar entreteniendo al psicólogo con su relato incompleto.

—¿No has tenido ningún incidente, ningún percance con otros compañeros?

Su primer impulso fue agitar la cabeza en señal de negación, pero comprendió al momento que aquello lo convertiría en un impostor muy deficiente. Decidió entonces contar que había tenido algunas diferencias con su compañero de casa, y que desde hacía unos días dormía en el hogar de otros internos con quienes mantenía mejor relación. Aquel dato pareció despertar por primera vez el interés del psicólogo, aunque no hubo un cambio exagerado en sus ademanes. Se incorporó con pausa sobre la silla. Sus manos deshicieron el lazo y un tamborileo fugaz resonó sobre la superficie de la mesa.

—¿No existe química entre Cristóbal y tú?

Le sorprendió que tuviese tan estudiados los datos de los reclusos, aunque quizás su sorpresa estaba injustificada. Aquella podía ser una buena oportunidad para un subdelegado, la de ganarse la confianza de los reclusos y optar a que en la siguiente visita solicitasen su presencia junto a Yolanda.

Se encogió de hombros, dando a entender que no tenía mucho que añadir a lo que era ya evidente.

—Entiendo que has encontrado un grupo de personas en el que sentirte cómodo, bien integrado.

Volvió a responder con un monosílabo. Donde no se sentía cómodo era allí. Tenía la impresión de que el tiempo corría en contra, no sabía muy bien de quién. El tubo de luz fluorescente que colgaba sobre sus cabezas emitió un zumbido y la luz osciló un segundo.

—Darío, la actitud que muestras me parece ejemplar, si tenemos en cuenta tu historial. Reflejas un comportamiento tranquilo, diría que afable. Como si hubieses encontrado tu lugar en este entorno.

¿Qué decía ese hombre? Trataba de mostrarse sereno aunque la angustia de no poder contactar con Yolanda, de no conseguir más información, empezase a devorarlo por dentro con pequeños pero persistentes mordiscos. Afirmar que se encontraba a gusto en la aldea, en el lugar donde lo habían encerrado con otras personas que habían hecho de él lo que habían querido, era traspasar una línea que le hizo estremecerse. Se dio cuenta de que había empezado a respirar más

fuerte. Se serenó.

—Quisiera hacerte una pregunta. —El psicólogo pareció aguardar por su consentimiento, pero ante la ausencia del mismo prosiguió—. Si tuvieses la oportunidad de salir ahora mismo de la aldea y regresar a la cárcel, renunciando a la posibilidad de que tu condena fuese revisada a tu favor, ¿qué harías?

Miró a los ojos de aquella cara yerma. En el fondo de ellos no vio indulgencia, no vio cortesía, ni siquiera un indicio de comprensión. Atisbó algo más oscuro.

—No sé qué debo contestar a eso.

—Debes contestar con honestidad. La respuesta es lo de menos.

—Me gustaría poder salir ahora mismo y conservar el derecho a que revisen favorablemente mi condena. Eso es lo que puedo contestar con honestidad.

Armando reprimió una sonrisa. Intuía sus dientes tras la carne de los labios, apretados y afilados, la lengua juguetona y ávida, contenida contra su voluntad.

—Eso está bien. Contestar con honestidad está bien. Permíteme que tome nota.

Abrió la carpeta que tenía a un lado, sobre la mesa, mientras extraía del bolsillo de su camisa un bolígrafo plateado. Se fijó en la tela planchada, suave, que cubría el torso del psicólogo y se rascó el brazo por culpa de un picor repentino. Sintió la tela del uniforme, sucia y consumida por el sol, como una lima contra la piel. El tubo de luz volvió a centellear de manera fugaz sobre ambos.

Reparó entonces en el papel sobre el que Armando había comenzado a garabatear un sencillo dibujo de trazos ondulados. Lo hacía sobre el margen superior de la hoja, el único espacio que quedaba libre. El resto lo cubría la apretada letra de Yolanda. Era su carta.

Dejó de percibir cualquier sonido. El roce del bolígrafo sobre el folio manoseado, el efímero zumbido de la luz, su propia respiración. Los ruidos desaparecieron engullidos por un silencio voraz. La carne le hervía dentro del mono; quiso arrancárselo, quitárselo de encima y lanzarlo lejos. Prefería sentirse desnudo y expuesto antes que seguir soportando el calor que engendraba la tela barata, gastada. Era incapaz de despegar la vista de la hoja, sobre la que la tinta continuaba perfilando curvas delicadas que componían una imagen abstracta. El dibujo de un alumno ensimismado en mitad de una clase soporífera.

—¿Hay algo más sobre lo que deba tomar nota, Darío?

No se atrevió a levantar la mirada. Quería convencerse de que en cualquier momento se daría cuenta del error, de que su imaginación le había jugado una mala pasada. Aquella no podía ser la carta, sino una

página más entre las muchas que el psicólogo debería rellenar con los datos de los internos.

Armando deslizó el papel sobre la mesa hasta plantárselo delante.

—Te agradecería enormemente que me explicases esto.

Una gota de sudor cayó sobre la palabra *confía*, que se convirtió en una mancha deforme y despojó de significado al resto de la frase que Yolanda había escrito. Se levantó de golpe, convencido de que allí dentro le faltaba el aire. El uniforme se le pegaba a la piel como una capa de masa derretida. Hizo el amago de dirigirse hacia la puerta, pero el vigilante salió de detrás de la mampara y obstruyó la salida.

—Darío, por favor. —Oyó a sus espaldas—. No hemos terminado, todavía.

—No me encuentro bien —replicó, con dificultad. El aire llegaba con escasez a sus pulmones—. Me cuesta respirar.

—En absoluto. Es tu cabeza, en busca de una estrategia para huir de esta situación un poco incómoda para ti. Pero entre estas cuatro paredes manda mi cabeza, no la tuya. Así que ahorrémonos un número desagradable. Toma asiento.

Antes de decidir qué debía hacer, sintió el impacto de la porra en su muslo derecho. El grito fue de sorpresa, aunque el dolor se extendió por la pierna de manera inmediata. El vigilante lo empujó hacia la mesa. Se sentó por miedo a perder el equilibrio, mientras un hormigueo desagradable le recorrió la zona golpeada.

—Siento decirte que no eres un criminal que merezca un trato especial, así que tenemos veinte minutos para que todas las partes podamos salir satisfechas de este encuentro. No vamos a alargar esto un segundo más. —Ni la voz ni la expresión del psicólogo habían modulado. Hablaba y lo observaba con la misma naturalidad con que lo había saludado al entrar en la unidad—. No quiero que me veas como un ogro, Darío, solo trato de cumplir con mi trabajo. Y mi trabajo contigo, por si todavía no lo has intuido, se basa en entender por qué mi compañera Yolanda te envió esta nota.

—No sé nada. No entiendo nada de lo que está ocurriendo.

—Calma. No te aceleres. Lo repetiré otra vez, y una más si hace falta. Luego —e inclinó la cabeza hacia el vigilante que aguardaba a un par de pasos de la mesa— dejaré que te entiendas con él, si la comunicación conmigo te resulta complicada.

La luz desapareció durante una porción brevísima de tiempo. Los tres pares de ojos se alzaron hacia el tubo que, de pronto, volvió a recuperar toda su intensidad. Trató de tragar saliva, pero la sequedad le hizo carraspear hasta toser.

—Hagámoslo más sencillo, Darío. —Cada vez que le escuchaba pronunciar su nombre los dedos se le retorcían, enterrados en la palma de las manos—. Yolanda no está enferma, como podrás

imaginar. Ha sido apartada del proyecto. Podríamos resumirlo en que no compartía ni la visión ni el objetivo de un plan en el que muchas personas hemos trabajado concienzudamente. En política, ya sabes, siempre hay fricciones.

Armando pareció hacer una breve pausa para recibir algún tipo de aprobación por su parte, un leve gesto de entendimiento. No reaccionó, a duras penas podía equilibrar la atención entre lo que escuchaba y la sensación de asfixia que todavía le atenazaba el cuerpo.

—Lo que te haya contado o no, Darío, en realidad no es tan relevante. Poco puedes hacer tú con esa información recluido en este pueblecito bucólico, ¿verdad? Pero necesito saber si mi querida compañera, o excompañera, trama algo más. Así que háblame de lo que te contó cuando vino a visitarte. ¿Qué planes pasan por la cabeza de nuestra querida Juana de Arco?

No entendía muy bien qué quería saber Armando. ¿No era consciente de que él también necesitaba información? Había aguardado por este momento conteniendo a duras penas su ansia. Le urgía saber qué más había descubierto Yolanda y, sobre todo, qué posibilidades existían de salir de la aldea. Porque una cosa le había quedado clara: corrían peligro allí dentro. No por ellos mismos, sino por las intenciones de quienes se movían entre las sombras al otro lado del muro.

—Yolanda no me contó nada. Se suponía que en este encuentro me daría explicaciones —argumentó, valiéndose de una verdad a medias.

—Lo que intentas decir es que te reuniste con Yolanda, durante un largo rato según me han comentado quienes estaban presentes, pero no hablasteis de nada. De nada que a mí pueda interesarme, claro. ¿Te pidió consejo sobre cómo criar a sus dos pequeños, tal vez? ¿Quería conocer tu opinión acerca de qué deporte sería más apropiado para alguien con fascitis plantar?

Le daba miedo que en aquel tono no hubiese la más mínima modulación. El contenido de sus palabras era el único indicador mediante el que intuir su creciente crispación. Armando lo examinaba como si de verdad se tratase de un mero acercamiento profesional.

—Me contó lo que ya sabes —se atrevió a reconocer—. Que yo no debería estar aquí.

Durante unos momentos, la unidad volvió a llenarse de ese silencio denso. Se pasó la manga del uniforme por la frente y las sienes, bajo la tela su cuerpo parecía estar bañado en resina. Tenía que salir de allí.

—Esa es una afirmación cuestionable —observó Armando—. Aquí están por voluntad propia quienes cometieron un crimen. Tú mataste a una persona y firmaste un papel, así que no te diferencias en nada del resto de condenados.

—Yo no tendría que haber firmado ese papel. No podían participar internos que no hubiesen cumplido al menos seis meses de condena.

—Mira, de repente empiezas a saber un montón de cosas. Eso ya me gusta más. —Armando se enderezó sobre la silla, volvió a posar sus manos alargadas sobre la mesa—. ¿Y cuál es el problema? Deberías de estar agradecido, te han concedido una oportunidad única a la que, en teoría, no tenías acceso.

Se mordió la lengua. Armando buscaba provocarlo, hacerle soltar todo lo que sabía, lo poco que Yolanda le había contado. Pero, a juzgar por la situación, el psicólogo, o lo que en realidad fuese, parecía estar convencido de que tenía en su haber más información. Algo clave, que pudiera comprometer los resultados que en realidad perseguían.

—Darío, quedan menos de diez minutos. —Armando retomó la palabra ante su mutismo—. Seré todavía más claro, por el bien de todos. Si no me cuentas lo que necesito oír, mañana no podrás ver la portada de ningún periódico, pero te puedo adelantar que en todas ellas se hablará del brutal asesinato de la psicóloga Yolanda Hierro.

Fue como un tortazo. Ni Armando ni el vigilante se movieron de su sitio, pero se sintió golpeado con una brutalidad extrema.

—Estás enfermo.

—Le dijo el asesino al psicólogo.

Se miró las manos cuando sintió un dolor agudo, sus uñas estaban enterradas en la carne, los dedos agarrotados. No era capaz de abrir los puños. Por la nuca sintió cómo se deslizaban un par de gotas de sudor que se perdieron en la tela.

—Dime una cosa —insistió Armando—, ¿eres consciente de todo lo que hay en juego? ¿Crees que no es suficiente como para que aparezca muerta tu amiga del alma, la supervisora de este experimento del que está pendiente no solo un país entero, sino también otros tantos dentro y fuera de la Unión Europea? Sé que eres poco más que un mocoso, Darío, pero necesito asegurarme de que no eres tan imbécil como para no advertir las dimensiones de todo esto.

Percibió un tamborileo cercano. Se fijó en las manos del psicólogo sobre la mesa, pero esta vez estaban quietas, a la expectativa. Sentía los golpes cada vez más cerca, más alto. Cerró los ojos y trató de contenerse. El ruido se hizo más evidente: cada latido de su corazón le batía en la sien con una intensidad mayor que la del anterior.

—Quiero salir de aquí —musitó.

—Estás en esta aldea porque en tu evaluación psicológica se destacan factores como una fuerte inestabilidad emocional, una personalidad frágil, una carga de culpabilidad desestabilizante —enunció Armando, ignorando su petición—. Y estás aquí también porque no has tenido tiempo de entender cómo funciona la cárcel,

eres un inadaptado. Eso te convierte en un caramelo para los violadores, psicópatas y megalómanos que, al igual que tú, tampoco deberían participar en el proyecto.

No quería escuchar más. Iba a desmayarse de un momento a otro. El calor era insoportable, el uniforme se le pegaba a una piel que sentía arder. Cada bocanada de aire suponía un esfuerzo demasiado grande. Si no lo dejaban salir, moriría asfixiado.

—Darío, mírame. —Escuchaba la voz algo acolchada, pero enfocó a Armando. Encontró en su cara la misma indiferencia de antes—. Lo único que perseguimos desde el primer momento en que levantamos la propuesta fue enseñar a la sociedad una realidad a la que no tenía acceso. Todo el mundo sabe que existen las cárceles. A todo el mundo le atrae fantasear con lo que ocurre en ellas. Pero esa misma fantasía es la que posibilita que pierdan de vista lo único que hay encerrado dentro: criminales.

La luz relampagueó en la unidad, pero esta vez no le concedió su atención. No desvió la mirada del rostro inmutable que soltaba aquel discurso.

—Una buena parte de los ciudadanos votó a favor de daros una oportunidad, ¿lo recuerdas? Tú todavía deambulabas en libertad cuando se celebró el referéndum. Me apostaría una muela a que tú participaste, depositaste tu voto convencido en una urna. —Por primera vez, en la cara de Armando se dibujó una expresión nueva. Una mueca grotesca parecida a una sonrisa, que dejó entrever una hilera de dientes blanqueados—. Pero, claro, teníamos luz verde con reservas. Porque la libertad en este país siempre tiene un límite, ¿no es así? No era «justo» dejar a su libre albedrío a asesinos con ladronzuelos desamparados, a pederastas con jóvenes marginales. «Justo», ese fue todo argumento en contra para tratar de dinamitar nuestro programa. Pero la justicia no es más que un concepto vacío que no puede representar a varias personas de igual manera. Menos aún a un pueblo entero. La justicia es imposición, y se impone el más fuerte. Ahora mismo, esos somos nosotros. No somos los malos, Darío. No somos nosotros los psicópatas, los estafadores…, no. Somos quienes quieren acabar con todos ellos. Quienes pretenden demostrar que esas personas infectas no tienen cabida en nuestro territorio, ni en ningún otro.

Se quedó quieto, testigo mudo de cómo las manos del psicólogo se estiraron con delicadeza y alcanzaron la carta, que se deslizó sobre la superficie de plástico con un ruido apagado. Vio cómo se alejaba el borrón que había dejado su sudor sobre el papel, cómo desaparecía dentro de la carpeta que se cerraba a continuación.

—Aprobar la pena capital y otras condenas más firmes es solo un intento de igualarnos a otros países modélicos que nos llevan ventaja

en ese aspecto. Si queremos bajar los índices de criminalidad, debemos erradicar a los criminales. No hay muchas vueltas que darle, dejando la demagogia de algunas instituciones y vocingleros aparte. Pero tú, Darío, no eres más que una pieza útil para alcanzar un objetivo. Cometiste un error. Le arrebataste la vida a una persona.

Armando dejó a un lado la carpeta y se levantó de la silla. Él, sin embargo, se hundió más en la suya. Miró de reojo, en un movimiento fugaz, al vigilante que tenía a un metro escaso. Seguía con los brazos cruzados, impertérrito. Armando bordeó la mesa, sus pasos apenas rebotaban sobre el suelo metálico del espacio. Se movía con la pausa de un felino. Contuvo el impulso de apartarse al sentir su presencia demasiado próxima.

—Mírame, Darío.

Temía que lo siguiente fuese la porra del vigilante cargando de nuevo sobre su carne. Obedeció.

—Puedo ofrecerte un trato, librarte de esto. Todo tiene un precio. Que te salves o te condenes no alterará lo que ya hemos comenzado. Así que sé listo. Aprovecha la oportunidad.

La distancia escasa que los separaba le permitió distinguir algunos puntitos de sudor, minúsculos, sobre la calva reluciente. Armando también sudaba. Pero no parecía suponerle un problema; al contrario que él, no luchaba por llevar el aire hasta sus pulmones.

—Dime qué te contó Yolanda y te dejaré al margen. Firmaremos un documento, lo haremos legal. No trato de engañarte.

—Me metisteis aquí cuando no podíais hacerlo. ¿Crees que me voy a fiar de tu palabra?

—Te conviene que lo hagas —replicó el psicólogo, acercándose un poco más—. Tampoco es que tengas muchas alternativas.

—Mi hora se ha acabado.

Armando no se movió. Pareció pensar algo, luego giró la muñeca y observó la hora en su reloj de pulsera. Asintió, antes de dar media vuelta y dirigirse al vigilante.

—No sabe nada. Yolanda no tiene nada contra nosotros.

—¿Cómo estás tan seguro? —Las palabras se le escaparon de la boca antes de poder darse cuenta de que deseaba escupirlas.

—Porque una rata como tú habría cantado en un segundo. Tienes razón, Darío, tu hora se ha acabado.

Le indicó con una mano que podía levantarse. El vigilante abrió la puerta y regresó a su lugar tras la mampara. Una brisa delicada, apenas imperceptible, se coló por la puerta. La llamada del exterior.

Se levantó con dificultad, el cuerpo le pesaba más que si llevase semanas sin realizar un solo movimiento. Un golpe cualquiera podría postrarlo en ese momento.

—Piensa una cosa, Darío. —La voz de Armando se alzó a sus

espaldas—. En el tipo de sociedad que queremos construir, tú no habrías terminado en la cárcel. No habrías tenido que moler a golpes a un maleante, a un yonqui asqueroso que se buscó su merecido. Nosotros queremos erradicar a ese tipo de personas, extirpar todos esos pequeños tumores que tanto daño hacen a un país. Tú no habrías tenido que actuar por tu cuenta. Nosotros lo habríamos hecho por ti.

No se volvió. Encaró las escaleras y descendió con cuidado, convencido de que las piernas le fallarían y caería sobre la dura tierra. El aire cálido le pareció más fresco que nunca. Hacía calor, pero podía respirar. No estaba encerrado entre las cuatro paredes donde acababa de perder cualquier ápice de esperanza.

Se saltó las tareas y regresó a la casa para darse una ducha. Se quedó un rato largo bajo el chorro frío. Luego limpió con ansia cada poro de su piel para deshacerse de cualquier rastro de sudor. Se cambió de uniforme, no le quedaría más remedio que ir al lavadero más tarde y jabonar bien el otro.

La sirena inundó el aire cuando se dirigía hacia el gallinero. Advirtió que no era el único extrañado de que el estridente sonido atronase a esa hora. Varios reclusos interrumpieron la faena y miraron hacia la torre de vigilancia, en busca de una explicación. Sin embargo, esta llegó desde la unidad móvil apostada en la entrada.

Tuvo tiempo de ver que Armando abandonaba la caseta metálica y se encaramaba a una tarima elevada que habían situado cerca. Grupos pequeños de presos comenzaron a acercarse, al tiempo que un cinturón de vigilantes protegió la tarima.

No quiso escuchar una sola palabra más. Avanzó en dirección contraria a todos los curiosos, mientras la sirena martilleaba los oídos una vez más con intención de reunir a todo el mundo. Apretó el paso. Quería estar lejos. De regreso a la casa se cruzó con Cayetana, Susana y Samir, que le preguntaron por lo que ocurría. Se disculpó con un par de frases imprecisas y dejó que continuasen su recorrido hasta la entrada de la aldea. A pesar de la hora y de la temperatura que hacía, se dejó caer sobre el colchón en el salón y durmió como no lo había hecho en varias noches.

Lo despertó Tomás, con zarandeos suaves. Le costó volver en sí, necesitó unos minutos para recomponerse. La luz no había declinado, así que no debía de ser tarde. Pero, a juzgar por lo anquilosado que sentía el cuerpo, debía de haber dormido unas cuantas horas.

—Empezaba a preocuparme —reconoció Tomás, una vez se hubo incorporado—. Echarse una siesta a mediodía no mata a nadie, pero que no te hayas despertado ni siquiera para comer es otro asunto.

Se disculpó. Tomás le restó importancia, sonrió al señalar que ni se había inmutado con los ruidos que Camila y él habían hecho al regresar a la vivienda. El anciano se interesó por su estado, se

despachó con afirmaciones rápidas para asegurar que se encontraba bien. Le costaba conciliar el sueño, algo que ya había comentado con Tomás, así que este no insistió.

Se fueron juntos al lavadero, era media tarde. Camila ya no estaba en la casa cuando Tomás lo sacó de su letargo. El sol pegaba con fuerza por momentos, aunque algunas rachas de viento ayudaban a aplacar la sensación intermitente de sofoco.

Estuvieron reunidos los de siempre. Frotó con ganas su uniforme y la ropa interior que había llevado consigo mientras escuchaba a sus compañeros charlar sobre distintos acontecimientos. Siempre había algo que contar. Un pequeño incidente en la huerta, una anécdota insignificante entre dos reclusos podían convertirse en un tema de conversación que se estiraba hasta no dar más de sí. En muchas ocasiones, lo interesante estaba en quien contaba la historia, en cómo trataba de convertirla en algo de valor para los demás.

En eso, Caco era el especialista. Sin embargo, hubiese preferido no tener que escuchar sus impresiones sobre el nuevo psicólogo. No tardó en tratar de hacerlo partícipe del diálogo; junto con Susana, era de momento el único del grupo que había tenido un encuentro con él. Dejó que ella hablase primero. Lo describió como un tipo frío, que le había soltado las preguntas rutinarias y no se había interesado de verdad por nada de lo que había respondido. Se mordió el labio al escucharla decir que la anterior psicóloga al menos parecía hacer su trabajo con sensibilidad.

Se limitó a responder que a él tampoco le había agradado. No esperaba mucho de esos encuentros, se excusó, y dejó que los demás mostrasen sus opiniones al respecto, pero Caco insistió en saber más. Mostró su interés por las preguntas que le había hecho, por la imagen que ofrecía Armando, y no paró hasta que tanto Susana como él hubieron satisfecho toda su curiosidad.

Se enteró entonces del motivo por el que la sirena había sonado a una hora inusual. Armando se había encaramado a la tarima para comunicarles la decisión que la junta había tomado respecto a las peticiones que la semana anterior les habían trasladado los presos. Habían desestimado muchas de ellas, la mayor parte, pero aprobado otras que, en líneas generales, habían merecido vítores por parte de los demandantes. Entre las concesiones destacaban el poder vestir ropa normal un día a la semana, la entrega de varios instrumentos musicales para aquellos que echaban de menos tocar o escuchar algo que no fuese su propia respiración cansada, o un lote generoso de comida con más enjundia.

—Me parece de risa que entre todos debamos decidir qué es un buen menú, no va a haber consenso —señaló Susana, escéptica.

—No os perdáis en las minucias —reprochó Cayetana—, la mejor

noticia para la mayoría es que puedan tener un encuentro con sus familias. Por breve que sea.

El ánimo con que comentaban los privilegios desbloqueados pareció difuminarse. Aquella, desde luego, era una noticia importante. Sintió la mirada de alguno de sus compañeros sobre su espalda mientras terminaba de aclarar la ropa. Él desvió la suya hacia Tomás, que permanecía callado y miraba al horizonte como si allá a lo lejos aconteciese un espectáculo indescifrable.

—Lo que importa es que se han mostrado un poco razonables, al menos —afirmó Caco—. Si os digo la verdad, no esperaba que las personas que nos soltaron aquí a nuestra suerte tuviesen su corazoncito.

—¿Cómo es eso del encuentro? —se atrevió a preguntar, haciendo un esfuerzo.

—¿No estuviste allí? —quiso saber Caco.

Negó con la cabeza por toda respuesta. Retiró la ropa chorreante y la extendió en un recodo de cemento.

—En dos semanas podrán visitar a cada preso entre una y tres personas de su familia o círculo cercano —explicó Susana—. Quince minutos. Nada de tocarse, nada de hablar sobre la vida aquí. Son los visitantes quienes pueden hablar, nosotros solo tendremos derecho a preguntarles por su vida. Por aquello que nos hayamos perdido fuera.

—Me cuesta entender que no podamos decirles qué tal nos encontramos —apuntó Cayetana—. Ni que tuviésemos mucho que contar.

—No quieren que salga información de lo que ocurre en la aldea —explicó Tomás.

—¿Y qué ocurre aquí? ¿Algo que no fuese lo predecible? —preguntó Caco.

—Han levantado un muro gigantesco de piedra a nuestro alrededor —fue la respuesta del anciano.

—Para que no escapemos nosotros —replicó Caco.

—Y para que nadie pueda ser testigo de nada que ellos no quieran compartir.

Todos lo miraron con atención. Sabía que en el fondo compartían sus palabras, aunque no fuese sencillo aceptarlas. Habían pasado ya varias semanas, pero acercarse al muro generaba la misma sensación que el primer día. Era una pared exagerada, monumental. Nadie podía escalar o discurrir una manera práctica de saltarlo. Al otro lado había vigilancia suficiente, además. Habían convertido la aldea en un atolón, solo que este no comunicaba con el mar. No comunicaba con nada.

—Puede que no os falte razón —concedió Caco, pensativo—. De hecho, me temo que hoy será una de esas noches en las que más vale que nadie eche un ojo aquí dentro.

Atrajo toda la atención con esas palabras, tal como pretendía. Incluso dos internos que acababan de acercarse al lavadero con uniformes que hundieron en la pila lo escrutaron con interés. Caco miró a su alrededor, de manera casi teatral, para luego hablar con un tono que modulaba entre el susurro de un secreto y el relato de una historia de fantasmas.

—Van a ir a por Meursault. Esta noche.

—¿Meursault? —preguntó extrañada Susana.

—Le llaman así por una novela. El prota es un tío apático que comete un crimen y que va a su bola, algo así. No me digáis que no le viene al pelo a Germán.

La piel se le erizó en la nuca. No se movió del sitio, apoyado sobre la piedra, a la espera de que alguien añadiese algo, de que cualquiera de los presentes diese pie a que Caco prosiguiese con esa información.

—Qué cruz. ¿Por qué no lo dejarán tranquilo? Va a terminar mal, y lo vamos a pagar todos.

La queja de Cayetana fue apoyada por un par de bufidos disconformes con lo que Caco acababa de revelar. Durante unos instantes, solo se oyó el chapoteo de la ropa al hundirse y salir a flote.

—Está bien no querer que nadie te toque las narices —comentó Caco, al ver que nadie más parecía ahondar en el asunto—, pero no es el sitio más adecuado para dárselas de tío duro sin tener un solo apoyo. No puede contra todos.

—No tiene a todos en contra —objetó Susana—. Es un pobre loco, nada más. Y solo son algunos los que quieren hacer sangre, aprovechándose de su inestabilidad. El resto sabemos dejarlo tranquilo, que es lo único que quiere.

—Los matones de verdad son el problema —intervino uno de los presos que aclaraba su ropa, salpicando a quienes tenía más cerca—. No le falta razón a la chica, van a espolear al toro y nadie se librará de las cornadas.

—Lo van a calentar, se les va a ir de las manos y al final no les quedará más remedio que ponerlo a dormir —pronosticó el que lo acompañaba.

—Que no salga de aquí esto —advirtió Caco, apuntando con el índice a los dos presos, y haciendo extensible el gesto al resto de su grupo—. Os lo cuento para que os aseguréis de estar bien resguardados en casa a partir de las doce. Hoy no va a estar la cosa como para paseos nocturnos.

Caco le dirigió la mirada junto con esas últimas palabras. Pero a él ya le bullía la cabeza. No sabía qué significaba exactamente que irían a por Germán. No sabía quiénes, ni por qué motivo, ni con qué intenciones. Solo sabía que no terminaría bien. No les faltaba razón a ninguno de ellos: más que espolear a un toro, lo que pretendían hacer

esa noche era prender la mecha de un explosivo. Y ninguno podía anticipar el alcance de la detonación.

—¿Quiénes? —preguntó, y Caco alzó una ceja—. Quiénes van a ir a por él.

—Nadie a quien tengas mucho aprecio, Darío. No te vendrá mal que se entretengan con otro.

—¿Tebras?

—Escucha, yo no os he dicho nada. Ni se os ocurra largar una sola…

—Dime quiénes.

El silencio a su alrededor le confirmó que había alzado demasiado el tono. Evitó las miradas de preocupación y sorpresa, centrando la suya en Caco. Este meneaba de manera casi imperceptible la cabeza. Le pedía con su gesto callado que no insistiese. Que no se metiese en aquel asunto.

—Darío, lo único que tienes que hacer, al igual que los demás, es estar encerrado en casa a las doce de la noche.

Una oleada de calor volvió a embadurnarle el cuerpo. Contuvo el impulso de lanzarse de cabeza a la pila de agua, de enjabonarse de nuevo y frotar hasta que la sensación de impureza lo dejase de una vez por todas en paz. Quería prever qué iba a ocurrir por la noche. Saberlo era una necesidad. Y no podía reprimirla.

—No necesito que me protejas.

—Venga, colega, solo advierto de…

—Maté a un hombre. A golpes. Con mis manos.

Los dos hombres que no pertenecían al grupo se miraron entre sí. Uno de ellos hizo un gesto disimulado y ambos recogieron sus prendas mojadas. Con un saludo apenas audible, se alejaron del lavadero rumbo al centro de la aldea. Entre quienes allí quedaron, nadie se atrevió a pronunciar nada. Miraba fijamente a Caco para no descubrir los gestos que ocuparían los rostros de sus demás compañeros.

Susana comenzó a hablar, pero interrumpió sus palabras con un ademán. Tenía que acabar con aquello cuanto antes. La imagen de fragilidad que había construido de sí mismo solo traería más sufrimiento. Si iban a seguir yendo a por él de todas maneras, al menos que supiesen a qué atenerse. A qué podían enfrentarse. Él era una persona con una fuerte inestabilidad emocional, una personalidad frágil, una carga de culpabilidad desestabilizante, tal como había señalado Armando. También era un asesino, tal como había señalado la Justicia.

La voz salió temblorosa mientras escarbaba en su memoria para traer de vuelta las imágenes soterradas, las emociones tanto tiempo reprimidas. Le había costado mucho tiempo, mucho trabajo, lograr mantenerlas a raya. Pero no era posible borrarlas.

Todos enmudecieron mientras relataba la noche de fiesta en que salir a fumar un cigarrillo lo cambió todo. Una noche cualquiera, sin un solo detalle que pudiera hacerla destacar de no haberse desencadenado la tragedia. El anhelo de llevarse un pitillo a la boca, de saborear una bocanada que desde entonces jamás pudo volver a repetir sin sentir arcadas, fue el detonante.

Abandonó el local donde disfrutaba de la segunda copa de la noche en compañía de sus amigos, un pequeño club nocturno donde la gente se arracimaba para bailar los éxitos del momento, independientemente del género musical al que perteneciesen. A él no le gustaba beber en exceso, nunca más de tres copas en una noche, pero sí fumar. La nicotina vencía con holgura al alcohol.

Carla le acompañó afuera, otra aficionada más a estar de fiesta con un paquete lleno de cigarros y un par de mecheros en el bolsillo. Por aquel entonces llevaban algo más de cuatro meses saliendo juntos, o habiendo dado un paso más en una amistad que se remontaba a los años de instituto; ninguno de los dos sabía poner un nombre concreto a ese estado nuevo de su relación. Había sido necesario reencontrarse en la ciudad, años después de cerrar la etapa universitaria en distintas comunidades del país, para atreverse a explorar una faceta distinta de sus vínculos.

Cruzaron la carretera de sentido único que separaba el establecimiento de un pequeño parque cuyos bancos eran, durante los fines de semana, objeto predilecto de jóvenes que necesitaban tomar el aire, vomitar la cena o buscar una sensación de intimidad algo ficticia. Se sentaron en uno que encontraron libre.

Encendieron sendos cigarrillos y disfrutaron de la temperatura que hacía, un mes de agosto especialmente caluroso. Rieron al recordar el patinazo que momentos antes había sufrido en el local uno de sus amigos, que a punto había estado de bajar las escaleras del baño a trompicones. Aprovechó para robarle un beso a Carla entre calada y calada. Todavía no se acostumbraba a esos momentos en soledad junto a ella que se repetían cada vez con mayor frecuencia. Le gustaban, desde luego, pero la amistad que hasta entonces habían compartido tenía todavía más peso que ese incipiente amor de verano. O lo que quiera que fuese.

Oyó los pasos acercarse sin prestar mucha atención. Esperaba ver aparecer ante ellos a un adolescente con poco aguante, a juzgar por la manera en que arrastraba las suelas sobre el pavimento del parque. No se sorprendió cuando en su campo de visión irrumpió un cuerpo más grande. Alto pero enjuto, consumido. Carla interrumpió lo que le contaba sobre el fin de semana que había organizado la pandilla en una casa rural el próximo mes y enarcó una ceja.

El hombre se detuvo a un metro del banco. La distancia no era

suficiente para difuminar el olor a alcohol que despedía. Mantenía el equilibrio, pero sufría un ligero temblor continuo que contrastaba con la temperatura veraniega de la noche. Pareció llevarle unos segundos enfocarlos a ambos con la vista, pero en cuanto pudo hacerlo sonrió. Una sonrisa amplia en un rostro enrojecido.

Lo primero que preguntó fue si les sobraba un cigarrillo. Lo hizo en un tono comedido, casi tímido. La ceja de Carla continuaba arqueada, como si unos hilos invisibles tirasen de ella. Él se apresuró a rebuscar en su bolsillo hasta dar con la cajetilla medio aplastada. Solía echar a perder un par de cigarros solo por no tener cuidado. Extrajo uno y se lo tendió al hombre, que estiró una mano huesuda y temblorosa. Les dio las gracias y sacudió la cabeza con grandilocuencia.

Carla retomó el diálogo y él le dedicó su atención, pero pronto se vieron interrumpidos. El hombre les preguntaba por un mechero mientras hacía gestos de encender uno invisible en su mano. Esta vez fue Carla quien se apresuró a meter la mano en el pantalón y le tendió su mechero verde, el que siempre llevaba de repuesto. El hombre encendió con desenvoltura el cigarro y le devolvió el mechero, de nuevo dando las gracias con gestos exagerados.

Vio en el rostro de su amiga, de lo que quiera que ella fuese tras esos cuatro meses de encuentros y confidencias excepcionales, una impaciencia creciente. Estuvo a punto de proponerle un paseo por el parque, en lugar de llegar a la última calada sentados en el banco, pero el hombre volvió a adelantarse. De manera indirecta, les preguntó si llevaban algo de dinero suelto encima. Su tono ya no era tímido, la voz parecía haberse desarrollado y un deje ronco acompañaba las últimas sílabas. Carla agitó la cabeza, él respondió que no. Siempre recordaría que lo acompañó de un «lo siento», como si esa coletilla utilizada otras veces se convirtiese en esta ocasión en una premonición aciaga.

El hombre insistió. Quería unas monedas, algo, por mínimo que fuese. Entonces Carla se levantó del banco. Quizás con la determinación de su gesto solo quería dejar claro que se sentía incómoda, pero el rostro del hombre se ensombreció. Aquello parecía haber sido una ofensa silenciosa, una puñalada muda. Un mal presentimiento le hizo levantarse y rodear con el brazo los hombros de su amiga. En un movimiento rápido, inesperado en aquel cuerpo consumido, el hombre agarró el bolso de Carla. Hubo un forcejeo fugaz, y parte del contenido se derramó sobre el suelo. La luz de la farola más cercana dejó ver algunos cosméticos, pañuelos, un juego de llaves. También una cartera.

Carla soltó un bufido de impotencia. Él se apresuró a agacharse para recoger todo, pero sintió los dedos de su amiga hundirse entre sus omóplatos. Se irguió y le susurró que sería buena idea regresar al

local. Carla no se movió un centímetro. El cuerpo de su amiga estaba clavado al suelo, y su mirada a la navaja que resplandecía en la mano que momentos antes había aceptado un pitillo.

Apartó de manera instintiva a Carla, que se alejó corriendo mientras repetía su nombre. Se limitó a bloquear el paso del hombre cuando este hizo amago de salir tras ella. Repitió la misma cantinela, esta vez como una amenaza y no como un ruego. Quería dinero. Lo que fuese. Y ya lo había conseguido. Alzó un poco más la navaja, con ella le señaló el camino que había seguido su amiga. Lo animaba a irse.

Siguió en su sitio. El cuerpo no le respondía porque su cerebro no emitía ninguna orden. El hombre pareció vacilar, pero sin dejar de apuntarlo con la hoja afilada comenzó a recoger las cosas que se habían caído del bolso. Primero se guardó los cosméticos como pudo, después apresó la cartera.

Fue en ese momento cuando la sensación de ser invadido por algo que no le pertenecía empezó a tomar forma. Algo inexplicable, intangible, creció a un ritmo al que no supo poner límites. La navaja lo señalaba como si hubiese sido cogido en falta. Pero no había hecho nada. Había sido amable, paciente e incluso había optado por terminar aquel desencuentro de forma pacífica. No era capaz de entender por qué tenía que ser víctima de aquella humillación. El hombre a quien había ofrecido un cigarrillo lo amenazaba mientras robaba con toda impunidad las pertenencias de Carla.

Le pidió que le devolviese las cosas de su amiga una sola vez. El hombre se reincorporó, con el botín ya en su haber, y le dedicó una mirada vacía. Él quiso llenarla con la rabia que amenazaba con hacerlo reventar.

La hoja del cuchillo se hundió en su brazo izquierdo, pero eso lo supo más tarde. La adrenalina del momento no le permitió darse cuenta de ello. Todos sus sentidos se habían unido en una bola gigante que nubló cualquier posibilidad de raciocinio.

No sintió sus nudillos pelarse contra la cara del hombre, ni la sangre salpicando su camiseta de listas azules y blancas. Oía los golpes, el crujido de los huesos al partirse, de la misma manera en que oiría a lo lejos el ruido de un tambor. Todo en él era ajeno. Otra persona movía su cuerpo, guiaba sus puños una y otra vez contra un cuerpo que había comenzado resistiéndose hasta terminar sin hacer un solo gesto. Los gritos que repetían su nombre sonaban acolchados, sus oídos se habían taponado. Ni siquiera fue consciente de las manos que empezaron a agarrarlo, a tirar de él para tratar de separarlo del amasijo en que se había convertido el hombre que un par de minutos antes empuñaba una navaja y robaba los objetos de Carla.

Cuando las manos fueron suficientes como para reducirlo, empezó

a acusar el esfuerzo. Le faltaba el aire, los brazos soportaban una tensión dolorosa, al borde de un calambre. Alguien le sujetó la cara, pero no reconoció a la persona. Ni al resto de rostros aterrorizados que se unían a la escena. Uno de los últimos recuerdos de ese momento fue el de tratar de despegar sus dedos. Las uñas se habían enterrado en la palma de sus manos, dibujando medialunas de color escarlata brillante.

Se lo llevaron a otro banco del parque más apartado, mientras la policía llegaba. Tuvo tiempo de ver, entre los cuerpos que se apilaban a su alrededor con gestos de horror y móviles que se alzaban para registrar lo ocurrido, el bulto que yacía inerte. Ni siquiera había sido consciente de que lo había arrastrado varios metros, hasta la acera, donde cada vez más adoquines se teñían de rojo.

—No necesito que me protejan —repitió, al terminar su relato. El lavadero era un oasis de silencio. No oía ni siquiera la respiración de quienes allí estaban—. No merezco que nadie haga eso por mí.

Abandonó el lugar con la ropa hecha un bulto a su costado. Nadie fue tras él, nadie tuvo unas palabras. Supieron respetar que eso era lo último que esperaba.

Le costó decidirse. Había cenado con Tomás en aparente tranquilidad, Camila no había hecho acto de presencia. El anciano trató de hacerlo hablar con mucho tiento, mientras vaciaban los platos, sin abordar el tema que había arrojado una capa oscura sobre el grupo unas horas antes. Más tarde, Tomás se retiró a su cuarto, dejándolo a solas en el salón. «Deberías descansar bien esta noche», fueron las únicas palabras que le dedicó, a las que no replicó. A pesar de la recomendación velada, ni siquiera él en ese momento tenía claro qué quería hacer. Qué debía hacer.

Decidieron por él las vueltas innumerables que dio sobre el colchón, en la oscuridad del salón. O quizás estas solo fueron producto de que hubiese tomado ya una decisión. Se acercó con sigilo a la cocina y metió en el uniforme el mismo tipo de cuchillo que había terminado hundido en la carne de Tebras. Esperaba no tener necesidad de sacarlo del bolsillo, pero no se atrevía a enfrentarse a la oscuridad sin él.

Salió de la casa sin hacer ruido. A lo lejos podía percibirse el canto repetitivo de alguna ave nocturna, lo demás era silencio. Algunas luces prendidas en el interior de un par de viviendas iluminaron apenas el camino que tomó, cuidando de que su presencia pasase inadvertida para cualquiera que estuviese despierto a aquellas horas. No era demasiado tarde, pero intuía que la mayor parte de los reclusos tendrían la consigna de permanecer en sus casas. De la misma manera en que la advertencia había llegado hasta él, confidencias y susurros habrían dejado claro que aquella no sería una noche ideal para pasear

con libertad.

Cuanto más se acercaba a la casa, más se aceleraba su pulso. Lo sentía batiendo en la sien, también en las muñecas. Había decidido lanzarse a la noche, renunciar a su aparente protección, pero desconocía sus propias motivaciones. ¿Qué pensaba hacer? Imaginaba que no habrían ido todavía a por Germán. Pero, en cualquiera de los posibles escenarios, era incapaz de determinar cuál podía ser su papel a jugar. Si llegaba y se le habían adelantado, ¿estaba preparado para afrontar lo que podía encontrarse? Algunas imágenes macabras cruzaron como un relámpago la negrura de su mente, las apartó con un escalofrío. La alternativa, sin embargo, no le producía menor inquietud. En caso de llegar a tiempo, podría alertar a Germán de lo que pretendían hacer. Pero anticipaba ya su reacción. No le haría caso. Quizás ni le dejaría hablar. Cabía la posibilidad de que se lanzase sobre él, de que le astillase los huesos contra una viga del porche o a golpes con sus propias manos. Pero ninguna de las perspectivas lograba hacerlo dar media vuelta. Caminaba en dirección a la desgracia, y aun así no podía detener su paso.

Vio luz, apenas un halo endeble reflejado en las ventanas de la fachada. Un candil o una vela en mitad de la penumbra. Se acercó un poco más para comprobar que la puerta estaba cerrada. No había signos de que nadie hubiese irrumpido allí por la fuerza.

Ascendió los peldaños y la madera crujió levemente cuando se dirigió a la entrada. Se detuvo un momento, pero en el interior no pareció haber reacción alguna al ruido. Su pulso era un martillo que repiqueteaba en los oídos. Estaba a tiempo de retroceder, de desaparecer. Todavía no había tomado parte de ninguna escena irreparable.

Tocó con los nudillos en la madera, tres golpes cortos. Le pareció distinguir un sonido fugaz dentro, el roce de unos zapatos sobre los listones gastados. Nadie acudió a su llamada. Miró a su alrededor, consciente de que podía haber varios pares de ojos clavados en él en ese instante. Alejó ese pensamiento. Tocó de nuevo, tres golpes idénticos.

La puerta se abrió con violencia en cuanto repitió el último de los toques, haciéndolo retroceder un paso. La figura de Germán apareció en el vano, apenas silueteada por el frágil resplandor de la estancia.

—¿Qué quieres?

—Vienen a por ti. Más vale que…

—¿Quiénes?

No supo qué contestar. Germán no perdió un segundo, agarró la pechera de su uniforme y lo metió en la casa, cerrando la puerta con una suavidad que contrastó con el resto de sus movimientos. Lo miró de frente, aguardando una respuesta a su pregunta.

—Me he enterado esta tarde, en el lavadero.

—Te he preguntado quiénes.

—¿Tú qué crees?

Un brillo refulgió en la mirada de Germán, no esperaba ese atisbo de aplomo en quien hasta el momento solo había mostrado temor. Sin mediar palabra, se acercó a la estantería desde la que una lamparilla y algunas velas bañaban sin demasiada fuerza la estancia espaciosa. Un par de segundos más tarde, la casa quedó a oscuras.

Distinguía a duras penas la silueta de Germán moverse entre las sombras, lo que hizo que retrocediese de manera instintiva un par de pasos, hacia la puerta. Vio que se asomaba a una de las ventanas y escrutaba el exterior. Durante unos segundos, no hubo más que silencio en el interior de la vivienda. No se movió, convencido de que cualquier gesto despertaría la furia que por el momento no se había manifestado. Algo en la oscuridad de la noche hizo que Germán se activase.

Lo siguió hacia la parte trasera de la casa, después de que le hiciese un gesto mudo con el brazo. Avanzaron sigilosos hasta un dormitorio que apenas tuvo tiempo de observar. Germán abrió la única ventana de la habitación y se deslizó por ella. No tuvo tiempo de valorar qué hacía, ni si debía imitarlo. Salvó la pequeña altura y aterrizó en el terreno con un ruido apagado. Germán hizo un nuevo ademán, señalando la parte trasera de otras viviendas que los mantendrían ocultos mientras se alejaban de allí.

Caminaron con cautela durante varios minutos. La noche era un remanso de silencio, tenía la impresión de que sus pisadas podían oírse amplificadas a cientos de metros de distancia. Pero nadie los interceptó, ninguna voz dio la alarma. Continuaron en dirección a una zona cercana a la plaza, donde se alzaba la forma difusa de otro bloque pequeño de casas.

Germán se detuvo, antes de salir a un claro. Pareció esforzarse en percibir algún ruido, pero a su alrededor no ocurría nada. Habían logrado alejarse de la diana sin ser descubiertos. El siguiente paso era resolver qué debían hacer a continuación.

Sin decir nada, su acompañante echó a andar hacia las casas. Se le aceleró el pulso al reconocer hacia cuál se dirigía. En su porche era habitual ver apostados a algunos de los secuaces de Tebras. Como perros guardianes.

—¿Qué haces? —preguntó en voz baja, siguiéndolo a unos pasos de distancia.

No obtuvo respuesta. Podía regresar a casa de Tomás y de Camila, ya había hecho lo que creía que debía hacer. Germán estaba a salvo, no sabía hasta cuándo. Pero él no tenía por qué verse involucrado en ningún acontecimiento posterior.

—¿Tienes miedo?

Germán se había detenido, la luna dejaba ver que a su rostro asomaba un gesto de desafío. Lo observaba fijamente, retándolo. A esas horas, si la información de Caco era fidedigna, estarían a punto de asaltar la casa. Pero ¿y si se habían demorado? ¿Y si no habían ido todos? Acercarse a la cuna del mal, a su guarida, le hizo temblar dentro del uniforme. Aquella no era una buena idea. No era una idea siquiera, tan solo un impulso de Germán. Debía frenarlo.

—Puede que estén todavía dentro. O que se hayan quedado algunos —replicó.

—Mejor. Más sacos que moler. —La respuesta le paralizó el cuerpo, Germán se dio cuenta—. No va a haber nadie. Pero si quieres irte en mitad de la noche, con esos sueltos por ahí, tienes vía libre.

Germán reanudó el paso y se acercó a las casas. Con gestos cautelosos, escudriñó algunas de las fachadas y ventanas. Dudó varios segundos, pero al final lo siguió. No le faltaba razón, no tenía ganas de toparse a solas con alguno de los compinches de Tebras.

Bordearon aquella que a él le provocaba un mal augurio y a Germán alguna especie de fascinación. No se percibía rastro de luz, tampoco se oía nada. Germán se acercó a la entrada y agarró el tirador de la puerta. Sintió el impulso de pedirle que no lo hiciese, pero se contuvo. Vio como la puerta no cedía, a pesar de que lo intentaba de nuevo. Estaba cerrada.

—Habrá que buscar otra manera.

Agarró el brazo de Germán cuando vio que a espaldas de este la puerta se abría. Su gesto de pánico fue señal suficiente para su acompañante, que se giró dispuesto a enfrentar un ataque inesperado. Frente a ellos, asomó con recelo la figura de un hombre. Los contempló, en silencio, con un gesto timorato. Reconoció su rostro. A juzgar por su reacción, Germán también.

—¿Qué… hacéis aquí?

El hombre al que habían bajado de la cruz los escrutaba sin entender muy bien la presencia de ambos. Sin duda, de los tres nadie estaba más asustado que él. Se encogió cuando Germán se acercó, se apartó cuando este dejó claro sin mediar palabra que quería entrar. Tras una vacilación fugaz, hizo lo mismo que su acompañante.

La casa estaba casi a oscuras. De una estancia contigua provenía un resplandor muy débil, suficiente para dejar adivinar el pequeño recibidor. El corazón se le aceleró al tropezar con algo tirado en el suelo. Un par de zapatos. Avanzó con tiento, sabiendo que lo último que debía hacer era provocar cualquier ruido. A sus espaldas, oyó que la puerta se cerraba con un susurro.

—Estás tú solo —musitó Germán cuando el hombre les dio alcance.

Vieron que asentía, hizo un amago de acercarse a un quinqué que

había en una esquina, pero Germán lo detuvo.

—No hace falta que llamemos la atención —señaló. Miró al hombre de arriba abajo—. Si no puedes con el enemigo, únete a él, ¿no?

—Yo… solo vigilo la casa cuando no están —balbuceó el hombre.

—¿Y adónde se han ido?

El hombre le devolvió una mirada a modo de respuesta, como si aquella pregunta fuese demasiado evidente.

—Bien, si tu tarea es vigilar, no te entretengas —indicó Germán, y empezó a moverse por lo que parecía ser un estrecho comedor—. Avisa si alguien se acerca.

El tono no invitaba al desacuerdo ni a la menor protesta, así que el hombre se desplazó silencioso hacia la entrada.

—¿Qué pretendes hacer?

Lo había seguido hasta el lugar casi a ciegas, sin saber muy bien cuáles eran sus intenciones. Estaban en la casa de quien trataba de hacerles la vida imposible. Sentía la urgencia de salir de allí cuanto antes, de alejarse todo lo posible.

—Lo último que esperan es que la persona que en estos momentos debería estar retorciéndose entre sus dedos, esté poniéndoles patas arriba la casa. —Iba a replicar a unas palabras que no le habían gustado nada, pero Germán le hizo un gesto para que se acercase—. Revisa esa cómoda y los cajones de la estantería.

—No entiendo qué…

—Nos vamos a llevar todo lo que puedan usar como armas —se le adelantó—. Aparta todo lo que pueda hacer daño. Voy a echar un vistazo en las habitaciones.

Germán desapareció en la oscuridad. Se dio la vuelta y vislumbró a duras penas el cuerpo del hombre junto a la puerta entreabierta de la entrada, por la que se filtraba un resto de claridad. Abrió los cajones con cuidado, tanteó el interior. En los dos primeros halló solo manteles y trapos. En el tercero, sin embargo, retiró como un resorte la mano al clavar el dedo en uno de los dientes de la sierra que allí había. La extrajo, sin poder asombrarse. Había visto aquella herramienta junto a las demás en el granero.

En su inspección encontró también unas pequeñas bolsas de plástico que prefirió no tocar. Germán había hablado de armas, así que se aferró a esa directriz para tomar la decisión de dejar la droga en su sitio. Temía las represalias por lo que ya estaban haciendo, dejarlos sin eso le parecía buscarse a pulso una condena a muerte. En el fondo, una parte de sí mismo, perversa, fantaseaba con que el ansia de aquellos hombres pudiese derivar en una sobredosis.

Germán regresó con las manos llenas. Depositó sobre la mesa del comedor varios cuchillos de distintos tamaños, junto a un sacacorchos, un par de tijeras y diversos tenedores.

—Quieres que coman con las manos —valoró, al ver el botín.

—Prefiero que no coman.

De los holgados bolsillos del uniforme sacó varios envases de comida, latas de conserva y piezas de fruta. Le entregó algunos, para que los guardase.

—Esto es una provocación.

Un brillo asomó a los ojos de Germán. A pesar de la falta de luz, le pareció distinguir una sonrisa en su rostro.

—Puedes relajarte, ya nos habían declarado la guerra. Y no es una provocación, es quitarles lo que ellos han quitado antes.

El vigía se acercó a ellos. Ante el gesto interrogante de Germán, negó con la cabeza. Nadie venía de camino. Se fijó en los elementos que había reunidos sobre la mesa, pero no dijo nada. Germán se acercó al hombre.

—No quiero que te suponga un problema —le dijo—. Pero todos estaremos mejor sin que ellos tengan esto. Diles que fui yo quien se llevó todo.

El hombre frunció el ceño.

—Entré aquí por la fuerza, te amenacé y cogí lo primero que vi. Yo solo, a él no lo has visto.

Se sintió avergonzado cuando el dedo lo señaló. Le hubiera gustado asumir la responsabilidad de sus actos, dejarles un mensaje tan contundente: ya no les tenía miedo. Pero no era cierto. El miedo seguía siendo una sombra que lo acompañaba a todos lados. Por esa razón, el acto de Germán ya no le parecía únicamente una locura, también era una demostración de valentía.

—Podemos revolver todo un poco —sugirió, en un intento por sentirse útil—, para que parezca que…

—No te preocupes —lo interrumpió el hombre—, me las apañaré. No son los más listos. Solo los más violentos.

—Ni siquiera eso —musitó Germán.

Salieron de la casa con el mismo sigilo con que habían accedido, pero con más peso en sus bolsillos. Germán volvió a dirigir la marcha. Bordearon la plaza por el lado opuesto. La noche seguía tranquila, ningún ruido extraño perturbaba la calma que reinaba. Todo el mundo estaba metido en sus casas, tal como les habrían recomendado hacer.

Siguió a Germán hasta la orilla del río. Allí, donde la tierra estaba más húmeda y blanda, este se arrodilló y comenzó a escarbar con las manos. Sin decir nada, se situó a su lado y comenzó a imitarlo. Entre los dos excavaron un agujero lo suficientemente hondo y amplio para meter todos los instrumentos que vaciaron de sus uniformes. Luego lo taparon con rapidez.

—Creí que querrías quedarte tú con todo esto —dijo, al terminar.

—Quitarles armas a ellos para dármelas a mí no supone un gran

avance.

No pudo evitar sonreír ante el comentario, a pesar de la tensión que le recorría el cuerpo. Se quedaron en silencio, sentados sobre la tierra. El río corría con su habitual rumor pacífico.

—¿Cómo te enteraste? —La voz de Germán sonó menos hosca de lo habitual.

—Hicieron correr la información, para que nadie entorpeciese sus planes.

—No pareces haber entendido el mensaje.

—No iba a esperar en casa sabiendo que lincharían a un interno. Te recuerdo que si muere uno, lo pagamos todos.

—Deja ya esa cantinela.

—Lo peor de todo es que no estoy seguro de que estemos siendo mejores que ellos… Los espoleamos.

—Ellos necesitan abusar de los demás, siempre. Nosotros nos defendemos. —Antes de que pudiese replicar nada, Germán añadió—: No quiero que me compares ni una sola vez con esa gente. A mí me encerraron porque perdí algo, ellos están aquí porque nunca han tenido nada que perder.

Volvieron a quedarse un largo rato sumidos en el silencio. Germán se levantó, sin decir nada, y comenzó a andar. Siguió sus pasos sin estar muy convencido, sus dudas aumentaron al comprobar que se dirigía a su casa. Desde un recodo observaron que en la vivienda, por lo que parecía, no había nadie. Eso hacía creer la lengua de fuego que bailaba en la sala, dejándose ver a través de las ventanas cuyos cristales descansaban esparcidos en miles de añicos, en el suelo del porche.

No tuvo tiempo de proponerle que se fuese con él a casa de Tomás y de Camila. Germán sorteó las esquirlas que centelleaban con la luz de las llamas y desapareció en el interior. No quiso dejarlo solo.

Lograron apagar el fuego con calderos en cuestión de minutos. Les costó un poco más recolocar algunos de los muebles que habían tirado, al menos aquellos que no habían reventado. Entre los dos colgaron un par de sábanas a modo de cortinas para cubrir las ventanas huérfanas.

Miró a su alrededor. El panorama era desolador, trató de pensar que con un poco de dedicación tendría arreglo.

—Te dije que atraías problemas —recordó Germán—. Me equivoqué.

—Por un momento creí que también me responsabilizarías de esto.

—No. No atraes problemas, te atraen los problemas.

—Te equivocas, una vez más.

Por segunda vez vio el asomo de lo que parecía una sonrisa en el gesto de Germán.

—No me equivoco en eso. Pero sí en lo de que siempre estás huyendo. Ha quedado claro que no es así.

No añadió más, pero supo que era su manera de pedirle disculpas. De agradecerle que hubiese acudido en su ayuda, aunque no la hubiese solicitado.

—El tiempo que nos queda en esta aldea se nos va a hacer muy largo… —lamentó, sin dejar de observar el estado en el que habían dejado la casa.

—En ese caso, Darío, se hará largo para todos.

Día 60

Sonrió al verlos en el espejo. Parecían una familia disfuncional, coja, cuya historia truculenta sería capaz de llenar las páginas de una saga complaciente en enredos y secretos. Pero una familia, a fin de cuentas. Eso era lo que más le llamaba la atención. Que había pensado en una familia al verse reflejado allí, en medio de aquellos cuerpos que se agitaban entusiasmados y risueños.

—¡Pena de una Polaroid para inmortalizar el momento! —lamentó Susana, entre risas.

—Quita, quita —replicó Camila—. Más que una foto, somos un cuadro.

Algunos se separaron y la estampa se descompuso en la superficie de cristal a la que Tomás se había molestado en sacar brillo momentos antes. Era el primer día en que se les permitía deshacerse de los uniformes anaranjados para vestir ropa de diario. Para volver a contemplarse ante un espejo como lo haría una persona normal. Los vaqueros primaban entre los hombres; llevaba puesto uno algo ceñido, del mismo modelo que el que vestían Caco y Samir. Tomás era el único que alternaba, con uno de pana. Entre las mujeres había más disparidad: Camila lucía una falda de lunares, mientras Cayetana se había decantado por unos *shorts* y Susana por pantalones de tiro largo y tela.

La sensación de extrañeza lo había asaltado nada más vestirse, por la mañana. El tacto de la ropa, muy distinto al de la aspereza del mono, le había erizado la piel. Se sorprendió de que un gesto tan simple pudiera desconcertarlo tanto. No compartió esa experiencia cuando se reunió con los demás, pero algunos de ellos hicieron saber que habían sentido algo semejante.

El recuento de esa mañana había sido un espectáculo. Los reclusos estaban revolucionados, niños que estrenaban sus juguetes en la mañana de Reyes. En un par de ocasiones hizo falta que el juez de vigilancia llamase al orden por los altavoces para facilitar una comprobación más rápida y ordenada. Algunos, sin embargo, habían aparecido con los acostumbrados uniformes. El grupo de Tebras observaba a los demás con desprecio. Alguno de sus integrantes había lanzado un codazo a quien presumía ante otros compañeros de su nuevo vestuario.

Comieron juntos en la casa de Susana y Samir, la que contaba con el salón más espacioso de entre todas las del grupo. La reunión le trajo recuerdos de la anterior, que había terminado de manera abrupta con la irrupción de los hombres que habían ido a buscarlo para obtener la carta. Una carta que había terminado en poder de Armando. Seguía sin saber quién se la había entregado, quién había hecho posible que las palabras de Yolanda llegasen a manos de su sustituto. Tampoco sabía nada de lo que pudiera haber pasado fuera con la psicóloga. Había decidido no dar crédito a la amenaza de Armando, la mención a la posibilidad de asesinar a la mujer que había tratado de ayudarle no había sido más que un burdo intento de amedrentarlo. Eso había decidido creer.

—Estás muy guapo.

Cayetana le colocó el cuello del jersey. Siempre había tenido problemas para cuadrarlos con los de las camisetas que se ponía por debajo. En otro tiempo ese gesto le había correspondido a su hermana, que soltaba siempre un bufido teatral mientras le recordaba que ella no iba a estar siempre ahí para adecentarlo.

—Gracias. Me recuerdas a las fiestas de verano de mi ciudad con ese pantalón.

—Vaya, y yo que pretendía parecerme a una de esas modelos que no se preocupa de su imagen… —suspiró ella, con sorna.

Se reunieron en torno al tablero de un nuevo juego que les habían facilitado. Unos días antes, tras el recuento matinal, los agentes habían repartido el material correspondiente a las peticiones aprobadas. La ropa, distintos juegos de mesa, algunos instrumentos musicales como guitarras españolas, flautas y armónicas, libros concretos que habían solicitado… Todo estaba, por supuesto, sujeto a una norma. La ropa, un solo día a la semana; los instrumentos, en determinadas horas. Pero la novedad, el poder poseer y practicar algo nuevo, había aliviado cualquier restricción.

—Mi compañero no se separa de su Biblia —comentó Caco, mientras Tomás lanzaba los dados y esperaba a que Susana leyese en una tarjeta la pregunta pertinente—. Según dice, buscará apoyos para proponer que le dejen oficiar una misa antes de que abandonemos la aldea.

—Las consecuencias de aferrarse a la fe —apuntó Camila—, el pobre cree que saldrá de aquí.

Caco le dirigió una mirada reprobatoria, aunque pronto saltó a otros asuntos sobre los que, como de costumbre, él tenía información privilegiada.

—Lo que tendrías que pedir tú, Caco —se animó a participar en la conversación—, es un micrófono y una frecuencia en la que poder emitir tu programa de cotilleos.

Eludió un puñetazo amistoso que el aludido dirigió a su hombro.

—Ya lo tiene —afirmó Tomás—, se llama radio macuto.

—Podéis reíros —se defendió Caco—, pero si no fuese por mí no os enteraríais ni de la mitad de lo que ocurre dentro de esta muralla.

—Quizás hasta lo agradeceríamos. —Cayetana se sumó al ataque y todos rieron. Caco alzó los brazos y ladeó la cabeza, fingiendo sorprenderse por la traición, y ella le mostró la lengua. Ambos terminaron dedicándose una sonrisa cómplice.

Jugaron durante largo rato, hasta que el equipo contrario al de Tomás se cansó de que liderase todos los aciertos. A ninguno le sorprendía ya que el anciano acumulase conocimientos sobre cualquier temática, por rebuscada que fuese la pregunta. Sus disculpas se repetían en cada nueva ronda: había vivido mucho más que ellos, e invertido demasiado tiempo en aquella clase de juegos. Sin duda, disfrutaba. Y aunque la imposibilidad de vencerlo llegaba a ser irritante, el resto disfrutaba también viéndolo en su salsa.

A media tarde abandonaron la casa para acercarse a la plaza. Allí se reunían un par de presos con sus guitarras para deleite de quienes echaban de menos el placer de un arpegio suspendido en el aire. No eran pocos los que, desde hacía un par de tardes, acudían a la llamada musical. Cuando llegaron había ya varias figuras sentadas sobre el suelo empedrado, de cara a la cruz que los músicos habían erigido en pilar central del escenario. No se acostumbraba todavía a no ver todo aquello salpicado de monos de color naranja.

Escucharon un rato en silencio, conectados por la admiración, las melodías que entrelazaban las guitarras. Un rato más tarde se les unió a los músicos uno de los que había recibido una armónica. Aunque no estaba al nivel de los otros dos intérpretes, hubo un par de momentos en que la armonía hizo las delicias de los presentes. Cerró los ojos, se dejó mecer por el compás. El sol bañaba su rostro, y aunque el fino jersey comenzaba a darle más calor del necesario no le importó. Se sentía en paz. A su alrededor podía percibir la misma quietud. Le habría gustado poder quedarse dormido así, con esa sensación de sosiego.

El recital tomó un cariz más festivo cuando varias voces comenzaron a solicitar algunos temas clásicos de su época. Solo uno de los guitarristas parecía tener un conocimiento profundo de ese género, pero los otros dos no dudaron en acompañarlo mientras los oyentes se convertían también en parte de la actuación. Los estribillos sonaron algo tímidos al comienzo, pero no tardó en formarse un pequeño coro desafinado que alternaba carcajadas con estrofas que habían sido la banda sonora de la juventud de muchos de ellos. Reconocía algunas de aquellas canciones, y a su memoria acudieron de manera desordenada recuerdos que creía haber perdido. Un viaje

en coche con sus padres y su hermana a las playas del sur, la verbena en el pueblo de los abuelos maternos, un casete utilizado hasta la saciedad para grabar los éxitos del momento que sonaban en la radio. A su lado escuchó a Susana unirse a las voces, con una entonación tímida pero aterciopelada. Tomás también se dejó llevar por una melodía que pareció trasladarlo a otros tiempos. Los demás se miraban entre sí, complacidos. Cayetana cogió su mano y la de Caco, el gesto se extendió entre el grupo. Pensó que era la primera vez en mucho tiempo que se sentía en libertad. Por más que la piedra del muro que los cercaba no hubiese desaparecido.

Divisó a Germán a lo lejos. Estaba a la sombra, apoyado contra la fachada de una de las casas que daba a la explanada. Le causó impresión verlo con ropa corriente; hasta ese momento no se le había ocurrido pensarlo, pero una parte de él daba por hecho que no renunciaría a su uniforme. Que no tomaría parte de la celebración que suponía vestirse como una persona más, como alguien que no ha sido encarcelado por haber cometido un crimen.

Germán lo vio acercarse y se despegó de la pared. Se alejó de la plaza, donde la música seguía sonando. En un primer momento pensó que no quería que lo molestase, pero el ritmo lento de su caminata le dio a entender que esperaba que le diese alcance. Se apresuró un poco.

Caminaron por la tierra, dejando a su paso un leve rastro de polvo en el aire. Corría una brisa suave, insuficiente para combatir el calor de la tarde. Se sacó el jersey y respiró más aliviado.

—Reconozco que se me ha hecho raro verte sin el mono puesto.

—¿Qué pasa con el resto? —Germán lo miró—. ¿Soy el único que merece estar señalado de manera permanente?

—No me refería a eso —se corrigió—. Lo que quería decir es que…

—No digas nada.

Continuaron en silencio. A la entrada de una casa se encontraron a dos hombres jugando a las palas. Sudaban mientras reían y otros dos compañeros se guarecían del sol en el porche sin perder detalle del intercambio de golpes. Cuando la pelota caía, lanzaban un aullido y aplaudían con fervor. La pelota se desvió en un derechazo algo forzado y fue a caer ante sus pies. Germán se adelantó y agarró la bola. Se la lanzó con destreza a uno de los jugadores. Ambos le dieron las gracias y retomaron el juego.

Alcanzaron la arboleda, donde algunos reclusos disfrutaban de una siesta a la sombra. Las copas frondosas de las encinas lanzaban un manto alargado sobre la tierra. Los pocos olivos que salpicaban el espacio que la especie predominante dejaba disponible presentaban un aspecto derrotado. En torno a sus troncos, algunas aceitunas secas conformaban cercos irregulares. Los habían expoliado a fondo. Les

esperaba un largo proceso de recuperación.

Germán se sentó contra el tronco de una encina solitaria. Él se quedó de pie; prefería estar así, admirar desde esa posición el paisaje que los rodeaba.

—Sé lo que intentas hacer. —Germán había cogido un trozo de corteza que desgajaba con calma entre sus dedos.

—¿A qué te refieres?

—Lo de que nos vean juntos. No me opongo.

Frunció el ceño. No creía entender a qué se refería con aquello. Había cedido al impulso de acercarse a él en la plaza. Para interesarse por su estado, para saber cómo estaba. Para enterarse también de si había vuelto a sufrir algún asalto, o cualquier tipo de incidente con unos enemigos que por desgracia compartían.

—No ha sido planeado. ¿Por qué crees que lo he hecho?

Germán limpió la costra más blanduzca de la corteza hasta dejar un trozo liso, bien pulido. Luego se lo guardó en el bolsillo del vaquero.

—Nunca he sido partidario de las alianzas. Los pactos de poder significan que siempre va a haber un opresor y un oprimido. Aunque su objetivo inicial sea la protección, las alianzas derivan en abuso. Siempre. He podido comprobarlo.

—No estoy proponiéndote ninguna alianza…

—No te engañes. O no intentes engañarme a mí. —Su tono se endureció lo suficiente para sonar a reproche—. Pero llevamos demasiados días en el punto de mira. Si esto sirve al menos para que se cuiden de saltarnos encima cada vez que no encuentren nada mejor que hacer, lo acepto. Lo que deberías pensar bien es si a ti te conviene.

—¿Que me vean contigo?

Germán asintió. Rebuscó entre la tierra otro pedazo de corteza caída y repitió el mismo proceso.

—No veo cuál sería el problema.

—El problema es que yo soy un reto, tú no. Vienen porque saben que no voy a someterme. Tú los atraes por lo contrario.

—Yo no me he sometido.

—Te has revuelto más de lo que cabría esperar, es cierto. Pero sufres, y ellos son hienas que se alimentan del dolor.

—Tú sin embargo eres insensible al sufrimiento.

—Yo sin embargo estoy dispuesto a arrancarles la vida. A cada uno de ellos.

Calló ante su acceso de furia. La mirada se le había vuelto a enturbiar. La corteza se partió en dos y los restos regresaron a la tierra de la que habían sido alzados. Tragó saliva antes de volver a hablar. Germán no lo miraba.

—Nos queda un mes más aquí. Lo único que quiero es salir y

recuperar mi libertad cuanto antes. No quiero que me maten, pero tampoco quiero que nadie muera. Porque entonces me quedaría sin libertad.

—Quizás tengas que escoger, Darío. —Clavó los ojos en los suyos. La rabia se había difuminado, sustituida por una sinceridad que no había visto en él antes—. Quizás las opciones no sean no matar a nadie y salir de aquí. Puede que para sobrevivir, para llegar al final, sean necesarias muertes.

Miró a su alrededor con inquietud. Los reclusos más cercanos estaban a varios metros de distancia, sumidos en lo que parecía ser una siesta larga y dichosa. Más allá, en el río, algunos cuerpos desnudos chapoteaban haciendo un ruido acolchado. Nadie salvo él parecía haber escuchado las palabras de Germán.

—Creo que repites lo de matar como un mantra. Si realmente quisieras quitarle la vida a alguien, ya lo habrías hecho. Has tenido oportunidades.

—La culpa es de gente como tú —escupió.

Germán se incorporó en un solo movimiento. Los brazos eran dos ramas tiesas a ambos lados del torso. Volvía a estar en tensión. Dejó que pasasen unos segundos antes de replicar. No quería azuzarlo, no era esa su intención. Pero tampoco quería permanecer callado ahora que tenía ocasión de hablar. Sin embargo, fue Germán quien retomó la palabra.

—Siempre hay alguien que lo complica todo. Alguien ingenuo, idealista. Dispuesto a demostrar que la vida no es blanco y negro, que no es vida y muerte. La gente como tú lo complica todo.

—No entiendo de qué me acusas.

—De tu necesidad de demostrar que se puede ser buena persona. —Quiso rebatir esa acusación, pero se contuvo. Tal vez no tuviese otra ocasión de escuchar a Germán hablar sin reprimirse, sin encerrarse en su coraza—. Te gustaría que no hubiese líos, ¿verdad? Que los tres meses que nos obligaron a pasar aquí fuesen una experiencia memorable. Está en nuestra mano llevarnos bien, colaborar, sentarnos juntos a cantar. ¿Quién nos lo impide salvo nosotros mismos? Sería el mejor ejemplo que podríamos dar, además, para recuperar nuestra libertad, como tú dices.

—Sí, eso estaría genial. Pero no soy tan ingenuo para pensar que sería posible.

—Por supuesto que no es posible. Porque lo que hay aquí son alimañas. No ciudadanos. Lo que hay aquí son las sobras de estos últimos.

—No todos somos iguales.

—Y ese es el problema. Estamos acostumbrados a que haya siempre alguien por encima. Te pisotean, se aprovechan de ti, y cuando te

quejas, los demás te dicen: «pues no les dejes que lo hagan». Pero no puedes plantar cara a quien está por encima, a otra altura, porque eso supondría convertirse en uno de ellos. No queremos eso, sin embargo. No queremos hacer pasar a los que vienen por detrás por lo mismo que hemos sufrido nosotros. —Germán cogió aire, el diálogo había espoleado su ánimo—. Así que la única manera de invertir los roles no es situarse por encima de ellos. Es situarlos a ellos por debajo de nosotros. A dos metros bajo tierra.

Tenía ganas de rebatir esas palabras, pero se contuvo. Era la primera vez que escuchaba a Germán hablar sin frenarse a sí mismo. En su gesto podía adivinar que por su garganta trepaba todavía algo más.

—Si todos fuésemos iguales, funcionaríamos a la perfección. Flora y fauna en perfecta armonía. Unos animales devorándose a otros, pura naturaleza. Nada más que instinto. Pero entonces intervienen los que aspiran a ser algo más que bestias.

—No creo que siempre hayas sido así. Una bestia.

Los dedos de Germán aferraron su pechera y se vio arrastrado, a su merced. Un pequeño latigazo le recorrió el tobillo al torcerse, apretó los dientes para aplacar cualquier quejido. Germán acercó su cara a la suya. Pudo contemplar las marcas que habían dejado en ella los golpes recibidos durante aquel tiempo.

—No hables como si lo entendieses todo.

—Pues lo entiendo. Porque soy igual que tú.

Los dientes de Germán rechinaron. Hacía un esfuerzo enorme por contenerse, por no reventarle la nariz de un cabezazo. Por no dejarlo molido en el suelo, hecho un despojo.

—Sé lo que te hace matar a alguien, Germán. Sé en qué te convierte.

El pulso comenzó a temblar y la mano aflojó poco a poco la presión hasta soltar la prenda. No se movió, dejó que fuese Germán el que volviese a poner distancia. Su cuerpo seguía agarrotado, listo para saltar sobre el cazador como la presa indómita. Se acercó hasta el tronco del árbol y pareció vacilar. No se sentó otra vez. Se giró y dejó de darle la espalda. Su silencio encerraba una pregunta.

—No hizo falta que me lo contase nadie —le confesó—. Lo supe la primera vez que te vi, la noche en que casi acabas con el esbirro de Tebras. Tuve miedo de que lo matases, pero lo que me aterró, lo que me dejó clavado a la pared, fueron los recuerdos que me trajo… Me vi en ti. Solo que tú, esa noche, fuiste capaz de parar a tiempo.

Germán permaneció callado. Reconocía en su gesto hermético un dilema. El de creer o no lo que escuchaba. La posibilidad de tener que desechar la imagen de cordero degollado que se había hecho de él. No había contado con encontrarse en esa posición, en la que la mosquita

muerta confesaba ser un semejante. Alguien que había arrebatado la vida a otro de manera salvaje.

—Mataron a mi hermana. —La voz de Germán salió seca, un golpe de aire—. Veintidós años. La atropellaron en un paso de peatones.

Asintió con la cabeza. Fue su manera de darle el pésame, de hacerle saber que lo sentía.

—Volvía de tomar algo con sus amigos. Fue en la misma calle donde vivíamos. Oí los gritos desde casa. Bajé… —la voz dudó por primera vez, un matiz de vulnerabilidad que no le pasó desapercibido—, vi su cuerpo tendido en medio del paso de peatones. Ya no era ella. De pronto ya no tenía hermana.

Luchaba por terminar el relato sin derrumbarse. No tenía dudas de que lo conseguiría, había consagrado su vida a endurecerse desde entonces. Pero esa fragilidad efímera que pudo vislumbrar le resultó familiar.

—El conductor gritaba, gesticulaba fuera del coche junto al amigo que lo acompañaba. Al principio pensé que sufría un ataque de ansiedad. —Hubo una pausa. Pareció quedarse en blanco, pero su mente en realidad regresaba a una nitidez que quemaba en el pecho, que escocía en la garganta. La de las imágenes que lo cambiaron todo—. Cuando descifré lo que se escurría por su boca entendí que su exaltación era producto de otra cosa. De lo que circulaba por sus venas tras haber entrado por su nariz. Su rabia la provocaba que una idiota hubiese cruzado un paso de peatones justo cuando él pasaba por allí al triple de velocidad permitido en la zona.

Germán no prosiguió, a él no le hizo falta preguntar. El silencio dejó espacio a la reconstrucción invisible de los hechos que siguieron. No había estado allí, no tenía manera de saber cómo había actuado Germán, pero habría podido describir la escena sin dificultad. No los sucesos exactos, sino la pulsión que se había apoderado de su mente, la violencia que había guiado sus movimientos.

—Entiendo que no quieras crear vínculos con nadie —le admitió—. Pero tú no eras como intentas ser ahora. Eso es algo que no puede cambiar.

—Todo puede cambiar —sentenció Germán—. A veces es tan sencillo como no pensar en las consecuencias de hacerlo.

Trató de conducir el diálogo por otros derroteros, pero ya no fue posible. La cabeza de Germán seguía anclada a los recuerdos que había desatado. Decidió dejarlo solo, cederle el espacio que parecía necesitar para regresar poco a poco al calor de su coraza. Se despidió de él y se alejó por la ribera del río.

En el agua chapoteaban con frenesí cuatro presos. Los saludó con la mano al pasar a su altura. Uno de ellos lo invitó a unirse, y ante su negativa otro trató de hacerlo sucumbir salpicándolo con los brazos.

No pretendían incordiarlo, sus gestos eran desprendidos y graciosos, niños en su ansiada visita a la playa. Los dejó atrás mientras sorteaba alguno de los chorros que todavía trataban de alcanzarlo.

En el gallinero, a lo lejos, parecía haber un poco de revuelo. Las gallinas cacareaban y algunas de ellas pegaban saltos en los que agitaban con frenesí sus alas. Distinguió un par de cuerpos naranjas por el medio. Supo que no debía acercarse, por más que le fastidiase que pudieran estar haciéndole algo inapropiado a los animales.

Al principio no lo reconoció al divisarlo unos cuantos metros más allá, recorriendo el mismo camino en dirección opuesta a la suya. Vestía unas bermudas color caqui, un cinturón dorado y negro las ajustaba a su cintura. El polo se ceñía a su torso enjuto. Lo más llamativo de todo, sin duda, eran las gafas de sol que cubrían parte de su rostro y dificultaban la tarea de identificarlo. Y el pelo. No podía asegurar si era gomina lo que había usado, pero se recogía hacia atrás brillante, excesivamente brillante, dejando que el sol rebotase con fuerza sobre él.

—Contigo quería yo hablar.

La sonrisa ladina era inconfundible a pesar de cualquier disfraz. Arteta detuvo su paso a un metro de él. Estuvo tentado de no pararse, de continuar su camino a la plaza, donde quizás seguirían sonando las guitarras y las voces desafinadas, aunque desde allí no alcanzaba a oír ninguna pista que lo certificase.

—Muy guapo, sabes sacarte partido. —Arteta bajó las gafas lo suficiente para evidenciar el repaso visual—. Te sentarían mejor tonos más cálidos.

Asintió con la cabeza, deseando irse. Cada segundo que pasaba en su compañía aumentaba el riesgo de terminar en problemas. Pero Arteta no parecía tener prisa. Todo lo contrario. Le bloqueó el paso, mientras se ajustaba de nuevo las gafas.

—¿Todo bien?

Volvió a asentir. La última vez que se habían visto las cosas no habían terminado bien. Le había tendido una trampa. El regalo que le había hecho llevar al manco y compañía no era tal, sino un caramelo envenenado. Crespo le había pedido explicaciones, furioso, y él al principio no había entendido el fallo que le recriminaban. Arteta, sin embargo, disimuló adoptando su posición de abogado de un estúpido que no había pensado bien las cosas.

En cierto modo, le debía una a Arteta. No por traicionarlo, ni por hacerlo sentir un idiota ante el grupo de Crespo. Este podría haber reaccionado muy mal, había hecho el amago de ello, pero finalmente había dado la razón a su perro faldero. No valía la pena contar con él. Y ese desprecio había supuesto también su liberación.

—Todo bien. —Contuvo sus ganas de agradecer con sarcasmo el

favor que le había hecho.

—De eso se trata. De que todo vaya bien. Pero hay un temita que me preocupa un poco. Tu colega, el lorito, parece que todavía mueve por su cuenta.

—No sé nada —se apresuró a decir. No quería prolongar la conversación, pero tampoco traicionar a Caco. Sabía que le quedaba por distribuir parte del material que había vuelto a recibir de su hermana.

—Sabes más de lo que aparentas —silbó Arteta. Se pasó una mano por el pelo y al momento la retiró, pringosa. Chasqueó la lengua—. Pedí gomina. Los muy putos no trajeron ni un bote. Con aceite es una mierda.

Hizo el amago de limpiar la mano en su camiseta, ante lo que se quedó inmóvil, aguardando la ofensa. Pero Arteta corrigió el gesto y decidió librarse del aceite en sus propias bermudas. Solo lo consiguió en parte.

—Escucha, guapito. Dile que pare. No estoy de cachondeo.

—De verdad, yo no sé…

—Me da igual lo que sepas —le espetó, y su gesto pícaro se transformó en una lámina de piedra—. Dile que pare.

Hizo un esfuerzo por no rebatirlo. Nadie saldría ganando. Él no era responsable de lo que Caco hiciese o dejase de hacer, por más que desease que su compañero no se metiese en problemas. Menos aún cuando estos involucraban a Crespo. Pero no tenía mucha alternativa. Hablaría con Caco, le trasladaría el mensaje de Arteta. Y rezaría por que nada pasase.

—Lo haré.

—Ese idiota no aprende —añadió Arteta, y su vista siguió el recorrido discontinuo de una mariposa que había irrumpido entre ambos—. Cree estar de vuelta de todo. Y lo que está es en la puta cuerda floja. Recuérdaselo. En la cuerda floja. Si no anda con ojo…

—Lo he entendido. Puedes ir corriendo a decírselo a Crespo.

Lamentó no haberse mordido la lengua, pero de poco habría servido. La sangre había empezado a hervirle, y llevaba demasiado tiempo callando las verdades que se le acumulaban en la boca. Arteta fijó su mirada en él. Podía oír su respiración entrecortada. No le había gustado nada el comentario.

—Estás perdiendo pie, niño.

No respondió. Le sostuvo la mirada, los puños se apretaron en un acto instintivo. Se concentró en dominar la rabia, en mantenerla a raya.

—Sé muy bien lo que hago.

—No. No sabes una mierda —objetó Arteta, arrastrando la última palabra. Redujo la distancia entre ambos, percibió un aroma cítrico

que se desprendía del polo impoluto—. Si crees que tienes el culo a salvo por ponerte al abrigo del perturbado ese…

—No estoy al abrigo de nadie —le cortó. Arteta apretó los dientes, pero dejó que siguiese—. Lo que estoy es cansado de amenazas. Cansado de órdenes. Se está mejor sin ser esclavo de otros. Deberías probar.

La mandíbula de Arteta tembló, al límite del desprendimiento. Se pasó una mano nerviosa por el pelo, de nuevo tuvo que secársela en las bermudas.

—Yo no soy un esclavo de nadie —dijo, en un silbido lento.

—Si crees que…

—Tú no lo entiendes. —Arteta respiraba con dificultad. La mariposa apareció de nuevo y revoloteó alrededor de su cabeza. Le dirigió una mirada airada, pero al instante corrigió la dirección y clavó la vista en él—. No lo entiendes. Necesita que lo cuiden, que lo protejan.

Al principio no entendió a qué o a quién aludía. Entonces no pudo reprimir un gesto de asombro.

—¿Te refieres a Crespo? ¿Hablas en serio?

—Ni tú ni nadie entendéis cómo es —se apresuró a explicar, en su tono crecía la impaciencia—. Es frágil, y se protege de la única manera que tiene a su alcance. Pero detrás hay una persona. Como tú y como yo.

—Arteta, es un puto enfermo.

—No hables así… —Arteta amagó un puñetazo. Ni siquiera se molestó en tratar de repeler el posible golpe—. No lo conocéis. No le habéis dado una oportunidad.

—Violó a dos adolescentes. Las asesinó.

El cuerpo de Arteta temblaba, a punto del estallido. Sus ojos se habían humedecido, resultaba difícil precisar de qué manera aquellas palabras traspasaban su sensibilidad. Si era la rabia contenida lo que le hacía agitarse, o si era el recordatorio de lo que su amo había hecho.

—¿Ha sido tu amiguito el que te ha ido con esos chismes?

Tuvo que esforzarse por entender lo que le decía, su voz se había convertido en el silbido de una olla a presión. Decidió no responder. Había sido Caco quien lo había informado de los antecedentes de Crespo, poco después de enterarse de los tratos a los que se había visto obligado a ceder con él. La desconfianza inicial hacia aquel hombre dominante y retraído se había visto empañada por un asco y un odio crecientes, a los que sin embargo no había podido dar salida. El miedo había sido más fuerte.

—Aquí la mierda corre en forma de habladurías. No son más que mentiras —zanjó Arteta—. Solo quieren poner a otros en su contra.

—Sabes que es cierto. Sabes que es el asesino de dos chicas inocentes, indefensas.

—Cállate.

—No creo que tú seas como él.

La mano de Arteta volvió a alzarse agarrotada, en forma de puño. Vibró en el aire, y la convulsión se extendió por su brazo. Miró a Arteta a los ojos, sin permitirse un pestañeo, consciente de que todo podía volverse en su contra en cuestión de segundos. No porque Arteta descargase su impotencia sobre su cara, sino porque diese aviso de lo ocurrido a su grupo.

Desarmó el gesto de amenaza poco a poco, sin quitarle el ojo de encima. Arteta solo desvió la atención cuando la mariposa se posó sobre la camiseta que tenía enfrente. Él también deslizó la mirada hacia su propio pecho, donde el insecto descansaba curioso unos instantes. Percibió la oscilación irregular de sus alas coloridas, que nunca llegaban a estar en reposo.

Arteta alargó el brazo hacia la mariposa y él cerró los ojos. Anticipó el desagradable impacto, el ruido seco del insecto deshaciéndose sobre el algodón. Pero no ocurrió eso. Al abrir los ojos de nuevo contempló al insecto deslizarse sobre el dedo índice que Arteta extendía. Por las mejillas de este, un par de lágrimas abrían dos surcos que dejaban al descubierto la fina capa de polvo que cubría su rostro.

Aguardó, sin moverse, a que Arteta pudiera recobrar la actitud agresiva que momentáneamente había suspendido. No hubo ocasión. La sirena inundó la aldea y ambos dieron un pequeño respingo, cogidos por sorpresa. La mariposa desapareció tras un aleteo elegante. Arteta también se alejó, sin añadir nada más.

Se acercó a la entrada del pueblo sin saber a qué correspondía aquel aviso. El sonido estridente había restallado en el aire tres veces. No eran el procedimiento ni la hora habituales. Los reclusos llegaron poco a poco, en pequeños grupos. En sus gestos halló el mismo desconcierto. Nadie parecía saber por qué los convocaban.

La voz de Villanueva resonó en los altavoces para insistir en que todos los presos debían acudir a la llamada. Sin embargo, nadie del exterior accedió a la aldea. Ningún agente apareció tras el portón, cuyas hojas gruesas de acero no se movieron un centímetro.

—No tengo todo el día —anunció el juez de vigilancia—. Si alguno se ha quedado rezagado, le transmitís el mensaje. En primer lugar, se acabó lo de vestir de calle. Nada más termine de hablar, os dais una buena ducha y regresáis al confort del uniforme.

Algunos abucheos e insultos sobrevolaron la explanada. No podían distinguir el rostro de Villanueva, en lo alto de la torre, pero resultaba sencillo imaginar que ni se había inmutado.

—Al que se le ocurra aparecer mañana vestido con ropa que no

corresponde, o cualquier otro día, le recuerdo que tiene premio. Ese tipo de premio que uno desearía reembolsar. Así que sed agradecidos, nada de tocar las pelotas. —Las quejas y ofensas continuaron, pero se apagaron al proseguir el juez de vigilancia con su discurso—. Y ahora al lío: en dos días tenéis visita.

Hubo murmullos, ya no improperios. Ninguno de los presentes pareció captar con éxito el significado de aquella información. Miró a su alrededor, pero la respuesta no estaba allí. Villanueva se encargó de arrojar luz suficiente sobre sus propias palabras al añadir unas cuantas más.

—Os visitarán vuestros familiares o allegados. En dos días. A lo largo de toda la jornada.

Los murmullos derivaron en un runrún agitado. La información había pasado de ser incomprensible a excesiva. Villanueva pidió un poco de calma, pero le fue necesario repetir la solicitud unas cuantas veces antes de que obrase un mínimo de efecto.

—Ladrad luego, cuando haya acabado. Ahora prestad atención. La propuesta fue presentada a los contactos de los sesenta y cinco condenados que estáis aquí. A los de todos, insisto. Algunos aceptaron y otros no, así de simple. Imagino que la mayoría de los que, pasado mañana, sostendréis un diálogo con la palma de vuestra mano ya sabéis quiénes sois. Pero si alguno se lleva la sorpresa y le da por pillarse un berrinche, que se lo piense muy bien antes de tratar de tocar los cojones con la organización. Porque saldrá caro.

Contra todo pronóstico, una salva de aplausos se abrió paso entre los reclusos. Empezó como una reacción tímida a la que terminaron por sumarse la mayor parte de los congregados. Algún silbido se unió a la celebración espontánea de la noticia. Sabía que él estaba entre los que se quedarían solos, pero le invadió una especie de gratitud al pensar que algunos de sus compañeros podrían ver y hablar, quizás incluso tocar, a sus seres más queridos. Algunos se desplazarían desde muy lejos solo para compartir un día, un rato con ellos. Era motivo suficiente para arrancar aplausos entre quienes momentos antes arrojaban su rabia contra la voz del juez de vigilancia.

—Pasado mañana, tras el recuento, daremos los detalles del procedimiento. Descansad bien, para estar soportables ante vuestros familiares. Y, ahora, a quitarse esa ropa. El naranja vuelve a estar de moda.

Regresó a la casa de Tomás y Camila. Al pasar por delante de la suya vio a Cristóbal en la entrada, junto a un par de reclusos. Hablaban con júbilo, la noticia parecía haber inflamado sus ánimos. Su excompañero de morada le dirigió la mirada un segundo, pero actuó como si nada. Él tampoco redujo el paso. Echaba de menos la soledad de su dormitorio, la comodidad de ocupar un espacio sin

sentirse un invasor. Pero continuó su camino.

Tomás compartía una alegría semejante a la suya. Después de haber firmado la solicitud para participar en el proyecto, le había hecho jurar a su familia que, durante el tiempo que durase su estancia en la aldea, jamás se acercarían a ella. Ni siquiera para ver el lugar desde lejos. Así que su dicha se debía a que los demás pudieran reencontrarse con los suyos. Camila se mostraba más entusiasmada.

—Imagino que habrán avisado a la mamá y a Luismi —les explicó, radiante—. Qué ganas tengo de verla a ella. Y con él más les vale que me permitan un vis a vis en condiciones.

Cenaron los tres juntos, la conversación que acompañó la cena fue una de las más animadas que habían tenido. De noche cerrada, pudieron oír una guitarra lejana. A esas horas había quedado prohibido tocar cualquier instrumento, pero alguno de los músicos parecía haberse visto superado por la emoción. Quizás fuese a ver a su madre, a su esposa, a sus hijos, en tan solo un par de días. Podía perdonársele que aquellos arpegios sonasen fuera de horario.

Valoró la posibilidad de acercarse hasta el río cuando Tomás y Camila se retiraron a sus habitaciones, pero se sentía cansado. Se dejó caer sobre el colchón. Estuvo un largo rato despierto, la vista clavada en el techo triangular. La guitarra se oyó un rato más. En cuanto dejó de sonar, empezó a llorar. Lo hizo en silencio, sin dejar escapar el más mínimo gemido. Había sido un buen día. La comida familiar, los cantos en la plaza, el acercamiento a Germán, la entereza ante Arteta, la noticia de las visitas. La ausencia de personas como Tebras, Crespo o sus compinches. Había sido un buen día. El primero, quizás. El último, con toda seguridad. Allí lo bueno poco podía durar.

Día 68

Dejó caer la azada con fuerza sobre la tierra. Un terruño salió despedido un par de metros y se deshizo en pedazos al alcanzar la rabadilla de Cayetana, que localizaba agachada las malas hierbas que arrancar.

—Es el segundo proyectil que me lanzas —se quejó ella, volviéndose hacia él con una mueca burlona—. ¿No querrás decirme algo?

—Lo siento. —Aprovechó para clavar la pala y secarse el sudor que le empapaba el rostro—. La tierra está un poco blanda.

—Más razón para que no tengas que arrearle esos golpes.

Cayetana dejó un puñado de hierbajos en el capazo que tenía a su lado y se acercó. Se recogió un mechón húmedo que le colgaba ante los ojos. Tenía las mejillas encendidas, fruto del esfuerzo bajo el sol que a esas horas complicaba cualquier tarea. Eran pocos los que se habían acercado a la huerta en esos últimos días, después de lo que había ocurrido. Las condiciones en que debían trabajar tampoco suponían un incentivo.

—Me pregunto de dónde sacas esa energía. No pega nada con tus ojeras.

—En algo habrá que invertir el tiempo.

—En descansar, por ejemplo —señaló Cayetana—. Cosa que pareces no estar haciendo demasiado.

Miró la azada. Sentía la necesidad de no detenerse, de alzarla y dejarla caer con fuerza de nuevo sobre la tierra. Sentir el momento en que la hoja horadaba la tierra y creaba un surco donde antes solo había una masa compacta. Un surco que, a esas alturas, ya no servía de gran cosa. La huerta había iniciado un proceso lento y sereno de defunción.

No quiso responderle que las mismas ojeras que describía se veían reflejadas en su piel pálida. La única diferencia reconocible en sus rostros era que ella se esforzaba por mantener un gesto distendido, ajeno en apariencia a la atmósfera sofocante que los envolvía. No solo por el calor.

—No tienes por qué estar aquí —fue lo que se le ocurrió decir, en un tono amable—. Esta temperatura es insoportable.

—Ah, así que tú eres el único con derecho a fustigarse.

Cayetana ladeó la cabeza, con fingida reprobación. El reproche consiguió arrancarle una sonrisa, la primera en varios días. El calor la absorbió en cuestión de segundos. El calor y el runrún incesante que llenaba su cabeza.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó, en un intento de apartar el molesto murmullo que solo él oía.

—Viva. ¿Y tú?

—Vivo. Si no se demuestra lo contrario.

Fue ella la que sonrió esta vez. De su gesto se desprendió una suave carcajada contenida. Se recolocó el mechón rebelde tras la oreja, luego echó un vistazo hacia el río, donde podía verse a algunas personas sentadas a la orilla, con pies y piernas sumergidos en el agua. Incluso el recreo allí era distinto al de otras veces.

—He oído que Crespo te ha dejado tranquilo.

—No creo que deje tranquilo a nadie que esté en un radio menor a un kilómetro.

—¿Te gustaría verlo muerto? —La miró, sorprendido por la pregunta—. Si su muerte no echase por tierra lo que soportamos aquí, ¿te gustaría verlo muerto?

Los ojos de Cayetana refulgían, una llama prendida por una repulsa honda.

—A mí sí. Me gustaría verlo muerto —añadió ella, tras su silencio. El brillo de sus ojos desapareció—. Del encuentro tampoco quieres hablar, imagino.

El rumor interno cobró de nuevo intensidad. Se apresuró a cortar la escalada.

—Preferiría que me contases cómo les va todo a los Romeo y Julieta de la aldea.

Cayetana le lanzó un puñetazo al hombro. Lo miró con el ceño fruncido.

—No digas eso —le reprochó. Al ver su reacción de desconcierto, aclaró—: No entra en mis planes clavarme un cuchillo por amor. Ni dejar que ese tonto se envenene a sí mismo. Aunque lo veo capaz.

—Me alegra saberlo. Me gusta que esta historia tenga final feliz.

Le dedicó una nueva sonrisa, cómplice, pero esta se desvaneció al no encontrar correspondencia. Una sombra había cruzado la cara de Cayetana. La había visto, a pesar de que la luz volvía a bañar su tez de porcelana.

—¿Hay algún problema con él? —se atrevió a preguntar.

—¿Con Caco? Que es un culo inquieto, pero eso tú ya lo sabes. —La rapidez con que quiso despachar la pregunta aumentó su recelo. Cayetana mantuvo una actitud despreocupada—. Está mosqueado porque contaba con que su hermana le trajese algo al encuentro. ¿Te lo puedes creer? Es un inconsciente. Supongo que es parte de su

encanto.

—Sí, no tenía mucho sentido eso… Pero me refiero a si todo va bien entre vosotros.

Cayetana lo observó con curiosidad. Parecía haber aceptado que su preocupación no era mera formalidad.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Las parejas discuten a veces, tienen opiniones distintas… Supongo que las circunstancias tampoco ayudan a llevar una relación convencional. —Se arrepentía de haber intentado entender por qué Cayetana se callaba algo. Solo deseaba rebobinar unos instantes. No sabía por dónde salir—. No me hagas caso, no tengo mucha idea de relaciones. Solo quería saber que estabais bien.

—¿Te ha dicho algo?

—No hemos hablado mucho en los últimos días.

—Por lo que sé, has estado un poco escurridizo. Nada nuevo, tampoco. —Cayetana volvió a hacer gala de su mueca burlona—. Estamos bien, sí. Dentro de lo que se nos permite, estamos bien. Me hace sentir a gusto cuando está conmigo, y yo a él también. Más le vale no ir por ahí contando lo contrario.

Les interrumpió la voz de Susana, que se acercó a ellos con una jarra rebosante de agua. Los bajos empapados de su uniforme indicaban que acaba de llenarla en el río. Le ofreció primero a Cayetana, que agradeció el gesto y bebió un par de largos tragos. Un par de gotas rodaron desde la comisura de sus labios, cuello abajo. Al terminar, le ofreció la vasija a él. Bebió más que ella. La energía que había descargado sobre la tierra por medio de la azada lo había dejado seco.

—Gracias —le dijo a Susana con voz entrecortada.

—Si no me molesto en venir a refrescaros, os quedáis tiesos aquí —regañó ella—. Ay, la juventud.

Se alejó unos pasos, hasta donde Samir se entretenía con una porción de terreno. Había bajado con ellos hasta la huerta, aunque como de costumbre se mantenía a distancia de los otros presentes. Vieron cómo agradecía en silencio la generosidad de su compañera y bebía un trago.

—¿Por qué no dejáis de marear la tierra y os venís al río? Están allí los demás.

Cayetana alzó los brazos y se dio por vencida con el argumento. Se restregó las manos en el mono y bufó cuando el mechón volvió a quedar colgado ante sus ojos. Susana lo miró a él, esperando que se uniese a la comitiva.

—Yo me quedaré un rato más aquí —se disculpó.

—Yo también —se sumó Samir, y los tres se giraron hacia él.

Samir le dedicó una mirada, a la espera de que aprobase su

compañía. Le sonrió y asintió.

—Dos testarudos —rezongó Susana—. Eso es lo que sois.

Les dejó la jarra medio llena y les señaló la zona del río en la que estarían, cerca de la arboleda para aprovechar un poco la sombra.

En los alrededores apenas quedaban un par de reclusos dispersos. El sol calentaba con la rabia suficiente para disuadir a cualquiera de llevar a cabo el menor esfuerzo físico. Pero allí seguía, aferrado a la azada, dispuesto a cavar hasta que el cuerpo le exigiese una pausa.

—¿Quieres que te ayude?

La pregunta de Samir lo cogió por sorpresa. Lo miraba con una mezcla de solicitud y desconfianza, como si la temeridad de hablar por iniciativa propia pudiese ser castigada con un feroz puntapié. Su impulso fue decirle que no, que en realidad no estaba haciendo nada de provecho. Solo buscaba su propio agotamiento. Pero Samir se adelantó a su respuesta. Cogió el rastrillo que Cayetana había abandonado junto al capazo un rato antes, al decidir que hacía demasiado calor para darle uso a aquella herramienta.

En silencio, ambos retomaron la actividad. Ninguno sabía muy bien qué hacía, pero la azada subía y bajaba, una y otra vez, al igual que el rastrillo avanzaba y retrocedía dejando un rastro grumoso en la tierra arcillosa.

Se unieron al resto del grupo un rato más tarde, cuando en silencio decidieron que los tembleques de sus brazos eran la señal definitiva para aceptar la retirada. La jarra había quedado ya seca. Camila, Caco y Susana se bañaban en ropa interior, mientras Tomás y Cayetana charlaban con ellos desde la orilla. Susana se dejaba mecer por la suave corriente, sumergida de cuerpo entero. Caco hacía justicia a su carácter inquieto, alternando brazadas con algunas piruetas y salpicones dirigidos a quienes todavía no estaban a remojo. Camila nunca dejaba que el caudal cubriese más allá de sus tobillos, pendiente de que su exuberante cuerpo quedase a la vista de todos.

—¿No os bañáis? —preguntó a Tomás y a Cayetana cuando tomó asiento a su lado. Samir lo imitó.

—Nunca me ha dado buena espina el agua —contestó el anciano—. Demasiado traicionera para su apariencia inofensiva. Un viejo como yo puede acabar en el fondo.

Los tres jóvenes rieron, el río difícilmente podía ser menos caudaloso. Le hizo un gesto con la cabeza a Cayetana, extendiéndole la pregunta. Ella se limitó a arrugar los labios en señal de inapetencia.

Se quedaron allí, impermeables a los cantos de sirena que trataban de reclutarlos, hasta que Samir se levantó en un impulso y se deshizo del uniforme. Todos aplaudieron, en celebración de su resolución. Su cuerpo flaco, bronceado, se hundió en el agua sin titubeos. Caco lo recibió con un chapoteo que provocó una risa que nunca antes habían

escuchado. Las carcajadas de Samir evocaban las de un niño al que han pillado robando un trozo de tarta de cumpleaños.

La estampa que tenía ante sus ojos trajo de vuelta por contraste lo sucedido unos días antes. Allí estaba, con el cuerpo extenuado tomándose un respiro al fin. Rodeado de buenas personas, al cobijo que ofrecían los árboles más frondosos, el trino bullicioso de algunos pájaros sobre su cabeza. Aun así, lo ocurrido se sobrepuso a todo ello.

Los nervios se habían manifestado desde primera hora de la mañana. La incertidumbre de no saber si recibirían visita tenía a algunos internos bastante alterados. Ni siquiera sabían quiénes o cuántos serían los visitantes. A una hora temprana les habían informado por megafonía de las condiciones en que se llevarían a cabo los encuentros, pero hasta en eso el juez de vigilancia había sido demasiado impreciso. No sabían, por tanto, qué era lo que les esperaba.

Tras la hora de comer, resonaron por los altavoces los nombres de los primeros afortunados. No fueron los únicos en plantarse ante el portón. La reducida población de la aldea se congregó en la explanada, expectante. Primero accedió el primer dispositivo de vigilancia, dos filas de agentes que crearon un escudo entre los convocados y quienes todavía no habían recibido mención. Y, acompañados de otros guardias, aparecieron los primeros familiares.

Estaba prohibido el contacto físico. Debía respetarse una separación de dos metros entre ambas partes, una pareja de vigilantes supervisaba cada encuentro. A los externos no les estaba permitido hablar de nada relacionado con el proyecto. Cualquier mención, por sutil e inocente que fuese, daría por terminada la cita. Bajo estas condiciones, los dirigentes habían decidido que quince minutos eran más que suficientes para ponerse al día. Familiares que habían recorrido cientos de kilómetros, pedido el día libre en sus trabajos, realizado malabares en sus agendas para poder ver y hablar durante quince minutos a quienes tenían encerrados en un pueblo abandonado.

Todo transcurrió con tranquilidad al principio. La hilera de cuerpos de uniforme oscuro, parapetados tras los escudos trasparentes, apenas les dejaba ver cómo se desarrollaban las cosas unos metros más allá. Oían el timbre agudo y emocionado de algún compañero, otras voces que les resultaban extrañas pero igual de conmovidas, y cada uno se figuraba a su manera lo que ocurría durante esos momentos. Nadie lo expresaba en voz alta, pero la mayoría anhelaba en silencio ser el siguiente en estar al otro lado de la barrera humana.

Cuando la primera tanda agotó sus quince minutos se alzaron algunas quejas. Algunos de los vigilantes tuvieron que insistir e incluso agarrar del brazo a algún recluso reacio a decir adiós a su

visita. Pero sus lamentos se perdieron entre el alborozo de los nuevos afortunados que escucharon su nombre amplificado.

Fue en el tercer turno cuando el nombre de Tomás cruzó el aire. Lo tenía al lado, junto al resto del grupo, y vio cómo su gesto apacible se tornaba en un mural descolorido. Diez años más cayeron sobre su rostro arrugado, un escalofrío le sacudió los hombros. Se limitó a agitar la cabeza, de un lado a otro, en un espasmo, cuando Susana lo animó a dar un paso adelante. También Camila trató de convencerlo, lo cogió del brazo con intención de conducirlo hasta la hilera que le abriría el paso, pero no pudo mover al anciano de su sitio. No dejaba de sacudir la cabeza de un lado a otro. Los ojos anegados de lágrimas que se resistían a caer.

Sintió una punzada de pena al verlo así. Pero no tuvo tiempo de ofrecerle ningún consuelo. Al igual que el de Tomás, su nombre sobrevoló los cuerpos de todos los presentes. Darío Pena Romero.

Reaccionó como si lo hubiesen cogido en falta. Como si el motivo de la llamada fuese el de señalar una infracción, una advertencia del juez de vigilancia para corregir su comportamiento. Pero no había hecho nada fuera de lugar. Habían pronunciado su nombre por la misma razón que el de los demás. Tenía visita.

Miró en derredor, por si alguna de las caras que lo contemplaba con curiosidad podía sugerirle alguna indicación. La confusión no le dejaba adivinar qué debía pasar a continuación.

—Venga, chico, que se te agota el cuarto de hora.

Camila le dio un empujón con la mano. Se dejó llevar por la inercia. Una de las agentes que cada mañana se encargaba del recuento comprobó su identidad e hizo un ademán, ante el que un par de compañeros se apartaron y le allanaron el camino hacia la zona de encuentros. Allí, entre varias figuras desconocidas, reconoció a su hermana.

Avanzó con paso lento, a pesar de ser consciente de que la cuenta atrás había empezado. Quince minutos le habían parecido casi un insulto hacia los reclusos y hacia sus allegados, un gesto mísero que no cubriría la necesidad que muchos tenían de sentir el apoyo de quienes ansiaban tener tan cerca y estaban en realidad tan lejos. Mientras se acercaba a aquella persona que llevaba meses sin ver, quince minutos se le antojaron una vida entera.

La encontró cambiada, mayor. Se había cortado el pelo a la altura de los hombros y parecía haber perdido peso, lo que acentuaba las facciones de su cara. La mirada era la misma que le había dedicado la última vez que se habían visto. La vez en que sus padres y ella se habían reunido para decirle que se quedaba solo en la pesadilla, que no serían una familia que apoyase a un asesino. Pero en esa mirada, esta vez, creía percibir algo más.

Uno de los dos vigilantes les indicó que el tiempo había empezado a correr, pero ninguno se atrevió a tomar la palabra. Se contemplaron, sin moverse un solo centímetro. En ese encuentro, al menos, ningún agente tendría que intervenir para frenar un amago de abrazo. Su hermana lo observaba con duda. Alternaba esa mirada con vistazos a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. También se le escapaba, de vez en cuando, una fugaz ojeada a los supervisores.

Trató de serenarse, de aplacar los nervios. Por el motivo que fuese, su hermana tenía que haber hecho un esfuerzo monumental para visitarlo. Quizás traía malas noticias, algún acontecimiento trágico en la familia. Quizás solo quería verlo, saber cómo estaba. Eso solo podría saberlo si le preguntaba. Ella ya había dado el primer paso.

—Me has cogido por sorpresa. —Habló con apuro, casi trastabillando—. No imaginaba que podrías venir. Me alegro de verte, Claudia.

No sabía si esa última afirmación era cierta, en realidad, pero le pareció apropiado añadirla. Lo habían abandonado. Aunque al principio le había costado asumirlo, todo lo que puede costar aceptar que tu familia te considere merecedor de la cárcel, de ser expulsado de la sociedad, el paso de los días había amortiguado la sensación de desamparo. Desconocía si eso era suficiente para alegrarse de ver a quien le había dado la espalda y cortado toda comunicación.

—¿Estáis todos bien? —preguntó, al ver que su hermana no correspondía a su saludo—. Papá, mamá… ¿Hay alguna…

—Estamos bien —interrumpió ella—. Todos bien.

—Me alegro de oír eso.

Segunda vez que utilizaba la expresión sin tener la certeza de estar siendo honesto. ¿Echaba de menos a su familia? Sí, eso lo tenía claro. Añoraba a la familia que había tenido antes de que todo se tiñese de negro. Pero se había convertido en un huérfano.

Se dio cuenta de que Claudia estaba nerviosa. La mirada se le escurría de soslayo hacia los dos vigilantes, que aguardaban en posición de firmes un motivo por el que desentumecer los músculos.

—¿Has venido tú sola?

No obtuvo respuesta. Se preguntó si se estaría arrepintiendo, si el impulso que la había hecho viajar hasta aquella aldea se habría disuelto, dejando solo las ganas de dar media vuelta. Como ya había hecho antes.

—El abuelo Enrique ha fallecido —soltó, de repente. Iba a replicar pero su hermana no le dejó espacio—. Recuerdo que cuando íbamos a su casa, de pequeños, a la casa del abuelo Enrique, te encantaba su compañía.

Claudia lo miraba con tensión. Había pronunciado aquello sin diferenciarse de la manera en que lo haría un autómata eficiente, de

última generación. Pero él no había logrado entender nada de lo que trataba de decirle. No tenían ningún abuelo llamado Enrique. Tanto el materno como el paterno habían muerto algunos años atrás. Ninguno se llamaba así.

—Al enterarme, lo primero que me vino a la cabeza fue el verano en que nos llevó a Venezuela. —Cada palabra que Claudia pronunciaba era un nódulo que aumentaba su incomprensión—. Tú eras pequeño, ibas con temor a pasar tanto tiempo fuera de casa. Pero el abuelo Enrique consiguió que te animases. Siempre recordaré la noche en que nos enseñó las constelaciones. Eras demasiado pequeño, pero a partir de ese momento supiste observar las estrellas como lo que eran.

Volvió a vomitarlo como un discurso mal digerido, sin apenas pausa. Pendiente de no dejarse ninguna palabra atrás. Cuando calló, su vista se deslizó una vez más hacia los vigilantes. Ambos la examinaban con atención.

Dudó si hacer explícito su desconcierto. Quería hablar, decirle a su hermana que era incapaz de entender nada de lo que trataba de decirle. Nada de lo que había escuchado tenía sentido. Pero calló. A la espera de que pudiese añadir algo más.

Claudia le devolvió un silencio inquieto. La vio tragar saliva, removerse por primera vez. Parecía no tener nada más que contarle.

—Siento… no haber podido estar. Con vosotros.

Nada en la expresión de su hermana mutó. Su nerviosismo era evidente, no pasaba desapercibido tampoco para los dos vigilantes, que intercambiaron una mirada aunque mantuvieron su posición.

—Solo, solo quería decirte esto —replicó ella—. Me parecía importante que lo supieses. Sé que no te olvidarás del abuelo Enrique, ni de nuestro viaje a Venezuela. Ni de la noche de las constelaciones.

Asintió. No se olvidaría de ello. Por alguna razón, era importante. Su hermana lo había dicho. Pero necesitaba saber más. Pensó con rapidez, buscó algún modo de preguntar sobre aquello sin levantar sospechas. No tenía por dónde tirar, sin embargo. Lo había cogido tan por sorpresa que no veía manera de arrojar luz sobre aquella información inesperada. Sobre aquella visita inesperada.

Abrió la boca para ganar tiempo con una pregunta trivial, pero no llegó a verbalizar su duda. Unos metros a la derecha, un par de gritos rompieron el flujo de todas las conversaciones que tenían lugar. La atención de todos los presentes se desvió hacia el hombre que dos agentes trataban de acallar. Lo habían agarrado por ambos brazos y lo sacudían con vehemencia, en un intento de reducirlo. Comenzaron a arrastrarlo hacia la salida, mientras otros guardias acudieron veloces para retener al recluso con quien el hombre hablaba hasta ese momento. «Lo están publicando todo», gritaba sin cesar, «os han

grabado, quieren poner a la gente en vuestra contra». Uno de los agentes descargó el peso de su porra sobre la pantorrilla del hombre. Lo único que consiguió fue arrancarle un grito y espolearlo para continuar profiriendo sus consignas con más fuerza. Hasta que lograron taparle la boca, tras un par de golpes más, y arrastrarlo por la tierra. El preso al que estaba vinculado se revolvía entre los brazos de varios guardias. Sus gritos eran distintos, dirigidos a las madres de aquellos que lo alejaban cada vez más de su visita.

Antes de que ambas voces fueran silenciadas, se alzaron otras tantas. Varios monos naranjas arremetieron contra quienes los vigilaban. Se lanzaron con una furia que cogió desprevenido a más de uno. Vio un par de uniformes negros rodar por el suelo, cubiertos de polvo de manera instantánea. A sus espaldas, las protestas fueron un bramido feroz. Se dio media vuelta a tiempo de contemplar cómo el cordón humano de seguridad, el que separaba a los hasta entonces afortunados de los meros espectadores, corregía su posición. Los escudos se alzaron, los cuerpos se apretujaron. Aparecieron las porras. Y algo más. En algunas manos, distinguió pistolas eléctricas.

Dio un respingo al sentir que una mano se cerraba en torno a su brazo. Se encontró con uno de sus vigilantes, que le indicaba que volviese junto a los otros compañeros bordeando la hilera policial. Miró a su hermana, a quien el otro agente señalaba el camino de vuelta hacia el portón de acero, que volvía a abrirse de par en par. Varios visitantes enfilaban ya el camino de vuelta.

No pudo ni despedirse de ella. Trató de llamar su atención, pero el vigilante hundió el mango de la porra en su abdomen y le cortó la respiración. Se recompuso como pudo, mientras obedecía las órdenes. Los ojos se le humedecieron y emborronaron la silueta de Claudia, cada vez más lejana. Una piedra rasgó el aire a escasos centímetros de su oreja y fue a dar en el casco del agente, que corrió a replegarse junto a los demás.

Sorteó la fila de uniformes oscuros, con los brazos en alto, y se apartó de la turba. Corrió hacia el granero, hacia donde se dispersaban algunos compañeros que no querían verse envueltos en el intercambio de golpes. La voz del juez de vigilancia resonó en los altavoces. Primero, severa. Después, amenazadora. Por suerte, pocos minutos más tarde el torpe intento de sublevación, como lo catalogó Villanueva, había sido neutralizado. Los reclusos volvieron a quedarse solos en la aldea. Hubo protestas, sobre todo por parte de quienes habían perdido la oportunidad de ver a los suyos. Pero ni siquiera esas quejas resonaron con fuerza. Sobre todos ellos pesaban las palabras que habían prendido la mecha. En la cabeza de cada interno resonaban los gritos del hombre al que habían sacado a rastras. «Lo están publicando todo». «Os han grabado, quieren poner a la gente en

vuestra contra».

—¿En qué piensas?

Tomás lo observaba con interés. Se había hundido en el recuerdo de los acontecimientos, ajeno a todo lo que le rodeaba. Susana se secaba con una toalla a un lado, apurada por vestir de nuevo el uniforme y ocultar su cuerpo. Caco también había salido del agua y se afanaba en empapar a Cayetana con abrazos que ella trataba de evitar, divertida. Camila se había alejado, río abajo, y charlaba con otros reclusos que también disfrutaban del frescor del río.

—En nada a lo que haya que dedicarle más tiempo.

Sonrió, tratando de restarle importancia, mientras se arrastraba lo suficiente para quedar al cobijo que ofrecía un árbol cercano. El calor de aquella hora era insoportable.

Dejó que el día pasase con la languidez que se había impuesto a lo largo de las últimas jornadas. Acompañó durante un rato al grupo mientras se concentraban en la plaza para escuchar el concierto de los músicos, que esta vez se disolvió de forma prematura, al aparecer una manada de presidiarios que se habían cansado de oírlos cada tarde y reclamaban la plaza como espacio propio. Cenaron temprano, y Camila los abandonó tan pronto recogieron los platos de la mesa. La vida de su compañera no parecía tener costumbres ni horarios fijos. Tanto podía retirarse a dormir a las diez de la noche como aparecer en la casa a las seis de la madrugada; en más de una ocasión la había sentido llegar a horas en las que el día empezaba a despuntar.

Tomás lo acompañó un rato en el salón mientras afuera la oscuridad tomaba su forma definitiva. Leyeron, cada uno su libro, en el mismo y único sofá de la estancia. La biblioteca de aquella vivienda era menor que la de la suya, pero había encontrado un par de títulos que lograron llamar su atención. Por recomendación del propio Tomás había dado la oportunidad a una novela histórica, género al que había dedicado poco tiempo, y para su sorpresa y gozo la lectura lo mantenía enganchado.

—Llevas varias noches sin pegar ojo —comentó Tomás, sin alzar la vista del ensayo filosófico de Ortega y Gasset que lo mantenía en apariencia concentrado. La luz tenue de la lamparilla oscilaba sobre su figura, haciéndolo parecer en movimiento.

Dejó la novela sobre su regazo y trató de averiguar si el anciano aguardaba una respuesta concreta a su apreciación.

—Se te nota en la cara cansada —añadió—. Y los paseos nocturnos están siendo algo más largos que de costumbre.

Sintió culpabilidad al pensar que sus salidas podían despertar a Tomás por las noches. Entraba y salía de la casa extremando el cuidado, o eso creía. Quizás no se diferenciaba demasiado de Camila.

—Me gusta ir al río por las noches. Sentarme a la orilla. Hay

bastante paz.

—No lo pongo en duda. Más que la que puedas encontrar entre estas paredes.

—Aquí estoy muy cómodo. No quería decir…

—No te disculpes, hablo en serio. ¿Quién no va a encontrar más paz al aire libre que encerrado en una casa que no puede sentir como propia?

Correspondió a sus palabras con un gesto de cabeza. Lo último que quería era ofender o molestar a Tomás, aunque sabía que el anciano no se había tomado a mal su respuesta. Pensó en proponerle que lo acompañase alguna noche, pero no llegó a expresar su idea en voz alta. Si Tomás desease salir a pasear por las noches, lo habría hecho ya.

—Esta mañana, mientras se bañaban en el río, pensaba en el encuentro con mi hermana.

—Nadie habría apostado por otra cosa, me temo.

—Me habéis preguntado varias veces en los últimos días qué tal me siento respecto a eso. Pero, al menos yo, no te he preguntado a ti cómo estás.

Tomás colocó un pequeño papel entre las dos páginas y cerró el libro con delicadeza. Lo dejó a su lado, sobre el asiento vacío que los separaba a ambos.

—No preguntarme es la mejor manera de preocuparse por cómo estoy, hijo.

—No quiero molestarte, pero… Me visitaron, también, cuando lo último que esperaba era ver una cara familiar dispuesta a encontrarse conmigo. —Tragó saliva, temía utilizar palabras que pudiesen incomodarlo—. Sé lo que has podido sentir, en cierto modo.

—Cada uno lleva sus propias cargas. Y lo hace a su debida manera.

Entendía a la perfección lo que Tomás pretendía decirle con aquello. Por más cortés que quisiera resultar, no cabía duda de que hablar del tema no era una posibilidad que le entusiasmase. Pero había afectado a su comportamiento. Se había mostrado más retraído, menos participativo. Era un Tomás taciturno, y a todos les descolocaba aquella conducta. Nadie parecía haber hablado con él respecto a eso, no al menos delante de los demás.

—Siempre tienes palabras de consuelo para la gente. Simplemente, me gustaría poder encontrar algunas con las que compensarte.

Tomás esbozó una sonrisa, una curva triste en medio de un mar de arrugas. Abrió la boca para decir algo, pero el gesto se congeló y, cuando el labio inferior comenzó a temblar, su posible intervención quedó sellada. Acarició el lomo del libro y desvió la mirada al frente. Permanecieron en un silencio que no resultaba desagradable.

—Soy incapaz de ver el final de esto.

Le salió sin pensar, palabras que se deslizaron por entre sus labios como un suspiro largo tiempo contenido. Nada más terminar de pronunciarlas, se sintió más ligero.

—Siempre hay un final, chico —repuso el anciano—. Todo acaba, siempre.

—Tengo motivos para creer que esto no terminará de la manera en que lo deseamos…

Se mordió el labio y cerró los ojos, consciente de que había cruzado una línea. Había tomado la decisión de no contar nada a nadie, de no arrojarles esa carga encima. Después de la reacción de Germán, las cosas le habían quedado claras. Era una responsabilidad que debía asumir él. Compartirla suponía poner en peligro a cualquiera.

—De pequeño me contaron una historia que nunca he podido olvidar —dijo Tomás, y se removió en el asiento, lo suficiente para girarse y mirarlo de frente—. Hubo una vez un loco que aseguraba que en el interior de las columnas de un templo estaba encerrada la cabeza de un emperador. Al loco lo encadenaron a esas mismas columnas durante largo tiempo, hasta que el emperador se cansó y ordenó que lo liberaran para que pudiese demostrar la verdad de sus palabras. Y el loco, con la ayuda de un cincel, reveló ante todos el rostro oculto.

—¿Es una metáfora?

—Es un relato, simplemente. Pero puede ser muchas cosas más. Puede ser un artificio a la vez que una verdad, un entretenimiento a la vez que una revelación…

—Y en este caso, que tú me lo hayas querido contar a mí en este momento, ¿en qué lo convierte?

—En un mensaje de esperanza, Darío. Porque siempre habrá una verdad, y distintas maneras de interpretarla. Lo importante es que no olvides esto último.

—No sé muy bien si he entendido…

—¿Sabes lo único que durante años me generaba inquietud en esa historia? —Calló, a la espera de que Tomás respondiese a su propia pregunta—. Que lo considerasen un loco. Todo tenía sentido para mí, menos eso. ¿Quién en su sano juicio se cree en condición de dictaminar que otro no lo está? Le dieron un cincel, y él esculpió su obra. Hizo aparecer la cabeza del emperador, solo que no de la manera en que el resto lo había esperado. ¿Es eso estar loco? ¿O los locos son quienes se equivocan al juzgar a otro como tal?

Escuchaba a Tomás con una especie de deslumbramiento. Su tono calmado, la seguridad de sus razonamientos hacían que quisiese seguir escuchándolo, por más que no terminase de entender si trataba o no de transmitirle algún mensaje concreto.

—Lo que quiero decir, Darío —señaló, leyendo su desconcierto—,

es que llegamos a esta aldea para demostrar que podíamos pasar tres meses en ella sin que nadie muriese. Esa es la verdad. Sin embargo, de esa verdad pueden surgir muchas interpretaciones. Estoy seguro de que tú no contemplas esa verdad como lo hacías dos meses atrás.

—Pero porque…

—Cualquier acción es susceptible de alterar el final de los acontecimientos.

Aquella afirmación consiguió que el estado de levedad que parecía haber alcanzado se convirtiese de nuevo en una tensión estable. Notó el cuerpo rígido, a pesar de no haberse movido un solo centímetro en el sofá.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca sabemos de antemano cuál será el resultado de nuestra intervención en las cosas. —El anciano trató de sonreír, y esta vez el gesto fue no solo triste, sino también derrotado—. A veces tomamos una decisión creyendo que será la acertada, pero el desenlace no es el esperado. A veces, también, decidimos no hacer nada y entendemos, tarde, que no tendríamos que habernos quedado de brazos cruzados. Una verdad y múltiples interpretaciones, Darío. Son las únicas certezas que tenemos. Lo demás es intuición. Si me permites el consejo, hazte caso a ti mismo. Si te tienes que equivocar en algo, equivócate tú. No dejes que otros lo hagan por ti.

Quiso preguntarle de nuevo a qué se refería con aquello, qué era lo que trataba de decirle. Tomás no era demasiado críptico, era él quien no resultaba estar lo suficientemente lúcido para seguir sus cavilaciones. Sin embargo, antes de poder añadir nada, el anciano se incorporó con esfuerzo y cogió el libro.

—Se hace tarde para un viejo como yo. Descansa bien, hijo.

No se movió del sofá en un rato. Trató de retomar la lectura pero no fue capaz. Su cabeza estaba acelerada, no se concentraba en un pensamiento fijo. Se quedó así, a oscuras, hasta sentir un hormigueo molesto en las piernas.

Llegó a la orilla del río en medio de una calma total. No corría la más mínima brisa; todo estaba quieto, igual que un fotograma congelado. Se tumbó de cara al cielo despejado. Grupos de estrellas competían por llamar su atención, aunque solo lograban captar su mirada. La mente seguía anclada al diálogo con Tomás. Decidió renunciar a comprender nada más allá de lo que le había dicho. Se centró en no olvidar lo que sí había entendido. Cualquier acción era susceptible de alterar el final de los acontecimientos. Parecía una frase sacada de un libro, de una película. Quizás Tomás solo hablaba mediante retazos de diálogos de personajes ficticios. Sería una broma brillante, digna de aplauso. Embobar a todo el mundo con una falsa sabiduría asentada en lo que escritores o guionistas habían redactado

para contentar a editores o productores.

Advirtió unos pasos a sus espaldas, pero no se irguió. Esperó a que Caco entrase en su campo de visión, como en noches anteriores. Por eso no se movió cuando lo primero que diferenció fue la cabeza pelada e irregular de una de las réplicas. Antes de asimilar la visión, apareció la otra. Y, aunque no lo vio, supo que tras ellos llegaba una tercera persona.

—Hace una noche espléndida.

Se levantó de un salto, lo más rápido que pudo. No fue tan veloz como para evitar que una de las réplicas lo sujetase por el brazo y tirase hacia él. Trató de zafarse de los dedos que lo apresaban, pero un segundo más tarde otro brazo le rodeaba el cuello.

No podía respirar, a pesar de bracear y moverse con toda la fuerza que era capaz de reunir, no logró liberarse. Frente a él, a un par de metros, percibió una figura borrosa. Las lágrimas empezaban a nublarle la vista. Aun así, veía todavía lo suficiente para distinguir en la cara de Tebras una mueca que en otras circunstancias le habría provocado un escalofrío.

Las piernas le temblaron, fallaron. Se postró de rodillas, forzando todavía movimientos que a la desesperada pudiesen ayudarlo a deshacerse del brazo que amenazaba con quebrarle la nuez.

—Dejad que respire un poco. No querréis follaros a un muerto.

La presión tardó unos segundos eternos en disminuir. Aspiró una bocanada de aire que lo hizo atragantarse. Cada tosido era un puñal ardiente en sus pulmones. La grava se le incrustaba en las rodillas, con cada movimiento las minúsculas piedras se le hundían un poco más en la carne.

Una mano le sostenía el cuello, impidiendo su huida. Recobró el aliento, lo justo para poder pensar en algo más que la mera supervivencia. A su alrededor no había nadie más. No había visto a ningún otro recluso al llegar allí, y no tenía dudas de que cualquiera que estuviese rondando la zona habría optado con criterio por alejarse. Estaba solo. Con Tebras y sus dos secuaces.

—Hacía tiempo que no pasábamos un rato juntos.

Tebras se acercó. Apenas podía distinguir sus ojos negros en la oscuridad. Sí su sonrisa torcida, ese gesto antinatural asomado a su boca. Suplicó que lo soltasen, la voz se le quebraba en la garganta todavía dolorida. Calló cuando Tebras se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio. Sabía que tenía que escapar. No podría aguantar lo que estaba por llegar. Pero no veía manera de lograrlo. Gritar no serviría más que para mantener bien alejados a quienes hubiesen pensado en acercarse al río.

Vio como se sentaba ante él. Apenas mediaban dos o tres metros entre ambos. Pareció alejarse un poco, en busca de la mejor posición

para observar. Luego miró a las réplicas y asintió con la cabeza.

El rodillazo le alcanzó la boca del estómago y se dobló en un acto reflejo, sacudido por el dolor. Dio con la cabeza en el suelo, pero apenas sintió el impacto. Una patada le alcanzó el lumbar y se arqueó por la brutalidad del golpe. Trató de levantarse, los dedos de una mano huesuda y sudorosa se aferraron a su pelo y tiraron con rudeza hacia atrás. El movimiento seco fue acompañado de un latigazo que le descendió por la nuca. El puñetazo que alcanzó su pómulo izquierdo volvió a tumbarlo sobre la tierra. Tragó un poco de polvo y su cuerpo se sacudió en espasmos.

Hubo unos instantes de quietud, en los que solo escuchó su propia respiración entrecortada. Entonces distinguió unos ruidos casi imperceptibles, que cualquier otro habría podido confundir con las hierbas mecidas por el aire. Pero esa noche no corría brisa. Y aquel rumor apagado no podía corresponder a nada más. Las réplicas se despojaban de sus uniformes.

Se enderezó sin hacer caso de las múltiples punciones que le acribillaron el cuerpo. No sirvió de nada, una rodilla desnuda se hincó en su espalda y volvió a someterlo contra el terreno. Lanzó un grito que retumbó en el campo desierto. Gritó como si le estuviesen arrancando la piel a tiras, anticipando el dolor y la miseria a los que en cuestión de segundos sería sometido. No dejó de revolverse a pesar de que lo único que lograba era hacerse más daño. Una patada silenció sus alaridos. Sintió el sabor metálico en la lengua y al momento tuvo que escupir para no atragantarse con su propia sangre. Temió que el golpe hubiese podido partirle algún diente, pero había otras preocupaciones más inmediatas.

Mientras lo despojaban con fiereza de su uniforme, se encontró de nuevo con Tebras. La visión de su postura relajada, de su gesto complacido, le quemó e hizo que retirase la mirada. Y más allá, a unos metros, tras el grueso tronco de una encina, advirtió la única esperanza posible.

El débil resplandor nocturno le permitió reconocer a Caco. Solo asomaba medio cuerpo tras el árbol. Le pareció leer en su rostro el horror que despertaba presenciar una escena como aquella. Estuvo a punto de gritar su nombre, de pedir que le ayudase, que hiciese algo para frenar su condena. Creyó cruzar la mirada con él, pero el rostro de su compañero se ladeó, evitando cualquier contacto directo. El cuerpo de Caco se alejó con pasos prudentes, vio su mono naranja hundirse en las sombras, una retirada silenciosa que no reveló su presencia y lo volvió a dejar solo.

A pesar de la ausencia de viento la piel se le erizó cuando quedó al descubierto. Era un frío que procedía de su pánico y que se extendía hasta sus extremidades con una celeridad extrema. Los dedos de las

réplicas eran alfileres helados sobre su carne. Lo obligaron a levantarse mediante la fuerza. Volvió a escupir parte de la sangre que se le acumulaba en la boca, al no tener una mano libre con la que poder limpiarse.

Hizo un último esfuerzo, descreído, que no sirvió para nada. Una de las réplicas le asió las manos a la espalda. La otra acercó la boca a su oreja y el aliento cálido y ácido desencadenó un escalofrío que a punto estuvo de postrarlo de nuevo. Ya no le quedaban fuerzas para oponer más resistencia.

Sintió uno de los miembros calientes apretarse contra su muslo y cerró los ojos. Solo los abrió al sentir que el calor humano se apartaba de él con brusquedad. El gemido, mezcla de estupefacción y queja, le resonó en el oído. Algo pasó silbando en su otra oreja. Sus manos se liberaron de la presión y dio media vuelta, confuso. Una de las réplicas trataba de taponar su frente, entre sus dedos se colaban hilillos de una sustancia oscura. La otra retrocedía unos pasos, con los brazos alzados en posición de defensa.

Volvió la vista al frente a tiempo de ver cómo Germán se abalanzaba sobre Tebras, que había tenido el tiempo justo para enderezarse y tratar de aplacar la embestida. Rodaron los dos por el suelo, levantando una polvareda que por momentos parecía tratar de encubrir su lucha.

No tuvo tiempo de quedarse a mirar, ni de echar una mano a su salvador. Un grito le reveló la presencia de Caco. Vio que su compañero señalaba a sus espaldas. Se giró con los brazos a modo de escudo, consciente de que recibiría un golpe. La carga lo tumbó de espaldas sobre la tierra, con brutalidad. Se quedó sin aire, y volvió a experimentar la misma sensación de asfixia de unos minutos antes. Por suerte, nadie se abalanzó de nuevo sobre él. Pudo ver que Caco lanzaba piedras a ambas réplicas desde la distancia. Algunas pasaban cerca de su objetivo, otras alcanzaban los cuerpos acompañadas de un ruido acolchado. No eran proyectiles de gran tamaño, pero servían para mantener a los secuaces concentrados en esquivar el impacto. Aprovechó para encajarse el uniforme como pudo al tiempo que se alejaba de los dos cuerpos desnudos.

A su espalda oyó un grito de rabia. Germán, a horcajadas sobre Tebras, se restregaba la cara con gestos aparatosos. A juzgar por el rostro ensangrentado de Tebras, su pelea parecía haberse igualado al lanzar este último tierra a los ojos del otro. El cuerpo aprisionado se removía en un intento por librarse del peso de Germán, aunque no pudo. Pareció cambiar de estrategia, y su mano comenzó a palpar con premura su pierna. Buscaba algo.

En cuanto vio que extraía una navaja del bolsillo del uniforme se levantó y corrió. Llegó a tiempo de agarrar el brazo alzado de Tebras,

que mostró una resistencia que no esperaba de ese cuerpo menudo. Logró que la navaja resbalase de entre sus dedos, pero recibió un golpe por la espalda que le emborronó la vista. Se mareó al tratar de enderezarse, mientras un acceso de vómito le sacudía el cuerpo. Una de las réplicas le había pateado por detrás sin piedad. Le costaba mantener el equilibrio, se fue al suelo en la siguiente acometida. Sintió el peso del otro cuerpo, todavía desnudo. Dos manos se aferraron a su cuello y apretaron con una ferocidad ya familiar. Se debatió, pero la réplica ganaba en fuerza y cuerpo. Por más que quisiera sacudírselo de encima, no tenía opción. Giró la cabeza para ver cómo Germán volvía a golpear una y otra vez a un Tebras ya vencido. Caco corría en círculos amplios, tratando de mantener a distancia a su atacante por medio de los guijarros que apenas tenía tiempo de encontrar bajo sus pies.

Se aferró a la imagen de defensa de su compañero. Tanteó con urgencia el terreno que lo rodeaba. Las manos del otro no reducían la presión y una de las rodillas se hundió en su pecho como un martillo pilón. Por un momento sus brazos se congelaron en un espasmo y ninguna de sus extremidades le respondió. Un terror desconocido lo invadió por completo. Se ahogaba, y su cuerpo experimentó una súbita parálisis que no hizo más que aumentar su angustia. Miró casi con súplica a la réplica, que le devolvía una mirada inexpresiva. Su mandíbula apretada era la única señal de que estaba concentrado en algo. En arrebatarle la vida.

Recuperó el movimiento en un impulso. Los brazos, como si hubiesen concentrado energía durante la pausa forzada, se movieron de forma espasmódica. Uno de ellos dio con una superficie irregular sobre el suelo, un bulto que sobresalía con aspereza. Reconoció la piedra por su tacto rugoso y sus dedos la aferraron con desesperación. Le costó agarrarla, su brazo hacía un escorzo incómodo para llegar hasta ella y el peso no ayudaba a alzarla con facilidad. A sus dedos ya no parecía llegar apenas energía, sentía el cuerpo entumecido, empezaba a fallarle. La falta de oxígeno y el dolor acumulado se convirtieron en una carga insoportable. Quería acabar con ese sufrimiento. Quizás la mejor manera era abandonarse, dejar que terminasen la tarea. Unos segundos más y el telón caería.

En la cara de la réplica se formó algo parecido a una sonrisa. Un gesto torpe, desagradable, no por su fealdad, sino por la ignorancia que se desprendía del mismo. Lo estrangulaban las manos de un imbécil que ni siquiera sabía sonreír con soltura. Sintió el ardor en la piel, pero esta vez intensificado. No era mero agotamiento lo que lo recorría de arriba abajo. Era rabia. Sus dedos se clavaron en la piedra como otras veces lo habían hecho en la palma de sus propias manos.

Golpeó la sien de la réplica una, dos, tres veces. Cada flexión de su

brazo terminaba en un sonido húmedo. Con el segundo impacto notó los dedos aflojarse en torno a su cuello. No pudo evitar tragar aire de la misma manera ansiosa y tosió entre calambres. Pero ni siquiera eso hizo que parase de golpear.

Se detuvo en la quinta o sexta arremetida, al escuchar el crujido. Observó sorprendido la piedra, que parecía una extensión tosca de su mano. Esperaba verla partirse en dos, descomponerse entre los dedos que la agarraban con una fuerza que dejaría marca. Pero estaba entera. Miró entonces el cuerpo que se desplomó a su costado.

La sien de la réplica era un amasijo de carne y sangre. Agradeció que la oscuridad no revelase demasiados detalles. El chasquido no había sido el de la piedra al partirse, sino el de algún hueso al fracturarse. Se levantó despacio. El pedrusco resbaló de su mano. Oía ruidos a su alrededor, pero le parecían muy lejanos. Lo único que retumbaba en sus oídos era su propia respiración agitada. No solo por el esfuerzo, también por el miedo. El cuerpo tendido, inerte, lo condujo a una nueva clase de pánico. Por su mente cruzó igual que un relámpago la imagen del drogadicto, su cuerpo reventado.

—Germán —balbuceó, tan bajo que le costó escucharse a sí mismo —. Germán. ¡Germán!

Dejó de oír los sonidos apagados que lo cercaban. La noche volvió a ser un desierto silencioso, vacío de vida. Sintió que alguien se acercaba, se detenía a su lado y contemplaba el cuerpo inmóvil. No le hizo falta girarse para saber que era Germán. Caco se acercó unos metros, lo justo para observar con temor creciente, igual que la otra réplica. Parecían haber olvidado su enfrentamiento, como si en cuestión de un segundo sus motivaciones hubiesen quedado anuladas. Lo único que ahora existía ante ellos era aquel cuerpo cuya cara se teñía con rapidez de color oscuro.

—¿Lo has matado?

La voz rasposa de la otra réplica sonó carente de emociones. No había en su tono acusación, cólera, temor. Solo pretendía ser una pregunta en busca de una respuesta. Una certificación.

La interrogación se evaporó. Fue Germán quien tomó la iniciativa y se acercó al cuerpo. Lo hizo con cautela. Se agachó y llevó una mano vacilante al cuello del hombre. Pasaron unos segundos en los que nadie dijo nada, nadie hizo ningún movimiento.

—No encuentro pulso.

Una oleada de calor estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Las piernas amenazaron con renunciar a seguir sosteniéndolo. No quería creer las palabras de Germán. Se negaba a aceptar que tuviese los conocimientos suficientes para determinar algo así. Miró a Caco y a la otra réplica, casi con desesperación, implorando una señal en sus rostros que pudiese contradecir lo que acababan de escuchar.

A sus espaldas se oyó el débil ruido de un cuerpo al arrastrarse por la tierra. Tebras se había ladeado, incapaz de reincorporarse, y los observaba apoyado en un codo. Su cara era un lienzo lleno de bermellón. Los dos botones que tenía por ojos se mostraban inexpresivos.

—¿Se lo ha cargado? —Nadie contestó. Un sonido ronco, como el de una risa seca, se escapó de su pecho—. No me puedo creer que el corderito nos haya sentenciado a todos… Qué maravilla. Por fin has puesto de acuerdo a todo el mundo para sacrificarte.

Trató de disimular la repentina sacudida que lo zarandeó al oír esas palabras. Volvió la atención al cuerpo en el que Germán trataba de encontrar alguna señal de vida, esta vez en la muñeca. El silencio caía pesado en torno a ellos.

—Yo… Yo no…

Calló porque no tenía nada que decir, ni fuerzas para intentarlo. Las miradas se centraron en él durante unos segundos, pero no percibió ninguna recriminación en ellas. Tan solo eran miradas. Nadie sabía cómo actuar. Cómo sentirse.

—Hay que dar aviso —se atrevió a manifestar Caco.

No hubo ninguna reacción. Germán se dejó caer sobre la tierra, sentado. Un suspiro largo escapó de sus entrañas.

—Está vivo.

Lo observó como a un sujeto extraño cuyo idioma extranjero no podía entender. La melena húmeda le ocultaba el rostro, que enterraba entre sus rodillas. Volvió a soltar un suspiro que sonó a alivio.

—Está vivo —repitió Germán—. Tiene pulso muy débil, pero tiene. —Alzó la cabeza y cruzaron miradas, luego se dirigió a Caco—. Hay que dar aviso, sí. Pero para que lo traten cuanto antes. No me van a sentenciar a muerte por culpa de este miserable.

Quiso pensar que se refería a la réplica y no a quien había estado a punto de arrebatarle la vida. Soltó aire, después de haber luchado tanto por retenerlo. Una sombra de duda lo atravesó al considerar la posibilidad de que Germán se hubiese equivocado. Si momentos antes se resistía a creer su dictamen negativo, nada tenía por qué cambiar con este nuevo. Podía estar equivocado.

—¿Estás… completamente seguro?

Los ojos grises de Germán se clavaron en los suyos. Estaban enrojecidos, y alrededor de ellos había marcas de tierra polvorienta. Asintió una sola vez, convencido. Luego se levantó. Con un ademán seco, exhortó a la otra réplica a que se hiciese cargo de Tebras, que había vuelto a tumbarse sobre el suelo, extenuado. Su vida no corría peligro, sin embargo.

—Se acabaron las excursiones nocturnas.

El tono de Germán no fue beligerante como en otras ocasiones.

—Lo siento. No pensé que esto fuese a ocurrir.

Con un gesto silencioso dio las gracias a Caco, que correspondió con una sonrisa aliviada. Posó su mano sobre el hombro de Germán, sintiendo cómo la fatiga regresaba para reclamar su protagonismo. Miraron en silencio el cuerpo tendido. Aunque era imposible asegurarlo, le pareció ver que el pecho subía y bajaba de manera casi imperceptible.

—Has tenido suerte de que haya decidido venir. Y de que tu amigo corriese a avisarme.

—Para eso están los amigos, ¿no? —replicó Caco. Dio un par de pasos y le extendió la mano a Germán—. Soy Caco, por cierto.

—No me gusta la falsa camaradería de los apodos. Soy Germán.

—Llámame Quique, entonces. —Se estrecharon la mano—. En caso de que tampoco te gusten los hipocorísticos, déjalo en Enrique. Pero eso sí que ya sería demasiada camaradería.

Su corazón dejó de bombear durante un instante. Durante el segundo inmediatamente posterior a la pronunciación de ese nombre. Enrique. El nombre del abuelo que nunca había tenido, aquel con quien nunca había viajado a Venezuela, de donde era Camila, y quien nunca le había enseñado a observar las constelaciones, como la que lucía tatuada en su cuello Vito. Claudia había asegurado que él disfrutaba con la compañía de Enrique. Había dejado claro, también, que Venezuela y las constelaciones estaban relacionadas.

No escuchó las indicaciones que Germán le daba en mitad de la oscuridad para avisar al juez de vigilancia. Su mente se concentraba en una revelación que conducía a otra. Claudia no lo había visitado por voluntad propia. Su voz había representado a la de Yolanda, su hermana había sido la única vía disponible para ponerse en contacto con él. Para revelarle los nombres de los topos que le había asegurado que había en la aldea. Enrique, Camila y Vito.

Día 75

Se despertó a una hora semejante a la de días anteriores. Esta vez no fue el amanecer con su despuntar intenso quien lo arrancó del sueño. Se asomó a la ventana para contemplar las nubes de color cenizo que ocultaban un cielo menos azul que de costumbre. Al abrir las contras sintió al instante la humedad que flotaba en el aire. No había llovido durante la madrugada, el terreno estaba seco, así que todo parecía indicar que lo haría durante el día.

Regresó a la cama. Era el mismo colchón, pero se sentía diferente sobre él. De vuelta en su dormitorio, en ese espacio cuadrado que le habían asignado el primer día que había puesto los pies en aquella tierra, lo percibía más mullido. Instalado de nuevo en la estancia a la que pertenecía, crecía la esponjosidad del material y con ella su descanso mejoraba. Lo achacaba en buena parte al hecho de poder acomodarlo sobre un somier, en lugar de hacerlo sobre un suelo de madera plano y duro como el de la casa de Tomás y Camila. Pero reconocía también la serenidad que le aportaba volver al lugar del que se había sentido durante un tiempo desplazado.

A pesar de ello, no lograba encadenar más de cuatro o cinco horas de sueño. Dormía del tirón, sin interrupciones. Luego despertaba sobresaltado, cuando el día todavía no había clareado del todo. Y el desvelo ya no se iba. Permanecía un rato tumbado sobre la cama. Unas veces leía, otras simplemente fijaba la vista en el techo y trataba de acompasar su respiración a un estado de relajación. No siempre lo lograba.

Había regresado a la casa después de la revelación. Después de entender que tras la visita de su hermana estaba Yolanda, y tras la historia incoherente estaban los topos de la aldea. Caco, Camila, Vito. Le había costado digerir la información. La realidad en forma de burla retorcida. Dos de las personas a las que había entregado su confianza le tendían una trampa cuyo alcance todavía no había logrado entrever. Una traición que se extendía a los demás internos.

Tomó la decisión de no decir nada. Lo hizo movido por las dudas, se mostraba reacio a aceptar la verdadera naturaleza de dos de sus compañeros más cercanos. No le sorprendía tanto en cuanto a Camila, a pesar de que igualmente le dolía. Lo complicado tenía que ver con Caco. Por más vueltas que pudiera darle, se veía incapaz de reconocer

en él a un conspirador. A un traidor dispuesto a vender a sus seres más cercanos a cambio de algún trato cuestionable con el Gobierno.

Sin embargo, el hecho que había inclinado la balanza hacia el regreso a su anterior vivienda había sido otro bien distinto. Un grito lo había hecho despertarse bruscamente en mitad de la noche. Sin saber muy bien a qué atenerse, salió al porche y sintió tras de sí los pasos laboriosos de Tomás. Se encontraron allí a Camila, que regresaba de una de sus largas noches fuera de la vivienda. El grito lo había pegado al resbalar en el reguero de sangre que dejaba la cabeza del gallo que descansaba allí, en el suelo de la entrada. Con la mirada hueca en dirección a la puerta.

No era el primer incidente de ese tipo. Lo ocurrido con Tebras y sus compinches había traído consecuencias. Y muchos habían decidido que alguien debía pagar por ello. La réplica había salvado su vida. Un equipo médico se encargó de su traslado a un hospital poco después del enfrentamiento. Supieron más tarde que se encontraba en estado de gravedad pero estable. No volvería a la aldea.

Aunque no se trataba de una muerte, había estado cerca. Y desde el mando principal habían determinado que cruzar una línea así merecía un castigo. La acumulación de actos violentos entre reclusos había llegado a un límite que consideraban necesario corregir. Dos días después de la pelea, un amplio dispositivo de agentes accedió a la aldea tras el aviso que el juez de vigilancia emitió por el sistema de megafonía. Se llevaron toda la ropa, dejando tan solo los uniformes de cada uno. Los que trataron de guardarse alguna pieza o dificultaron poder completar el inventario recibieron los golpes suficientes para enmendar su error. Lo mismo sucedió con los instrumentos musicales. En cuanto a la comida, las condiciones volvieron a ser las del inicio. Nada de privilegios. No eran merecedores de ellos.

Corrieron distintas versiones de lo sucedido. Algunas hablaban de un intento de asesinato por parte del grupo de Tebras que sin embargo se les había vuelto en contra. En esa variante, el objetivo de los criminales siempre era Germán. Otras, en cambio, ponían el foco en la alianza formada entre el salvaje asocial y el chaval de aire taimado que se la tenía guardada a su verdugo. En esa, al menos, acertaban al señalarlo a él como el matón que a punto había estado de echarlo todo a perder. Los desaires que recibía desde entonces en la huerta, en el río, las miradas de recelo o inquina que le apuntaban a diario le parecían un pago justo. Su única intención había sido defenderse. Pero la ponzoña que se le acumulaba dentro, la misma que lo había llevado a la cárcel, había vuelto a surgir. Y por culpa de ello muchas personas habían estado a punto de ver comprometidas sus vidas. Su futuro.

Trató de leer un rato, con poco éxito, hasta que la sirena alertó de la hora del recuento. A pesar de la luz apagada del día, agradeció

sentir un aire más fresco que de costumbre al abandonar la casa. Parecía la última hora de la tarde en lugar de la primera de la mañana. Avanzó solo, sin esperar a nadie, hasta la explanada.

La amenaza de lluvia no parecía repercutir de manera agradable en el ánimo de los reclusos. El ambiente en las últimas semanas era ya más incómodo. Acusaban un desgaste que a duras penas podían camuflar. En dos semanas acabaría todo, habían superado gran parte del período de encierro en la aldea, pero las fuerzas flaqueaban. Se trataba de una convivencia que pasaba factura a la mayoría de ellos.

Se apartó lo suficiente cuando en la fila de espera hubo un par de conatos de pelea. Ni siquiera se molestó en saber quiénes eran los implicados. En cuanto el recuento terminó enfiló el camino hacia el gallinero.

Trabajó un largo rato casi en soledad. Un par de presos más pululaban de un lado a otro del pequeño recinto, con poco entusiasmo. Desde que les retiraran los privilegios, muchos no se molestaban en cumplir con las tareas asignadas para recibir una cantidad mayor de alimentos. Parecían conformarse con lo poco que tenían, con lo poco que ofrecía el terreno del que habían dejado de preocuparse.

Se afanó en limpiar el corral, provisto de un cepillo grande y un cubo de agua. Los animales se habían acostumbrado a su presencia. De vez en cuando, alguna gallina revoloteaba cuando el cepillo rastrillaba cerca. De la misma manera, él tampoco era consciente de los cacareos esporádicos que rompían el silencio del espacio. La tarea mecánica lo mantenía distraído. Ese era el principal motivo de que renunciase a estar bañándose en el río, como muchos otros habían cogido por costumbre hacer a esas horas del día.

Caco se pasó para avisarle de que iban al lavadero; al parecer, un par de grupos con los que preferían no mezclarse habían ocupado la zona habitual del río en la que se reunían últimamente. Agradeció el aviso y lo declinó con toda la naturalidad que pudo fingir. Trataba de evitar confrontarlo directamente. No le resultaba sencillo, su compañero lo buscaba a menudo para compartir rumores y chascarrillos, para disfrutar de su compañía. En el comportamiento de Caco no había nada nuevo, en realidad. Era él quien había cambiado. Aunque tratase de ocultarlo.

Cuando sus músculos comenzaron a evidenciar signos de fatiga se apoyó contra la verja del recinto. Estuvo un rato así, dejando que la tímida brisa que corría le acariciase la cara. Se había quedado solo, en compañía de los animales. Esparció parte de un saco de maíz antes de retirarse.

Dejó los utensilios en el granero. La nave, en un día normal del mes que habían alcanzado, solía ser una olla en la que apenas se podía

aguantar unos minutos dentro. Esa mañana, sin embargo, la humedad se filtraba hasta su interior. Oyó algunos ruidos a sus espaldas, al fondo, cuando se disponía a abandonar el lugar.

—¿Tienes prisa?

Se detuvo, aunque no se dio inmediatamente la vuelta. Confiaba en que aquella pregunta que llegaba desde la otra parte del granero no lo tuviese a él por destinatario.

—No te llevarás escondida alguna herramienta, ¿no? Me preocupa que le hayas cogido el gusto a eso de intentar matar a la gente.

Varias risas nasales sucedieron al comentario. Terminó por girarse, a sabiendas de que no hacerlo podría ser considerado un desaire. Y Crespo no era un tipo al que conviniese desairar.

Se acercó unos pasos después de que el cabecilla le hiciese unos gestos secos con la mano. Dejó distancia suficiente para reaccionar en caso de que la aparente tranquilidad del grupo se descompusiese de forma abrupta. Allí estaba, sentado sobre un leño, rodeado de Arteta y dos de sus otros inseparables. Uno de estos no se inmutó con su presencia. Siguió con el proceso que lo mantenía entretenido, picando la cocaína sobre un pequeño filtro de plástico colocado en un extremo del leño.

—¿Va todo como te gustaría, Darío?

La mirada de Crespo revoloteaba a su alrededor, en busca de un animal volador invisible. De vez en cuando posaba su vista en él, aunque no por más de dos segundos. Asintió con la cabeza, a modo de respuesta a su pregunta.

—Desde que nos dejaste, has ido en picado. ¿No?

No supo qué responder, así que se mantuvo en silencio. Observó de reojo a Arteta, que evitaba cualquier tipo de contacto visual. Tenía la vista fija en el suelo.

—Mira que te di oportunidades. —Crespo se incorporó con lentitud y el leño crujió con timidez. A pesar de sus gestos pausados, se puso en alerta—. No me caes mal. Hay algo que… Me gustas. Pero te has empeñado en ir por tu cuenta.

Crespo redujo la distancia de separación. Seguía sin mirarlo. Sintió sus propios dedos apretarse en forma de puño a sus costados, aunque no se movió de su sitio.

—¿Te puedo pedir un favor? Ya sé que no te gusta que te pidan cosas. —Una sonrisa asomó a la cara de Crespo, su vista colgaba de las vigas del tejado—. Me gustaría saber por qué no te caigo bien.

Tragó saliva. Prefería guardar silencio, pero de nada serviría. Crespo se había acercado, solicitaba una respuesta. Los otros contemplaban la escena sin curiosidad. Arteta seguía con la mirada fija en el mismo punto.

—No he dicho nunca que no me caigas bien —respondió, la voz no

le salió con el aplomo deseado.

—Ya. Es verdad. —Crespo sacudió la cabeza, pensativo—. Pero no has querido colaborar conmigo.

—Hice lo que me pediste…

—No me pareció mal lo de pasarles un poco a los otros —expuso, interrumpiéndolo—, entendí tus buenas intenciones. Querías firmar la paz. Pero con esos miserables no se firma ninguna paz.

Crespo dio un paso más al frente, menos de un metro separaba ambos cuerpos. Buscó algún indicio que pudiese alertarlo de un peligro. El cuerpo de Crespo, sin embargo, parecía relajado, igual que su actitud.

—Tampoco quisiste traerme al caballo salvaje… —Una duda cruzó su gesto. Se giró lo suficiente para dirigirles a sus cómplices la pregunta—. ¿Cómo se les llama a los caballos salvajes? Hay una palabra para eso.

Los dos que acababan de aspirar sendas rayas de cocaína agitaron la cabeza en señal de ignorancia. Uno de ellos probó con una palabra al azar, su compañero soltó una carcajada y le golpeó el hombro con fuerza.

—Cimarrón —pronunció Arteta, sin cambiar de postura.

—Caballo cimarrón, eso es —celebró Crespo, y en su tono pudo percibirse un amago de júbilo—. Te has hecho amigo íntimo del caballo cimarrón. Y sin embargo no has llegado a presentármelo, a pesar de que te lo pedí. Igual que te pedí que me trajeses a la chica. ¿Ves? Yo no diría que te caigo bien, Darío.

Le llegó el olor a sudor que desprendía el uniforme. Distintas manchas de suciedad revelaban que hacía tiempo del último lavado. Se concentró en repeler el tufo, no era eso lo que debía raptar su atención.

—Lo siento. Perdón por no haber cumplido tus expectativas.

Lo dijo en tono neutro. Crespo trató de enfocarlo, aunque de nuevo su mirada se escurrió hacia otros puntos. Luego asintió. Dio otro paso más y dejó caer la mano sobre su hombro, sin violencia.

—No importa. Te he dicho que me gustas. Y, después de todo, si uno tiene realmente interés, debe buscarse las cosas por sí mismo, ¿no es así?

Asintió porque sabía que era lo apropiado para cerrar aquel diálogo y poder marcharse cuanto antes. Cada minuto que aquella situación se alargaba hacía que la piel le picase, como si su uniforme estuviese relleno de ortigas.

Crespo palmeó un par de veces su hombro, después regresó a la particular comodidad del leño. De camino, su mano rozó la barbilla de un Arteta que seguía inerte. El único movimiento perceptible fue el de sus ojos al cerrarse ante el contacto de los dedos con su piel.

Al abandonar el granero le pareció que la temperatura en el exterior había caído varios grados. El cielo lucía grandes máculas de un gris más oscuro. No eran elementos suficientes para disuadir a quienes chapoteaban y voceaban en las aguas poco caudalosas. En lugar de reunirse con el grupo, aprovechó para caminar un poco a sus anchas. La pierna derecha le molestaba un poco tras el enfrentamiento en el río, apenas algún calambre en gestos de esfuerzo, pero sentía que necesitaba fortalecerla. Había renunciado a los paseos nocturnos, así que se dedicaba a ello durante el día, cuando encontraba el momento de hacerlo a solas.

Recorrió el muro de piedra de cabo a rabo. Se detuvo un rato en la parte donde el río fluía bajo la construcción, entre gruesos barrotes que ningún preso podría haber lijado en busca de una gran evasión. La corriente obró un efecto casi hipnótico, se quedó absorto mientras veía el agua correr con viveza, indetenible. Sintió su liviandad y llegó a envidiar la posibilidad de atravesar la fortaleza con esa desenvoltura. Tanta sencillez para lograr algo que él y el resto de reclusos solo podían sentarse a contemplar como un hecho inalcanzable.

Acarició la dureza irregular de la piedra mientras avanzaba. A su paso se encontró a algunos internos desperdigados por la tierra. Vio a lo lejos a Camila, un escalofrío le atravesó la espalda al reconocer el cuello tatuado de Vito a su lado. Lanzaban grandes bocanadas de humo al aire, mientras gritaban y reían sin tregua junto a otros presos. Dejó atrás el jaleo, tratando de no llamar la atención.

Su paso se aceleró de manera inconsciente al alcanzar la iglesia. Tan solo echó una mirada de reojo a la vieja construcción, erguida como un antiguo ídolo petrificado. Pero se detuvo de repente. Aguzó el oído para confirmar que lo que salía de su interior era un sollozo inacabable. Algo tiraba de su cuerpo en dirección opuesta, un impulso instintivo que le señalaba el camino a seguir. Lejos de aquellos ruidos. Quién estuviese allí dentro, el motivo de sus lamentos, no era de su incumbencia. Lo último que deseaba era entrar de nuevo en aquel templo, testigo de hechos atroces.

La necesidad de saber pudo más que las súplicas de su cuerpo, que se resignó a conducir sus pasos hacia el recinto. Se asomó con cautela a la puerta entreabierta. Apenas podía ver las filas de bancos por la estrecha rendija. Con cuidado de no hacer ruido, empujó suavemente la puerta hasta crear un hueco mayor.

De rodillas, ante el púlpito, un uniforme naranja se agitaba entre gimoteos más propios de un niño asustado. No acertó a distinguir quién era, solo que se trataba de un hombre. Sus brazos se alzaban hacia la vieja imagen de culto, las manos entrelazadas en señal de plegaria. La cabeza gacha, derrotada, le impedía reconocer a la

persona que se hallaba tras aquel gesto desesperado.

Dudó si acercarse y preguntarle si se encontraba bien. Después de todo, esa pregunta no solucionaría nada. Si la respuesta era negativa, ¿acaso podía hacer algo por él? La única opción que existía era la de originar nuevos conflictos. Si aquel hombre temblaba de sufrimiento, de angustia, de lo que fuese, ante una figura muda que lo observaba implacable, él no tenía nada que hacer. Su buena intención no sería nada más que eso. Y, allí, la buena intención no servía para otra cosa que para acabar herido.

Volvió a entrecerrar con delicadeza la puerta y se alejó a paso lento. Trató de sacudirse de encima la sensación agria que le había dejado la escena. Se llevó la mano a la cara y con el dorso secó rápidamente la primera lágrima. Hizo un esfuerzo por evitar que otras se sumasen a la rebelión. Sintió frío por primera vez en el día. Hasta el momento, el día nublado había supuesto un respiro. Pero su cuerpo se estremeció durante un par de segundos. Las piernas le pidieron asiento y cedió sin pensarlo. Se dejó caer tras un par de casas, sobre la hierba mustia. Enterró el rostro entre las piernas. En lo alto, algunos pájaros rasgaron el silencio con cantos tímidos y estridentes.

Al recuperarse, reemprendió la marcha. Los pasos lo condujeron hasta la plaza, que decidió bordear. Cuatro o cinco reclusos jugaban a una rayuela trazada en el empedrado. Lanzaban vítores cada vez que uno completaba el circuito con dificultades pero sin equivocaciones. Una mujer lo hizo al parecer en un plazo de tiempo admirable y sus compañeros celebraron el hito como una familia agraciada con la lotería. Sus voces entusiastas quedaron atrás a medida que se alejaba de la plaza.

Llegó a la casa de Germán. Hacía más de una semana desde la última vez que se había acercado hasta allí. Sus últimos encuentros habían tenido lugar en la huerta o junto al río. Ninguno de los dos buscaba al otro, pero terminaban pasando un rato juntos. A veces ni siquiera hablaban. Se sentaba y observaba cómo las piedras salían proyectadas desde la mano de Germán hasta dibujar saltos elegantes sobre la superficie acuosa. En algunas ocasiones podía contar hasta siete u ocho botes. Le calmaba admirar en silencio aquella pequeña proeza. Otras veces, compartían pensamientos con voz queda. Detalles triviales que revestían de confesiones, o viceversa.

Se acercó a los escalones de la entrada. En el suelo de madera del porche se podían apreciar todavía algunas gotas de sangre reseca, medio difuminada. El cristal de los ventanales había sido sustituido por sábanas tersas de color claro, apuntaladas al vano. Se quedó un rato allí plantado. No sabía si estaría dentro.

—¿Vienes a traer problemas?

Se dio la vuelta. Germán se acercaba con paso sereno. No sabía de

dónde venía, aunque los bajos de su uniforme estaban manchados de tierra y la melena relucía húmeda. Se apartó cuando cruzó el porche y abrió la puerta de la casa sin necesidad de utilizar la llave. La puerta permaneció abierta, invitándolo a pasar.

—El día está fresco, ¿te vas a encerrar ya en casa? —se aventuró a preguntar, mientras se acercaba al vano de la entrada.

Oyó correr un chorro de agua, al fondo de la estancia principal, donde sabía que se encontraba el baño. Germán reapareció con una toalla en la que secó su cara, primero, y su pelo después. Le dedicó una mirada, sin responder a la pregunta, y se dirigió a la cocina. Desde allí le preguntó si tenía sed. Declinó la propuesta y aguardó a que reapareciese.

—¿Tienes ganas de paseo?

Se encogió de hombros. Había caminado ya lo suficiente, lo único que no le apetecía era encerrarse en su dormitorio. Se estaba a gusto en el exterior.

Germán hizo un ademán con la cabeza y ambos salieron de la casa. Ninguno de los dos parecía saber adónde se dirigían, pero no tenía importancia. Se encaminaron sin prisa hacia la arboleda, aunque no se detuvieron allí. Había bastante gente repartida a lo largo de la orilla. Pocos eran los que se remojaban a esas horas en el río, pero muchos los que disfrutaban de un ambiente plácido tendidos sobre la tierra o la hierba seca. Pasaron cerca del lavadero, donde estaban reunidos los demás. Les devolvió el saludo callado que le dedicaron con la mano. Caco soltó un comentario burlón e inofensivo sobre el cambio de compañías que nadie se tomó a mal. En las miradas de Susana y Samir advirtió cierta preocupación, no sabía si por él o por ellos mismos. Tomás, por el contrario, le dedicó una afable sonrisa. Le llamó la atención la ausencia de Cayetana, aunque no preguntó por ella. Continuaron su paseo sin rumbo dejando el lavadero atrás.

Germán se detuvo en la vasta explanada y él aprovechó para echar un vistazo a su alrededor: la huerta vacía, el movimiento nervioso de las gallinas en el corral, el granero silencioso al fondo.

—No sé si voy a echar de menos esto.

Germán lo miró de reojo. Reprimió una sonrisa abierta, como si el comentario le hubiese parecido demasiado ingenuo.

—Es exactamente igual a la cárcel que espera por nosotros al salir. Solo que con unos barrotes más bonitos.

—Al menos aquí tenemos la posibilidad de sentirnos un poco más libres.

—Así es como se empieza sometiendo a la gente. Haciéndole creer el engaño.

Otro día cualquiera no podrían haber soportado más de cinco minutos parados a la intemperie. El sol habría agotado sus fuerzas en

cuestión de minutos. Germán dirigió la vista hacia la torre de vigilancia, que parecía emboscarse en el lienzo ceniciento que se desplegaba tras ella. Más nubes cubrían el cielo.

—No lo saben, pero ellos son más prisioneros que nosotros —afirmó Germán, con la vista clavada todavía en el puesto de guardia—. Metidos en un cuartucho sin más motivación que la de creerse unos falsos dioses que todo lo ven, por orden de otros.

—Supongo que esto es una cadena.

—Una pirámide. Mal construida. Y todo lo que se levanta mal, termina cayendo.

Se calló las dudas que tenía al respecto. No creía que aquella torre pudiera caer, ni la gente que la gestionaba. Sabía que no estaba tan mal diseñada como Germán creía. Se habían encargado de tenerlo todo bajo control, dentro y fuera. Nadie podía hacer saltar por los aires un sistema en el que cualquier voz discordante podía ser silenciada con indecente facilidad. Yolanda era un ejemplo. Él mismo era otro.

La tristeza volvió a golpearlo. Una parte de él pujaba por contarle los últimos descubrimientos a Germán, por más que hacerlo no sirviese para nada más que contagiar de su impotencia a otros. Volvió a escuchar los gritos del hombre al que se habían llevado a rastras durante las visitas. Su mensaje rabioso, impotente. Fuera de aquella tierra amurallada, los televisores, las radios, los teléfonos y ordenadores habían sido invadidos por imágenes de los presos. No habían tenido acceso a más información, pero era suficiente. Le resultaba sencillo hacerse una idea de lo ocurrido. De cuál era la intención escondida tras la difusión de vídeos de los presos en la aldea. De cuáles habrían sido las escenas escogidas. No todas, por supuesto. Solo aquellas de enfrentamientos, abusos, actos censurables. Montajes maravillosos que encadenarían secuencias atroces y repulsivas. Que facilitarían una opinión: la de que aquellos seres inadaptados no merecían una segunda oportunidad. La de que aquellos salvajes deshumanizados no habían aprendido ninguna lección al ser despojados de su libertad, de la vida que hasta entonces habían disfrutado. Imágenes que ayudarían a aceptar que las condenas establecidas no eran la solución, por lo que cabría plantearse probar con otras mayores. A la altura de sus conductas desalmadas.

—¿Qué te tiene tan absorto?

Se volvió hacia Germán. Vio caer sobre su melena, todavía reluciente, la primera de las gotas. La segunda, gruesa, impactó sobre el mono, y convirtió el familiar color naranja en un tono amarronado. Justo después sintió las primeras que hicieron diana sobre su propio cuerpo. Germán alzó la cara al cielo, meneó la cabeza.

—Parece que hoy algunos se darán su primera ducha.

Quiso reírse del comentario, pero la lluvia solo acrecentó su amargura. Germán anunció que regresaba a la casa, no tenía intención de coger un resfriado que lo pudiese poner a merced de otros. Se puso también en movimiento sin saber muy bien adónde dirigirse. A cierta distancia, en el lavadero, sus compañeros permanecían a resguardo. Caco asomaba la cabeza con gestos vivos, como si presenciase un acontecimiento insólito. Cuando la llovizna tomó visos de convertirse en chaparrón, apretó el paso, hacia la zona de casas. Quizás fuese un buen momento para encerrarse a leer, a solas. O para presenciar desde la ventana cómo el día se iba consumiendo poco a poco.

Emprendió un trote ligero al llegar al camino de piedra. Aunque no había sufrido ninguna molestia, no quería forzar la pierna más de lo necesario. Lo adelantaron en un par de ocasiones varios uniformes, que con el agua habían perdido parte de su viveza. Pensó si aquel detalle podía interferir en el trabajo de quienes vigilaban o decían vigilar desde la torre. Si la facilidad con que distinguían los trajes reglamentarios podía verse afectada de alguna manera por la pérdida de esplendor.

Alcanzó la casa cuando la descarga era ya una exhibición contundente. Las gotas caían con rapidez y fuerza, sin tregua. Casi con furia. Revolvió en el bolsillo hasta dar con la llave. Levantó la cabeza y, en un gesto instintivo, la giró hacia el camino que ascendía. Al fondo, de una de las casas que quedaban al otro lado de la plaza, vio salir a Cayetana. No pareció importarle el chaparrón. Aunque no podía ver con claridad desde donde estaba, sus gestos le parecieron lentos, no exactamente calmados. Inexpresivos, más bien. Avanzó bajo el agua como si se deslizase sobre el suelo. Pareció dudar de dónde estaba, adónde ir.

Se acercó a la puerta con la llave en la mano sin quitarle el ojo de encima a su compañera. No tenía ganas de estar con nadie, el refugio del hogar le parecía más tentador que nunca. Se había hecho ya a la idea de mudarse de uniforme y acurrucarse en la butaca de la sala, a la luz de las velas y con un libro entre manos. Vio como Cayetana se acercaba a la cruz de piedra. Su brazo se extendió y encontró apoyó en la viga que se erigía como eje central. Y el cuerpo de su amiga se estremeció. Su cuello se alargó lo suficiente para escenificar la arcada que la sacudió entera. Una segunda náusea la atacó cuando no parecía haberse recuperado todavía de la primera. Su brazo seguía en tensión, apoyado en la piedra de la cruz. La otra mano, mientras tosía, se posó en su vientre con una delicadeza que contrastaba con la rigidez de sus espasmos.

Se apresuró a acudir en su ayuda. Un pequeño tirón le sacudió la pierna al resbalar sobre el camino empedrado, aunque no tuvo problemas para mantener el equilibrio. Avanzaba con la vista fija en

Cayetana, que parecía recomponerse. Se había erguido, ya no buscaba un punto de apoyo. Pero él no podía dejar de contemplar la mano que subía y bajaba en movimientos suaves, maternales, acariciando la tela naranja.

—¿Te encuentras bien?

No pareció sorprenderle su aparición. Lo miró a los ojos, el cansancio que vio en los suyos le dolió como si fuese propio. Las ojeras se le acentuaban más que nunca en el rostro pálido bañado por la lluvia. Cayetana frunció los labios. Meneó la cabeza de manera casi imperceptible, queriendo restar importancia a algo.

—Cayetana, ¿qué ocurre?

Lo preguntó con la mirada clavada en la mano que todavía protegía su tripa. El agua ceñía a su cuerpo el uniforme, acentuando una tenue ondulación en aquel cuerpo delgado. Por su cabeza cruzó fugaz la imagen de unos niños desnutridos, con sus vientres hinchados. Un bulto que no encajaba en aquellos cuerpos menudos, un bulto descorazonador.

Quiso preguntarle, pero no encontraba palabras que pudiesen dar forma a la vorágine de pensamientos desatada en su cabeza. La lluvia golpeaba sobre la plaza y ninguno de los dos se movía. Se contemplaban el uno al otro, cada vez más empapados. Entonces se abrió una puerta, a espaldas de Cayetana. La misma por la que había salido momentos antes. El cuerpo de Crespo asomó con cuidado de no mojarse. Cayetana no se movió un centímetro, a pesar de ser consciente de que la puerta se había abierto tras ella. A pesar de saber quién estaba apoyado en el vano.

—Vais a agarrar un buen resfriado como sigáis ahí parados —dijo, casi con tono cantarín.

Le retiró la mirada a Crespo, solo para observar cómo sus propias manos temblaban. Agarrotadas, en forma de puño. Sintió la bola de fuego crecer en sus entrañas, ascender hasta amenazar con reventarle la cabeza. Lo último que vio con nitidez antes de que la visión se le emborronase fue el rostro de Cayetana. Su gesto de súplica. Su cabeza agitándose con temor, pidiendo sin palabras que no lo hiciese. Y aunque él también hubiese querido no hacerlo, no pudo. Porque no se trataba de una decisión que hubiese podido o no tomar.

Su cuerpo se movía solo, esa fue la impresión que tuvo cuando se dio cuenta de que la casa estaba solo a un par de metros. Al verlo acercarse, Crespo dio un paso al frente. Salió de su refugio, y las primeras gotas cayeron con avidez sobre él.

—¿Hay algún problema, Darío?

Descargó el puño sobre la mandíbula de Crespo, que no tuvo tiempo de protegerse. El golpe lo hizo trastabillar y su espalda dio contra el marco de la puerta. Antes de que pudiese recomponerse,

agarró su pelo grasiento y tiró de él hasta situarlo frente a sí. Hundió la rodilla en los testículos de su oponente. De su garganta resbaló un gemido ahogado, el cuerpo de Crespo se encorvó. Clavó su codo en la espalda que le ofrecía, y Crespo cayó de rodillas. Oyó su rugido furioso, pero hizo caso omiso. Descargó con furia la pierna sobre el costado del hombre postrado, que logró encajar el golpe sin caer al suelo.

A su espalda escuchó las súplicas de Cayetana, que llegaban amortiguadas por el martilleo de las gotas en el empedrado. Se preparó para golpear de nuevo aquel cuerpo que lo llenaba de odio. Crespo alzó la cabeza, sus ojos refulgían con una intensidad que no había visto en ellos antes. Por primera vez, parecían tener vida. Volvió a patearlo en el costado, pero el brazo de Crespo logró trabar su pierna y a punto estuvo de hacerlo perder el equilibrio. Le retorció la extremidad con fuerza y tuvo que dar algunos saltos para no ceder y terminar derribado.

Se dio cuenta tarde de las dos sombras que salían disparadas por el marco de la puerta y se cernían sobre él. Dos de los acólitos de Crespo lo agarraron por los brazos y tiraron de él sin piedad. El dolor que le cruzó la espalda al batir contra la piedra del suelo transformó su visión en un manto negro. Aspiró una bocanada de aire en falso, no entró nada en sus pulmones. Logró recuperarse de inmediato, dolorido se reincorporó para que, de nuevo, los secuaces lo inmovilizasen.

Le había partido el labio a Crespo. Lo confirmó cuando este acercó su cara a la suya. Se revolvió entre las garras de los hombres, más por la rabia que lo dominaba que por un intento convencido de lograr zafarse.

—Me mentiste. Te dije que no te caía bien y lo negaste.

La voz salía pastosa, pero había algo más en ella. Una especie de decepción, de lamento patético. Era el tono de un niño al que le han prometido un dulce que no ha llegado a saborear.

—No tenías que mentirme —insistió.

La mano de Crespo se cerró en torno a su cuello. Volvió a sentir la misma insoportable sensación de ahogo que lo había invadido la noche de la pelea con la banda de Tebras. La falta de aire, la impotencia de no poder hacer nada por liberarse. Los ojos de Crespo lo escrutaban con dureza, su brillo infantil se había apagado. Ya solo quedaba el fulgor furibundo. Se agitó en un espasmo, pero ninguno de los hombres redujo lo más mínimo la fuerza que ejercían sobre sus brazos. Ni mucho menos Crespo, que aumentó la presión de sus dedos.

—En realidad, el responsable de lo que le pasa a la chica eres tú —dijo, masticando las palabras—. Tú te interpusiste cuando Tebras quiso hacerla suya. Me la dejaste a mí. Me hiciste ese regalo, aunque después te negases a traérmela. Siempre has estado en mi equipo.

Se convenció de que la tráquea le iba a estallar en mil pedazos. Moriría reventado. Por su garganta trepó un hilo de aire que sonó casi ridículo, como un globo desinflándose. La vista se le nubló, los ruidos perdieron fuelle. Percibía el tamborileo de la lluvia como quien oye llover desde el interior de un vagón en marcha. Los gritos a su alrededor bien podían confundirse con graznidos de cuervos.

Hizo varios intentos desesperados por zafarse. El cuerpo se sacudía solo, su voluntad era ya un residuo de supervivencia. No podía pensar. La fuerza se diluyó en todos sus miembros, la asfixia era tal que por un momento se sintió leve. Podía abandonarse a aquella frágil promesa de descanso, de paz. Su cuerpo continuaba estremeciéndose, pero ya no era él quien emitía las órdenes. Solo esperaba a la escena final de la función. A que ante sus ojos cayese de golpe el grueso telón rojo.

Pensó que eso mismo había ocurrido cuando su vista se tiñó de ese color. Parpadeó de manera instintiva, aún sin ser consciente de lo que ocurría, para liberarse del líquido que se escurría por sus pestañas. Le resbalaba también por la piel de la cara, más espeso que las gotas de lluvia.

Se tambaleó al dejar de sentir que lo apresaban. Le resultó difícil volver a hacerse con el dominio de su cuerpo. Lo primero que distinguió al recuperar la percepción sobre su entorno fue el rostro lívido de Crespo. Las venas hinchadas de su cuello contrastaban con la que, abierta, disparaba los chorros de sangre que le habían alcanzado a él en la cara. El cuchillo permanecía hundido en la carne, en medio de la mamba negra, como si esta fuese el mejor soporte de cocina para esos instrumentos. Detrás del mango que sobresalía, vio el dolor que reflejaban los ojos de Arteta.

Crespo se giró, con extraña lentitud, hasta quedar cara a cara con quien acababa de poner fin a su vida. Quedaban todavía unos segundos hasta que su corazón dejase de latir, pero la sangre bombeaba con tal fuerza al exterior que nada podía hacer pensar siquiera en un milagro. Vio a discípulo y maestro, a jefe y subalterno, contemplarse. La única mirada, tal vez, en la que Crespo observó de verdad a quien se había aferrado a él con algo más que mera condescendencia. La única mirada, tal vez, en la que en esos ojos encontró algo más que una idolatría obsesiva.

El cuerpo de Crespo se desplomó con peso muerto. El sonido sobre el suelo de la plaza fue húmedo, incómodo, y lo hizo sacudirse del trance. Se llevó una mano a la cara de manera instintiva para limpiarse la sangre ajena que la lluvia no había purificado todavía. Entonces miró a su alrededor. Distintos monos naranjas, desde distintos puntos de la plaza, observaban el cuerpo tendido sobre la piedra. El reguero de color rojo que, atenuado al mezclarse con el

agua, trazaba arabescos que danzaban de un lado a otro.

Todo le pareció irreal. El cuerpo tendido sin vida, el rictus en el rostro de Arteta. Pero había algo que se sobreponía a todo lo demás. El silencio. Un silencio que engullía el golpeteo del diluvio y cualquier otro ruido. Un silencio que no rodeaba a los presentes en la plaza, sino que venía de dentro de ellos mismos.

El primer grito fue de uno de los secuaces. Se agachó sobre el cuerpo, lo zarandeó varias veces y luego gritó. Un grito desesperado, horrorizado, amenazador. La confirmación de algo que ya todos tenían claro. Crespo estaba muerto.

Durante unos instantes nadie más se movió. Como si hacerlo pudiese desencadenar la verdadera tormenta, o detonar la realidad que de alguna manera trataban de contener. El hombre volvió a gritar lo mismo, lo repitió dos, tres veces. Cada bramido era mayor que el anterior, más estridente. Más desatado.

Arteta dio varios pasos atrás, sin poder desviar la mirada del cuerpo al que había despojado de vida. El cuchillo ensartado en el cuello como un recordatorio de lo certero de su trabajo. Algo dentro le pedía acercarse a él, abrazarlo, protegerlo. Devolverle el favor que le había hecho, aunque en realidad se tratase de una condena. Una condena para todos.

—Darío. Darío, ven. Por favor. Vámonos de aquí.

La voz le llegó susurrada. Dejó que la mano agarrase la suya y entonces se giró para contemplar el rostro de Cayetana. El pelo se pegaba a su cara, cubriéndole un ojo y la mejilla. La fatiga que había visto en ella durante las náuseas se había evaporado, sustituida por la alarma. Sintió cómo tironeaba de él, sin dureza pero insistente.

—Tenemos que alejarnos de aquí, Darío.

Se dejó arrastrar, sin poder retirar la vista. Los dos secuaces rodearon a Arteta, que no se movió un milímetro. Su atención no iba más allá del bulto echado sobre la plaza. El pánico volvió a crecer en él, pero la mano de Cayetana le apretó con vehemencia. Se encontró con sus ojos, con la súplica que había en ellos. Y cuando ambos echaron a correr, en dirección a las otras casas, el caos estalló a sus espaldas.

Se parapetaron en la suya. Cristóbal estaba en la cocina, había seguido los acontecimientos desde la ventana de esa estancia, a pesar de lo limitado de las vistas. Cuando los vio entrar, se acercó a ellos e hizo amago de evitar que subiesen al dormitorio, pero él lo agarró por el pecho y lo acorraló contra el pasamanos. No hizo falta cruzar una sola palabra.

Cerró la puerta de su cuarto y se acercó a la ventana. Desde allí solo podía ver una parte de la plaza. Era suficiente. Aun con la ventana cerrada podía escucharse de vez en cuando un grito que

sobrepasaba el clamor del agua. Algunos cuerpos cruzaban la explanada en una dirección o en otra, a la carrera. Parecían no tener un rumbo fijo, pero sí la urgencia de no quedarse quietos.

Se acercó a la cama cuando advirtió los sollozos a su espalda. Cayetana se había sentado sobre la colcha, dibujando un pequeño arco de humedad. Sacó del armario un juego limpio de toallas y le ofreció la pequeña. Cubrió con la grande los hombros de ella, mientras se sentaba a su lado.

—¿Quieres darte un baño?

Cayetana negó con la cabeza e intentó serenarse.

—¿Desde cuándo? —le preguntó, sin considerar si la pregunta o el momento eran los adecuados. El corazón le bombeaba todavía a gran velocidad.

—Qué más da eso —musitó ella, tras un largo silencio.

—No sabía nada, me pidió…

—No tenías que saber nada.

—Me pidió que te llevase ante él —prosiguió, absorto—. Hace tiempo, en el granero. O tú o Germán, le interesabais ambos. No sabía para qué, no quise pensarlo. —El pulso se le aceleró—. No me negué, pensé que así ganaba tiempo. Aposté por que se olvidaría de ello.

—Tú no tienes la culpa. Ni tú ni nadie.

—Sí, la tiene él. Por eso está muerto. —El silencio corrió entre ambos, el repiqueteo del exterior pareció cobrar fuerza—. ¿Era solo él o…?

—Darío, eso no importa.

El labio de Cayetana tembló, dando la respuesta contraria. Sus ojos se nublaron, y él solo acertó a abrazarla. Se quedaron así un rato, las ligeras sacudidas de ella contra su pecho.

—Era solo él —susurró, la cara todavía apoyada en su uniforme—. Dejaba que los otros mirasen o tocasen, a veces. Se comportaban como hienas. Pero no permitía que nadie más pensase que yo les pertenecía a todos. Durante el tiempo que durase, era solo propiedad de él.

El cuerpo se le incendió al escuchar esas palabras. No había querido verlo, pero se preguntaba si en el fondo no había podido sospechar algo. No le habían hecho falta más que un par de segundos para conectar el momento de vulnerabilidad de Cayetana, las náuseas, con la aparición a sus espaldas de Crespo. No quería pensar que podría haber hecho algo más por evitarlo.

—¿Arteta también?

—No —contestó, y se separó de su pecho. Se frotó la cara y trató de recomponerse—. Él nunca estaba presente. Se quedaba en la sala, o se iba de la casa… Nunca dijo nada, pero no se comportaba como los demás. No puedo creer… —dijo, temblando repentinamente—. Lo ha hecho. No puedo creer que lo haya hecho… Darío, lo ha matado.

Por el camino que separaba el conjunto principal de viviendas se alzaron algunas voces. Gritaban, intercambiaban diálogos que no alcanzaba a descifrar bajo la lluvia. Se alejaban y acercaban, sin detenerse, corriendo en direcciones opuestas. En mitad de la plaza yacía un cadáver. Todo el revuelo que aquel hecho pudiese desencadenar le parecía insuficiente.

Oyeron golpes en la puerta de abajo. Cayetana se estremeció. Con un gesto de la mano le indicó que no se moviese y salió de la habitación con paso quedo. Cristóbal se asomaba a la minúscula ventana de la salita, pero desde ese ángulo resultaba imposible ver a quien estuviese aporreando con saña la puerta.

Descendió con celeridad las escaleras al escuchar del otro lado la voz de Susana. Abrió la puerta y la mujer casi se le echó encima, seguida de Samir, Tomás y Caco. Dejó que lo abrazase mientras los demás formaban un corrillo. Cristóbal los observaba sin decir nada, poniendo unos metros de distancia.

Le señaló a Susana su cuarto, escaleras arriba, y ella entendió. Subió seguida de Tomás y de Samir, pero él detuvo a Caco. Su gesto horrorizado, su cara lívida, no fueron motivo suficiente para dejarlo acudir en busca de su pareja.

—Dales un minuto.

—Necesito verla —pronunció, casi sin aliento. Le temblaba el cuerpo, calado hasta los huesos—. Dime que está bien, dime que no le han hecho nada…

—Está bien.

Caco volvió a hacer amago de encarar las escaleras, pero lo interceptó con menor delicadeza. No pareció entender su mirada de advertencia y regresó a las súplicas, al balbuceo histérico que él acalló con un par de palabras secas. Luego se giró hacia Cristóbal. En el mismo tono, hizo que abandonase la casa. No le importó que fuera la lluvia siguiese batiendo con violencia. El hombre lo miró unos segundos, entre suplicante y retador, pero cerró la puerta tras de sí. Sus pasos apurados se perdieron en la distancia.

—Darío, por favor. Tengo que verla. Tengo que verla ahora mismo.

Cada palabra que escuchaba parecía acelerarle el pulso. Trató de serenarse, no podía perder el control. Cada vez que lo hacía, el desenlace era fatídico. Pero nada se lo ponía fácil. Cualquier nuevo acontecimiento parecía conspirar para que soltase las riendas, para que vomitase la ponzoña que residía en sus entrañas, agazapada, a la espera del momento en que salir e inundarlo todo de miseria y barbarie. No sabía si podía aguantar más. No sabía si quería aguantar más.

Al siguiente intento de Caco por subir y llegar hasta Cayetana lo agarró por la pechera.

—Tendrás tiempo de estar con ella.
—Me han contado que… Dijeron que salió de… de… —La boca se le movía descontrolada. Llegaría a atragantarse por culpa de sus propias ansias.
—Quien le hacía daño está muerto.
—¿Qué daño? ¿Qué daño le hacían, Darío? ¡Dímelo!
Se asombró tanto como Caco con el restallido de la bofetada. La mano había cruzado el aire en un acto que ni siquiera había pensado. La mejilla de Caco se enrojeció, y de inmediato el color se extendió al resto de la cara.
—Ese daño ya está hecho. A ti te duele, a mí también. Pero ni tu dolor ni el mío servirán para borrar lo que ella ha sufrido.
—Hijo de puta… Tendría que haberlo matado. Tendría que haber matado a ese tarado. —Las primeras lágrimas asomaron a sus ojos. Se movió de un lado a otro, como un león enjaulado—. ¡Tendría que haber terminado con ese enfermo de mierda y no lo hice!
—Es lo que tienen las ratas, que al final solo miran por sí mismas.
Escupió las palabras con un asco del que pronto se sintió culpable. Nada más ver la cara de incomprensión de Caco, el susto en su mirada. No había entendido la acusación, pero aquel tono había sido un dardo untado en veneno. Respiró hondo, no podía dejarse dominar por la rabia. Caco reemprendió la frenética ida y vuelta, convencido quizás de que la impotencia se había apoderado también de su compañero.
—El resto de la manada —resopló—. Espero que no hayan tenido nada que ver. Te lo juro, si me entero de que ellos… de que ellos le han…
—Si te enteras, ¿qué? ¿Se lo filtrarás al Gobierno? ¿O eso no sería de su interés?
El correteo se detuvo en seco. La mueca ya no era de desconcierto.
—Qué dices, Darío.
—No juegues conmigo. No más.
El silencio que se extendió por la planta baja permitió que llegasen algunos sonidos débiles del piso superior. Las voces acolchadas de Susana y Tomás, protectoras. La calidez de su tono contrastaba con el frío húmedo que se propagaba unos metros más abajo, en el recibidor. Caco no pestañeaba, no retiraba la vista. Pero era incapaz de articular palabra.
—Lo sé todo —le dijo, sin subir el tono. No quería alarmar a los de arriba—. Que no se te pase por la cabeza fingir que no sabes de qué te hablo.
—Darío…
—¿Hay alguna manera de que nos saquen de aquí?
—Escucha, yo…

—No, escúchame tú a mí. —Su cuerpo se puso en marcha, no podía permanecer quieto un segundo más. Caco dio un paso atrás cuando la distancia entre ambos se redujo a la nada—. Dime si hay alguna manera de lograr que nos saquen. Ha muerto un hombre. Esto va a terminar mal.

Empapado como estaba, la tiritera de Caco podía pasar por la advertencia de una hipotermia incipiente. Pero sabía que aquellas sacudidas las producía el temor. El miedo de saberse desenmascarado, de estar cara a cara con alguien que había descubierto su verdadera identidad. Y entonces se derrumbó. El confidente se postró de rodillas, cabizbajo, y un ronroneo extraño salió de su cuerpo. Antes de que pudiese llamar la atención de los demás, lo agarró por los hombros y lo alzó sin miramientos.

—Calla —ordenó—. No es momento para gimoteos, Caco. Necesitamos una solución. ¿Pueden sacarnos de aquí, sí o no?

—Yo… yo… —Lo zarandeó para cortar una nueva descarga de balbuceos—. No lo sé. De verdad, no lo sé —admitió.

—Pues tendremos que salir de dudas.

Ascendió los escalones de dos en dos y accedió a su habitación para dejarles su llave a quienes allí estaban. Vio a Cayetana mecida en el regazo de una Susana que acariciaba con ademán maternal su cabello húmedo. Tomás estaba junto a ellas, de pie. Samir se mantenía pegado a la ventana, alerta a cualquier movimiento del exterior. Les dijo que debía salir con Caco para buscar una manera de estar seguros, pero cuando quiso entregarle la llave a Tomás, Susana decidió que se irían a su casa. Era más amplia, se sentirían más a gusto, y no tendrían que hacer frente a la posibilidad de que Cristóbal regresase con compañía.

Salió con Caco a su lado y la descarga los recibió con la misma intensidad. La lluvia no había amainado. Corrieron en dirección a la casa de Caco. No sabía muy bien qué esperar, qué plan podía trazar, si acaso podía elaborar alguno. La única certeza era que las fuerzas de seguridad debían intervenir cuanto antes. De lo contrario, la situación se pondría demasiado fea. Nada podía confirmarle aquel presagio, pero no necesitaba pruebas. Tenía la experiencia.

Llegaron salpicados de barro y calados hasta los huesos a la vivienda. Estaba en la zona próxima a la iglesia. Era la primera vez que entraba en ella. Sabía que la compartía con otro recluso, mayor que él, con quien había cruzado alguna frase cordial en las labores de limpieza y mantenimiento del templo, cuando habían coincidido. No parecía estar en la casa en esos momentos.

Sin mediar palabra, Caco cruzó un par de espaciosas estancias y se adentró en un cuarto dos veces mayor que el suyo. Evitó dedicar un tiempo que no tenía a considerar si aquello se debía al azar o a un trato de preferencia. Se limitó a seguirlo y a observar sus

movimientos. Caco se desplazó hasta un amplio armario y desapareció tras sus puertas abiertas. Se acercó para no perder detalle, lo vio levantar una tabla a la altura de sus rodillas que dejó al descubierto un estrecho hueco. De ahí extrajo primero una delgada carpeta, luego un pequeño aparato. Un teléfono móvil.

—Tienes comunicación directa con ellos.

Caco no dijo nada. Cerró el armario a sus espaldas y se acercó hasta la puerta del dormitorio. Echó un rápido vistazo al exterior y cerró la puerta. Dejó sobre la cama lo que acababa de extraer, invitándolo a que hiciese con ello lo que considerase oportuno.

—Explícate.

—Tenía que encender el teléfono una vez a la semana —empezó a decir, en un hilo de voz—. Mismo día, misma hora. Para… reportar cualquier suceso que hubiese tenido lugar durante ese tiempo. Debía informarlos de todo, de cualquier detalle que conociese. Ellos descartaban información o me pedían que profundizase en lo que les resultaba de interés.

—¿Y qué les suele resultar de interés? —preguntó, acentuando el tiempo presente. Por más que Caco se refiriese a su traición en pasado, no iba a concederle el placer de seguirle la corriente.

—Cualquier… situación tensa —confesó, casi con vergüenza—. Peleas, enemistades, habladurías…

No preguntó nada más. Empezaba a entender la lógica de aquella actividad. Se acercó a la cama y señaló la carpeta de color marrón. Caco desvió la vista. No le quedó más remedio que cogerla él mismo. La abrió y extrajo con cuidado el fino fajo de hojas que contenía. La mano le tembló al leer las primeras páginas, sus ojos corrían con celeridad por aquellas líneas. Un par de párrafos dedicados a la descripción psicológica de cada uno de los reclusos internados en la aldea. Un análisis que iba más allá de lo profesional.

Leyó sin poder detenerse a asimilar toda la información. Cada perfil, cada apunte recogido era una astilla que le perforaba la piel y se le quedaba incrustada dentro. Pasó por encima de nombres que no reconocía, acompañados de imágenes de carné con rostros que se habían convertido en familiares. Tenía la sensación de adentrarse en las intimidades de cada interno, de observar por una mirilla lo que ocurría en las estancias más privadas de los reclusos. Estuvo tentado de dejar caer sobre la cama aquellas hojas, de lanzarlas al suelo, pero no pudo apartar la mirada de lo que revelaban.

Reparó en aquellos que eran para él más que un mero conjunto de rasgos identitarios. Las palabras volaban, en una vorágine de información que le ardía en las manos. *Susana Hernández. 48 años. Cumplidos tres años de condena por ayudar a morir a su padre. Carácter pacífico, empática. Facilidad para mediar en conflictos con involucrados*

en situación de desigualdad, protectora. Familia = talón de Aquiles, la culpan de la muerte. Superó depresión pero no culpabilidad. Se escuchó a sí mismo aspirar una amplia bocanada de aire. Parecía haberse reducido el porcentaje de oxígeno en aquella estancia, de pronto más angosta. *Cayetana San Román. 24 años. Cumplido un año y tres meses de condena por tráfico y posesión de estupefacientes. Carácter manejable, extrovertida pero influenciable. Proviene de familia acomodada. Apología de la rebeldía = talón de Aquiles. Fácil persuasión.*

Alzó la vista un segundo y la clavó en Caco. Su compañero era la sombra de lo que hasta ese momento había sido. Su expresión afable, despierta, yacía sepultada por cascotes de deshonra y culpabilidad. Hizo un esfuerzo por creer que no había usado la información allí reflejada para acercarse a Cayetana. Quiso creer que la relación que había surgido entre ambos no era otra arista del plan. Volvió a las páginas que temblaban entre sus dedos. *Germán Aguirre. 38 años. Cumplidos cinco años de condena por doble asesinato, con agravante por alevosía sorpresiva. Asocial, rehúye contacto o trato innecesario con terceros. Invasión de su espacio = talón de Aquiles. A tener en cuenta para originar conflictos de carácter inmediato y violento.* La definición que hacían de su compañero prendió definitivamente la mecha de su rabia. Las indicaciones para hacerlo perder los estribos le parecieron grotescas. Deseó tener en frente a quien había redactado aquellas líneas, pero dejó que su pensamiento se disolviese mientras continuaba con la lectura. *Luis Miguel Arteta. 40 años. Cumplidos dos años de condena en tres etapas, reincidencia en robo a mano armada. Homosexual, crímenes cometidos influenciado por su expareja. Tendencia a depender de una personalidad autoritaria = talón de Aquiles. Trauma infantil, padre abusivo.*

—Eres un hijo de puta —soltó, sin poder contenerse.

—Darío, yo no quería acceder a esto. —La voz vibraba, envuelta en un tono de súplica—. Me amenazaron, nunca habría aceptado algo así. Me obligaron.

—Te eligieron por algo. Por ser un miserable dispuesto a traicionar a los demás.

—¡No es verdad! Yo… no os conocía, joder. Para mí no erais nadie, nada más que condenados de los que tenía que pasar información. No me dejaron alternativa, no me podía negar. Solo quería acabar con este infierno. Volver a casa.

—¿Cuántos sois?

—No soy un chivato —expresó, con duda.

Se acercó a él y lo hizo caer de un empujón sobre la cama. Desde su posición de superioridad contempló el miedo en su rostro. Pero, por encima de este, el arrepentimiento.

—¡Tú también lo habrías hecho si hubiesen ido a por ti! —se

defendió—. No habrías podido negarte. Entiéndelo, por favor. No tenía otra opción.

—¿Qué hacía el resto con esa información?

—Eso ya no lo sé muy bien.

Soltó una patada furiosa al somier, que se sacudió con un chirrido metálico y amenazó con desplomarse. Quizás no todo en aquella casa era tan bueno como parecía.

—No me correspondía a mí esa parte. Te lo juro.

—A Camila, entonces. O a Vito. —Caco le devolvió la mirada, aunque en ella ya no había sorpresa ante esas revelaciones—. ¿Cuál es su papel?

—No lo sé con detalle. Tenían que… azuzar a algunas personas. Crear conflictos: hacer correr algunos rumores, facilitar alianzas, utilizar la información de… —Caco no pudo terminar la frase, señaló con la cabeza las hojas que todavía sujetaba en una mano.

Cada vez le resultaba más complicado dominar sus ganas de emprenderla a golpes, de descargar su ira contra quien lo había engañado. Pero no podía hacerle eso a Caco. Sabía, en el fondo, que no era él contra quien ansiaba dirigir su malestar. Respiró hondo antes de hacerle la pregunta. Necesitaba saberlo, o al menos leer una respuesta en sus labios. Desconocía lo que podría pasar a continuación, pero eso escapaba a su control. La cara de Caco se contrajo en una mueca de horror al escucharlo. Se incorporó de la cama, aun a riesgo de ser golpeado de nuevo. La lengua se le trabó antes de acertar a dar una contestación.

—Ni se te ocurra pensarlo —dijo, jadeante. Los ojos se le empañaron—. He hecho cosas mal, pero jamás se me ocurriría utilizar a Cayetana. Jamás, ¿te ha quedado claro?

La voz se le rompió, engullida por el llanto. Se quedó quieto ante el chico indefenso que escondía el rostro entre las manos, roto por la realidad. Repitió una y otra vez que ella era lo más puro que había conocido, en un mantra errático y desesperado. El desconsuelo fue en aumento al afirmar que no sabía nada de lo de Crespo.

Sin saber por qué, acogió a Caco entre sus brazos, que se agitó con mayor intensidad mientras balbuceaba la palabra «perdón» de manera descontrolada. Momentos antes veía en él, a través del rencor, a un traidor al que colgar de una soga. Esa imagen se había desinflado hasta recuperar la forma anterior, la de una de las pocas personas que le había hecho compañía auténtica en el tiempo que llevaba allí encerrado. Supo entonces por qué lo perdonaba. Caco tenía razón. Él habría podido obrar igual si lo hubiesen amenazado, si le hubiesen vendido la promesa de la libertad a cambio. Tan solo había tenido la suerte de no verse en esa tesitura.

—Nos tienen que sacar de aquí. Antes de que pase algo más grave.

Caco se separó y asintió mientras se enjugaba la cara en un gesto estéril. Las lágrimas quedaban camufladas en su rostro humedecido por el chaparrón. Cogió el teléfono y lo encendió. Mientras Caco ponía el dispositivo en marcha, salió de la habitación para comprobar que seguían solos.

Se asomó a una de las ventanas que daba a la parte más cercana a la plaza. Un par de casas ocultaban esa vista, pero no percibió movimiento por los alrededores. Tampoco distinguió voces ni gritos, a pesar de que la descarga de agua parecía haber amainado un poco en los últimos minutos. A sus espaldas oyó la voz de Caco, un murmullo monótono. Aguzó el oído, sin moverse del sitio, dejando a su compañero un poco de espacio. No sabía quién estaba al otro lado de la línea, pero Caco informó de que necesitaban ayuda. Pidió que interviniesen la aldea, aunque se guardó de especificar los motivos. Eso pensó, hasta que pudo advertir un lapidario «Ya sabéis por qué». Después, un silencio que le pareció demasiado largo.

Regresó a la habitación en el momento en que Caco tiraba el móvil sobre la cama. Su cara no hacía presagiar un final apacible. Tampoco contaba con que un final así fuera posible, dadas las circunstancias. No hizo falta que le preguntase a Caco por la conversación.

—Están organizándolo —informó, su voz sonó desangelada—. Nos sacarán a todos hoy de aquí. Se ha terminado.

—¿Saben qué ha ocurrido?

—Tienen cámaras —respondió, entendiendo a qué se refería—. No solo las de seguridad que todos conocéis. Hay cámaras ocultas en el granero, en la iglesia, entre los bloques de casas. Varias que apuntan a la plaza, a la entrada de la aldea. —Un suspiro se coló entre sus palabras—. Lo saben todo. Han sido testigos de todo lo que ha ocurrido durante este tiempo. Y lo que no podían ver, nosotros se lo hemos contado.

Su capacidad para la sorpresa debía de haberse agotado, aquella confidencia no hizo ya mella en él. Desde las primeras revelaciones que le había hecho Yolanda, el recelo había estado ahí. Agazapado, pero creciendo sin poder detenerlo. Era consciente de que todo había sido un juego en el que los habían utilizado como meros peones, sin conocer siquiera las reglas del mismo.

—Han ganado —se atrevió a pronunciar en voz alta, después de un largo silencio.

Caco lo miró, y esta vez fue él quien esperó que su compañero lo abrazase. Aguardó un gesto que al menos tratase de reconfortarlo, a pesar de que eso ya no fuese posible.

—Teníamos que permanecer noventa días en este lugar —manifestó Caco, quizás para sí mismo—. Sin una sola muerte intencional.

No hizo falta que dijese más. De haberlo hecho, su relato habría

quedado interrumpido. Un estruendo sacudió la extraña calma que los envolvía. Ambos se sobresaltaron, en la cara de Caco vio reflejado su propio estupor.

Salieron de la casa a toda prisa. La explosión no había sonado tan cercana como para pensar que había tenido lugar en las proximidades. Se movieron con tiento, en busca de alguna señal. Las casas no les permitían ver nada fuera de lugar. Entonces, se oyó el segundo estallido.

—Cócteles molotov —sentenció Caco—. El grupo de Tebras tenía material para hacerlos.

Echaron a correr hacia la casa de Susana y Samir. Sin saber qué era lo que ocurría, querían asegurarse de que sus compañeros estaban a salvo. De que esa casa no se había convertido en la diana de artefactos explosivos. Pasaron por la plaza, donde el cuerpo sin vida de Crespo ya no yacía bajo la lluvia. La única prueba de que aquello había sido real eran unas pinceladas de color escarlata que se esparcían en regueros por la piedra, siguiendo las distintas rutas del agua. Ninguno de los dos se detuvo, ninguno de los dos comentó nada.

Por el camino se cruzaron con un par de hombres que Caco detuvo. Uno de ellos les contó lo que sucedía, en medio de un éxtasis incontrolado. Su expresión de júbilo contrastaba con sus ansias por poner distancia con la zona en la que tenían lugar los disturbios.

—¡Vamos a echar la puta torre abajo! —rugió, mientras se alejaba al trote en dirección contraria.

Varios reclusos atacaban la torre de vigilancia. Eso les había dicho. Desconocían quiénes y con qué motivación, pero alguien había decidido que aquello era necesario. Corrieron hasta la casa, donde comprobaron que los demás se encontraban bien. Tan confusos y nerviosos como ellos.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó Susana, sin ocultar su preocupación.

Miró de reojo a Caco, que agachó la cabeza. Decidió contarle a Susana que habían salido a buscar apoyos para comunicar a los del exterior lo que había ocurrido. Samir fue a por un par de mantas que pudiesen echarse por encima, y Susana los conminó a arracimarse de inmediato para entrar en calor.

Pasaron un rato largo intercambiando diálogos torpes. Ninguno podía disimular el nerviosismo que los agitaba por dentro. Se envaraban cada vez que alguien pasaba por el camino de piedra que cruzaba ante la casa. Pasos acelerados, murmullos, gritos de euforia. Samir, a pesar de la insistencia de Susana por mantenerlos a todos apiñados, huía a cada minuto hasta la cocina, desde cuya ventana se podía avistar una parte de la explanada principal. La torre, a lo lejos, era una cucaracha gigantesca que se alzaba bajo un cielo gris.

La alarma sonó poco después. Pitidos largos, dilatados, como para soterrar los gritos que se levantaban allá afuera. Replicó su sonido varias veces, durante más de dos minutos, sin interrupción. Luego tomó el relevo la voz del juez de vigilancia.

Samir abrió la ventana para que las órdenes llegasen nítidas hasta el interior de la casa. En la voz del juez Villanueva podía percibirse una nota de desagrado que no se molestaba en camuflar. Parecía que lo hubiesen interrumpido en medio de su hora de descanso. Con palabras concisas y tono seco, decretó que todos los internos debían presentarse de inmediato ante la puerta principal, como si de un recuento se tratase. Advirtió también, sin considerar necesario repetirlo, que si las muestras de violencia no cesaban, las fuerzas de seguridad procederían de la manera más adecuada. No juzgó conveniente añadir más detalles sobre lo que eso pudiera significar. La amenaza de su tono no dejaba espacio a las dudas.

Fue Tomás quien tomó la iniciativa. Trató de sacudir el letargo de los demás, su temor, señalando que lo más favorable para todos sería no demorarse y hacer lo que les indicaban. Aunque estaban de acuerdo, nadie pareció convencido de salir afuera. De abandonar la, hasta el momento, apacible seguridad de la vivienda.

Caminaron agrupados bajo la lluvia, que parecía meditar la posibilidad de una tregua y golpeaba con menor intensidad sus cuerpos empapados. Por suerte, la temperatura no había descendido demasiado, por lo que no sufrían las consecuencias de soportar una mojadura como aquella bajo un frío peligroso. Se fijó en que Caco había rodeado a Cayetana con el brazo, ella avanzaba con la cabeza apoyada en su hombro. A pesar de lo que había descubierto sobre su compañero, le dolió haber dudado de su afecto por Cayetana. Intuyó también la culpabilidad que debía de estar corroyéndolo por dentro en aquellos instantes. Él mismo sentía una punzada de impotencia al pensar en las señales que no había sabido interpretar. Lo había tenido ante los ojos todo el tiempo. El interés de Crespo, sus antecedentes, el rechazo de ella a llevar la relación con Caco a otro estado a pesar de su evidente enamoramiento. Había decidido hacerle frente sola, sin involucrarlos a ellos. Había decidido callar y aceptar, como cada uno había hecho con las pesadillas personales con las que le había tocado lidiar. Caco cargaba con el peso de verse convertido en un soplón, él había soportado el sometimiento de Tebras, los abusos de sus secuaces, sin compartirlo con nadie… Observó al resto de sus acompañantes. El gesto preocupado de Susana, la expresión temerosa de Samir, la resignación en el rostro de Tomás. Todos cargaban a su espalda una cruz, o varias. Habían buscado los unos en los otros el calor de una amistad, el sentimiento de pertenencia, pero no habían sabido hacerse partícipes de sus miserias. Quizás esa fuera la

manifestación más grande de protección y cariño que podían ofrecerse en un entorno así.

Llegaron a la explanada principal para ser testigos del caos que había montado. Muchos reclusos hacían acopio de piedras e incluso herramientas extraídas del granero que lanzaban con toda su rabia y sus fuerzas contra la torre de vigilancia. Gestos vanos, pues ninguno llegaba a impactar en la estructura. No había rastro de cócteles molotov u otros elementos de carácter explosivo, aunque del otro lado del muro ascendía una ligera nube de humo.

La alarma volvió a taladrarles los oídos con insistencia. Surgió de nuevo la voz del juez de vigilancia para indicarles que se situasen formando una hilera. Informó de que los agentes estaban preparados para acceder a la aldea, recordando de manera sutil pero grave que cualquier gesto inapropiado tendría su implacable respuesta. Tuvo que insistir en su petición, algunos de los internos estaban demasiado alterados para plegarse a las órdenes en el primer intento.

Después de que algunos continuaran arrojando objetos hacia el exterior, las llamadas de atención y los ruegos de otros compañeros, junto a la inocuidad de sus esfuerzos, surtieron efecto. Se formó una larga cola, aunque mucho más inquieta que cualquiera establecida hasta entonces. Los congregados se miraban entre sí, sin ocultar su nerviosismo. Algunos no lograban calmar sus ansias y se movían de un lado a otro, sin querer desobedecer la orden, pero asumiendo su incapacidad de mantenerse quietos y a la espera.

El portón de acero se abrió momentos después. Tras él emergieron decenas de uniformes oscuros, parapetados tras los escudos transparentes. Hasta que la apertura no fue completa no se adentraron en el terreno. Lo hicieron con paso firme, en una disposición estudiada. Se dividieron en dos grupos que marcaron una distancia prudente con la fila de reclusos. Algunos de estos comenzaron un abucheo que cobró intensidad y derivó en insultos jaleados con vehemencia. Frente a ellos, los agentes permanecieron imperturbables.

Sintió que una mano húmeda y caliente buscaba la suya. Dejó que Susana entrelazase sus dedos con los suyos, vio que a su otro costado la mujer hacía lo mismo con Cayetana. En ese momento apareció por la puerta un tercer grupo, más reducido que los anteriores. Varios agentes escoltaban a una figura que se acercaba con paso tranquilo y firme. La única en todo el lugar que no vestía uniforme, ni oscuro ni anaranjado. Armando.

La cuadrilla se detuvo entre la hilera de agentes y la de reclusos. Los guardias que acompañaban al psicólogo portaban rifles de asalto que apretaban contra su pecho. Se fijó en que la silueta de Armando resultaba más abultada, y se dio cuenta de que bajo la ropa llevaba algo más. Un chaleco protector, antibalas quizás. El psicólogo hizo un

gesto con las manos para acallar las voces que todavía se alzaban para proferir gritos de toda clase. Al no obtener el resultado deseado, hizo una discreta señal a uno de sus acompañantes.

Una ráfaga de disparos al aire hizo que todos se estremeciesen, hubo reacciones de sorpresa incluso entre algunos miembros de la fila de seguridad. Solo se escuchó el eco de los disparos durante un instante, y aunque algunas voces volvieron a hacerse oír para mostrar su disconformidad con lo que acababa de suceder, pronto se apagaron. La lluvia era ya apenas una tímida imitación del sirimiri, por lo que ni siquiera el repiqueteo de las gotas hería el silencio que se había impuesto.

—No veo el motivo de tanto alboroto, compañeros.

Su voz se proyectaba con gravedad, sin necesidad de amplificadores. Un par de presos bramaron, interrumpiendo su diálogo. Armando los observó, paciente. Al ver que no callaban, y que su arrebato crecía, volvió a hacer un ademán calmado. Dos de los agentes que lo rodeaban abandonaron la formación y se aproximaron a paso presto a los agitadores. Antes de que alguno de los presos pudiera decir nada más, la culata de un rifle impactó contra la boca de uno de ellos. Las protestas se extinguieron. Solo se escuchó el lamento del hombre que se retorcía como una culebra moribunda sobre el terreno embarrado. Su compañero se agachó para prestarle ayuda, pero un puntapié del otro agente lo hizo incorporarse y mantenerse quieto.

—No era necesaria esa brutalidad —musitó Susana, dolida.

Los agentes que se habían separado del grupo se pasearon ante parte de la hilera, con el rifle firme entre sus manos. Guardando la distancia necesaria para contrarrestar cualquier reacción contraria a lo que sus miradas aconsejaban.

—Bien, hace un día de perros. Y a juzgar por las caras que veo, ninguno tiene realmente ganas de estar aquí. —Armando se pasó un pañuelo de lino por la cabeza desnuda, apenas mojada. Una descortesía y a la vez un reto ante quienes le prestaban una atención forzosa, calados hasta los huesos. Se guardó el pañuelo y su voz sonó elevada, menos contenida—. Había un requisito básico para que ustedes pudiesen abandonar este lugar en condiciones admirables. Para que la gente, ahí afuera, aplaudiese la confianza que les hubiesen devuelto. Este país les brindó una oportunidad. Una segunda oportunidad. No solo sus padres, sus mujeres, sus amigos votaron para que pudieran demostrar que eran como los demás. Lo hizo el país entero.

—¡Mentira, hijo de perra! ¡Sois unos manipuladores de mierda!

Los dos agentes que se paseaban ante la fila avanzaron hacia el hombre que había proferido aquella protesta. Aunque alzó las manos

en señal de arrepentimiento y pidió que no lo tocasen, dos golpes en las costillas lo postraron. Una ola de murmullos sacudió la hilera, pero Armando volvió a captar la atención con una sonora palmada.

—Todos ustedes firmaron un acuerdo. Se comprometieron a cumplir algo muy básico. Muy humano. Convivir en este espacio durante tres meses.

Una nueva oleada de reproches se extendió a modo de réplica, pero el gesto amenazante de los agentes los acalló en pocos segundos.

—Tres meses. Con todas las facilidades. Solo tenían que demostrar que podían cumplir con aquello que supuestamente reclamaban: convivir de nuevo en sociedad. Por supuesto, ustedes se demostraron incapaces de algo así desde el primer minuto. Porque la sociedad que hay ahí afuera —dijo, señalando con la mano la gran puerta, todavía abierta—, la sociedad de la que nosotros queremos sentirnos orgullosos y responsables, no se comporta como animales salvajes. No se desenvuelve a golpes, a gritos, mediante amenazas. El país que queremos ser no se corresponde con lo que aquí se ha visto desde el primer día. Y, aun así, la gente estaba dispuesta a darles una oportunidad.

El tono del psicólogo se había caldeado a medida que su discurso avanzaba. Lo que había comenzado como una mera enunciación de palabras que parecía verse en la obligación de pronunciar, se había convertido en una suerte de sermón. La respiración agitada de Susana le llevó a apretar con fuerza su mano. Miró a ambos lados de la fila, con discreción, y solo encontró rostros crispados o amedrentados. Pero no halló un solo gesto de arrepentimiento. De culpa. Fue consciente también de algo que le aceleró el pulso. A pesar de que su repaso fue rápido y superficial, no logró distinguir a Germán por ningún lado.

—Quiero que se pongan todos de rodillas.

La petición levantó un murmullo de sorpresa. Parecía que no habían entendido muy bien qué se les exigía, porque ningún cuerpo obedeció el mandato. Un nuevo disparo hizo que muchos se estremeciesen. Un par de uniformes naranjas se inclinaron hasta plantar sus rodillas en el barro. De manera torpe e irregular se unieron a ellos más cuerpos, hasta que gran parte de la hilera se humilló. Sintió el frío pegajoso del lodo traspasando la tela y extendiéndose como una manta fina por sus piernas.

Dos disparos al aire más y un culatazo fueron necesarios para que todos se colocasen como Armando deseaba. Volvió a repasar a las personas que tenía a ambos lados. Algunas miradas se clavaban en la tierra, pero la mayoría hacían diana en la cara del psicólogo. Los había postrado, pero no sometido.

—Mucho mejor. Es importante marcar a qué altura estamos cada uno de nosotros.

Oyó que alguien recibía unos golpes al fondo tras replicar las palabras de Armando, aunque no fue muy consciente. Le desconcertaba la frialdad de sus palabras, el desprecio contenido en ellas. El modo en que se dirigía a todos ellos iba más allá del mero protocolo.

—No vamos a alargar esta situación —prosiguió—. Quiero una explicación a lo ocurrido. —Alzó una mano y repasó con ella todos los cuerpos que lo observaban arrodillados. Un dedo se estiró y se detuvo ante Camila—. Usted. —Repitió el mismo proceso, el índice quedó suspenso ante Vito, primero, y Caco, después.

Sin mediar palabra, varios de los agentes se acercaron a los señalados y los hicieron erguirse. Hubo abucheos apagados, algún insulto escupido con tono timorato. Ninguno de los tres reclusos opuso resistencia cuando los agentes los arrastraron junto al resto de la brigada.

—Y usted, también.

La sangre se le coaguló al ver el dedo que lo señalaba. Sintió un escalofrío, y no se dio cuenta hasta unos segundos más tarde de que apretaba la mano de Susana con una fuerza que debía de hacer daño a la mujer. La soltó justo antes de que un par de manos lo agarrasen por los brazos y lo izasen como un bulto abandonado.

Una oleada de protestas se desató a sus espaldas cuando los obligaron a marchar hacia la entrada despejada. La fila de agentes parapetados tras los escudos permaneció firme mientras ellos los dejaban atrás. Caminaban hacia el exterior, más allá del muro, donde se suponía que estaba la libertad. Su pulso, descontrolado, parecía sostener una opinión distinta. A cada paso que daba, la sensación de miedo se hacía más grande.

Los condujeron hasta una caseta móvil, ubicada a unos metros de la torre de vigilancia. Reparó en que, a los pies de la prominente estructura, los últimos rastros de los cócteles lanzados ascendían en ligeras nubes de humo que se deshacían al cobrar un poco de altura.

El interior de la caseta se reveló como un espacio más amplio del que la fachada exterior pretendía dejar constancia. Dividido en dos estancias, la que conectaba con la entrada estaba coronada por varias mesas metálicas. A un costado, una encimera soportaba los instrumentos necesarios para prepararse un café o calentarse un plato de comida. Había un par de carpetas en una esquina de la superficie, pero por lo demás todo estaba despejado. La otra pieza estaba separada por una pared acerada, horadada solo por una gruesa puerta. Si aquel modesto cuartel había acogido algún tipo de actividad cotidiana a lo largo de aquellas semanas, debía de haber tenido lugar en esa sala reservada.

Los agentes lo sentaron en una silla de plástico, frente a una de las

mesas. Sin embargo, arrastraron a los otros tres reclusos hasta la otra estancia, tras la que desaparecieron al cerrarse la puerta. No obstante, el portazo que le provocó un nuevo escalofrío tuvo lugar a sus espaldas.

—Te voy a confesar algo. —Armando pasó a su lado, rodeó la mesa y apartó la silla que había al otro lado, pero no tomó asiento. Lo observó, de pie, de nuevo desde una posición de superioridad—. Cuando seleccionamos tu perfil para el proyecto, no pensábamos en algo parecido a esto.

No comprendió a qué se refería exactamente con aquellas palabras, pero el tono de humor que parecía agazaparse tras ellas fue una nota discordante.

—A mí, personalmente, no me gusta apostar. Pero algunos compañeros no te daban ni un mes. Suicidio, era la elección de la mayoría. Muerte por sodomía tenía menos votos.

Armando había recuperado su tono grave, neutro, como quien trata de trasladar a terceros su respeto y total conocimiento sobre un tema. Ya no había nada parecido al humor, pero tampoco a la burla, ni al menosprecio. Su voz la guiaba la certeza de estar haciendo lo único que podía hacer. Lo correcto.

—Aguantaste hasta el final —señaló—. Y diste mucho más juego del que nadie había anticipado. Es todo un hito que hayas sobrevivido si tenemos en cuenta el número de personas que desearía arrancarte la cabeza ahí dentro. Pero, Darío, ya te lo dije. Y siento resultar pesado. No estamos en un juego.

—No sé qué es lo que quieres.

—Lo que quiero es poner fin a esto. Creo que estamos todos ya un poco cansados, ¿no es cierto? —Armando hizo una pausa, al ver que no contestaba prosiguió—. Debo entender que Yolanda te informó de alguna manera sobre tus compañeros. Los tres de ahí adentro —añadió, señalando con la cabeza hacia la pared de acero—. No importa, está bien. Un intento desesperado y torpe por cambiar un resultado que no podía cambiar.

—Si todo lo que dices es solo para escucharte a ti mismo, puedes seguir.

Armando sonrió. Una sonrisa amable, natural. El gesto que podría esbozar una persona normal, un padre de familia cualquiera.

—Tienes razón, te pido disculpas por lo innecesario de este discurso.

Dio un par de toquecitos con los nudillos sobre la mesa, luego pareció meditar unos instantes. Aunque no los veía, podía sentir a sus espaldas la presencia de los agentes que no habían entrado con los otros tres presos en la estancia contigua. No sabía si eran dos, tres o más. Sí sabía que no tenía ninguna oportunidad de saltar hacia la

puerta en busca de escapatoria. Y, aunque la hubiese tenido, sabía también que no habría llegado muy lejos de haber podido cruzar ese umbral.

—¿Conoces el dilema del prisionero? —preguntó el psicólogo. Interpretó su silencio como una respuesta, meneó la cabeza con aparente disgusto—. Hay que leer más, Darío. Un chico con estudios universitarios como tú no debería representar a este país. Seguro que Tomás te habría explicado de buen gusto este problema de la teoría de juegos.

Armando pareció reparar por primera vez en la silla que tenía a su lado como en un objeto de utilidad. La acercó y tomó asiento. Sus miradas quedaron por primera vez a la misma altura.

—No voy a entrar en explicaciones innecesarias porque, a estas alturas, sería perder el tiempo. Aunque ya hemos visto que contigo uno puede llevarse sorpresas. —Vaticinó que a aquel comentario lo sucedería una mueca de suficiencia, pero no fue así. El rostro de Armando continuaba neutro—. El dilema del prisionero, en resumen, sirve para ilustrar que los seres humanos pueden ir en contra de sí mismos antes que ayudarse mutuamente.

Le pareció oír una especie de gemido al otro lado de la pared, pero no pudo certificarlo. Supuso que los estarían interrogando, tomándoles declaración de todo lo ocurrido ese día fatídico en la aldea. Tenía sentido que los hubiesen sacado de allí como si de un acto aleatorio se hubiese tratado, para preservar su seguridad. Pero él también estaba allí. Eso rompía cualquier esquema. Y aunque sabía que debía concentrarse en lo que Armando quisiera decirle, una parte de su cabeza se desligaba hacia conjeturas que no le ayudaban en nada.

—Quiero que lo entiendas, Darío. Te ruego que prestes atención. —Cuando Armando tuvo claro que eso era así, procedió—: Es algo que he solicitado personalmente al presidente, por si te relaja saberlo. Uno no tiene todos los días oportunidad de poner en práctica estudios de esta naturaleza. Sois cuatro las personas que estáis aquí, con nosotros. Cuatro presos que saben más que todos los demás. El elemento discordante eres tú, por supuesto. Tú te has metido en el medio de lo que habíamos establecido. Lo entiendes, ¿verdad?

Supo que si no respondía, Armando no continuaría. Y lo que más deseaba Armando era continuar. Consciente de que tras él había varias personas armadas a la espera de una orden, asintió con la cabeza. Musitó su confirmación, para que no quedasen dudas. Armando sonrió.

—A pesar de ello, quiero ofrecerte una última oportunidad. —Por primera vez, su voz tuvo un matiz ansioso—. Tienes que elegir si viven ellos o vives tú.

Aguardó a que Armando continuase hablando. Como si se hubiese

interrumpido a mitad de frase y la información fuese inaccesible. Luego procesó lo que acababa de decirle.

—Tienes que elegir si viven ellos o vives tú —repitió el psicólogo —. Al igual que ellos deben elegir entre esas dos mismas opciones.

Se removió en el asiento, incapaz de continuar quieto. Se atrevió a echar una ojeada a sus espaldas. Vio parcialmente los cuerpos uniformados erguidos tras él, los fusiles cruzados sobre el pecho. Sus ojos se deslizaron a una velocidad vertiginosa por toda la estancia. En busca de una cámara de seguridad que lo registrase todo. En busca de una señal que confirmase la broma de mal gusto que alguien en situación de superioridad pretendía gastarle.

—Si escoges vivir tú, y ellos eligen exactamente lo mismo, que tú vivas —continuó Armando, ignorando su agitación—, te salvas. Es simple. Lo organizaremos de manera que todos terminemos satisfechos con dicha resolución, no te preocupes por eso. Claro que si escoges morir tú, y ellos optan por eso mismo, se salvan ellos.

Volvió a sentir durante unos segundos el calor que lo había inundado la primera vez que había tenido a Armando enfrente. La ubicación era distinta, aunque similar: un espacio cerrado donde él lo dominaba bajo la supervisión de alguien armado. Observó su propio cuerpo, la tela empapada y manchada de un barro solidificado que empezaba a cuartear. Lo habían reducido a la nada. No era más que un despojo, un trozo inservible al que arrancarle un rato de diversión antes de dar con él en el cubo de basura.

—Por qué habrías de escoger morir tú, te preguntarás. —Armando lo sacó de su ensimismamiento—. Porque, no nos engañemos, hay ciertas posibilidades de que tanto tú como ellos escojáis salvar vuestro propio pellejo. Bien, si vuestras elecciones difieren —Armando arrastró la silla y la acercó todo lo posible a la mesa, estrechando la distancia entre ambos—, morís los cuatro. Creo que lo entiendes. Es muy sencillo, en realidad. O hay unanimidad y una de las dos partes se salva, o se condenan todas.

Necesitaba salir de allí. Debía intentarlo aunque el precio a pagar pudiese resultar demasiado caro. No quería escuchar una palabra más del psicólogo, de lo que quiera que fuese aquel hombre que trataba de deshumanizarlo. De despojarlo de su identidad y de su propia cordura.

—Darío. Darío, no tenemos mucho tiempo. —La voz sonó más ronca que de costumbre—. Dame una respuesta, vamos. Dime qué eliges. Luego los escucharé a ellos. Y obraremos en consecuencia. —Armando se levantó de la silla—. Te prometo que no habrá trampas. La decisión será vuestra.

Se negó a mirar un segundo más aquella cara codiciosa. Ansiaba una palabra suya, y no iba a dársela. La verdadera elección que tenía en su poder era la de negarle lo que quería a ese psicópata. No iba a

condenar a tres personas cuyo único error había sido plegarse a lo que otros les habían impuesto. Ni tampoco iba a condenarse a sí mismo. No al menos pronunciándolo en voz alta, como le pedían. Lo haría, en todo caso, con su silencio.

Sintió el peso de la mirada de Armando durante el rato que se mantuvo callado, que se le hizo eterno. El hombre parecía esperar paciente una reacción. Una palabra. Pero no llegó. Ni siquiera percibió el gesto con que Armando tuvo que ejecutar algún tipo de orden. La porra se hundió en su costilla sin poder anticipar el golpe. Cayó de la silla, presa de un dolor sordo que se extendió rápidamente por todo su cuerpo. Sin levantarse, se arrastró por el suelo para poner distancia con el agente que le había golpeado por la espalda. Pudo confirmar que eran dos los que se habían quedado en aquella estancia. Y los dos avanzaron hacia él.

Trató de revolverse, pero no les costó demasiado inmovilizarlo. Mientras uno lo mantenía sujeto por la espalda, rígido, el otro descargó la porra en su estómago. Sintió su cuerpo vaciarse de aire, mientras una ráfaga de calor lo invadía hasta acumularse en sus pies. Sufrió un repentino mareo al tratar de enfocar la vista.

—Es una decisión que debes tomar, Darío. Debes hacerlo ahora.

La voz ya no le daba miedo. El dolor era tan intenso que apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuese sobreponerse a él. Un tercer golpe hizo diana en su rodilla izquierda. Soltó un aullido y se estremeció, pero el otro agente lo sujetó con fuerza. No le concederían ni el placer de ovillarse en el suelo.

Cuando el impacto resonó en su cara, un pequeño crujido confirmó que su tabique había sufrido un daño serio. La sangre comenzó a manar como un grifo abierto, su calor le bañó la mandíbula y el sabor metálico remojó sus labios. Reparó con dificultad en que Armando se había acercado.

—Ser cobarde solo te traerá sufrimiento. Una manera absurda de complicarse.

Sacando fuerzas de algún lugar recóndito, alzó la cabeza y escupió la masa caliente y herrumbrosa que se acumulaba en sus labios sobre la pechera de Armando. No tuvo tiempo de observar su reacción. Varios golpes simultáneos lo tumbaron en el suelo. El agente que lo inmovilizaba se unió a la labor de su compañero. Se protegió como pudo para defenderse de las patadas y porrazos que caían como lo había hecho la lluvia momentos antes sobre él. Sintió un pinchazo fuerte en un costado. Un puntapié le alcanzó en la sien y una náusea lo atravesó entero. Vomitó un poco de bilis en un acto reflejo, mientras alguien lo alzaba y lo empujaba sobre la mesa metálica.

Le inutilizaron las manos. Oyó algo parecido al roce de unos tejidos, alguien desenfundaba algo a sus espaldas. Temió sentir el frío

de un cañón apoyado contra su nuca. Pero no acertó en sus predicciones. Una oleada horrible e insoportable de tensión sacudió su cuerpo con violencia. Se golpeó la cara contra la mesa varias veces, poseído por una carga eléctrica que le arrancó varios chillidos. Habían empleado una pistola táser.

Mareado, con la vista emborronada por el suplicio y las lágrimas, percibió que algo se acercaba a su oreja.

—Primera opción: mueren ellos, vives tú. Segunda opción: mueres tú, viven ellos —susurró la voz en su oído.

Una nueva descarga le golpeó con una brutalidad inesperada. Las piernas le fallaron y quedó colgando sobre la mesa en un falso equilibrio. Distinguió algo parecido a unos estertores y se dio cuenta de que estos salían arrastrándose por su garganta. La dureza de la porra dio de lleno en su rabadilla, pero apenas tuvo fuerzas para reaccionar. Su cuerpo se había vaciado de energía, era tan solo un saco lleno de dolor. Volvió a escuchar la voz susurrante, de una disonancia tranquila. Supo que otra descarga estaba por llegar, pero no tuvo claro que fuese capaz de resistirla.

—… La segunda.

Apenas reconoció su propia voz. Un soplo de aire, un reducto que quedaba en sus pulmones. Su cuerpo se deslizó sobre la mesa, lento, y cayó al suelo. No pudo hacer nada por evitar el impacto, ninguno de sus músculos respondía. Ni siquiera su cabeza trataba ya de enviarles órdenes.

Tendido bocarriba, la dureza del suelo le resultó casi protectora. Hubo varios pasos a su alrededor, no se molestó en comprender qué ocurría o a quién pertenecían. Durante unos segundos, sintió una calma liberadora. La sucesión de golpes se había detenido y el dolor que le recorría de arriba abajo tenía una parte balsámica. Como si su cuerpo lo hubiese asimilado.

No supo si fueron segundos, minutos o si el tiempo corrió mucho más deprisa. Cuando cuatro manos lo ayudaron a levantarse y a sentarse en la silla, tenía el cuerpo aterido. El bienestar se había diluido, y el dolor era una llaga palpitante. Entonces reparó en que Armando lo observaba al otro lado de la mesa, de nuevo, desde su posición de superioridad.

—Os doy las gracias —fueron sus primeras palabras. Hablaba con agradecimiento auténtico—. Tuve siempre un interés genuino por este dilema. Por llevarlo algún día a la práctica.

Hizo un esfuerzo por enfocar al hombre que se acercó y se situó a su lado. Por primera vez, Armando se puso de cuclillas para mirarlo. En su camisa distinguió la mancha de su escupitajo sanguinolento, una especie de pintura abstracta en la que le pareció adivinar la forma de un corazón humano deforme. La sangre que empezaba a resecarse

dejaba sobre la tela blanca un tono ennegrecido.

—Has escogido salvarlos. Ellos, claro, no conocían tu elección. Adivina cuál ha sido la suya.

En esta ocasión, el psicólogo no pareció esperar de verdad una respuesta por su parte. Le puso una mano en el hombro, cálida, y se reincorporó. Escuchó cómo daba una serie de instrucciones a los agentes, que a continuación lo asieron por los brazos y lo ayudaron a levantarse de la silla para conducirlo al exterior. Lo sujetaban con firmeza pero sin violencia, como si su cometido fuese auxiliar a un pobre que apenas podía tenerse en pie. Como si los minutos anteriores no hubiesen tenido lugar.

Se estremeció cuando el aire fresco le acarició la poca piel que no cubría el uniforme. Sin duda, había varios grados de diferencia entre el interior de la caseta y el exterior. Volvían a caer unas gotas minúsculas. Se giró al oír pasos tras ellos, y vio caminar a sus tres compañeros, rodeados por los agentes, y secundados por Armando, que había abierto un paraguas negro bajo el que se resguardaba de la llovizna.

Caminaron hacia la entrada de la aldea. A medida que se acercaban, un rumor cobró fuerza. Por entre las puertas abiertas alcanzó a ver que los reclusos seguían con las rodillas hincadas en el barro. Pero, lejos de permanecer sometidos como perros fieles, muchos de ellos escarbaban sin pudor en la masa de tierra pastosa y lanzaban bolas improvisadas hacia los agentes que los custodiaban. Muchas hacían diana en los escudos, alguna incluso alcanzaba el uniforme de los agentes. Estos se movían de un lado a otro, tratando de esquivar los lanzamientos, pero resistían en la misma posición de defensa. Sus gestos parecían inquietos, sin embargo. Como si les faltase una voz autoritaria que guiase sus acciones.

Al verlos llegar, se convirtieron en el blanco principal. Cerró los ojos cuando pasaron muy cerca los primeros proyectiles fangosos, aunque pronto comprendió que él no era el objetivo. Armando se vio obligado a decidir entre la fina lluvia o las bolas de barro, y manejó el paraguas de tal manera que repeliese los ataques. Nada más llegar junto a la hilera de agentes enfrentados a los reclusos, su voz se alzó sobre todos los demás sonidos.

—¡Terminemos ya con esto!

Algunos presos paralizaron su actividad, expectantes. Otros continuaron enfrascados en la tarea que parecía haberles brindado una fuerte dosis de éxtasis. Una serie de cañonazos repiqueteó con fuerza en los oídos de todos y los gritos cesaron. Ninguna otra bola de barro cruzó el aire. Armando dio una orden muda y los agentes agarraron a los tres reclusos que se habían llevado, situándolos ante la fila de la que los habían arrancado. Sintió que a él lo arrastraban y lo conducían

ante sus compañeros, pero algo más apartado del trío. Los agentes se retiraron.

Miró a Caco, Camila y Vito, que se contemplaban entre sí. El desconcierto sobrevolaba sus rostros. Caco se giró y lo miró. En sus ojos había una mezcla de pánico y tristeza. Lo notó recorrer las heridas visibles que le habían provocado en la caseta. Sintió su culpa y, al mismo tiempo, la necesidad de aliviarla. Agitó la cabeza, para hacerle saber que no tenía importancia. Que él no debía sentirse culpable del dolor que le laceraba la nariz, las costillas, el estómago.

No fue capaz de soportar la mirada que le dedicaba Susana, a unos metros de distancia. Lágrimas gruesas descendían veloces por el rostro de la mujer. Cayetana, a su lado, tenía marcada en la cara una mueca de crispación. Esa misma rabia que él había sentido y que no había servido para nada. Le escoció también el gesto de desconsuelo de Tomás. Samir agachaba la cabeza, su cuerpo temblaba, producto quizás del frío. O del miedo.

Antes de que la voz de Armando volviese a cubrirlo todo, recorrió la fila de monos naranjas de un lado a otro. No se había equivocado, Germán no estaba. Sintió su pulso revivir por un momento. Armando había comenzado a hablar, pero su atención se había desviado por completo. Volvió a repasar a los compañeros que tenía enfrente, contándolos con rapidez. Llegó al final cuando algunos de ellos comenzaron a alzar la voz, molestos. Agitados.

Le hubiese gustado tener tiempo de hacer un nuevo recuento, para asegurarse de que no lo había hecho mal. Había ante él cincuenta y cinco personas. Sumándole al fallecido Crespo, a la réplica ingresada en el hospital y a los cuatro que habían apartado del grupo, daban sesenta y uno. Faltaban cuatro.

—… por tanto, ese es el tiempo de que disponen. Una hora. —Se enganchó a lo que Armando comunicaba con su tono tranquilo y claro —. No se dejen nada. Los autobuses estacionarán en esta misma zona, y subirán a ellos por orden de llamada. Queremos una retirada tranquila, sin necesidad de reducir a nadie. Mis compañeros tienen permiso para actuar de la manera que consideren más conveniente, no obstante. Más conveniente de cara a aplacar cualquier conducta inapropiada. ¿Lo han entendido?

Un fuerte abucheo fue la respuesta. Los presos comenzaron a ponerse en pie. Algunos tenían la parte baja del uniforme totalmente embarrada.

—Por cierto —añadió Armando, antes de que todos ellos se desperdigasen en pequeños grupos y regresasen a las casas—, entiendo que tendrán interés en saber por qué elegimos a esto cuatro compañeros, y no a otros, para informarnos de lo ocurrido.

Algo en el tono de Armando lo puso alerta. Había dado un par de

pasos ya hacia Susana y los demás, ansioso por sentir de nuevo su compañía, pero sus piernas se detuvieron en seco. Miró al psicólogo e inmediatamente después a los otros tres compañeros. Permanecían inmóviles, pendientes de lo que estuviese a punto de decir.

—Estos tres compañeros —los señaló con un gesto cordial— se ofrecieron voluntarios, antes de ingresar en este lugar, para cumplir un papel de informantes.

El asombro se reveló en la cara de Camila. Horror fue lo que se desprendió de las de Vito y Caco.

—Nos pareció desacertado por su parte, entiéndanlo —continuó el psicólogo—. Nosotros nos comprometimos a dejarlos completamente solos, bajo la mínima supervisión, para que ustedes pudiesen mostrar su verdadera naturaleza. Pero, en vista de su disposición a ejercer de… ¿Cómo lo llamarían? Topos, me parece que es la palabra que ustedes prefieren; en vista de su disposición a ejercer de topos, de obtener algún trato privilegiado por nuestra parte, consideramos que sería mucho más sencillo y directo reunirnos con ellos ahora para dar parte del desafortunado suceso de esta jornada. Nada más que por eso —añadió—. No nos gustaría que pensasen que tenemos favoritismos.

Vio que Vito se arrojaba contra Armando, pero antes de que pudiese llegar a rozarlo dos agentes caían sobre él y descargaban sus porras hasta hacerlo retroceder. Caco solo repetía una y otra vez la palabra «mentira», poseído por un mantra que no le dejaba atender a nada más.

—Confiamos en su buena voluntad y en que den a sus compañeros el trato que merecen —anunció Armando, indiferente—. Recuerden también que ha habido ya una muerte. Que pueda haber alguna más no alterará, lamentablemente, su futuro.

La misma sonrisa natural, de padre de familia que ha concedido un capricho a sus hijos pequeños, se deslizó por sus labios. No se vio con fuerzas de reprimir el impulso de lanzarse hacia él. Sabía que lo reducirían antes de llegar siquiera a tocarlo, de que su reacción supondría recibir una nueva descarga de golpes que lo abatirían. Pero necesitaba disparar su rabia contra aquel psicópata.

Lo detuvo la manera en que la sonrisa se congeló en el rostro de Armando. Como si una presencia invisible hubiese cruzado ante él para abrirle los ojos ante algo inesperado. Su mirada se desviaba más allá de los presos que comenzaban a agitarse en torno a aquellos que habían sido señalados como traidores. A su lado, varios agentes parecieron haber visto pasar a la misma presencia. Las armas se relajaron en sus brazos, como quien rinde sus cinco sentidos a un espectáculo pirotécnico extraordinario. El instinto le hizo seguir la dirección de aquellos ojos cautivos de un hechizo extraño.

Un escalofrío le recorrió la espalda al ver la magnitud de las llamas.

Serpenteaban con un ímpetu agresivo, entre columnas de un humo negro como el carbón que ascendían hacia el cielo. Ni siquiera la lluvia era rival contra aquellas lenguas colosales que se agitaban con furia desde distintos puntos de la aldea. Varias casas ardían con la misma cólera de quien les hubiese prendido fuego.

—Germán —musitó sin pensarlo.

Como si aquello hubiese bastado para invocarlo, por el rabillo del ojo vio un mono naranja desplazarse a toda velocidad por uno de los costados del muro. La melena mojada se sacudía con la misma fiereza del trote. Antes de que pudiese entender nada, Germán arrojó algo contra la hilera de agentes absortos en el espectáculo refulgente que acontecía en el corazón de la aldea. Vio la llama prendida en el objeto que dibujó un arco en el aire. Y el impacto de aquella luz temblorosa contra uno de los escudos desató el caos.

La explosión obró como un despertador. El gong que despertó a todos del trance en que se encontraban. Varios reclusos aprovecharon la confusión y el desorden que se propagó entre la fila rota de agentes para arremeter contra ellos. Otros emprendieron la carrera hacia las puertas abiertas del muro.

Hubo gritos de toda clase. De rabia, de dolor, de asombro, de impotencia. Órdenes dictadas con voces rasgadas, palabras de alerta seguidas de impactos. La tierra resbaladiza se convirtió en un cuadrilátero traicionero, un campo de batalla improvisado donde los cuerpos caían y se reincorporaban con la urgencia de quien se juega la vida en ello.

Se dio cuenta de que había retrocedido unos cuantos pasos de manera inconsciente. Se giró con brusquedad cuando alguien tocó su hombro, y se topó con la mirada alarmada de Samir.

—Hay que alejarse de aquí —pronunció el joven con nerviosismo.

Samir señaló al frente, por donde el resto del grupo corría en busca de un lugar más seguro. Vio que se dirigían hacia el granero, pero su rumbo dio un giro cuando varios presos más rápidos entraron en el cobertizo. Salieron al instante con distintas herramientas que agitaban y alzaban arrebatados. Había en sus gestos un punto de locura que lo hizo estremecerse. Susana y compañía se apartaron, y al ver que otro grupo de reclusos se dirigía hacia el mismo lugar, cambiaron de ruta. Echaron a correr hacia el lavadero, junto al río.

—Vamos, Darío.

Samir le tiró un par de veces de la manga. Su expresión aterrorizada le hizo reaccionar. Lo siguió por entre el terreno enlodado, cuidando de no resbalar y perder equilibrio. Miró hacia atrás justo cuando se escucharon los primeros disparos. Varios agentes apretaban el gatillo de sus fusiles, que buscaban con ansia hacer diana en el cuerpo de los prisioneros.

La sirena surgió con una fuerza demoledora y se extendió por todo el pueblo. En la torre de vigilancia se encendieron unas luces centelleantes, que nunca antes habían visto. Sirvieron para iluminar parte del terreno por el que se movían, que bajo la lluvia y los nubarrones se volvía demasiado traicionero. Samir avanzaba con soltura, a un ritmo vertiginoso, movido por la angustia de verse alejado de su grupo de confianza. Trataba de seguir sus pasos, poniendo el pie donde dejaba sus huellas.

Al llegar a una parcela de terreno más firme, un cuerpo lo embistió con una dureza que lo tumbó en el suelo. Se revolvió como pudo, sabiendo que de no levantarse quedaría a merced de todo tipo de golpes. Soltó puños y piernas hasta deshacerse del agresor. Le dio tiempo a ver cómo una de las réplicas se incorporaba, a un metro, con el gesto crispado por el odio.

—Así que eres una sucia rata —escupió. Hacía amagos frenéticos, buscando un nuevo ataque, pero no se decidía—. Sabía que había que arrancarte el pescuezo. Te voy a romper esa boca, a ver cuánto vale un soplón que no puede hablar.

La adrenalina lo mantenía en pie y le confería al menos la impresión de que podría aguantar una pelea. Pero sabía que no tenía posibilidades. Su cuerpo, magullado, no resistiría una lucha extrema con aquel criminal. Vio que Samir se había dado la vuelta, a cierta distancia de ellos. Parecía dudar.

—¡Ve con ellos! —le gritó, antes de que la réplica se abalanzase de nuevo sobre él.

Volvió a caer al suelo, pero esta vez se aferró con fuerza a la tela del otro uniforme y dejó que ambos cuerpos rodasen por la tierra. La réplica terminó encima de él, a horcajadas. Intentó resistirse, giró la cabeza lo suficiente para evitar que el puñetazo le diese en la nariz ya maltrecha. Un relámpago le cruzó la vista cuando los nudillos impactaron en su mandíbula.

Trató de zafarse con movimientos bruscos. La réplica le echó la mano al cuello, aprovechó ese movimiento para hincarle los dientes en la muñeca. Mordió con tal fuerza que el brazo se replegó igual que la cabeza de una tortuga desconfiada. Aprovechó para revolverse e intentar sacudirse aquel cuerpo duro y pesado de encima. Tenía dificultad para respirar bajo aquel peso. Un nuevo puñetazo terminó de tumbarlo. La vista le dio un bandazo, tardó un momento en recuperar el sentido de la orientación. Cuando lo hizo vio que el puño estaba alzado, listo para un nuevo golpe brutal.

El crujido sonó antes de que la mano encogida alcanzase su cara. El brazo de la réplica pareció perder vida. Su cuerpo cayó como un peso muerto a un costado, dejándole ver a Caco. Cruzó la mirada con su compañero, sorprendido. Luego echó un vistazo a su agresor, que se

retorcía con gestos lentos sobre la tierra. La sangre comenzaba a manar de su coronilla desnuda. A su lado descansaba la piedra con la que Caco acababa de reventarle la cabeza.

Este le tendió una mano y lo ayudó a levantarse. Por unos segundos, ninguno de los dos supo hacer nada más que contemplar al hombre que reptaba sin fuerzas por el suelo, desorientado y herido. Unos disparos que sonaron cercanos los sacudieron de su aturdimiento. Dos cuerpos cayeron al suelo a tan solo unos metros, entre aullidos de dolor.

—Darío, hay que ir a mi casa —le dijo con apuro. Iba a indicarle que los demás se habían resguardado en el lavadero, pero Caco se adelantó—: Hay que ir a por los papeles. Son la prueba que tenemos de lo que han hecho con nosotros.

No había tenido ocasión de pensar en algo así. En esos momentos era incapaz de pensar con claridad, de planear nada que fuese más allá de mantenerse a salvo. Con vida. Caco lo miró inquieto, a la espera de una respuesta por su parte. Le pareció una idea arriesgada. Pero, si salían de allí, ¿qué les aguardaba a unos criminales que habían provocado una situación como aquella?

Asintió con la cabeza y ambos echaron a correr en dirección a las casas. Un dolor sordo le bajaba por la pierna, aunque la tensión rebajaba el malestar real. Torció el cuello para contemplar cómo las grandes puertas de acero empezaban a cerrarse. Varios reclusos se acercaron al galope a ellas, pero fueron abatidos por pelotas de goma que golpearon piernas y espaldas para luego salir rebotadas.

Se alejaron del caos y encararon el camino empedrado. Tuvieron que frenarse en seco al llegar a la altura de una de las casas incendiadas. El calor los abofeteó con fuerza. Continuaron a través de los jardines y porches de otras viviendas, esquivando los lazos de fuego que se encogían y estiraban de manera hipnótica.

Caco entró en su casa como una exhalación, pero tardó en salir. Oyó que lo llamaba. Lo encontró en la cocina, revolviendo distintos cajones.

—Coge algo con lo que puedas defenderte —le urgió.

Vio que guardaba un par de cuchillos en su bolsillo, luego introdujo por dentro de una de las mangas de su mono unas pinzas de acero. Le indicó de nuevo que se hiciese con algo que pudiese servir como defensa mientras se trasladaba a su habitación. Cuando salió de allí, con los papeles en mano, él había metido unas tijeras en el bolsillo del uniforme.

—He cogido también el móvil, por si el registro de llamadas pudiese servir de algo —le comunicó, mientras abandonaban la casa.

Asintió para trasladarle su aprobación. A lo lejos resonaban disparos descompasados, llegaban también de manera amortiguada

ecos del tumulto que tenía lugar en la explanada principal.

—Los convencí de que debías ser tú.

Miró a Caco, sin entender a qué se refería.

—No sabía si iba en serio, pero… teníamos que protegerte. Te lo debíamos. Camila y Vito dijeron que eras capaz de haber escogido que nos salvásemos nosotros, pero no me rebatieron cuando les dije que no. Nuestra elección solo podía ser que tú te salvases. —Hizo una pausa, no supo qué replicar a aquella confesión—. Parece que no valió de nada. No era más que un juego, supongo. Hay que ser muy hijo de puta para vendernos de esa manera ante los demás presos. Con esa sangre fría.

Iba a responderle que aquello ya no importaba, que debían centrarse en salir de la aldea, pero no tuvo tiempo. El cuerpo de Caco sufrió un espasmo. Sus ojos lo escrutaron con un brillo extraño, mientras en su frente se formaba un círculo rojizo que se hacía cada vez más grande. La boca de Caco se abrió, no salió ningún sonido de ella. Cuando el círculo se deshizo para convertirse en un reguero de sangre que descendió por su rostro, el cuerpo sin vida se desplomó sobre la tierra.

Sus músculos no respondieron a ningún estímulo cuando vio acercarse a Armando y a dos agentes al cuerpo abatido de su compañero. Uno de ellos lo apuntaba con la pistola con que segundos antes había hecho diana en su frente, como si quedase alguna remota posibilidad de que Caco hubiese sobrevivido a aquel disparo.

Sin mediar palabra, Armando se agachó junto al cuerpo y lo tanteó con gestos cuidadosos. Extrajo los cuchillos y las tenazas que ocultaba en la manga, los dejó caer sobre el suelo. Sacó también los papeles y el teléfono móvil. Dejó el cuerpo tal como estaba, bocabajo.

—Las cosas se han descontrolado un poco —le dijo Armando, en su voz había algo parecido a la disculpa—. Desde luego, sois una panda de bestias indomables.

Rebuscó en su pantalón y acercó un mechero a los papeles que sostenía. Le costó un par de intentos mantener la llama, a pesar de que las gotas caían finas. El papel ardió al cabo de unos instantes. Dejó caer los restos sobre el terreno húmedo. Lo miró una última vez, con gesto sereno, y dio media vuelta. Los agentes, sin embargo, lo enfrentaron mientras Armando comenzaba a alejarse.

Su cuerpo temblaba ya antes de que ambos agentes lo apuntasen con sus armas. Era una mezcla de miedo, de fatiga, de rabia. No podía retirar la vista del cuerpo de Caco, abandonado como un animal atropellado en mitad de la noche. No podía evitar temer el momento en que él yaciese de la misma manera. Dos futuros borrados en mitad de un silencio cómplice y criminal.

Oyó el fogonazo y supo que no se correspondía con ninguna de las

pistolas con que lo encañonaban. A espaldas de los agentes, el cuerpo de Armando dio un bandazo y cayó de costado. Los guardias se dieron la vuelta, sin saber muy bien adónde apuntar. Uno de ellos se acercó a Armando, que permanecía sentado con gesto aturdido, y un nuevo fogonazo resonó en el aire. La pelota de goma alcanzó al agente en el estómago, postrándolo. Varias detonaciones más abatieron al otro agente.

La figura de Germán apareció de entre los setos de una de las casas vecinas. De su mano colgaba una escopeta. Dos uniformes anaranjados más salieron tras él, con sendas armas idénticas. Rodearon a los agentes y los despojaron de sus pistolas. Uno de los reclusos disparó una pelota a la rodilla de Armando, que pareció salir de su trance con un alarido gutural.

—¿Estás bien?

Su voz le pareció un elemento perteneciente a otro mundo, a otra época. Germán se acercó para comprobar que no estaba herido de gravedad, lo zarandeó dejando atrás su rudeza, con gesto preocupado.

—Darío.

Rompió a llorar. No pudo reprimir las sacudidas, dejó caer su frente contra el pecho de Germán. No lo rechazó, su brazo lo rodeó mientras no paraba de estremecerse, superado.

—Lo han matado… —balbuceó—. Han matado a Caco…

El brazo lo apretó con más fuerza. La respiración de Germán se volvió más densa, su corazón latía a un ritmo acelerado.

—Ahora tenemos que protegernos, Darío. Estamos en medio de una guerra.

Escuchaba lo que le decía, pero no podía hacer nada al respecto. Las fuerzas parecían querer abandonarlo, rendirse de una vez por todas. Los golpes acumulados, los desprecios, los engaños. El cuerpo de Caco tendido sobre la tierra, parduzca a su alrededor. Lo único que quería era poner fin a todo aquello. Dejar de sentir el dolor que lo abrasaba entero.

Unas detonaciones cercanas pusieron en tensión el cuerpo de Germán, que lo arrastró consigo hacia una parte alejada de la revuelta.

—¡Eh, Meursault! —gritó uno de los reclusos—. ¡Vamos contigo!

Los dos presos los alcanzaron y echaron a correr hacia la plaza. Se giró a tiempo de ver cómo Armando quedaba recostado sobre la tierra que corroía lo que quedaba de impoluto en su imagen. Germán tiraba todavía de él, así que hizo un esfuerzo por dejar de ser un lastre y reunió fuerzas para no quedarse atrás en la escapada.

Cruzaron por la parte trasera de la explanada empedrada. Podían sentir el eco de ruidos fuertes y violentos a su alrededor, algunos difíciles de identificar. Otros eran puros gritos de sufrimiento,

entremezclados con algunos de enajenación. Las casas que ardían ponían imagen a aquel concierto escalofriante.

Llegaron hasta las puertas del pequeño templo. Los otros dos presos debatieron con Germán la idoneidad de encerrarse allí dentro, convencidos de que se convertiría en una ratonera para ellos. Hubo una breve discusión, y los dos primeros salieron al galope hacia la oscuridad que comenzaba a adueñarse del día. Germán se adentró en la iglesia.

Al entrar tras él distinguió a los cuatro cuerpos arracimados que, bajo el púlpito, los contemplaban con horror. Reconoció a Cristóbal entre ellos. Uno de sus acompañantes empezó a tartamudear, alzando la voz y pidiendo clemencia. El pavor de ese hombre le produjo escalofríos. Germán se apresuró en llegar a su altura y le puso la mano en la boca. Le aconsejó que se mantuviese callado, algo que al hombre le pareció razonable tan pronto entendió que no iban a por él.

Sintió la mirada de Cristóbal saltar de él a Germán, receloso. Trató de ignorarlo. La iglesia quedaba bastante alejada de la explanada principal, donde el caos se había desatado. Parecía un buen refugio, si existía alguno en aquellos momentos. Se fijó en que Germán tenía la mirada clavada en las puertas de la entrada. Intranquilo.

—Quedarse aquí no servirá de mucho —oyó que murmuraba, al acercarse a él.

—Entonces, ¿para qué hemos entrado?

Sus ojos grises lo miraron en silencio. Una herida que su melena ocultaba le bañaba de rojo la parte izquierda del rostro.

—Hacen falta testigos. —Antes de preguntarle a qué se refería, Germán añadió—: Solo con testigos delante acabará la sangría. Las cámaras de televisión apiñadas en la entrada nos señalarían como culpables de todo, pero al menos detendrían la masacre. No hay que exponerse mientras no lleguen.

Meditó las palabras de Germán. Era necesario que aquello acabase cuanto antes. No se atrevía a imaginar cuántas víctimas podía haber ya sobre la tierra, ni quiénes eran. No quería pensar en que, en cualquier momento, un grupo de uniformes oscuros irrumpiría en la iglesia y los acribillaría a balazos. Pero, llegasen los refuerzos que llegasen, lo harían para acudir solo a uno de los dos bandos. Y para sentenciar al otro. No era conveniente dejar con vida a quien podía incriminar al gobierno de un país.

—Armando —dijo, sorprendiéndose a sí mismo por lo súbito del recuerdo—. Armando tenía un móvil. Se lo sacó a Caco, lo tenía para comunicarse con…

—¿Se lo quedó Armando? —Germán le cortó abruptamente—. ¿Se lo quedó él o lo cogió alguno de los otros agentes?

—No. Él lo guardó, en el bolsillo de su pantalón.

Antes de que pudiese añadir nada, Germán había emprendido ya la carrera hacia el exterior.

—¡Quédate aquí! —le gritó mientras desaparecía de su vista.

No quería quedarse allí y dejarlo ir solo, pero su cuerpo pudo más. Necesitaba un momento de descanso, si era posible tenerlo. Se sentó en uno de los bancos de madera. Le pareció más limpio que nunca, en contraste con su uniforme húmedo y embarrado.

Los otros cuatro reclusos parecieron relajarse un poco. Uno de ellos adoptó el rol de líder y envió a otro a custodiar la entrada. La aparición repentina de Germán les había dado un susto que preferían no volver a experimentar. Cristóbal se le acercó, con precaución. Le pidió que le describiese lo que ocurría allá afuera. Al no obtener respuesta, volvió a sentarse en el escalón que había ante el púlpito.

Cada minuto que pasaba sin que nada ocurriese, sentía crecer la inquietud, abriéndose paso con ímpetu por toda su anatomía. De vez en cuando se alzaba un grito desgarrador que enmudecía las conversaciones de los otros reclusos. Los disparos también se sucedían. Cuando parecían sonar más cerca, el miedo los tensaba a todos como un resorte. Contenían el aliento, a la espera de que un ruido todavía más próximo confirmase que habían dejado de estar solos.

Pero eso no sucedió. Lo más cerca que estuvieron de ser descubiertos fue en una persecución que el vigía presenció desde la puerta entrecerrada de la iglesia. Los demás escucharon con nitidez los gritos de «¡Alto!» y los pasos acelerados, muy cercanos, que terminaron en tres disparos y un denso silencio. Temieron por un momento que la cercanía de los hechos condujese a los agentes hasta el interior del templo. No volvió a oírse nada.

Se levantó del banco con la decisión ya tomada. La cabeza no paraba de castigarlo con la imagen de Caco, su mirada vacía antes de golpear el suelo. Y esa visión dolorosa conducía siempre a otra: la de sus compañeros asustados en el lavadero. Fuera ocurrían cosas horrorosas. Aunque se hubiesen apartado del foco principal, estarían expuestos en aquella zona. No podía quedarse agazapado allí, alejado de todos. Sin saber, sin hacer nada. Respetaba que aquellos cuatro hombres hubiesen decidido mirar solo por sí mismos. Quizás fuese lo más sensato. Pero él no quería ser como ellos.

Encaró el pasillo hasta la puerta de salida. A sus espaldas, Cristóbal adivinó sus intenciones y le advirtió de lo mala que era su idea. El vigía lo miró con suspicacia, pero se apartó y le franqueó el paso. Soltó una amenaza fútil cuando ya se alejaba, por si se le ocurría delatar su ubicación.

La noche había caído ya con todo su peso. Le costó moverse por entre las sombras, el terreno estaba resbaladizo y su cuerpo acusaba los golpes recibidos. Le dolía el tobillo, pero trataba de alejar la

atención hacia otro lado. Debía llegar hasta el lavadero, comprobar que todos estaban bien. Esperar a que pasase lo que tuviera que pasar junto a ellos. Ir en busca de Germán.

Los ruidos parecían haberse aplacado, la aldea se revelaba silenciosa a cada paso. De vez en cuando escuchaba algún grito lejano. Un disparo solitario. Avanzó por una senda estrecha. Las casas desfilaban a ambos lados, calladas. Parecían contener la respiración, testigos forzosas de unos actos que nadie querría describir. Se detuvo al percibir algunos sonidos un poco más adelante. La zona estaba oscura, aunque distinguía los contornos de las viviendas. Por entre ellas cruzó como un rayo un cuerpo. El suyo se puso tenso, y contuvo el aliento, pero la figura pasó de largo, huidiza. Esperó un rato, por si otras personas aparecían tras ella, luego retomó su camino.

Puso un pie en la plaza concentrado en las llamas de una de las casas que todavía ardía. Lo hacía con menos fuerza, apenas quedaba ya material que consumir. Por eso se resbaló al tratar de retroceder y volver a las sombras nada más ver lo que había junto a la cruz. Temió por un momento que hubiesen reparado en él y su corazón le martilló con pavor el pecho.

A los pies de la construcción de piedra, varios presos alzaban un cuerpo desnudo, de piel blanquecina. El cuerpo de un hombre adulto. Reconoció a la réplica, luego a dos de sus acompañantes habituales. Y también a Tebras. Cuando izaron por completo al hombre desnudo y dos de los presos comenzaron a apresarlo con cuerdas a la piedra, pudo ver su cara. El terror, la agonía y la súplica que se agolpaban en el rostro de Armando.

Se deslizó por el patio trasero de una de las casas que cercaba la plaza. Avanzaba con pasos lentos y pequeños. Las pulsaciones le retumbaban en el oído igual que los golpes constantes de un tambor. Encontró un ángulo desde el que poder observar mejor lo que ocurría. Advirtió la enorme llaga que se abría paso en el costado derecho del psicólogo. Un corte sangrante que emborronaba la palidez de su piel. La réplica trepó con soltura por la cruz y se encaramó al travesaño, por detrás de Armando. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero cuando vio los instrumentos que Tebras le lanzaba a su compinche.

Cerró los ojos con el primer alarido. Cada golpe del martillo sobre el clavo que se hundía en la carne arrancaba del crucificado un sonido estridente, casi inhumano. En los espacios que había entre golpe y golpe, el sonido se debilitaba un poco hasta convertirse en un ronroneo gutural. Entonces el martillo volvía a golpear y la frecuencia aumentaba hasta un nivel insoportable.

El primer fogonazo cogió por sorpresa a todos. La pelota de goma alcanzó a uno de los secuaces en la espalda. Los demás se volvieron al instante, pillados en falta y sin saber muy bien cómo reaccionar. Las

voces se enredaron en una maraña y la confusión jugó en contra de los reclusos. La réplica saltó de la cruz al suelo, el empedrado mojado hizo que perdiese el equilibrio al tratar de emprender la huida. Quizás el agente interpretó el gesto brusco como una tentativa de ataque, quizás sabía que el preso pretendía echar a correr. El disparo que detonó no fue el de una escopeta, ni lo que salió de su arma una pelota de goma. La bala perforó el pecho de la réplica, que cayó de bruces sobre la plaza. Su cuerpo quedó inerte.

Los otros dos reclusos aprovecharon para salir corriendo en direcciones opuestas, pero ninguno de los agentes que habían llegado al lugar se fijó en ellos. Todas las pistolas apuntaron a Tebras. Pudo ver su sonrisa desencajada mientras se lanzaba contra sus oponentes con una sierra en la mano. El tiroteo le vibró en los tímpanos, sus oídos quedaron taponados. No llegó a escuchar el ruido que hacía el cuerpo sin vida de Tebras al impactar contra la piedra.

Se alejó de allí a toda prisa. Cruzó por entre distintas viviendas, permaneciendo bajo la protección que las fachadas le ofrecían. Quería llegar cuanto antes al lavadero. No sabía si allí encontraría mayor refugio, pero no contemplaba otra posibilidad. Atravesó unas matas y fue a dar a un pequeño claro. Avanzó con cuidado de no levantar demasiado ruido. Fue así como pudo percibir los murmullos ahogados.

Se dio la vuelta, convencido de que lo habían cazado. Levantó los brazos en señal de rendición. Pero las figuras que se movían a apenas unos metros de él estaban de espaldas. Nadie lo apuntaba con un arma.

Tardó unos segundos en comprender la escena que tenía ante sus ojos. El cuerpo de un hombre, con el uniforme naranja a la altura de las rodillas, embestía con fuerza una y otra vez el de una mujer, cuyos chillidos acolchaba otro presidiario que apresaba su boca con la mano. Se quedó paralizado por la brutalidad de lo que veía. Los dos hombres estaban tan concentrados que ni siquiera habían reparado en su presencia. Pero sí lo hizo Camila.

La mujer trató de chillar con más fuerza, abrió los ojos como platos al reconocerlo. Le rogaba ayuda. El hombre que la silenciaba le cruzó la cara con la otra mano. Le escupió con desprecio y amenazó con asfixiarla si no se callaba. Camila siguió revolviéndose en vano. Sus gritos se colaban apagados por entre los dedos del hombre.

Tanteó el suelo, en busca de una piedra, de algo que pudiese servirle como arma. Sintió un leve pinchazo en la cadera al agacharse, y recordó las tijeras que había cogido en casa de Caco. Las extrajo del bolsillo, pero no se atrevió a avanzar. No sabía qué hacer.

Unos ruidos cercanos llamaron la atención del hombre que sujetaba a Camila, que miró a su alrededor y lo descubrió. No había sido él quien había provocado aquel sonido de pasos apagados, pero dio lo

mismo. Había quedado al descubierto.

—Mira, otra sucia rata —masculló, dándole un golpe en el hombro a su compañero—. Ha venido a rescatar a su familia.

El otro hombre se dio la vuelta y lo observó durante unos segundos, sin dejar de arremeter contra el cuerpo de Camila, que gritaba desatada. La golpeó con el brazo en la cabeza, y la mujer se escurrió hasta el suelo, medio inconsciente.

—¿Qué pasa, la necesitas con vida? —le preguntó el violador, con tono irritado—. ¿Qué os han prometido por vendernos al resto? Suelta, vamos. La libertad y unos fajos de billetes, ¿eh?

—Yo no era un topo —acertó a decir.

Retrocedió un par de pasos al verlos acercarse. Ambos habían reparado en las tijeras que sostenía, pero no parecían concederles ninguna importancia. Le ganaban en físico, le ganaban en rencor. Entonces el violador se frenó en seco. Su compañero lo miró, expectante.

El hombre dio media vuelta y se inclinó para coger algo del suelo, junto al cuerpo de una Camila que trataba de recomponerse entre sollozos. Vio el reflejo de la hoja afilada demasiado tarde.

—¡¡No lo hagas!!

Como si nadie hubiese vaciado sus pulmones suplicándole que se detuviese, el hombre trazó un movimiento seco en el aire. La fila del cuchillo no pareció hacer ningún sonido, pero aún en la negrura pudo distinguir cómo el cuello de Camila se teñía de color escarlata. Se llevó las manos a la garganta, queriendo mantener unida la carne que acababan de segar. El cuerpo de la mujer se estremeció, hasta caer de lado. Sus piernas patalearon sin fuerza, cada vez más lento. Se detuvieron por completo.

Vio al recluso aproximarse a él, pero no hizo nada. Ni siquiera trató de usar las tijeras que apretaba con una tensión irracional entre sus dedos. Había perdido la capacidad de reaccionar. Apenas sintió el primer puñetazo. El segundo provocó que una tímida ola de calor le bañase las entrañas.

Perdió la cuenta de los golpes recibidos antes de caer al suelo, hecho un ovillo. Las tijeras quedaron abandonadas a su suerte. Las patadas cesaron, solo para que el violador lo agarrase hasta ponerlo en pie. Lo arrastró hasta un árbol cercano contra el que lo arrojó con fuerza. La corteza le arañó el rostro, pero el roce le resultó casi balsámico en medio de tanto dolor.

—Las putas soplonas merecen todas el mismo castigo.

El hombre le agarró el cuello por la espalda y lo estampó contra el grueso tronco. Sintió también la punta del cuchillo apoyarse con firmeza debajo de su oreja. Hizo un esfuerzo derrotado por liberarse, sabiendo que no serviría de nada. Por el rabillo del ojo vio que el otro

compañero los observaba, casi con arrobamiento. La tela del uniforme hizo un ruido seco al deslizarse por la piel del violador, hasta caer de nuevo al suelo.

—Dejadlo.

Inmovilizado como estaba, no pudo mirar a la cara a la figura que había irrumpido en el claro. Pero reconoció su siseo. La mano que rodeaba su cuello pareció aflojar un poco, aunque lo retuvo igualmente contra el árbol. La voz volvió a repetir la misma orden. Tras un silencio, el violador se separó y lo dejó libre.

—Es un jodido soplón. Sabes qué hay que hacer con los soplones —escupió.

—Perdeos por ahí. Largo.

Vio primero a sus dos agresores, que intercambiaban miradas en señal de duda. Después descubrió a Arteta. La parte superior de su mono había dejado de ser naranja para convertirse en un trapo de color bermellón. Un orificio de bala adornaba el uniforme a la altura de su hombro izquierdo. De su mano colgaba un cuchillo de carnicero.

—¿Tan rápido pasas el luto, eh? —lo retó el violador—. ¿Ahora prefieres un culo joven al que adorar?

Arteta no respondió, se quedó mirándolo fijamente. El cuchillo inició un balanceo tenue en su mano. Durante unos instantes, ninguno de los cuatro presentes pronunció una sola palabra.

—Vámonos —dijo con apuro el compañero del violador, como si hubiese recordado un recado muy importante.

—Maldito julai de mierda —rumió el otro, y escupió a los pies de Arteta antes de desaparecer del claro.

Arteta permaneció en la misma posición, sin moverse. El cuchillo cesó su vaivén. Solo entonces fue consciente de que le costaba respirar. El silbido que trepaba y descendía por la garganta de Arteta no tenía nada que ver con su forma de hablar. Se acercó a él, con la vista clavada en el agujero del pecho.

—Les habría encantado metérmela hasta por este agujero nuevo —pronunció, seguido de una risa que desembocó en una tos desagradable.

Alargó un brazo instintivamente para servirle de apoyo, las sacudidas lo habían hecho mecerse de manera peligrosa. Arteta cogió el brazo que le tendía y se lo enroscó al cuello, para poder apoyarse en él.

—No sé si habría hecho mejor en dejar que acabasen contigo —musitó, entre nuevos tosidos—. Mira la que has liado. Aunque, según se mire, puedo haber sido yo. ¿Qué crees que opina el resto?

Comenzó a caminar sirviéndole de muleta a Arteta. No le importó que el cuchillo colgase todavía a su costado, el hombre tenía la mirada borrosa y se movía con la turbación de un borracho. Echó una ojeada

discreta al orificio de su hombro. No podía ver con claridad, pero una masa espesa y oscura asomaba por entre la tela reventada.

—Tenía que hacerlo —prosiguió, con la mirada brillante—. Tenía que matarlo. Ya nadie puede llamarme cobarde, ¿sabes?

Avanzaron todo lo rápido que la torpeza de Arteta les permitía. De manera inconsciente, este descargaba cada vez más parte de su peso en él.

—Tienes que aguantar —le susurró—. Te curarán esa herida.

—Nada puede curar la muerte —balbuceó, tras una carcajada.

Siguió cargando con Arteta hasta divisar la explanada principal. Las puertas aceradas estaban abiertas de par en par. Algunos agentes dispersos se desplazaban de un lado a otro, sin saber muy bien qué hacer. Cruzaban la entrada hacia el exterior, volvían a entrar.

—Debe de estar siendo una fiesta gloriosa —observó Arteta, con regocijo.

Siguió la mirada del hombre que parecía delirar. Al alzar la vista, entendió a qué se refería. Las amplias vidrieras de la torre de vigilancia habían desaparecido. En su interior, a pesar de la distancia, podían verse lenguas de fuego agitarse con furia.

Torció hacia el camino que conducía al lavadero. Volvieron a escucharse un par de disparos cercanos, pero no detuvo el paso. Los pies de Arteta se arrastraban por momentos sobre la tierra.

—Es la primera vez en semanas que hace tanto frío, ¿no es casualidad? —preguntó, con un hilo de voz.

Apuró todo lo posible hasta alcanzar los pilones. Escrutó en la oscuridad, repasando cada esquina, echó un vistazo alrededor. Allí no había nadie.

Acomodó con esfuerzo a Arteta junto a una de las columnas, de manera que su cuerpo quedase medio oculto.

—Voy a por ayuda, ¿vale? No intentes moverte. Si escuchas ruidos, no digas nada. Salvo que sea alguien de confianza.

Arteta esbozó una sonrisa ladina.

—Alguien de confianza —repitió, y su risa se convirtió en un nuevo ataque de tos ronca.

Recorrió los alrededores del lavadero en busca de sus compañeros. No veía nada, podían estar resguardados en cualquier parte, muy cerca. Entonces, durante un instante, la explosión lo iluminó todo. El destello le cegó y se echó al suelo de manera instintiva. El fuerte estallido lo dejó desorientado, un suave zumbido ondulaba en sus oídos. Se incorporó para ver cómo caían al suelo los últimos pedazos de la torre que acababa de saltar por los aires. Donde estaba la base de vigilancia, ya no había nada. Era tan solo un gran poste coronado por unas brasas.

Avanzó con la sensación de que todo se desmoronaba a su

alrededor. No podía oír bien, el zumbido se había convertido en un pitido prolongado. Vio a distintos individuos correr de un lado a otro, alarmados. Apenas distinguía el color de sus uniformes. Sin saber hacia dónde iba, no se detuvo. No podía. Tenía que encontrar a los suyos.

Cerca de las puertas de acero avistó una pequeña escaramuza. Varios hombres que parecían luchar cuerpo a cuerpo. Iba a torcer hacia otra parte cuando distinguió la melena de uno de ellos. Se quedó congelado, mirando con atención la escena. El hombre cayó al suelo con dureza, empujado por otros dos, y en cuanto se levantó no le quedó duda.

Echó a correr con las pocas fuerzas que tenía. Sentía que de un momento a otro sus piernas decidirían entregarse a la extenuación y lo dejarían tirado. Corría por inercia, guiado por una voluntad que le resultaba ajena. Pudo ver que Germán se sacudía de encima a un agente. Luego recibía un porrazo que lo dejaba encorvado. A su lado, otro preso cayó fulminado por un duro impacto en la cara.

Gritó su nombre. Gritó hasta vaciarse de todo lo que había contenido dentro. El agente se giró y alzó la porra para recibirlo, pero Germán se rehízo a tiempo de arremeter contra él. Lo tumbó en el suelo, pero no fue suficiente para reducirlo. Germán y el guardia rodaron por el barro, una bola frenética de extremidades que subían y bajaban buscando con voracidad el cuerpo uno del otro. Trató de sacudirle al agente de encima, pero solo recibió un violento codazo.

—¡Darío, la porra!

El rugido de Germán deshizo el hechizo que lo mantenía embotado. Buscó a su alrededor y dio con lo que Germán le pedía. Recogió el instrumento y, sin pensarlo, comenzó a machacar la espalda del agente, hasta que este se hizo a un lado, rendido.

Trató de ayudar a Germán a levantarse, pero ambos estaban sin aliento. Su compañero parecía haber salido de una ciénaga en la que habían ocurrido cosas terribles. Su rostro era una acuarela de sangre y sudor, su cabello empapado tenía grumos de tierra y lodo, ni siquiera el color verdadero de su uniforme se distinguía bajo toda la suciedad que se adhería a él.

—Dame un momento… —pidió Germán, entre jadeos.

Quiso sentarse junto a él, unirse a esa pausa antes de terminar por desplomarse. Un grito a sus espaldas volvió a ponerlo en alerta.

—¡No te muevas! ¡Suelta esa porra!

Se giró lentamente, consciente de que cualquier gesto podría jugar en su contra. Miró de hito en hito al hombre que lo apuntaba con una pistola, a pocos metros de distancia. La negrura no le dejaba distinguir sus facciones, medio ocultas bajo el casco.

—¡Suelta la porra! —repitió el agente, sin dejar de apuntar.

No sentía fuerzas apenas para alzar el arma, ni siquiera para defenderse de un posible ataque. Pero no pudo hacer caso a lo que le ordenaban. Su mente volvía a la otra parte de la aldea, donde el cuerpo de Caco yacía solo, sin nadie que lo velase, sin nadie que se preocupase de taparlo, de retirarlo de la intemperie. Vio de nuevo la oquedad en su mirada, la expresión casi de sorpresa mientras sus músculos se relajaban para siempre. Y agarró con más fuerza la porra.

Apenas dio dos pasos. El grito de Germán se fundió con la detonación de la pistola. Se frenó al sentir un golpe de calor, una masa volcánica que se extendía por su pecho. Bajó la cabeza a tiempo de ver cómo la sangre, su propia sangre, empañaba el uniforme. Y el calor dejó paso a un frío repentino. Como si la temperatura hubiese descendido de golpe más de treinta grados.

Cuando se dio cuenta estaba tumbado sobre la tierra. Quería moverse, pero su cuerpo no respondía. Buscó con la mirada a Germán. Lo encontró reptando por el suelo, acercándose a él con las pocas fuerzas que parecían quedarle. Su pelo ensangrentado y húmedo no le dejaba distinguir bien su rostro, pero vio que gritaba algo. Sus ojos resplandecían en medio de las tinieblas, como si la lluvia se agolpase en ellos. ¿Lloraba Germán? No podía oírlo. No podía oír nada. Solo sintió las vibraciones sobre el terreno, cada vez más intensas. Se dejó envolver por el entumecimiento que le trepaba por las piernas hasta alcanzar el pecho. Bocarriba, descubrió en el cielo dos luces intensas que crecían en tamaño, meteoritos que se aproximaban a una velocidad incalculable a la Tierra. Las vibraciones se hicieron más evidentes, y los helicópteros fueron siluetas reconocibles sobre la aldea.

Algo le hizo girar la cara. Aunque no podía sentirla, la mano de Germán se estiraba hasta alcanzarle el rostro. Sus miradas se cruzaron. Intentó mover un brazo, responder a su contacto, pero no fue capaz. Parpadeó un par de veces, aunque luchó con todas sus fuerzas por mantenerse despierto. Hacía frío y no quería quedarse solo. Germán lo alcanzó y lo acunó en su regazo. Sus labios se movían, repetían los mismos movimientos, aunque no podía escuchar nada. Quizás se trataba de una súplica. Quizás de una oración. Una lágrima rodó sobre la mejilla de Germán y cayó sobre la suya. Tampoco pudo sentirla. Pero no le hizo falta. Alzó la vista hacia el helicóptero más próximo y aprovechó su destello cegador para cerrar los ojos, para dejar de sentir frío.

Día 90

Apartó las sábanas con gestos lentos. A partir del mediodía, el calor se volvía pesado en la habitación, a pesar del aire acondicionado. Sospechaba que no lo tenían encendido, o que estaba averiado, por más que las enfermeras afirmasen lo contrario.

Se incorporó en la cama sin sentir los latigazos de dolor de días anteriores. No se encontraba todavía con las fuerzas necesarias para dar paseos cortos por el pasillo, como había empezado a sugerir el personal médico. Pero al menos levantarse para ir al baño o para asomarse a la ventana no eran ya decisiones de riesgo que prefiriese evitar.

Medio encorvado, entró en el baño y orinó de pie. La primera vez que no lo hacía sentado. Las piernas habían ganado consistencia. Se demoró al darse la ducha, el agua fría funcionaba bastante mejor que el aire acondicionado.

Un rato más tarde, entró una enfermera con la bandeja de desayuno, acompañada de la agente de policía. La enfermera se retiró, como de costumbre, mientras la agente se acercaba a la ventana y echaba un vistazo distraído al patio de luces al que daba la estancia. Se interesó por su estado, como hacía cada mañana que le tocaba a ella custodiar su habitación. Le hablaba siempre con un tono tranquilo, amable. Nunca se quedaba demasiado tiempo con él en el cuarto, pero tampoco se retiraba apresurada. Como si intuyese que un poco de compañía dentro de ese aislamiento le resultaba complaciente.

Habían pasado dos semanas ya desde que había ingresado allí. Apenas tenía recuerdos de los primeros días, solo una vorágine de imágenes dispersas y tormentosas que prefería dejar a un lado. Por lo que el médico había dicho, no recobró la conciencia hasta la tercera mañana. La operación había sido larga pero exitosa, entendiendo como tal que le hubiesen salvado la vida evitando además graves secuelas. La bala se le había quedado alojada en el pecho, pero no había arrasado ninguna arteria ni reventado ningún órgano. Había tenido suerte. Recordaba haber escuchado esas palabras en boca del médico.

La segunda semana fue cuando empezó de verdad a sentir alguna mejoría. A creer que lograría recuperarse, que todo aquello podría

quedar atrás. Sentía dolores, náuseas, y verse limitado a yacer las veinticuatro horas del día sobre una cama no ayudaba a sobrellevar ese malestar. Pero la energía había regresado poco a poco a su cuerpo, sin darse apenas cuenta.

—¿Saldrás hoy a dar el paseo que recomienda el doctor?

Miró a la agente, como un niño al que la maestra tantea para convencerlo de hacer una tarea. La posibilidad de caminar más allá de los tres metros que podía recorrer en aquel cuarto le entusiasmaba, por más que guardase las formas. Pero, al mismo tiempo, le invadía una inseguridad que no se atrevía a confesar. Aquellas cuatro paredes eran todo lo que había visto desde que lo habían sacado de la aldea. Eran cárcel y a la vez refugio. No sabía qué podía encontrarse más allá de ellas. ¿Sabrían los otros pacientes que paseasen trabajosamente por los pasillos quién era? ¿Por qué tenía que permanecer escoltado por una agente de la policía? ¿Se cruzaría con enfermos acompañados de sus familiares, mientras a su lado una mujer con pistola supervisaba sus pasos?

Se encogió de hombros, mientras se sentaba de nuevo sobre la cama. Terminó por contestar a la mujer, que no se merecía su silencio. Quizás por la tarde, después de comer, se encontrase con energías suficientes para encarar ese paseo.

En la puerta sonaron un par de golpes cuidadosos pero firmes. Médico y enfermeras solían acceder sin llamar, así que se giró hacia la agente. Su desconcierto aumentó al entrever en su gesto un brillo de curiosidad y precaución. Ella misma se dirigió a la puerta. Desde la cama no podía ver quién estaba al otro lado, pero no se extrañó cuando entraron otros dos agentes, que saludaron con un gesto de cabeza. Días antes había prestado declaración, no debía de haber sido suficiente. Entonces, tras los dos agentes, aparecieron cinco personas más.

—Ay, Darío.

La voz de Susana le recorrió todo el cuerpo. Allí estaba, contemplándolo, con las lágrimas acudiendo diligentes a sus ojos. Ya no vestía un uniforme naranja, sino ropa normal, la misma que se pondría para ir al trabajo o salir a dar una vuelta. Tras ella, Cayetana esbozaba una sonrisa triste, y a su lado asomaba Tomás, cuya silla de ruedas conducía Samir. Un paso por detrás de ellos, se dejó ver Yolanda.

Susana se lanzó hacia la cama, pero tuvo en cuenta la herida al abrazarlo y besarle la mejilla. Uno de los agentes se acercó y advirtió en tono neutro que no podían tocarse. Susana sacudió la cabeza, en señal de comprensión, pero se demoró en deshacer el abrazo.

—¿Qué hacéis aquí? —La voz le tembló, no supo si por la emoción o por lo poco que la había usado en las dos últimas semanas.

—Nos han concedido el permiso para visitarte —respondió Cayetana, acercándose a la cama—. Tienen que dejarte socializar un poco, si no quieren que pierdas la cabeza.

Le sonrió y ella se inclinó lo justo para besarle la frente. El agente volvió a recordar, en el mismo tono, que no estaba permitido el contacto. Samir empujó la silla hasta dejarla a los pies del lecho. Al advertir su rostro de preocupación, Tomás agitó una mano y restó importancia a sus circunstancias.

—Nada de lo que preocuparse —señaló, anticipándose a su pregunta—. Después de todo, soy un anciano. ¿Cómo te encuentras tú?

Los repasó con la mirada uno a uno. Como si no se terminase de creer que estuviesen realmente allí, junto a él. A los pocos días de ingresar en el hospital, en cuanto tuvo algo de fuerzas, preguntó por ellos. Por todo lo ocurrido. Pero nadie estaba autorizado a revelarle nada. La agente, a pesar de su amabilidad, le pidió que no insistiese en ese asunto. Cuando le tomaron declaración, volvió a intentarlo. Nadie respondió a sus preguntas. La inquietud, la ansiedad por saber se fueron acallando con el paso de los días. En la habitación tampoco había televisión. Cedió a una desconexión completa.

Pero los tenía delante. Vivos, aparentemente sanos, aun con sus secuelas. Los restos de un matiz morado cubrían todavía el ojo izquierdo de Susana. Cayetana había perdido peso de manera ostensible, su piel parecía incluso más pálida de lo habitual. En la frente de Samir se apreciaba una cicatriz a la que recientemente le habían sacado los puntos. Y Tomás reposaba en aquella silla de ruedas, sin desvelar si el motivo era el agotamiento o alguna lesión seria. Pero estaban vivos, eso era lo que importaba.

Les habló de su estancia en el hospital, aunque no había muchos detalles que ofrecer. Trató de aparentar una fortaleza que todavía no sentía. La presencia de sus compañeros le infundía un ánimo que hasta el momento no había experimentado.

Después del breve relato, una pregunta pujó por salir al exterior.

—¿… Estáis libres?

—Estamos libres de ese insoportable mono naranja —bufó Susana —. Yolanda es una mujer sensible y convincente. Gracias a ella, en la cárcel nos han permitido el lujo de dejarnos vestir como personas para venir a verte.

La última frase cortó el ascenso de una esperanza que había empezado a abrirse paso en su interior. Estaban en la cárcel. Igual que lo estaría él tan pronto se recuperase.

—Estamos todos en la misma cárcel —resaltó Tomás—. Al menos nos hacemos compañía. Nos han instalado en un amplio módulo de la ciudad a todos los aldeanos.

—A todos los que hemos sobrevivido —matizó Cayetana, en voz baja.

Una punzada le atravesó el pecho. Habría temido que la herida se hubiese abierto si esa fuese la primera vez, pero había padecido esa misma sensación en días anteriores. Cada vez que se acordaba de Caco. Cada vez que las últimas palabras de su compañero le golpeaban sin aviso, como su cuerpo sin vida había golpeado el suelo segundos después.

Se quedaron un rato en silencio, los tres agentes de policía parecieron incómodos. En la cara de la mujer percibió algo que interpretó como decepción. Devolvió la mirada a sus compañeros, y se fijó en Cayetana, recordándola por un instante junto a la cruz de la plaza, empapada, en mitad de la náusea. No pudo evitar que sus ojos descendiesen hasta el vientre de ella, plano y en consonancia con su marcada delgadez. Decidió guardarse la pregunta que esa visión le sugería.

—¿Cómo es posible que no haya televisión en este cuarto? —se quejó Tomás, rompiendo el silencio. Miró a los agentes, buscando una respuesta—. Habíamos venido a alegrarle el día al convaleciente, si mal no recuerdo.

—No está autorizado —informó uno de los hombres.

La agente le puso la mano en el hombro a su compañero y le dedicó un gesto cómplice a Yolanda. La psicóloga rebuscó en el bolsillo de su pantalón y extrajo su teléfono móvil. Tecleó varias veces sobre la pantalla, antes de acercarse a la cama. Pareció querer decirle algo, pero su labio tembló y selló esa posibilidad. También a él se le hizo un nudo en la garganta, no sabía poner en palabras el agradecimiento que le debía a aquella mujer, por todo lo que había arriesgado al tratar de ayudarlos.

Samir pegó todavía más la silla a la cama, y con un gesto de cabeza le preguntó si él podía sentarse sobre las sábanas. Sonrió y le indicó que sí, recogiendo las piernas para dejar más espacio. Cayetana y Susana hicieron lo mismo, y por primera vez sintió que no estaba solo. Dos semanas en las que no había recibido una sola visita, ni siquiera de su familia. Visitas que tampoco había esperado. Pero en ese momento, con aquellas personas a su alrededor, la soledad comenzó a diluirse.

Prestó atención a la pantalla que Yolanda sostenía de manera que los cinco reos pudiesen observar las imágenes que aparecían en ella. Tardó unos segundos en entender que era un informativo, desconocía si en directo o en diferido. Pero esa duda quedó sepultada por lo que la presentadora contaba. Por las imágenes que apoyaban su texto.

La información lo zarandeó como un torbellino. Datos, declaraciones, noticias de última hora que se superponían unas a otras

en una vorágine que tenía un sólido núcleo: el proyecto fallido del Gobierno. Se sorprendió al conocer la dimisión de la ministra, acontecida varios días atrás, y su más reciente comunicado en el que transmitía su total y firme disposición para declarar y colaborar con la ley. Mayor fue su asombro al escuchar por primera vez «moción de censura», expresión que la presentadora pasó a repetir sin misericordia. Al llegar al momento en que comenzó a hablarse de unas grabaciones que todavía no eran de dominio público, pero que podrían forzar la dimisión del Gobierno en bloque, su cabeza se había perdido ya entre tantos testimonios, datos y conjeturas.

Yolanda bloqueó el teléfono al ver su cara, en el aparato se sucedían imágenes de múltiples manifestaciones y concentraciones a lo largo de distintas ciudades. Luego le acarició el hombro, con ternura, bajo la mirada recriminatoria de uno de los policías.

—No es que tengamos mucho acceso a la televisión en la cárcel —comentó Tomás—, pero puedo asegurarte que esa es la tónica de los informativos desde hace unos cuantos días.

—Y de cualquier programa —apostilló Cayetana—. Le hemos hecho un favor a la parrilla televisiva.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó, aturdido.

—Que hay esperanza, Darío. Eso ha ocurrido —respondió la psicóloga.

Escuchó atento el relato de cómo sus compañeros abandonaron el refugio del lavadero cuando las cosas se pusieron todavía más feas a su alrededor. Samir quiso ir en busca de él y de Caco, pero no le dejaron. Pasaron un rato largo escondidos en el granero, temerosos de lo que pudiera pasar si daban con ellos. Aprovecharon para salir del cobertizo y abandonar la aldea cuando un grupo de reclusos logró huir al exterior. Agazapados, vieron cómo tomaban la torre de vigilancia.

—Acababa de regresar al lavadero cuando saltó por los aires —recordó.

—Nosotros también lo vimos —explicó Susana—. Fue solo cinco minutos después de que Samir bajase de allí. Qué susto, Dios santo.

Miró a Samir, extrañado. Por mucho que se hubiesen torcido las cosas, le costaba imaginar que aquel chico callado y receloso se hubiese unido al grupo violento que hizo estallar una torre de control.

—A él le debemos la esperanza —dijo Cayetana.

—La idea fue de Tomás —señaló el joven, tímidamente.

—No entiendo —confesó, todavía desorientado.

—Nuestro amigo es tan reservado como hábil adentrándose en las entrañas de cualquier aparato tecnológico —explicó Tomás, girándose en la silla para contemplar con una sonrisa al aludido—. Todos teníamos claro que a Samir no lo habrían condenado por crímenes violentos. Pero concedo que lo de *hacker* no lo vi venir… Es lo que

tiene ser un vejestorio, no me queda otra que aceptarlo.

Samir desvió la mirada, huidizo, aunque no pudo reprimir un amago de sonrisa.

—Esos vídeos que mencionaban en el informativo —prosiguió el anciano—, los que pueden hacer caer al Gobierno, son las grabaciones del circuito de videovigilancia. Cuando atacaron la torre, pensé en la oportunidad de rescatar esos archivos. Era una posibilidad remota. Quizás no se pudiese acceder a ellos, quizás Samir no encontrase la manera en medio del caos que habría allí arriba. Vaya si lo hizo.

—Pero ellos mismos habían filtrado grabaciones de la aldea a la prensa, supuestamente —indicó, sin entender—. Para poner a la gente en nuestra contra.

—En esas grabaciones se ve cómo matan a Caco —dijo Cayetana. Hubo una pausa larga—. Se ve cómo nos humillan, cómo arremeten con sus armas contra personas indefensas. Tengo fe en que el maltrato y el asesinato sean motivos suficientes para hacer caer a un grupo de criminales. Por más que se hayan aupado al Gobierno.

Las cámaras de vigilancia ocultas en la aldea habían sido instaladas para registrar todo lo que ocurriera en ella. Esa era su función. Y en la aldea había ocurrido lo que señalaba Cayetana. Los habían obligado a postrarse ante ellos, los habían sometido a base de fuerza. Habían matado a sangre fría a Caco. Desconocía cuántos reclusos más habían perdido la vida en el enfrentamiento que aquel abuso de autoridad había provocado.

—¿Cuántos murieron? —preguntó, sin pararse a pensar.

—Dieciocho agentes y veintisiete presos —fue Yolanda la que respondió a esa pregunta—. Cuarenta y cinco personas. Una desgracia.

Asintió y se quedó en silencio. Los demás tampoco dijeron nada. Cuarenta y cinco vidas perdidas en una espiral de violencia que se habría podido evitar. Que no debería haber tenido lugar.

—Es hora de concluir la visita —anunció uno de los agentes. Hizo un ademán para que los visitantes se pusiesen en marcha.

—Saldrás pronto de aquí, campeón —le dijo Susana, mientras le daba un abrazo apurado. Ninguno de los policías se molestó ya en remarcar el aviso ignorado—. Estaremos juntos.

—Gracias. Gracias por venir —articuló, con un nudo en la garganta. El tiempo había pasado demasiado deprisa, o la visita había sido demasiado breve.

—Te estaremos esperando, chico —prometió Tomás—. Dentro o fuera de la cárcel.

Samir le extendió la mano, mirando de reojo a los policías, que hicieron la vista gorda cuando se la estrechó con fuerza.

Cayetana fue la última en levantarse de la cama. Sus vivos ojos estaban nublados por una fina capa acuosa. Volvió a besarle la frente,

se despidió asegurando que volverían a verse muy pronto.

—Te mandan recuerdos, por cierto —dijo esta, girándose antes de alcanzar la puerta—. Se los devolveremos de tu parte y le contaremos con detalle lo mimado que te tienen aquí.

El corazón se le aceleró. No había tenido la valentía de preguntar por la identidad de los fallecidos. De saber en qué condiciones había abandonado la aldea cada uno de los sesenta y cinco internos.

—¿Está bien?

—Todo lo bien que uno puede estar en la cárcel —respondió ella—. No ha querido venir. Dice que no soporta los hospitales. Pero todos sabemos que no quiere verte hasta que puedas resistir un abrazo bien fuerte.

Le devolvió la sonrisa y se despidió con la mano, mientras el silencio volvía a ocupar su lugar entre aquellas cuatro paredes. Pero era un silencio distinto, no regresaba solo. Traía consigo una promesa de esperanza y de paz.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas que de una manera u otra me han ayudado a elaborar esta historia, tanto a través de sus consejos y sugerencias como de sus ánimos.

Gracias, en especial, a quienes me apoyan día a día en esto de querer contar historias.

Y gracias a ti, lector. Por haber dado una oportunidad a esta novela. Autopublicar supone dejar en tus manos el recorrido que esta pueda tener. Por eso, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de esta lectura, no tengas reparo en recomendarla, en prestarla, en regalarla a algún lector querido o cercano. «Aquello que no se nombra, no existe», dicen. Nada me haría más feliz que saber que *Tierra yerma* podrá existir para muchos lectores.